

**APUNTES Y DOCUMENTOS
PARA LA HISTORIA
DEL
TRADICIONALISMO ESPAÑOL
1939 - 1966**

MANUEL DE SANTA CRUZ

TOMO 27
1 9 6 5

**EXTRACTO DEL INDICE
DEL TOMO XXVI,
AÑO 1964**

Noviazgo y boda de Don
Carlos Hugo.

Don Juan Carlos de Borbón
aparece junto a Franco
en la presidencia del Des-
file de la Victoria.

El Carlismo sigue defen-
diendo la unidad católica
de España.

El Primer Congreso de Es-
tudios Tradicionalistas.

El Movimiento Obrero Tra-
diconalista.

Bibliografía.

MANUEL DE SANTA CRUZ

**APUNTES Y DOCUMENTOS
PARA LA HISTORIA
DEL
TRADICIONALISMO ESPAÑOL
1939-1966**

TOMO 27

1965

Gráficas La Torre - I. 28039 Madrid

MANUEL DE SANTA CRUZ

APUNTES Y DOCUMENTOS
PARA LA HISTORIA

DEL
TRADICIONALISMO ESPAÑOL
1939-1966
Este volumen ha sido editado
con la colaboración económica
de la
Fundación «Hernando de Larramendi»

Depósito legal: M. 11.604-1991 - I.S.B.N. 84-7460-035-9 - Obra completa

I.S.B.N. 84-404-9144-1

Gráfica La Torre - Pedro Barreda, 10 - 28039 Madrid

III. RESUMEN DEL AÑO

El acto más importante de 1965, que es a la vez uno de los más importantes de toda esta recopilación, fue el celebrado en Puchheim el 17 de enero de 1965. En él, Don Javier de Borbón Parma, ante la tumba de Don Alfonso Carlos, lee el largo escrito que transcribimos íntegro, y con él ratifica el Acto de Barcelona de 1952, da por cumplido y terminado el mandato que recibió de Don Alfonso Carlos de ser Regente, y se designa Rey. Pero esta parte, que fue la sustancial del acto, no se divulgó. Se siguió la misma política que con el Acto de Barcelona, pero más estricta y severa.

Todos los grupos carlistas, sin distinción, luchan cuanto pueden contra la libertad de cultos que el Concilio Vaticano II no acaba de descartar, lo cual tiene alarmados a los católicos españoles. En su última sesión, a final de año, la aprueba.

La cuestión dinástica sigue consumiendo inmensas energías. La candidatura de Don Carlos Hugo retrocede, y Franco confirma su predilección por Don Juan Carlos de Borbón. A pesar de esto, Don Javier continúa luchando y envía a su hijo el Infante Don Sixto Enrique a jurar la bandera de España como soldado de la Legión. Esto reaviva el entusiasmo de todos los carlistas, coincidentes en la aversión a la rama dinástica liberal, cuyos avances no saben cómo detener.

II. FIN DE LA REGENCIA DE DON JAVIER

El acto de Puchheim.—Resumen de trece años.—«Documento leído por S. A. R. el Príncipe Don Javier de Borbón Parma el día 17-I-1965 ante la tumba de Don Alfonso Carlos, con el que da fin a la Regencia y se proclama su sucesor.»—Discurso pronunciado ante la Junta Nacional.—Discurso al final del almuerzo ofrecido a representantes de la Comunión Tradicionalista.—Réplica de las Juntas de Defensa del Carlismo de Canarias, Navarra y Asturias a los discursos de Puchheim.

EL ACTO DE PUCHHEIM

S. A. R. el Príncipe Don Francisco Javier de Borbón y Borbón Parma realiza el día 17 de enero de 1965 el acto más importante de su vida política. Se declara Rey sucesor de Don Alfonso Carlos y se pone en condiciones de presentarse a todos los españoles como pretendiente a la Corona de España para sí y para sus descendientes; en aquel momento, para Don Carlos Hugó, su primogénito. Con la solemne lectura de un documento, termina la Regencia que le confió Don Alfonso Carlos en su Real Decreto de 23-I-1936 (1). Pone así fin al equívoco voluntario en que se dejó el Acto de Barcelona de 31 de mayo de 1952 (2). Esto fue el Acto de Puchheim.

Pero, sorprendentemente, no se le dio en las publicaciones propias el realce que pedía su carácter de acontecimiento histórico. No se señaló como un hito, como el gran hito del final de la Regencia. Deliberadamente se le privó de nitidez. La carta personal de Don Javier a cada Jefe Regional convocándoles es breve, rutinaria y gris.

(1) Se reproduce al comenzar esta recopilación, t. I, pág. 13.

(2) Acerca de este acto véase el tomo XIV, págs. 5 y sigs.; pág. 106.

Muchísimos carlistas no entendieron bien lo que había pasado. No digamos el resto de los españoles. Se dijo de todo, menos las frases escuetas y fundamentales de que la Regencia había terminado y que Don Javier era el Rey. Así de claro no aparecen en ninguna parte, en ninguna portada, en ningún titular. Confirma cuanto decimos que López Rodó no se enteró de nada, ni aun muchos años después, cuando escribe su libro «La larga marcha hacia la Monarquía», en el que dice escuetamente: «Declaraciones de Don Hugo al "Daily Telegraph"». Comienza el año 1965 con noticias de Don Hugo, quien, reunido en Austria, en el castillo de Puchheim con carlistas a cuyo frente se encontraba José María Valiente, hizo unas declaraciones al "Daily Telegraph" en las que negaba haber recibido cualquier indicación por parte del Gobierno español para que cesase en sus actividades políticas. Y, por supuesto, pensaba seguir postulándose como pretendiente al Trono de España. La prensa extranjera se hizo eco de la postura de Don Hugo, así como de algunos comunicados que con este motivo distribuyó el "Servicio de Prensa de la Comunidad Tradicionalista".»

El recopilador sabe de fuente indudable que el grueso del acervo documental de la obra de López Rodó, «La larga marcha hacia la Monarquía», procede del archivo particular de Don Luis Carrero Blanco, cuya viuda se lo facilitó en bloque. Lo cual permite suponer que en tal archivo tampoco había constancia del Acta de Puchheim, a pesar de que una copia de ésta se entregó al Generalísimo Franco. De haberle prestado éste alguna atención, probablemente hubiera sido recogida por Carrero.

Se difundieron profusamente dos discursos pronunciados por Don Javier, pero no se dio a conocer el texto íntegro del documento clave, a pesar de que, según el boletín «I. M.» (1), de él «dijo el mismo Rey: es un documento importante porque significa un Testimonio mío, que explica cómo han pasado los derechos del Rey Don Alfonso Carlos a mí, y que de mí pasarán a mi hijo mayor».

Se dijo de pasada que en breve sería objeto de una publicación especial, que nunca llegó al público.

En una hoja bien impresa y de gran tirada del «Servicio de Prensa de la Comunidad Tradicionalista», titulada con gruesos caracteres

(1) Boletín «I. M.» («Información Mensual») de enero-febrero de 1965, en manos de Don Hugo.

«Puchheim» y una viñeta en la cabecera con la Cruz de Borgoña, y sobre ella, la inscripción «Javier I», se decía:

«En el castillo de Puchheim (Austria), lugar donde residió y está enterrado el último Rey de la rama dinástica carlista, Don Alfonso Carlos, y su esposa, Doña María de las Nieves Braganza, y que actualmente pertenece a Don Javier de Borbón Parma, Conde de Molina, se ha celebrado una reunión de los Jefes Regionales y Provinciales del Carlismo de toda España.

La reunión ha tenido lugar el pasado domingo, día 17 de enero. Con Don Javier de Borbón se hallaban presentes su esposa, Doña Magdalena de Borbón Busset; sus hijos, los Príncipes Don Carlos y Doña Irene, Duques de Madrid, y S. A. R. la Infanta Doña Cecilia de Borbón y Borbón.

Asistieron a la reunión el Jefe Delegado de la Comunión Tradicionalista, Excmo. Sr. Don José María Valiente; el Secretario General, Excmo. Sr. Don José María Sentís Simeón, y más de medio centenar de carlistas.

El Conde de Molina celebra periódicamente estas reuniones con los mandos nacionales del Carlismo, generalmente en Hendaya o Biarritz. Este año, Don Javier de Borbón ha querido celebrar este cambio de impresiones en el Castillo de Puchheim, ya que allí se encuentra enterrado el último Rey de la dinastía carlista, y allí, hace veintiocho años, Don Javier hizo su juramento como Depositario de la Legitimidad Monárquica española.

Destacamos algunos párrafos de los discursos pronunciados en esta ocasión por Don Javier de Borbón Parma.»

Sin embargo, claro estaba que aquello era algo más que una reunión rutinaria de dirigentes de la serie de las celebraciones en Biarritz y en Hendaya; algo más que un «cambio de impresiones».

Se le había dado una solemnidad que era una variación cualitativa. A fin de diciembre, con cierta antelación, se hizo una convocatoria nominal y otra genérica, pero restringida, y se encargó a la Agencia Meliá la parte técnica del viaje. En estas circulares se daba a Don Javier tratamiento y título de «S. M. el Rey», y a Don Hugo, el de «Príncipe de Asturias». Ambos estuvieron en los actos y en todo momento juntos a sus esposas, que no acudían a las reuniones habituales. También estuvo presente la Infanta Doña Cecilia, que tampoco acudía nunca, como es natural, a las Juntas ordinarias. Tal vez no acudieran sus otras hermanas para no hacer más llamativa

la ausencia del Príncipe Don Sixto Enrique, que estaba en la Legión Española de incógnito. El escenario para la lectura del documento fue el más solemne posible: el altar de la capilla del castillo de Puchheim donde están enterrados Don Alfonso Carlos y su esposa, Doña María de las Nieves. Era la misma capilla donde veintinueve años antes, en el momento de inhumar los restos de Don Alfonso Carlos, Don Javier renovó su «juramento de ser el depositario de la Tradición legitimista española y su abanderado hasta que la sucesión quede regularmente establecida» (1). Las fotografías publicadas por «I. M.» (número citado), muestran también cierta solemnidad.

El carácter extraordinario del acontecimiento fue confirmado después, además, por la concesión de condecoraciones de la Orden de la Legitimidad.

La relación de los condecorados es larga y generosa. Pero muy pocos años después, ya fuera del período que historiamos, Don Carlos Hugo no contaba ya casi con ninguno de los relacionados. En dirección contraria, es curioso que el Rey concediera en esta ocasión el título de Comendador de la Orden de la Legitimidad a Don Esteban Bilbao, de la que era decano. Había estado muchos años distanciado de la Comunión sirviendo incondicionalmente a Franco contra ésta, y ahora volvía (Vid. «Boletín Informativo RQT», de enero de 1966.)

Probablemente este claroscuro con que se informa del Acto de Puchheim; esta mezcla de solemnidad y de discreción, el decir lo esencial en letra pequeña dejando los titulares a cuestiones distintas, y otros detalles de la misma línea, como, por ejemplo, la ausencia de telegramas públicos al Papa, a Reyes, a Jefes de Estado y otras personalidades, obedecían al deseo de no chocar directa y frontalmente con Franco, en un último y desesperado intento de conseguir siquiera «algo», a pesar de que ya no se esperaba nada de él. Esto no obsta para que, juzgando por analogía con la costumbre que durante la Jefatura de Valiente se había establecido para actos importantes, pensemos que probablemente Franco fue informado oficialmente de todo, inmediatamente antes y después, por la propia Jefatura Delegada, a título de cortesía. La Casa Militar pasaba inmediatamente un tanto de estas comunicaciones a la Dirección General de Seguridad.

(1) El texto íntegro de este juramento está en el t. II, pág. 33.

RESUMEN DE TRECE AÑOS

En el Acto de Barcelona, Don Javier aceptó, de forma un tanto oscura que le dijeran que él era el sucesor, y no solamente el albacea, de la dinastía legítima. Ahora, en Puchheim, lo dice él por sí mismo, libre y espontáneamente, y con toda solemnidad. Ambos actos son dos eslabones seguidos de un desarrollo político de gran sabiduría, pero mortalmente enfermo de lentitud. Entre uno y otro transcurren casi trece años de vacilaciones y equívocos de Don Javier, tendentes a difuminar el Acto de Barcelona más que a darle el rango necesario para que pueda ser la preparación del salto al gran hito de Puchheim. Después del tanteo y ambientación de Barcelona, el solemne final de la Regencia con la designación de sucesor debía de haber sido al año siguiente a más tardar. Entonces Don Hugo, la continuidad dinástica, hubiera tenido veintitrés años (nacido en 1930). Edad suficiente, si bien con el inconveniente, que ya se empezaba a remediar a marchas forzadas, de que su lenguaje en español era entonces notablemente defectuoso.

Los carlistas han llenado estos trece años de anhelos y ruegos a Don Javier de que hiciera lo que, al fin, acababa de hacer en Puchheim. Y también de exigencias apremiantes en el mismo sentido, que, al no ser satisfechas, dan lugar en 1958 a la cristalización y nacimiento oficial de un movimiento o estado de opinión, de raíces más antiguas, que a partir de esa fecha se llamará ya oficialmente Regencia Nacional Carlista de Estella. Y, por otro lado, a un trasvase importante de personalidades tradicionalistas a la obediencia de Don Juan de Borbón y Battenberg, en diciembre de 1957, que también era la culminación de un proceso más antiguo. Algunos carlistas que no soportan tan largas esperas forman un tercer grupo disidente, nada despreciable por su número y calidad; es el de los que han optado, individual, silenciosamente, por marcharse uno a uno a sus casas con la decisión de desentenderse de la política; decisión fruto del cansancio, de la desilusión, del escepticismo y de la amargura.

Identificar prudencia con lentitud, y retrasar trece años el desarrollo del Acto de Barcelona, que ya vino con alarmante y arriesgadísimo retraso, fueron fatales para la Causa. En este caso la lentitud, al contrario de lo que es más frecuente, fue tremenda imprudencia.

Todo esto con el agravante lastimoso de que a raíz del acto de Barcelona Don Javier había alcanzado cotas altas en el control del

Carlismo, comparables a las anteriores a 1943. En primer lugar, por el mismo acto en sí, que detuvo a los que amenazadoramente lo venían exigiendo, y que retrasó largamente la constitución de la Regencia Nacional Carlista de Estella hasta 1958. En segundo lugar, porque los que, capitaneados por el Conde de Rodezno trataron en 1945 de identificar a Don Juan con el sucesor legítimo de Don Alfonso Carlos, ya estaban de vuelta y esa carta estaba estropeada y desacreditada hasta que la restauró Araúz de Robles en 1957. Finalmente, en diciembre de 1953 sobrevino la muerte de Don Carlos VIII. Aunque algunos de sus seguidores pretendieron mantener esa línea recurriendo a sus hermanos, estaban éstos tan faltos de cualidades, como hemos visto, que prácticamente todos los «octavistas» regresaron a la obediencia de Don Javier, cerrando un período de más de diez años de rivalidad y cisma, hábilmente aprovechados por Franco en contra del Carlismo, y especialmente de Don Javier.

Un historiador que no haya vivido los años de Franco y que no hubiera conocido a éste de manera vivencial, añadiría que al comienzo de esos trece años de intervalo Barcelona-Puchheim Don Javier tuvo otro factor a favor suyo, la evolución de Franco hacia formas menos totalitarias. En estos años Franco camina hacia una institucionalización de su Estado también con una gran lentitud (1). Don Javier tuvo en la lentiud de Franco una oportunidad para proceder lentamente; pero no tanto. Si hubiera actuado menos lentamente, hubiera salvado al Carlismo de la desintegración, y le hubiera hecho incidir, fuerte y unido, en la evolución de Franco. Esta consideración pierde mucho, sin embargo, a los ojos de quienes han conocido a Franco; calculador pero a corto plazo, pragmatista ante todo, era visceral, antropológicamente, anticarlista, y no se hubiera conseguido más que las apariencias que se imaginaron.

Este esbozo mínimo de las grandes cuestiones de los trece años que se cierran en Puchheim debe recoger la crisis periconciliar. Ya hemos dicho que el liberalismo y otras herejías que invalidan y afean algunos textos eclesiásticos habían iniciado en España su marea ascendente que en ellos alcanza su pleamar, al final de la década de los años cincuenta con el nombre de «progresismo». Franco se enteró en seguida de que la Iglesia se despegaba del tradicionalismo y de la espiritualidad de la Cruzada y de la posguerra, y decidió

(1) Este proceso se sigue muy bien en la obra de Don Rafael Gambra «Tradición o mimetismo».

no ser menos y acercarse él también a la Revolución. Entre las medidas a tomar para ello, ninguna más clara y fácil que alejarse del tradicionalismo y acercarse a la dinastía liberal. Don Hugo también captó el fenómeno, al que los heresiarcas llamaban «los signos de los tiempos», y quiso hacer lo mismo. Pero le falló, porque el pueblo carlista no le siguió y no por eso consiguió a cambio adhesiones de sus enemigos seculares. Se quedó solo, y Franco, tan pragmático siempre, le despreció definitivamente. En los días de Puchheim no se había producido aún la desbandada masiva de carlistas de su alrededor, pero sí se había iniciado, y su preparación, la sensación de recelo, estaba ya muy presente y crecía día a día. La disimulaba y contenía la presencia de Don Javier, ya en el ocaso de su vida y de sus facultades; pero precisamente este ocaso progresivo invalidaba paralelamente la silenciosa gestión que su mera presencia hacía ante los carlistas en favor de su hijo, y permitía a éste crecientes errores. Si el Acto de Puchheim se hubiera adelantado a 1953, Don Hugo hubiera podido arraigar antes de la llegada de la nube contaminante del progresismo periconciliar que le ayudó en los desvaríos que le invalidaron.

DOCUMENTO LEIDO POR S. A. R. EL PRINCIPE DON JAVIER DE BORBON PARMA, EL DIA 17-I-1965, ANTE LA TUMBA DE DON ALFONSO CARLOS, CON EL QUE DA FIN A LA REGENCIA Y SE PROCLAMA SU SUCESOR

«Han pasado más de veintiocho años desde aquel 3 de octubre de 1936, en que se verificaba en esta Capilla del Castillo de Puchheim el entierro de mi Augusto Tío el Rey Don Alfonso Carlos I (1).

En aquella fecha inolvidable, en momentos en los que el porvenir y la vida misma de España estaban en juego, renové de manera solemne en este mismo lugar, ante el cadáver del Rey y en presencia de la Reina viuda, de representantes de varias Casas Reales de Europa y de los Delegados de la Comunión Tradicionalista,

(1) Sobre aquel acto publicó Don Ignacio Romero Raizábal un libro reportaje titulado «Boinas Rojas en Austria».

llegados desde España, mi juramento de ser el Depositario y nuevo Abanderado de la Tradición Legitimista española (2).

Terminada la guerra española y en medio del conflicto mundial, otro momento triste se asocia a nuestro recuerdo de Puchheim, cuando el 14 de febrero de 1941 fallecía en Viena mi Augusta Tía la Reina Doña María de las Nieves y su cuerpo fue traído aquí para que reposara junto al de su esposo, a quien había vivido tan entrañablemente unida (3).

Después de nuestra Cruzada, he venido periódicamente varias veces cada año a Puchheim con mi familia, para postrarme ante esta querida Tumba Real, como estuve en Trieste en el centenario de la muerte de Carlos V (4), recordando las gestas heroicas de todos mis Antecesores. Aquí, como en Trieste, hemosorado por España y por nuestros Reyes.

El recuerdo de aquellas fechas ya lejanas del entierro de mi Augusto Antecesor y mi avanzada edad, a cuya luz se comprenden mejor la trayectoria y el sentido de una vida, me han traído de nuevo a Puchheim, cercana la festividad de la Monarquía Tradicional (5), para orar ante la tumba del llorado Rey, ya no sólo acompañado de mi Familia, sino con una escogida representación de esa fidelísima y española Familia que es la Comunión Tradicionalista.

Y henos aquí, juntos de nuevo Dinastía legítima y Pueblo tradicional, para repetir ante la tumba de mi Antecesor que le hemos obedecido, que seguiremos consagrando nuestras vidas a los ideales de la Legitimidad, como estuvo consagrada la existencia de Don Alfonso Carlos y de su Augusta Esposa, llena de renunciaciones y sacrificios, de los que no fue el menor aceptar la Sucesión de la Corona de España a los ochenta y dos años de edad, con los gravísimos deberes que ello encerraba (6).

Desde todas las Regiones de España habéis acudido a mi llamada. Vuestro magnífico espíritu y vuestra lealtad, así como la entusiasta fidelidad a nuestro Pueblo, que no ha podido venir materialmente, pero que está aquí representado por vosotros con sus Jefes Regionales al frente, me conmueve profundamente. Ha sido en mu-

(2) El texto de este juramento se encuentra en el tomo II de esta recopilación, págs. 33 y 34.

(3) Véase tomo III, págs. 61 a 75.

(4) Véase tomo X, págs. 21.

(5) El día 6 de enero, festividad de los Santos Reyes.

(6) Vid. Melchor Ferrer: «Historia del Tradicionalismo Español».

chas ocasiones vuestro afecto lo que me ha sostenido en los momentos en que más graves decisiones hube de tomar.

Por eso, rodeado hoy de mis más queridos leales, en este lugar que entraña tantos emocionados recuerdos para un noble corazón carlista, encuentro ocasión inmejorable para exponer ante vosotros, que representáis a toda la Comunión Tradicionalista, los contrapuestos sentimientos que inundaron mi espíritu a raíz de aquel día triste y solemne de 1936, en que juré ante el cadáver del Rey ser el Depositario de la Tradición Legitimista Española. Al mismo tiempo deseo dar una justa satisfacción a las innumerables peticiones que de toda España he recibido a lo largo del año histórico que acaba de terminar, para que se escuchara la voz de la Legitimidad, rompiendo el silencio patriótico que me impuse en los últimos tiempos.

La actual forma institucional de España es la Monarquía Tradicional, Católica, Social y Representativa (7). Con ello se han visto reconocidas jurídicamente las aspiraciones de tantos españoles que a lo largo de cuatro guerras dieron sus haciendas y sus vidas en pro de la España ideal.

Pero la realización práctica de ese ideal monárquico quedaría mutilada e inviable si faltara el fundamento insustituible de la Dinastía Legítima, única con derecho histórico y legal al Trono, y única que ha permanecido fiel a las esencias nacionales. La Dinastía Legítima estuvo siempre, como lo está también hoy, rodeada del fervor popular de las muchedumbres, y con aquella indiscutible autoridad y con la fuerza real de sus legiones de voluntarios selló para siempre el 18 de Julio de 1936 la vigencia de su derecho histórico y la identificación de nuestra Monarquía con el Alzamiento Nacional.

La continuidad dinástica de la Monarquía española, hoy vinculada en mi persona (9), está asegurada en mi línea agnada y llega hasta mí y se transmitirá en su día (10) en mis hijos y sucesores agnados, por el cauce legal e histórico de la Legitimidad española,

(7) El artículo 1.º de la Ley de Sucesión de 26-VII-1947 dice: «España, como unidad política, es un Estado católico, social y representativo, que, de acuerdo con su tradición, se declara constituido en Reino.» Vid. tomo IX, página 93, y tomo de 1958, Ley de 17 de mayo, de Principios del Movimiento Nacional. Vid. et. Rafael Gamba: «Tradición o mimetismo», pág. 117.

(9) Reconocimiento del Acto de Barcelona de 1952. Vid. tomo XIV, página 32.

(10) Don Javier abdicó en Don Carlos Hugo el 8-IV-1975. Pero es muy dudoso que después de su adhesión al Referéndum de 14-X-1966 conservara ya la legitimidad.

cuya pesada carga de deberes y derechos —muy en contra de mis deseos y apetencias personales— recibí con la herencia legítima de mi Augusto Tío Don Alfonso Carlos, por rigurosa aplicación de las Leyes de Sucesión de la Monarquía Española.

De todos son conocidas las negociaciones o intentos de rehabilitación de la rama usurpadora del Trono, que si bien en derecho son atentatorias y contrarias a las Leyes de la Monarquía, se habían iniciado en los últimos meses de la vida de mi Primo Don Jaime III en 1931 y que fueron reanudadas por algunas personalidades aisladas al suceder a aquél el Rey Don Alfonso-Carlos (11). Pese a la gran generosidad y comprensión que derrochó Don Alfonso-Carlos en todo lo que era legalmente posible, tales intentos de aproximación de la rama usurpadora a la Dinastía Legítima no tuvieron efecto, manteniéndose contumaz la rama alfonsina al no reconocer los principios tradicionales de la Monarquía.

En su consecuencia, mi Antecesor Don Alfonso-Carlos, con toda su autoridad de Rey legítimo y de Jefe de la Casa Real de España y de todas las ramas de la Casa de Borbón, hizo pública en su Manifiesto a los Españoles de 29 de junio de 1934 (12) la anulación e invalidación, como contrario a las Leyes de la Monarquía y a los principios de la Legitimidad, y, por tanto, nulo de derecho, de todo llamamiento a la rama alfonsina y tomó las oportunas medidas para prevenir su sucesión legítima con las disposiciones e instrucciones concretas y terminantes para la aplicación de las Leyes sucesorias.

Previamente a este Manifiesto público, el Rey Don Alfonso-Carlos hizo la siguiente solemne

DECLARACION REAL

”Existe una Ley en España (como en todos los países del mundo) que quita todo derecho de sucesión al Trono a un miembro de la Familia Real que se rebela contra su Rey.

Más que eso hizo Alfonso XII.

Estaba mi hermano Carlos VII reinando ya en las provincias

(11) Esta frase desmiente la existencia del supuesto Pacto de Territet. No obstante, véase tomo II, pág. 35. Acerca de este asunto, véase el libro exhaustivo de Tomás Echeverría, «El Pacto de Territet, Alfonso XIII y los carlistas», tomo III, págs. 928 a 936.

(12) Vid. Melchor Ferrer, «Historia del Tradicionalismo Español».

del Norte y Centro desde más de dos años cuando Alfonso XII llegó al Trono gracias a un pronunciamiento militar.

En 1875 se batió Alfonso XII al frente de su Ejército liberal contra el Ejército Carlista mandado por Carlos VII (13).

No fue aquello un simple acto de rebeldía, pero mucho más grave, habiendo hecho armas personalmente contra su Rey legítimo. Por esa agresión a mano armada perdió Alfonso todo derecho de sucesión al Trono.

Si en 1875 hubiese Don Alfonso tenido hijos, se podría haber reconocido que perdió los derechos para sí, pero que sus hijos no podían haberlo perdido por la falta de su padre, pues ya lo habían tenido al nacer.

Pero en 1875, Alfonso XII era soltero, y Alfonso XIII nació tan sólo en 1886, es decir, once años más tarde, por lo que éste había perdido todo derecho a sucesión legítima al Trono *antes de nacer*.

Nada tiene que ver con esto la Ley sálica.

Toda la rama de Alfonso XII perdió los derechos a una sucesión al Trono, y Alfonso XIII no podía heredar de su padre un derecho que aquél había perdido once años antes de su nacimiento.

Son argumentos que no admiten discusión.

La rama de Alfonso XII y, por lo tanto, Alfonso XIII y su descendencia no pueden sucederme legítimamente.

7 de mayo de 1934

ALFONSO CARLOS"

(Rubricado)

La disposición legal a que se refiere el Rey está contenida en las Leyes I y II del Título II de la Partida VII, Ley II del Título VIII de la Partida II; Ley I del Título VII del Libro XII y Ley I del Título I del Libro III de la Novísima Recopilación, y Ley VI del Título I del Libro II del Fuero Juzgo, entre otras.

(13) En la batalla de Lacar, librada los días 3 y 4 de febrero de 1875 entre el general carlista Mendirry y el liberal Fajardo; Don Alfonso tenía dieciocho años y oyó silbar las balas; su ayudante fue herido. Escapó milagrosamente de caer prisionero de los carlistas. Acerca de esta batalla, véase Melchior Ferrer, «Historia del Tradicionalismo Español», tomo XXVII, págs. 91 y sigs.

Todas estas Leyes fueron aplicadas por la rama usurpadora en 1834 para excluir del derecho de sucesión en la Monarquía isabelina al primer Monarca de la rama carlista, Don Carlos V, y a toda su línea por el supuesto delito de traición y rebeldía a Doña Isabel II.

En su carta de 10 de agosto de 1935 a mi hermana la Emperatriz viuda de Austria (14), declaraba el Rey Don Alfonso Carlos:

"... Acabo de declarar por la Prensa que estudio a fondo esta tan grave e importante cuestión y espero encontrar mi sucesor.

Ahora voy a explicarte cuál es mi manera de ver en relación a quien deberá sucederme:

Declaro ante todo que, habiendo reflexionado mucho, he llegado a ver que es imposible que Don Alfonso ni su hijo me sucedan legítimamente. Jamás podrán ellos tomar nuestros verdaderos principios antiliberales, antiparlamentarios y nuestras ideas católicas tradicionalistas-carlistas, condenando la usurpación que hicieron del Poder desde más de un siglo.

Además, fue según las antiguas Leyes españolas por las que mi Abuelo Carlos V fue exilado, privado de sus derechos a la Corona para él y su descendencia (tenía entonces, en 1833, tres hijos, de nueve, once y doce años), y secuestrada toda su fortuna, desterrándole. Todo esto a causa de que no reconocía la dinastía de Isabel y de que tomó las armas contra ésta.

Por la misma Ley, yo declaro que la rama de Francisco de Paula ha perdido todo derecho legítimo por haber hecho la guerra a Carlos V, Rey legítimo, y lo mismo Alfonso XII por haberse batido a la cabeza de su Ejército liberal en 1875 contra mi hermano, su Rey.

En 1886 nació Alfonso XIII; por tanto, once años después de que su padre, Alfonso XII, luchando en Lácara contra mi hermano, perdiera todo derecho. *Alfonso XIII*, al nacer, no podía, pues, aspirar a ningún derecho de sucesión legítima.

Descartada en absoluto toda la rama de Francisco de Paula (hermano de Fernando VII y de mi abuelo Carlos V), viene entonces la rama de Borbón Sicilia.

Todos sus Príncipes han perdido sus derechos por haber reconocido a Alfonso XII y Alfonso XIII, haber servido en su

(14) Era la Emperatriz Zita, esposa de Don Carlos de Habsburgo, último Emperador de Austria-Hungría.

Ejército y haber recibido títulos, grados militares y empleos de ellos.

Queda la rama de Parma.”

Como veis, ninguna duda tenía Don Alfonso Carlos, después de haber estudiado durante años las Leyes y los principios de la Monarquía sobre la legislación aplicable, y sobre cuál era el orden sucesorio legítimo dentro del llamamiento establecido en la Ley de Felipe V, en relación con las restantes Leyes del Reino relativas a la materia.

Como fiel guardián de dichas Leyes y primer interesado en que se cumplieran, a fin de que quedara resuelta la cuestión de su sucesión antes de su muerte, se dirigió a mí para recabar mi aceptación como sucesor suyo. Su requerimiento tropezó entonces con mi oposición, basada en diversas circunstancias personales y fundamentales en mi deseo de verme apartado de cualquier clase de apertencias u honores terrenales, pero sin apartarme nunca del cumplimiento de los deberes que mi cualidad de Príncipe me imponía (14 bis).

En vista de ello, me hizo ver el Rey que no podía apartarme de algo que estaba por encima de nuestra voluntad y que no podía en modo alguno entenderse como un derecho personal, sino más bien como un deber, y como tal irrenunciable. Yo no debería privar de tal derecho a mis hijos nacidos o por nacer, que lo recibían, por su nacimiento, de nuestra fidelidad a las Leyes de la Monarquía y del llamamiento de la Ley de Felipe V.

Para compaginar en lo posible tal situación personal con la necesidad de garantizar de algún modo la continuidad del mando supremo de la Causa legítima española si venía él a faltar antes de haberse obtenido mi aceptación, arbitró Don Alfonso Carlos, con el consejo de eminentes juristas y personalidades tradicionalistas, la fórmula de la Regencia, designándome para desempeñarla como primer Príncipe llamado a la Sucesión legítima y con reserva expresa de mi derecho eventual a la Corona (15).

En su Carta de 24 de enero de 1936, repuesto de una enfermedad que por su avanzada edad había puesto en peligro su vida, me escribía de nuevo el Rey:

(14 bis) Vid. tomo XVIII (I), págs. 149 y sigs., muy importante.

(15) Vid. tomo I, pág. 14.

"... Según nuestras Leyes españolas, el que se rebela contra su Soberano pierde todo derecho de sucesión para él y *toda su descendencia*.

En cuanto a mí, sostengo que Alfonso XIII ni su hijo Don Juan no pueden en absoluto sucederme legítimamente.

Además, sé que nuestro Partido no admitiría jamás la sucesión de la rama de Alfonso XIII, pues aun aceptando algo de Tradicionalismo esa dinastía y su Gobierno, estaría más o menos mezclada de liberalismo. Yo pienso absolutamente lo mismo.

Descartada la rama de Francisco de Paula, vendría la rama de Nápoles. Pero todos sus miembros han reconocido la Dinastía usurpadora. No pueden, pues, tener ya derecho a mi sucesión.

Viene en seguida la rama de Parma. Ellas no puede sucederme, porque ha reconocido a Alfonso XIII.

Llegamos entonces a ti, querido Javier:

Pero yo no quiero todavía designar mi sucesor como Rey: de momento no se trata más que de nombrar un Regente para el momento de mi muerte que pueda tomar inmediatamente la dirección de mi Partido.

Acabo de firmar ayer un Decreto dirigido a mi Delegado Real Don Manuel Fal Conde, por el cual te nombro Regente para el momento de mi muerte (16).

Conociendo tus principios, que son absolutamente los míos, tu entrega absoluta para la Buena Causa, yo tengo plena confianza que aceptarás esta carga que nadie de nuestra Familia podría tomar, ni dirigir el Partido tan bien como tú. El nombramiento de mi Sucesor se hará más tarde y Dios quiera que seas tú.

Sabiéndote a ti a la cabeza de mi Partido, si muero, podré morir tranquilo.

Yo pido al buen Dios para que El te haga aceptar esta pesada carga, por la cual tú puedes salvar a España y a la Religión."

Comprendí entonces ante este requerimiento que era mi deber aceptar y acepté gustoso por servir a la Patria y a la Legitimidad

con la Regencia legítima, pero sin reclamar mi derecho a la sucesión que quedaba con ella salvaguardado.

A partir de entonces, me llamó el Rey a su lado, poniéndome al frente de los Jefes tradicionalistas para la preparación política y militar de los Requetés con vistas al inminente Alzamiento Nacional.

A aquella tarea, cumpliendo las órdenes del Rey, me dediqué con todas mis fuerzas, como un deber sacratísimo, sin otra mira que servir la Causa de la Religión y salvar a España, consciente de las responsabilidades dinásticas que debía salvaguardar.

Entonces fueron acudiendo a nosotros individualmente los restos de los grupos monárquicos alfonsinos que venían a reconocer la razón del Carlismo. Y con ellos llegaron también muchos otros buenos españoles, llenos de fe en el porvenir y deseosos de contribuir a la obra de regeneración de la Patria. A nuestras heroicas juventudes y a nuestras masas de siempre se unieron riadas de jóvenes entusiastas que engrosaron nuestros Círculos y nuestras organizaciones, y nutrieron las filas de los que después fueron nuestros gloriosos Tercios de Requetés.

Así, hombre a hombre, fue rehaciéndose, en torno a la Dinastía Legítima, la verdadera unidad monárquica, la única posible, porque era la que presentaba mayores garantías para el futuro.

Después de los acuerdos con el Ejército, llevados a cabo con mi personal intervención, y en eficaz entendimiento con las demás fuerzas sanas del país, llegamos al amanecer de Julio de 1936, que unió a todos los buenos españoles para la Cruzada Nacional, bajo la unidad de mando del Ejército, reserva incontaminada (17) de la Patria. En nombre y por Delegación del Rey Don Alfonso-Carlos, como representante de la Dinastía Legítima, firmé en la frontera de San Juan de Luz, el 14 de julio de 1936, la Orden de movilización general de los Requetés y de toda la Comunión Tradicionalista para realizar en toda España el Alzamiento Nacional a las órdenes del Ejército. En aquel momento histórico me asistía y acompañaba también el entonces Jefe Delegado, Don Manuel Fal Conde, a quien tanta parte cupo en la preparación y desarrollo del Movimiento Nacional. Desde aquel momento, la sangre de nuestros Requetés selló la identificación de nuestra Dinastía con el Movimiento Nacional.

(17) No tan incontaminada.

Entonces se tocaron también con la boina roja, para luchar por Dios, por la Patria y el Rey, los hijos y nietos de muchos que antes nos habían combatido, comprendiendo al fin la razón de ser de las guerra carlistas, que fueron calificadas por el Generalísimo como antecedentes inmediatos del Alzamiento Nacional y como la lucha por la España ideal, representada por los Carlistas.

Nadie se atrevió entonces a discutir el derecho de la Comunión Tradicionalista, ni de la Legitimidad de sus Abanderados, sino que, por el contrario, a ella se acogían todos los verdaderos monárquicos, reconociendo, finalmente, en la Causa Legítima la única esperanza de la Monarquía.

Mi designación como Regente fue, como lo indica el Decreto Real de institución de la Regencia, una medida tomada en previsión del posible fallecimiento del anciano Monarca sin que hubiera sido designado y proclamado su sucesor.

Los graves acontecimientos de 1936 y la no aceptación mía, que repetidamente había manifestado al Rey Don Alfonso-Carlos, de otra cosa que no fuera la carga de deberes que mi condición de Príncipe me imponía, hicieron que el estallido del Alzamiento Nacional —al que el Carlismo fue con el primordialísimo deber de salvar a España— y la inesperada muerte en accidente de Don Alfonso-Carlos el 29 de septiembre siguiente, habilitaron, como previsora-mente lo habían dispuesto mi Augusto Tío, la fórmula de la Regencia, en la que la continuidad de la Institución monárquica y de la Legitimidad quedaba garantizada.

En su solemne documento de 10 de marzo de 1936 (18), complementario del Real Decreto instituyendo la Regencia, después de señalar el procedimiento para llegar a la proclamación de su Sucesor, para lo que habilitaba dos fórmulas, declaraba nuevamente el Rey:

“... Esta Regencia no debe privarte de ningún modo de un eventual derecho a mi sucesión, *lo que sería mi ideal*, por la plena confianza que tengo en ti, mi querido Javier, que serías el salvador de España.

Te advierto, así como lo declararé en mi Manifiesto de 29 de junio de 1934, que tan sólo podrá sucederme quien, unido a la doble legitimidad de origen y de ejercicio (entendida

(18) Vid. tomo II, pág. 35.

saquella al modo tradicional) preste juramento solemne a nuestros principios y reconozca la Legitimidad de mi Rama. Te prevengo, además, que según las antiguas Leyes españolas, la rama de Don Francisco de Paula perdió todo derecho de sucesión por su rebeldía contra sus Reyes legítimos, y lo perdió doblemente Don Alfonso (llamado XII) para él y toda su descendencia por haberse batido al frente de su Ejército liberal contra su Rey Carlos VII, y así lo perdieron los Príncipes que reconocieron la rama usurpadora.”

Por otra parte, en Carta al Jefe Delegado, Don Manuel Fal Conde, de 12 de marzo del mismo año 1936 (19), con la que le entregaba la anterior, decía el Rey lo siguiente:

”... Adjunta va la famosa Carta para Javier, que es una especie de Testamento Político, unida al Decreto que te llevaste en la visita anterior.

Guarda ambos documentos para el día de mi muerte, a no ser que Dios te inspire de publicarlos antes. Al final puse algunas añadiduras, las que me parecían indispensables, para que se vea cuál es mi deseo, porque si no parecería que yo deseaba la sucesión de Don Juan, que *nunca* desee.

Los pasos que *unos cuantos* (no el partido) hizo con Don Alfonso al principio, no fueron deseados, sino *tan sólo tolerados*, pidiendo a Dios saliesen sin resultado.

Acabo de recibir un escrito firmado por 90 Párrocos (creo todos navarros), suplicándome declare que Don Juan no me sucederá. Piden que nombre para sucederme un Príncipe de Borbón Parma, o un Príncipe de Habsburgo Borbón. La *súplica parece escrita por mí, del todo* en mis ideas (20).

Lo piden para el bien de la Causa de la Religión en España, para que se salve España. No son ellos solos que piden eso, sino la masa del partido. Me parece por esto debería yo hacer saber que no admito que la rama de Don Alfonso me suceda, y no esperar para esto a mi muerte.”

En plena Cruzada Nacional de Liberación se celebró una Asamblea Nacional de la Comunión Tradicionalista en febrero de 1937,

(19) Vid. tomo III, pág. 37.

(20) Aunque esta carta es anterior a esta recopilación, se reproduce en ella a propósito de otra carta de curas navarros a Don Javier. Vid. tomo XI, página 141.

en el Palacio de Insúa, en Portugal, con asistencia de todos sus Jefes, Delegados, representantes y personalidades (21). En aquella memorable reunión se plantearon, entre otras cuestiones, la que ya se estaba iniciando con las pretensiones de la rama alfonsina, ahora cristalizadas en torno en la persona de Don Juan, a quien Don Alfonso, previa renuncia de sus hermanos mayores, había declarado como su heredero. A la vista de las circunstancias gravísimas por las que atravesaba España y fieles al compromiso adquirido con el Ejército, se acordó por unanimidad aplazar hasta después de la Cruzada la declaración solemne de la continuidad dinástica legítima y la proclamación del Sucesor de Don Alfonso Carlos; con el pleno convencimiento, además, de que el triunfo indiscutible de la Causa Nacional, de la que nuestra Comunión formaba parte integrante y principalísima, permitía que, una vez restablecida la paz y reconstruida la sociedad en sus instituciones peculiares, pudieran reunirse las Cortes Tradicionales representativas.

Ante esas Cortes, el Sucesor de la Dinastía Legítima debía renovar, con amplitud nacional, el Pacto histórico entre el Pueblo y la Dinastía, roto a la muerte de Fernando VII y sólo mantenido por la fidelidad de los Reyes legítimos en el destierro y la lealtad heroica del pueblo carlista.

En mi manifiesto de 25 de julio de 1941 (22) ofrecí la fórmula de la Regencia legítima y ampliamente nacional, como institución preparadora de las Instituciones monárquicas, que reconstruyera la sociedad y la devolviera sus características después de la guerra padecida. Señalé en aquel documento, sin embargo, que si la aplicación de aquella fórmula —que era el primer camino señalado por Don Alfonso Carlos en su Carta del 10 de marzo de 1936— no fuera posible, se proclamaría sin demora en el seno de la Comunión el Príncipe que la acaudillase, Rey legítimo en el Trono o en el destierro, sobre cuyo derecho no podría en adelante admitirse discusión.

Frente al ofrecimiento de la Regencia, depositaria de la Legitimidad, que podía haber mantenido la unión de todos los monárquicos, se planteó una vez más la opuesta tendencia disgregadora de la rama alfonsina de reclamar un supuesto o inexistente derecho

(21) Una parte de las actas de esta reunión se encuentra en el tomo del año 1955, en la recapitulación de documentos referentes a Don Manuel Fal Conde.

(22) Vid. tomo III, págs. 163-179.

personal, basado en la herencia del último Monarca liberal, con desconocimiento y desprecio absoluto de cuanto representaba la Legitimidad. Tal actitud personalista mostraba un interesado desconocimiento de la doctrina y legislación monárquica sobre la Legitimidad de origen en la sucesión a la Corona. Pues es sabido y lo hemos visto aplicado no sólo por la Dinastía legítima en los documentos que hemos examinado del Rey Don Alfonso Carlos, sino incluso por la rama usurpadora cuando en 1834 declaró la exclusión de Don Carlos V y toda su línea, que carecen de legitimidad de origen agnaticia, es decir, del llamamiento de la Ley sucesoria, aquellas líneas de Príncipes que perdieron el derecho eventual de sucesión por actos positivos determinados por las Leyes y se hallan por ello legalmente incapacitadas; de tal suerte que los Príncipes rebeldes al Rey legítimo y la descendencia de aquéllos quedan fuera del orden sucesorio legítimo y privados del beneficio del llamamiento de la Ley, sea cual fuere el grado de parentesco de sangre con el Rey, que queda reducido a un parentesco de familia privada, pero no de carácter público. La agnación sucesoria con el derecho eventual a la Corona es la que da la cualidad de miembros de la Familia Real y de la Dinastía como Institución de Derecho Público.

Pero es que, además, tal postura personalista, reveladora de un anacrónico concepto patrimonial de la Monarquía, a todas luces inadmisible porque es contrario a nuestras Leyes y al bien común, rompió la lograda unidad monárquica, conseguida con gran esfuerzo en los días heroicos de la Cruzada.

Además de esta oposición, mis deseos de cumplir "sin más tardanza que la necesaria" el testamento político de Don Alfonso Carlos (23) se vieron paralizados por el desencadenamiento de la Guerra Mundial, con las difíciles circunstancias y peligros que a ella siguieron y que hicieron imposible, como sabéis, el normal ejercicio de mis funciones como Regente (24).

Los momentos difíciles y la injusta situación creada a España al término de la contienda mundial aconsejaron que se aplazara,

(23) Es una sinonimia. En sentido jurídico riguroso, Don Alfonso Carlos no dejó un testamento político así denominado. El Real Decreto de 23-I-1936 instituyendo la Regencia se ha solido llamar convencionalmente su testamento político, como se hace en estas mismas páginas. A él pertenece la frase entrecomillada.

(24) Acerca del cautiverio de Don Javier por los alemanes, véase tomo V, páginas 159 y sigs.

una vez más, el planteamiento que condujera a la declaración solemne de la Sucesión dinástica legítima (25).

El ejemplo de mis antecesores y en especial el de Don Carlos VII ante la guerra de Cuba en 1875 y 1898 (26) y el de Don Alfonso Carlos al comenzar el Alzamiento Nacional en 1936, anteponiendo siempre el supremo interés de la Patria a cualquier planteamiento de derecho dinástico, abonaban la decisión de aquel aplazamiento, ya que la aceptación y proclamación del Sucesor legítimo en la Corona hubiera podido interpretarse como un planteamiento personal, poco patriótico, que pretendiera buscar el apoyo de un clima internacional que en aquellos momentos intentaba asfixiar al País.

Reconocida internacionalmente la razón de España, vuelta la normalidad al país y proclamando entretanto en las Leyes el principio de la Monarquía Tradicional (27), como repulsa del sistema liberal, las circunstancias que hasta entonces habían impuesto aplazar el cumplimiento de las disposiciones testamentarias de Don Alfonso Carlos, podían considerarse agotadas.

En junio de 1950 presidí en Madrid la reunión del Consejo Nacional de la Comunión, que me presentó un dictamen razonado sobre la conveniencia de poner término a la Regencia y proclamar el sucesor de Don Alfonso Carlos, con exclusión de la rama usurpadora y de todas las líneas que la habían reconocido (28).

Con la serenidad y el patriotismo que siempre caracterizaron las más graves decisiones de la Legitimidad y con la rigurosidad jurídica que la trascendencia para el futuro de España exigía en asunto de tanta importancia, se examinaron una por una las posibilidades que con arreglo a derecho y con sujeción al supremo imperativo del bien común pudieran considerarse. Los dictámenes que se pidieron coincidieron unánimemente en que, por estricta aplicación de las Leyes, la sucesión legítima de Don Alfonso Carlos recaía de modo indubitado, y a pesar de la oposición de mis deseos personales, sobre mí y sobre mi línea agnada.

(25) Acerca de la conducta de la Comunión Tradicionalista durante el bloqueo de la ONU, véase el tomo VIII, pág. 141.

(26) Véase Melchor Ferrer, «Historia del Tradicionalismo», tomo XXVIII, vol. II, págs. 143, carta de Don Carlos VII a Oller, el 24-I-1898.

(27) Principio séptimo de la Ley de Principios del Movimiento Nacional, de 17-V-1958.

(28) Tomo XII, pág. 23.

Me competía, como Regente, desvelar sobre qué Príncipe recaía el derecho a la Corona, que, de acuerdo con las Leyes y las indicaciones repetidamente expresadas por Don Alfonso Carlos, correspondía a mi rama, y dentro de ella, a mí en primer término. Pero, a pesar de que voces menos autorizadas, y precisamente las que ningún título o derecho podían alegar, se levantaban una y otra vez con exigencias públicas de restauraciones imposibles, y a pesar del clamor ya incontenible del pueblo carlista, que estaba temeroso de que la no titulación de la Realeza legítima sólo favoreciera a los muchos seculares enemigos de la Monarquía Tradicional, quise prolongar todavía la espera, antes de llegar a la aceptación de responsabilidad tan grave, porque, hallándome bien lejos, como saben todos los que me conocen, de apetecer ninguna clase de honores terrenos, hubiera deseado, si fuera posible, apartar de mí tan pesada carga, siempre que con ello no se hubiera lesionado el principio de la Legitimidad.

Sin embargo, las consideraciones personales y la resistencia que siempre había opuesto y que habían aplazado mi designación como sucesor de Don Alfonso Carlos en vida de éste, según su deseo expresamente reiterado desde 1934, hubieron de ceder ante la superior consideración de los imperativos de un deber de conciencia insoslayable.

Este sentido del deber, del que tan grandes ejemplos dieron siempre mis Augustos Antecesores, ha guiado en todo momento mi existencia. Jamás deserté del puesto en que la voluntad de Dios me colocó, ni esquivé el cumplimiento de los deberes de mi stirpe. Y esperó con la gracia de Dios que tal norma de conducta guiará siempre mis pasos hasta el fin de mi vida, y que después de ella regirá la de mis sucesores.

Por ello no rehuí el nuevo y pesado sacrificio que mi nacimiento y las Leyes de la Monarquía española me imponían, a pesar de que sabía bien cuán grande era la carga que recaía sobre mí y sobre los míos. Por deber -y por amor a España acepté finalmente en 1952 (29), a instancias apremiantes del Consejo Nacional Carlista y sancionando la súplica que me elevó en razonado estudio y dictamen, la Sucesión de los Reyes legítimos para mí y para toda mi línea agnada, abrazando así el camino sembrado de renunciación que siguieron todos mis antecesores. Con ella acepté la plenitud de

derechos y gravísimos deberes de la Corona de España, en espera de que aquella aceptación ante la Comunión Tradicionalista pudiera ser ratificada un día ante el Reino junto en Cortes.

En mi Declaración al Consejo Nacional, reunido en Barcelona el 31 de mayo de 1952, dije, entre otras cosas:

"... La Autoridad soberana requiere para su ejercicio, cuanto más para su instauración, la concurrencia de la Sociedad y la colaboración de sus hombres representativos.

La Comunión Tradicionalista, la genuina representación ideal de España, por lo mismo que cifra la salvación de nuestra Sociedad en la restauración de la Dinastía titular de la Monarquía legítima, tiene el claro concepto de lo que significa la proclamación de Rey: Rey de derecho.

Rey de derecho no es la frívola significación de lo que el vulgo llama Pretendiente. Rey de derecho es una bandera de justicia un programa de reivindicación, un paladín de causa noble, una promesa de salvación. Pero además es un ejemplo y una vida de hondos sacrificios, totales renunciaciones, línea y camino de padres a hijos, de servicios y trabajos, mientras la victoria inicia rutas de superación de todas esas abnegaciones.

Hasta entonces, yo no paso de ser, pues que así lo pedís y así lo exige mi deber jurado, más que Rey de los Carlistas, Rey de la representación ideal de España, Rey de la Monarquía ideal.

Fijaos bien que al aceptar la Realeza de derecho de España no hago sino radicar en mí la suma copiosa de deberes que a mis mayores unió a esta noble Nación.

Las Revoluciones han borrado de las conciencias el concepto de la Realeza legítima y de las obligaciones del pueblo. Sin oportunas circunstancias y preparación adecuada, una proclamación de derechos al Trono puede ser inoperante cuando no contraproducente: Esa es vuestra labor. Como tarea mía, ultimar trámites que estimo necesarios. Quedan de este modo diferenciados dos momentos: mi Resolución, a vuestro ruego, de asumir el Derecho Real vacante y el de su promulgación oficial y juramento con mi hijo llamado a sucederme y que ahora está impedido de concurrir.

Para el mismo escribo una carta, de la que hago depósito en manos de mi Jefe Delegado, que es ya el Documento autén-

tico de mi acuerdo, suficiente él solo para asegurar la Sucesión legítima de nuestra Monarquía si durante estos trámites, no obstante que sean breves, Dios Nuestro Señor quisiera cortar mi vida, que a El en su Divina Realeza ofrezco por esta Causa.

Con el corazón repleto de emociones que vuestra lealtad me causa, como Rey vuestro y en camino, tan penoso que sea menester, para serlo de todos los españoles, os invito a labrar sin desalientos hasta la victoria y la salvación."

Y en mi carta a mi muy querido hijo el Príncipe de Asturias a que se alude (30), con el Acuerdo de aceptación de la Realeza legítima, dije:

"...La Providencia de Dios nos ha sujetado por la ley de nacimiento a un orden en la sucesión de nuestra noble y multisecular estirpe y nos ha guardado fieles a los ideales y principios rectores de la Legitimidad Monárquica, que ordena la sucesión genealógica al justo ejercicio del Poder.

Bajo esa suprema norma, la sucesión legítima de nuestro abuelo Don Felipe V mantuvo intacta hasta el último Rey, nuestro inolvidable Tío Don Alfonso Carlos I, la Bandera de las Santas Tradiciones a costa de las amarguras del destierro y de los más ricos caudales de la mejor sangre española.

A la muerte del Rey, como hubiera deseado que tomara alguna parte la Nación en la solución del problema sucesorio, vecina la guerra, tras la que debería haber ocasión apta, dejó instituida la Regencia, confiándomela.

En estos dieciséis años ni ha sido posible esa consulta a la Nación, ni Príncipe alguno ha querido echar sobre sí esta misión penosa de la Realeza legítima.

Mientras tanto, se acusan los mayores peligros para la Monarquía, y la gloriosa Comunión Tradicionalista advirtiéndolos, me representa su anhelo de ver asegurada la continuidad en línea familiar que permanezca en la observancia de nuestros ideales.

Es por todo esto, mi querido hijo, porque hoy, festividad de la Mediación Universal de María Santísima, y postrado ante la Divina Realeza de Jesucristo Sacramentado, he resuelto

(30) Tomo XIV, pág. 9.

asumir la Realeza de las Coronas de España en sucesión del último Rey, aunque pendiente la promulgación de este Acuerdo de la oportunidad que espero próxima para su publicación y nuestro Juramento.”

Aquella grave decisión y solemne compromiso, con el que obligué por mí y por todos los míos, lo reiteraré públicamente en Lourdes el 31 de abril de 1954 (31) en presencia de la Junta Nacional Carlista y en mis Manifiestos y declaraciones posteriores, y a pesar de que mi aceptación provocó las naturales reacciones y presiones, e incluso vacilaciones sobre la oportunidad de la decisión, comprendí finalmente que los deseos del Rey Don Alfonso Carlos y las razones jurídicas de estricta aplicación de las Leyes de nuestra Monarquía estaban rubricados por el consenso popular unánime de nuestro pueblo, que se ha manifestado en todas las ocasiones en toda España y del que tantas pruebas de lealtad he recibido. No puedo menos de recordar con emoción las que he recibido especialmente en Roma con ocasión de la boda de mis queridos hijos Carlos e Irene (32).

Con posterioridad a la aceptación de Barcelona, mi hijo primogénito, fiel a los deberes de nuestra estirpe y a su grave responsabilidad como heredero mío, proclamo solemnemente ante nuestro pueblo y ante España entera en Montejurra el 5 de mayo de 1957 su compromiso y aceptación de ser en su día el continuador de nuestra Dinastía (33). El amor del Príncipe a España y su total entrega a su servicio son un ejemplo que ante todos puedo ostentar con orgullo, juntamente con su ejemplarísima esposa, mi muy querida Irene, cuyas virtudes y cristiana entereza ante las pruebas a que la sometieron las circunstancias la han hecho acreedora al cariño y admiración de toda España.

Los Príncipes, con su conducta y la lealtad y afecto de nuestro pueblo me compensan con creces de tantas ingratitudes y tan injustas incomprensiones y ataques de algunos que, llamándose patriotas, no han vacilado en unirse a los peores enemigos de España. Temerosos de nuestra razón, redoblaron sus injuriosos ataques contra nosotros, señal inequívoca que siempre distinguió a nuestra Causa y a sus legítimos Abanderados. Pero vuestra lealtad fue siem-

(31) Tomo XVI, pág. 26.

(32) Tomo XXVI, pág. 117.

(33) Vid. tomo XIX (I), pág. 39.

pre nuestro principal apoyo para el cumplimiento del deber. Y es que, como no podía ocurrir de otro modo, hay y habrá siempre una concordia admirable y recíproca entre las Dinastías legítimas y el bien común de sus pueblos, en contraste con la complicidad fatal que se da también siempre entre las usurpaciones y los intereses de los enemigos de la Patria.

En su ignorancia o mala fe, algunos enemigos de la legitimidad se atrevieron a lanzar la acusación de que mi actuación y sobre todo en la proclamación de sucesor legítimo, que sobre mí recaía, pasando de la Regencia que acepté en vida del Rey Don Alfonso Carlos a la plena titulación de la Realeza, había excedido la misión recibida de mi Augusto Antecesor e incumplido su Testamento político (34). Los que así hablaban sólo pretendían sembrar el confusionismo sobre la sucesión y atribuir a las pretensiones de la rama usurpadora una supuesta legitimidad de origen, de la que carece en absoluto.

Hemos visto, sin embargo, cuáles fueron las instrucciones concretas y terminantes que recibí de mi Augusto Tío el Rey Don Alfonso Carlos sobre la cuestión de su sucesión y sobre la exclusión legal de la rama alfonsina, y a las que yo, por encima de mi voluntad o de mis deseos particulares, he tenido que sujetarme con completa fidelidad, puesto que a diferencia de los demás miembros de la Familia de Borbón española, mis hermanos y yo éramos los únicos que reconocíamos y acatábamos en Don Alfonso Carlos I al Rey legítimo de España y Jefe de nuestra Casa.

Pero hay, además, tres documentos de mi Augusto Tío que con los anteriores completan su Testamento Político. En efecto, en mayo de 1934, al mismo tiempo que hizo su Declaración sobre la sucesión legítima, que luego se reflejó en su Manifiesto a los Españoles de 20 de junio siguiente, el Rey Don Alfonso Carlos escribió de su puño y letra el siguiente Documento, que dice así:

PARA MI TESTAMENTO POLITICO

"Con este documento declaro *nulo y sin valor alguno* todo lo que indiqué en mi Manifiesto de 6 de enero de 1932 relativamente a mi sucesión (35).

(34) Vid. tomo XIX (II), págs. 248, 259.

(35) Manifiesto de Don Alfonso Carlos de 6-I-1932. Vid. Melchor Ferrer, «Historia del Tradicionalismo».

En aquel momento, al heredar yo los derechos al Trono por la muerte de mi muy querido sobrino Don Jaime y creyendo que Don Alfonso de Borbón y Habsburgo iba a reconocer nuestra legitimidad, no me hice cargo de que Don Alfonso de Borbón y Borbón (Alfonso XII) había perdido todo derecho al Trono.

Si un miembro de la Familia Real se rebela contra su Rey tiene por su acto que perder todo derecho a sucederle.

En la Novísima Recopilación, 2.^a Ley del Título 1.^o del Libro 2.^o, está dicho que el que haga guerra contra el Rey pierde todo lo que recibió del Rey.

Mucho más grave es el caso del que fue Alfonso XII, pues no sólo se rebeló, sino hizo armas contra su Rey legítimo.

Mi hermano estaba reinando en las Provincias del Norte desde dos años cuando por un pronunciamiento militar de Martínez Campos subió al Trono Don Alfonso de Borbón y Borbón (Alfonso XII) en 1874.

En 1875, al frente de su Ejército liberal, atacó Don Alfonso en Lácar a su primo y Rey Carlos VII, que mandaba el Ejército Carlista, siendo aquél derrotado y por poco caído prisionero.

Por esa agresión a mano armada, que es mucho más grave que una simple rebeldía, perdió Don Alfonso (XII) todo derecho a eventual sucesión.

Si Don Alfonso (XII) hubiese sido entonces casado, y hubiese tenido hijos, se podía haber reconocido que, a pesar de haber perdido él todos sus derechos, no los podían haber perdido sus hijos por estar ya en vida.

Pero Alfonso de Borbón y Habsburgo (Alfonso XIII) nació tan sólo el año 1886, es decir, once años *después* que su padre había perdido todo eventual derecho de sucesión; nació, pues, sin tener ya derecho alguno, y así los perdió para él y para toda su descendencia.

Es un punto claro que no da lugar a discusión alguna.

No soy yo quien excluyó toda esa rama de mi sucesión, sino es Alfonso (XII), que por su rebelión a mano armada los perdió.

La rama de Don Alfonso (XII) y *toda* su descendencia queda, pues, excluida de poder sucederme legítimamente."

Cuando ocurrió el accidente que costó la vida al Rey, yo llegué a Viena momentos después de su muerte. Mi Augusta Tía la Reina Doña María de las Nieves me dio entonces varios documentos que el Rey había ordenado me entregaran. Entre ellos había dos cartas cerradas con la orden de que no fueran abiertas hasta después de su muerte, y que complementan, por tanto, su TESTAMENTO. Una de ellas iba dirigida al Jefe Delegado, Don Manuel Fal Conde, tenía fecha 8 de julio de 1936 y decía, entre otras cosas:

"En cuanto a la cuestión sucesoria, sabes cuál es mi modo de pensar; es decir, que yo considero que toda la rama de Don Francisco de Paula no me puede suceder legítimamente por su rebelión; pero, sobre todo, no la de Don Alfonso (denominado el XII), por haber peleado al frente de su Ejército liberal contra su legítimo Rey, Carlos VII, y así tampoco su hijo Don Alfonso (llamado XIII), que nació *once años después* de la batalla de Lácár.

La rama Borbones de Nápoles reconoció toda ella la Dinastía usurpadora, aceptando empleos, cargos, condecoraciones de la misma, y, por lo tanto, no puede suceder en España.

El Príncipe Elías de Borbón Parma, Jefe de esta rama, reconoció igualmente a Don Alfonso (llamado el XIII) y recibió de él el Toisón de Oro. No puede, pues, suceder. Tiene dos hijos, pero creo que irán con el padre (36).

Viene después el Príncipe Javier Carlos de Borbón Parma de Braganza, que yo nombré Regente.

Pido a Dios lo arregle de modo que Don Javier Carlos sea mi sucesor legítimo, y después de él, sus hijos. Tengo plena confianza en mi sobrino Javier y espero que sea él el salvador de España."

En la otra carta del Rey Don Alfonso Carlos, de fecha también del 8 de julio de 1936, cerrada por mi Tío con la orden de que no fuera abierta hasta después de su muerte y dirigida a mí, pude leer con gran emoción el mismo día de su entierro lo siguiente:

"Viena, 8 de julio de 1936.

Mi muy querido sobrino Javier Carlos:

Para el caso muy probable que pronto me llame Dios, quiero decirte a qué punto agradecí el grandísimo sacrificio

(36) Acerca de Don Elías, véase el tomo XIX (II), págs. 319 y sigs.

que hiciste de aceptar de ser Regente a mi muerte, y pongo en tus manos mi heroico partido.

Estoy seguro de que obrarás del todo según mis ideas. En primer lugar, reconozco que la rama de Don Francisco de Paula, pero sobre todo la de Don Alfonso (llamado XII), no me puede suceder legítimamente por haberse rebelado contra la Rama legítima, y, sobre todo, Don Alfonso (llamado XII), por haber peleado a la cabeza de su Ejército liberal contra su Rey legítimo Carlos VII. Por eso toda su sucesión por nacer perdió el derecho a sucesión.

Los Borbones de Nápoles han perdido todos ellos el derecho de sucesión al Trono de España por haber reconocido, servido y aceptado empleos y condecoraciones de la dinastía usurpadora.

Mi sobrino Elías de Parma ha perdido igualmente todo derecho por haber reconocido a Don Alfonso (llamado el XIII).

Tú eres el primer Borbón, querido Javier, que no ha claudicado y que quedaste fiel a la Dinastía legítima, así como lo hizo tu excelente Padre. Por lo tanto, tengo plena confianza en ti y creo serás el salvador de España.

Que Dios te bendiga, y recibe, mi queridísimo Javier, el más cariñoso y agradecido abrazo de tu tío, que tanto te quiere,

ALFONSO CARLOS (rubricado)."

Queda, pues, claro y evidente el derecho sucesorio de la Monarquía española por aplicación de las Leyes y en interpretación auténtica, es decir, hecha por el mismo Rey.

Queda igualmente claro que al instituir la Regencia en mi persona, el Rey, al no haber conseguido mi aceptación antes de su muerte, me señalaba como su sucesor y me confiaba el depósito sagrado de deberes y derechos de la Legitimidad Monárquica. Faltan, pues, a la verdad de los hechos los que han afirmado, siempre en beneficio de la rama contraria a la Legitimidad, que la misión de la Regencia era declarar la sucesión a favor de la rama alfonsina. Precisamente el mismo Rey Don Alfonso Carlos, aparte de todos los documentos que hemos examinado, salió al paso de toda otra posible interpretación de su pensamiento y de su voluntad, ordenando al Jefe Delegado Don Manuel Fal Conde que desmintiera enérgica-

mente una información de prensa en la que se decía que se había acordado entre el Rey legítimo y su sobrino Don Alfonso designar como sucesor a Don Juan de Borbón. En esa carta, que lleva fecha 17 de septiembre de 1936, es decir, quince días antes de su muerte, escribe el Rey Don Alfonso Carlos:

"El periódico 'Le Jour', de París, de fecha 16 del presente, trae un artículo disparatado contra el cual es preciso que protestes de mi parte. Dice que, en vista de mi tan avanzada edad, hemos convenido mi sobrino Don Alfonso de Borbón y Habsburgo y yo nombrar para sucederme al Príncipe Don Juan de Borbón y Battenberg.

«A pesar de mi tan avanzada edad, considero mi deber continuar mientras viva en el puesto que Dios me impuso.

«Pero en cuanto a hablar de cuestiones sucesorias, no es ahora el momento de discutir las, mientras yo ordené a mis Carlistas el tomar parte en la guerra civil tan sólo para salvar a España, al grito de ¡Viva España!, sin cuestión de partidos, todos unidos para ese fin. Después de triunfar, Dios ayudará y yo confío en El.

«Pero ese artículo mentiroso me obliga a encargarte le desmientas, pues precisamente por no admitir que esa rama me suceda, fue por lo que nombré el 23 de enero último a mi querido sobrino el Príncipe Don Javier Carlos de Borbón Parma y Braganza Regente para el día de mi muerte, sabiendo que no podía dejar nuestra admirable Comunión en mejores manos para salvar a España con nuestros principios fundamentales, católicos y legitimistas."

Han errado, pues, completamente los que nos han acusado de no cumplir el Testamento político de Don Alfonso Carlos. Ahí tenéis el Testamento político de mi Augusto Tío, que he querido daros a conocer en este acto y que acabáis de oír. A su vista, el único reproche que hubiera podido hacérsenos es el de no haber aceptado antes la sucesión plena de los derechos a la Corona, aunque para la aceptación de todos los graves deberes que a ellos van unidos y para el servicio de España no vacilé en asumir todas las responsabilidades con el puesto supremo de Regente y depositario de la Legitimidad en los momentos difíciles que precedieron y siguieron al Alzamiento Nacional del 18 de Julio de 1936. Posteriormente, en todo momento he estado en mi puesto y en el cumplimiento de mis

deberes. Y en la actualidad, como todos sabéis, no he hecho dejación ni abdicación de mis derechos porque lo entiendo como graves deberes y los deberes no pueden abdicarse.

Quiero también repetir ante vosotros la solemne declaración que hice en Madrid ante la magna Asamblea Nacional de nuestra Comunidad el 17 de enero de 1956, que sigue teniendo plena actualidad (37).

"He oído vuestras palabras tan sinceras, unánimes y leales, expresión sincera de los acontecimientos del pueblo carlista. Ellas han expresado vuestro anhelo común de que cese cualquier género de duda o incertidumbre que pueda enturbiar la posición del Carlismo y la solución que ofrece a la Patria, única verdaderamente monárquica.

Sabed por esta Declaración pública y terminante que cuanto manifesté en 1952 en Barcelona queda hoy perfectamente ratificado ante este Consejo de la Comunidad que reúne en su seno la representación plena del Carlismo.

Llamado por las Leyes de Sucesión en el Dictamen unánime de cuantos han sido convocados a interpretarlas y de acuerdo con el deseo expreso de mi Tío el Rey Don Alfonso Carlos, he aceptado para mí y para mis descendientes la Sucesión legítima de la Monarquía española, la pesada carga de la Corona en el destierro.

Esta Declaración no entraña por sí misma una oposición a nada ni a nadie, antes bien abre un horizonte político de estabilidad y concordia para quienes sinceramente laboren por la pacificación del país en la gloriosa Monarquía de sus antepasados. Pero esta Declaración establece una línea de conducta para quienes se den el nombre de tradicionalistas-carlistas.

A todos mis leales llamo a la unión y a una fraternal colaboración e igualmente a todos los españoles de buena voluntad que deseen la gloria de la Patria bajo la Cruz y la Corona.

Fiel a mis antepasados en el Trono y en el Destierro, fiel a Mi Casa, sabed que siempre me tendréis a vuestro lado en el cumplimiento del deber y sacrificio."

(37) Acerca de esta Declaración y su contexto, véase el tomo XVIII (I), páginas 28 y sigs.

He aquí, pues, cómo quedó cumplido el Testamento político del Rey Don Alfonso Carlos, adhiriendo yo a mi voluntad con la aceptación plena de Sucesión legítima.

Aunque ninguna duda podía haber sobre cuál es el orden sucesorio de la Dinastía Carlista, como lo habéis visto, y con la independencia absoluta de mis deseos personales, he querido reunir aquí los principales Documentos Reales sobre la Sucesión y dejarlos protocolizados y resumidos en este Documento y Acta solemne para que queden así cumplidas hasta el menor detalle las voluntades que me dejó consignadas el Rey Don Alfonso Carlos en aplicación de las Leyes.

Yo no soy más que un eslabón en esa cadena de la Dinastía de los Reyes legítimos de España, en la que mi voluntad o deseo personal nada podía cambiar. Después de mis días, momento tal vez no muy lejano, podré morir tranquilo sabiendo que cumplí la misión que la voluntad de Dios me confió y que mi hijo continuará la obra de mis antepasados al servicio de nuestra amadísima España.

Por todo ello, puedo repetir hoy con vosotros delante de la tumba del Rey Don Alfonso Carlos: Señor, las Leyes han quedado aplicadas y vuestros deseos se han cumplido. Mi Familia y yo, con la ayuda de Dios Todopoderoso, seremos dignos continuadores de vuestra obra y fieles a la confianza que nos manifestasteis en toda ocasión y especialmente en las disposiciones de Vuestro Testamento político, que queda así enteramente cumplido. Que Vuestra Majestad y vuestra Augusta Esposa no dejen de pedir e interceder en todo momento por los que aquí abajo hemos quedado investidos de la grave responsabilidad de guiar a nuestro leal y fiel pueblo carlista.

Dado en el Castillo de Puchheim, a diecisiete de enero de mil novecientos sesenta y cinco.»

* * *

Este documento está escrito totalmente a mano, de puño y letra de Don Javier. Las pocas copias que inicialmente se hicieron para el Papa, Franco, el Cardenal Primado Pla y Daniel, y para algunas otras pocas relevantes personalidades, están hechas a máquina una a una y llevan la firma de Don Javier en el margen de todas las hojas. Se encargó inmediatamente, allí mismo, de este trabajo manual, pesadísimo, al benemérito Don Angel Romera Cayuela, que

era un hombre de honor y un caballero del entorno de la Familia Real, y que, como tal, no se reservó para sí ninguna copia ni apunte. El ejemplar que hemos transcrito se encuentra en el archivo de Don José María Valiente, está escrito a máquina en folios que llevan impresa una corona real en el ángulo superior derecho del papel, pero no lleva las firmas de Don Javier al margen. Es el único ejemplar que hemos encontrado en toda la documentación revisada y ha sido identificado por Don Angel Romera Cayuela.

Además de Don Javier firmaron el original de esta Acta algunas personas que habían estado en el entierro de Don Alfonso Carlos, especialmente convocadas para ello. También, Don José Arturo Márquez de Prado, Don Ignacio Hernando de Larramendi, en representación de su difunto padre; Don Joaquín Baleztena Ascárate, Don Román Oyarzun, el sacerdote murciano Don Antonio Sánchez Maurandi, el capellán de la Armada Don Melitón Sainz y otros.

Inició la lectura de este documento el propio Don Javier y la continuó hasta terminarla Don José María Valiente.

La mayoría de los asistentes no dieron al documento la importancia que tenía, porque, de una parte, no se les explicó, y de otra, estaban ya tan familiarizados con la idea de que Don Javier era el Rey que les sonó a cosa sabida, aburrida y cansosa.

Los periódicos sí que esperaban algo importante y de alto rango, pero quedaron defraudados porque no se les dieron copias para divulgación, ni se hicieron, por no desagradar a Franco.

En cambio, se dio una difusión extraordinaria a los dos discursos que siguen, y que eran muchísimo menos importantes que el transcrito, que era el fundamental; contribuyeron así mucho a su ocultación, como una cortina de humo; porque, además, eran suficientes para justificar ante el gran público el Acto de Puchheim, al que no se atribuyó en la convocatoria su verdadera importancia.

* * *

TEXTO INTEGRO DEL DISCURSO PRONUNCIADO POR
DON JAVIER DE BORBON PARMA, CONDE DE MOLINA,
EN EL CASTILLO DE PUCHHEIM (AUSTRIA) EL DIA 17 DE
ENERO DE 1965, ANTE LA JUNTA NACIONAL CARLISTA
DE ESPAÑA

«Quiero agradecer, en primer lugar, vuestra presencia en este histórico Castillo de Puchheim, adonde habéis acudido para atender a mi llamamiento.

Vuestras personas, procedentes de las diversas regiones de España, nos traen el calor y el afecto de tantos que han hecho de la lealtad la razón fundamental de su vida.

Con vuestra adhesión a la Legitimidad correspondéis a toda la tradición de un pueblo heroico, que por encima de sacrificios y renuncias mantuvo siempre la fidelidad a la Monarquía y a la Familia que a lo largo de la historia ha encarnado la Realeza Legítima.

En cada uno de los momentos que hemos atravesado en este año de histórica importancia hemos sentido que estábamos acompañados por el calor popular en la palpable realidad de vuestro asentimiento.

Sin esta solidaridad, al faltar la viva participación del pueblo en las alegrías y tristezas, en la vida misma de la Familia Real, la Dinastía, abandonada, no podría cumplir con la misión que le corresponde al servicio de la comunidad.

Sin embargo, esta lealtad vuestra no es incompatible con la que se debe a las Instituciones nacidas de la Victoria, ni debe conducir a exclusivismos que obstaculizarían la participación de todos los españoles en la instauración de la Monarquía.

Consciente de las responsabilidades que habrán de recaer en su día sobre mi Familia, por la aplicación de las Leyes Fundamentales, y de la misión que corresponderá al Pueblo en la Instauración de la Monarquía, quiero hoy reiterar, desde este mismo lugar, mi llamamiento a la unidad de todos los españoles.

Con la promulgación solemne de la Ley del 17 de mayo de 1958, que especifica que la Monarquía Tradicional, Católica y Social y Representativa es la forma política del Estado español, quedaron definitivamente institucionalizadas gran parte de las aspiraciones de nuestros Requetés de la Cruzada.

La Instauración de la Monarquía proclamada por las Leyes sólo será posible si el apoyo a la Instauración surge no sólo del sector

tradicionalmente monárquico, sino también de todos aquellos que, sin poseer vínculos afectivos con la Monarquía, tienen conciencia de que su participación es decisiva para la configuración de la nueva Monarquía. Por ello, la Instauración debe arrancar de todo el espíritu del 18 de Julio; de tal forma que esa nueva Monarquía no puede quedar arrinconada en la parcela monárquica, sino que debe participar de toda la amplitud y adhesión de que gozan los demás Principios del Movimiento Nacional.

Sería contradictorio, por tanto, que por algún personalismo dinástico se esgrimieran artificiosamente motivos de unidad nacional con el intento de sofocar el clima que favoreciera la instauración de una amplia Monarquía, y sólo ante el temor de la dilatada amplitud de los entusiasmos populares que esta Monarquía promueve.

La vinculación del pueblo se hace verdaderamente entrañable cuando arranca de la adhesión a los mismos fundamentos de la propia comunidad. La Monarquía que yo represento, porque se asienta sobre esos principios que son comunes y recoge los signos de los tiempos, es garantía de unidad y solución abierta a todos los españoles.

Son bases fundamentales de los principios políticos y sociales que nos son comunes, una concepción espiritualista y una finalidad trascendente de la vida colectiva; la integración del hombre y de la familia en una comunidad superior a la que se sientan vinculados por la unidad de destino; la garantía jurídica de las Instituciones dentro de las cuales se desarrolla la dimensión social del hombre, y una arquitectura política en la cual la Institución de la Realeza, que es representativa, dialoga con las demás autoridades naturales y de representación acerca de las soluciones de los problemas que plantea el presente, con la enorme responsabilidad que recae sobre la Corona en su función adivinadora del sentido de los tiempos futuros. Es misión de todo gobernante del presente modelar, con la participación del pueblo, los perfiles de nuestro tiempo histórico, y muy particularmente alcanzar, con su iniciativa política, que el hecho natural de la igualdad entre los hombres y entre los pueblos se traduzca en una transformación social dentro de un marco jurídico que la garantice.

Por todo ello, la instauración no puede fundamentarse en una pasividad resignada, sino que debe nacer de la profunda intuición popular que nuestra Monarquía puede ser el denominador común

que aúne la diversidad de tendencias y sentimientos, y encarne y convierta en suyos los anhelos de la comunidad.

A todos llamo, con el patriótico desinterés con que lo hizo el Rey Don Alfonso Carlos en ocasiones decisivas. Y, como dije ante el cadáver de mi Augusto Antecesor en el momento de su entierro en Puchheim al recoger su herencia de deberes y sacrificios, quisiera que mi voz se oyera más allá de los odios y diferencias que pueden separar a algunos españoles.

Mi llamamiento de paz y de unidad se dirige a través de vosotros a todos los españoles. Porque nuestra Monarquía Tradicional Española, por ser Representativa, no sólo acepta, sino que pide la colaboración de todos los sectores de la sociedad.

Es necesario conseguir la participación de todos, incluyendo, por tanto, los no monárquicos, porque la democracia en la Monarquía Tradicional, más aún que en el votar, está en el participar.

Con esta amplia participación se garantiza la permanencia de la paz en el futuro. Porque la paz se conquista, día a día, por una labor constructiva realizada por todos los sectores dentro del orden establecido.

A todos llamo a la paz y la unidad, recuperadas por el Régimen de la Victoria, y que a la Monarquía corresponderá proseguir.»

TEXTO INTEGRO DEL DISCURSO DE S. M. EL REY DON JAVIER I AL FINALIZAR EL ALMUERZO OFRECIDO POR LA FAMILIA REAL A LA AMPLIA REPRESENTACION DE LA COMUNION TRADICIONALISTA EN EL CASTILLO DE PUCHHEIM, EN AUSTRIA, EL 18-I-1965

«Es muy grato para la Reina y para mí, en particular, el habernos podido reunir y recibir hoy en Puchheim a esta representación de nuestro pueblo carlista.

Desearía poder expresar los sentimientos de emoción que nos embargan a Magdalena y a mí en estos momentos, al veros reunidos a nuestro lado, con los Príncipes y la Infanta. Todos sabéis el profundo amor que mi amadísima esposa siente por España y por la Causa de la Tradición española, que ha sabido inculcar, conmigo, a nuestros hijos, asistiéndome siempre en todas nuestras actuaciones.

nes y estando dispuesta, como yo mismo, a todos los sacrificios. En su nombre y en el mío, os damos gracias de corazón por vuestro afecto.

En esta ocasión de poder reunirnos es una gran alegría para mí. Hará pronto treinta años que nuestro inolvidable Rey Don Alfonso Carlos puso en mis manos los destinos de nuestra Comunión Tradicionalista. En este largo período, en el que hemos atravesado momentos tan difíciles, debo agradeceros vuestra fidelidad, a vosotros, mis fieles colaboradores, y especialmente a mis dos Jefes Delegados sucesivos, Don Manuel Fal Conde y Don José María Valiente.

Hubo un tiempo en que, a consecuencia de las circunstancias creadas por la Guerra Mundial, yo no podía comunicarme con vosotros, y solamente con mi pensamiento y mis oraciones a Dios podía seguir la suerte de la Comunión, que mi Jefe Delegado, con la Junta Nacional y todos los Jefes, regían con una mano segura en mi forzada ausencia.

Más tarde tuvimos ciertas dificultades con algunas escisiones, fenómeno frecuente y podríamos decir casi explicable en una organización tan vasta y tan activa como es la nuestra. Pero en el momento decisivo todos se han vuelto a encontrar unidos, con una buena voluntad a la cual quiero rendir homenaje. Así podremos decir hoy que nos encontramos de nuevo más unidos que nunca.

En el día y en la hora cruciales, cuando la más grave decisión estuvo en nuestras manos, las de Don Alfonso Carlos y las mías, y fui en avión a Viena para exponer a mi Augusto Tío que había llegado el momento de lanzar la Orden de movilización de los Requetés, me dijo el Rey:

"En la aurora de mi juventud, en Roma, después en Cataluña, en 1873, tomé una decisión parecida. Yo la repito otra vez ahora, dirigiéndome a mis Carlistas: la hora de la decisión ha sonado. ¡Adelante! y que Dios nos guarde a todos. En estos momentos se decide la suerte de España y de la Cristiandad."

Y cuando a mi vuelta a la frontera firmé la Orden de movilización general de los Requetés y de toda la Comunión Tradicionalista en toda España para el Alzamiento Nacional, las manos me temblaron un instante pensando en tantas vidas, y tanta sangre, y en tantos sacrificios de nuestro admirable pueblo, una vez más salvadores de España, y firmé sin vacilar.

Hoy, en estos días en que estoy reunido con vosotros, os digo, como lo hizo el Rey Don Alfonso Carlos en 1936: ¡Adelante! Con la ayuda de Dios, la salvación está en la paz y en la gracia de Dios.

Habiendo cumplido todas las disposiciones e instrucciones que mi Augusto Tío Don Alfonso Carlos me dejó ordenadas en su Testamento Político, he querido antes de mi muerte, con el solemne y emotivo acto que hemos realizado ayer tarde delante de su tumba, recoger y dar forma jurídica con el Documento que os leí, al cumplimiento del grave mandato que de El recibí y que juré cumplir el día ya lejano de su entierro.

Esta mañana hemos tenido la reunión política con nuestros queridos Jefes, a todos los cuales quiero agradecer sus trabajos y la exposición que me han hecho con tanto fervor y claridad. He escuchado también todas vuestras opiniones y sugerencias.

Y quiero aprovechar esta reunión plena para precisar que no cambio en modo alguno la línea política que me he trazado, ni las personas que, con mi plena confianza, tienen mi encargo de llevar a cabo esta política mía.

Es mi responsabilidad como Rey la de tomar decisiones a la vista de todas las circunstancias, muchas de las cuales solamente desde mi elevado puesto pueden verse en toda su dimensión, hoy día, y en contacto con el mundo entero.

Es también mi deber como Jefe Supremo de nuestra Causa el recordar a todos los que tienen un cargo de responsabilidad en nuestra Comunión, que muchas veces en el momento de decidir o de actuar pueden surgir dudas. Estas dudas o vacilaciones son tentaciones de debilidad.

Si en el orden sobrenatural, la Fe es ante todo un don de Dios, en el orden natural y político la fe humana depende principalmente de un acto positivo de la voluntad.

No debemos ni podemos engañarnos: los tiempos son graves internacionalmente y el horizonte se cubre de nubes de tormenta. Es muy probable que se tengan que tomar decisiones graves en un futuro no muy lejano. No temáis, sin embargo. La Familia Real Legítima de España y a su cabeza el Rey, como un padre de familia vigilante y precavido, no ha vacilado nunca en cumplir su deber hasta el fin, ni en tomar cuantas decisiones han sido o fueron necesarias para nosotros y para España.

Para ello necesito, sin ningún género de vacilaciones, la absoluta unidad y disciplina de todos mis leales.

La lealtad, de la que es maestro y ejemplo único en el mundo nuestro admirable pueblo carlista, no consiste en declaraciones más o menos sinceras, ni en fórmulas externas. Se traduce en la obediencia a las órdenes que se han dado y en el respeto y sumisión a las Autoridades que tienen el mando por delegación expresa del Rey y con su plena confianza, pues sabéis —y hemos tenido de ello grandes ejemplos a lo largo de la historia carlista— que las discrepancias manifestadas públicamente han hecho el peor daño a la Causa y que, a la postre, la razón la ha dado el tiempo a los que mantenían la lealtad no sólo a la Bandera, sino al Abanderado mismo. Y es que no en vano, de acuerdo con nuestra Fe, Dios concede siempre la gracia de estado a cada uno en su puesto para poder dirigir con acierto, siempre que exista la fidelidad a su gracia y el deseo de servir ante todo al bien común, que está por encima de opiniones o posturas personalistas.

Sabéis bien, y deseo repetirlo hoy, que ni la Reino ni Yo, ni mis queridos hijos Carlos e Irene, así como tampoco el Infante Don Sixto Enrique —que en espíritu está también aquí (1)—, ni las Infantas, ni nadie, en suma, de mi familia faltará nunca a sus obligaciones, y siempre estaremos, como lo estuvieron todos nuestros Antepasados, en el primer puesto del deber y del sacrificio, fieles a los derechos de nuestro nacimiento y al frente de nuestro querido y tan lealmente pueblo carlista.

Muchas gracias, señores, y hasta pronto. Que Dios nos proteja a todos.»

REPLICA DE LAS JUNTAS DE DEFENSA DEL CARLISMO DE CANARIAS, NAVARRA Y ASTURIAS A LOS DISCURSOS DE PUCHHEIM

La Regencia Nacional Carlista de Estella replicó al Acto de Puchheim con la profusa distribución de escritos ciclostilados atribuidos a las Juntas de Defensa de Canarias, Navarra y Asturias.

Son alegatos extensos y farragosos contra la benevolencia con que se trata a Franco y a su régimen en los discursos de Puchheim,

(1) Estaba en la Legión, pero aún no era público. Ver más adelante en este mismo año.

y censuras a cualquier acercamiento y colaboración. Pero, cosa curiosa, ni siquiera se alude al núcleo importantísimo de aquellos actos, que es la terminación de la Regencia, la proclamación de Don Javier como Rey, y la de Don Carlos Hugo, Príncipe de Asturias. Nada se dice de esto, y seguramente que no por falta de ganas y de razones, sino, más sencillamente por falta de nitidez y el disimulo y oscuridad que los propios protagonistas dieron deliberadamente a todo ello, como ya hemos explicado.

En el libro «Mis conversaciones privadas con Franco», del general Franco Salgado Araújo, se recoge lo comentado por Franco con el autor, primo y ayudante suyo, en el despacho el día 6 de marzo, acerca del Acto de Puchheim. Franco se encastilla en su habitual ritornello, de dudosa sinceridad, de lamentar la falta de unión de los monárquicos. Pero aquí nos interesa destacar que a sus manos llegaban las modestísimas hojas ciclostiladas de las Juntas de Defensa del Carlismo de Castilla y los folios impresos con los discursos a la Junta Nacional; y, sin embargo, no hay la menor alusión, ni rastro, del documento básico de aquel gran hito político, que se tuvo la atención de enviarle inmediatamente por conducto seguro.

Y así, también, en el libro de Franco, «Mis conversaciones privadas con Franco», se recoge lo comentado por Franco con el autor, primo y ayudante suyo, en el despacho el día 6 de marzo, acerca del Acto de Puchheim. Franco se encastilla en su habitual ritornello, de dudosa sinceridad, de lamentar la falta de unión de los monárquicos. Pero aquí nos interesa destacar que a sus manos llegaban las modestísimas hojas ciclostiladas de las Juntas de Defensa del Carlismo de Castilla y los folios impresos con los discursos a la Junta Nacional; y, sin embargo, no hay la menor alusión, ni rastro, del documento básico de aquel gran hito político, que se tuvo la atención de enviarle inmediatamente por conducto seguro.

REPÚBLICA DE LAS JUNTAS DE DEFENSA DEL CARLISMO DE CANARIAS, NAVARRA Y ASTURIAS A LOS DISCURSOS DE PUCHHEIM

La Regencia Nacional Carlina de España repulca al Acto de Puchheim con la profusa distribución de escritos ciclostilados a las Juntas de Defensa de Canarias, Navarra y Asturias. Son alegatos extensos y largueros contra la benevolencia con que se trata a Franco y a su régimen en los discursos de Puchheim.

(1) En la edición de la Regencia, pero no en la original. Ver más adelante en este mismo año.

III. LA REGENCIA NACIONAL CARLISTA DE ESTELLA Y LAS JUNTAS DE DEFENSA DEL CARLISMO

Confusión de ambas denominaciones.—Extractos de la comunicación de la Junta de Defensa de Canarias a la Asamblea Nacional de las Juntas de Defensa del Carlismo, supuesta a la Concentración de la Regencia en Montserrat, el 9 de mayo.—Extractos de la Nota de las Juntas de Defensa de Cataluña difundida en el acto de renovación de la consagración al Corazón de Jesús de la Regencia de Estella.

En el epígrafe «El Carlismo y la Libertad de cultos» integramos las principales actividades de la Regencia Nacional Carlista de Estella en este año. Realizó, además, otras, habituales, como la concentración de Montserrat, este año el 9 de mayo, y la también habitual renovación de su consagración al Sagrado Corazón en el Tibidabo, en junio.

CONFUSION DE AMBAS DENOMINACIONES

Mezclados con las actividades de la Regencia aparecen escritos de las Juntas de Defensa del Carlismo. Las mismas personas confeccionaban las propagandas de ambas organizaciones que coincidían en los temas y en su enfoque y las divulgaban en actos y por canales comunes. El público carlista identificaba las dos actividades, renunciando a minúsculos distingos artificiales. Con el lanzamiento de la denominación de Juntas de Defensa del Carlismo (vid. tomo XXV, pág. 423) se buscó prolongar la presencia y el reclutamiento de la Regencia de Estella cuando se detuvieron. Para disimular este estancamiento se presentó a la Regencia como una cúpula

que acogía con gran flexibilidad a un enjambre de variadas instituciones carlistas, entre ellas, las Juntas de Defensa; éstas serían partes federadas de un todo, que era la Regencia; pero en realidad no hubo más partes que ellas, y además como actividad de las mismas personas, desdobladas en su presentación.

Estos enredos tenían la virtud, divertida, de desorientar a la Policía, que se esforzaba en distinguir bien entre carlistas duros, exagerados en sus continuos ataques a Franco —que era un tabú— y los carlistas blandos, colaboracionistas con él.

En 1965 la abundante producción literaria de las Juntas de Defensa, hecha a multicopista, es la principal réplica a la parte visible del Acto de Puchheim; por lo demás, conserva su constante de siempre. Las Juntas habían formado ya un enjambre suficiente para poner en evidencia que el español que no sabía qué era el Carlismo, qué pretendía y contra quién y cómo luchaba, era porque no quería molestarse en averiguarlo.

Los escritos de las Juntas, siempre muy extensos, merecen recordarse por su profetismo, en su momento quizá poco valorado, por reiterativo y exagerado, hasta farragoso, pero que leído años después resulta de una lucidez impresionante. Este mismo carácter profético se encuentra también en multitud de otros escritos carlistas. Los textos suscritos bien por la Regencia, bien por las Juntas, avisaban de los avances de la Revolución y de su futuro, culpando de ellos a Franco y a los carlistas que buscaban un acercamiento con él; nunca a los eclesiásticos progresistas y a sus cómplices por acción y, sobre todo, por omisión. Alguien utilizaba a la Regencia y a las Juntas de Defensa para hacer de Franco un chivo expiatorio que ocultara las responsabilidades de la Santa Sede y del Episcopado.

Sin saberlo ni pretenderlo, los escritos de la Regencia y los de las Juntas fueron pioneros en la lucha contra la guerra revolucionaria. Porque ésta es un tejido de acciones pequeñas y aparentemente irrelevantes, pero de gran trascendencia, que hay que denunciar y desenmascarar con energía superior a la que les dedican los criterios clásicos; esas acciones de la nueva revolución son como la resistencia pasiva, que es una fuerza temible formada por la suma de imperfecciones tan pequeñas que no se pueden castigar una a una. La Regencia de Estella y las Juntas de Defensa seguían siendo el ala dura y la extrema vanguardia del Carlismo.

Sus escritos tenían el defecto, en conjunto, frecuente en organizaciones pequeñas, de hacer, paradójicamente, planteamientos grandes, incluso escatológicos, y de no hacer proyectos pequeños y trabajos técnicos concretos, constructivos e importantes.

EXTRACTO DE LA COMUNICACION DE LA JUNTA DE DEFENSA DE CANARIAS A LA ASAMBLEA NACIONAL DE LAS JUNTAS DE DEFENSA DEL CARLISMO SUPERPUESTA A LA CONCENTRACION DE MONTSERRAT DEL 9 DE MAYO

«Sentimos no haber podido enviar una representación al Aplech Carlista de Montserrat, cuya celebración está prevista para el 9 de mayo de 1965, y a la Asamblea de Juntas de Defensa del Carlismo.

Sin embargo, deseamos conste nuestra adhesión a la postura carlista que propugna sin concesiones el establecimiento en España de nuestros principios que fueron el lema de los Tercios combatientes en la Cruzada de 1936 y en las guerras del pasado siglo.

Consideramos es erróneo defender los derechos del Carlismo basándolos sólo o principalmente en su presencia en el bando nacional cuando la Cruzada; hay que reivindicarlos y cimentarlos en el Derecho que fue conculcado a la muerte de Fernando VII. Y entendemos que esta defensa y reivindicación hay que hacerla precisamente con total independencia y sin mediatización a otras organizaciones políticas cuyos fines son claramente opuestos a los de la Comunión Carlista (1).

Propugnamos:

- 1.º Unidad católica, con todas las legítimas consecuencias.
- 2.º Monarquía representativa y tradicional.
- 3.º Principio regionalista y restauración foral.
- 4.º Legitimidad de origen y de ejercicio en el Poder soberano y mantenimiento de la Ley Cognaticia-mixta, promulgada por Felipe V.»

(1) Inyectiva contra la política de colaboración de los seguidores de Don Javier con la Secretaría General del Movimiento.

EXTRACTO DE LA NOTA DE LAS JUNTAS DE DEFENSA
DEL CARLISMO EN CATALUÑA DIFUNDIDA EN EL ACTO
DE RENOVACION DE LA CONSAGRACION AL SAGRADO
CORAZON DE LA REGENCIA DE ESTELLA

«Las desviaciones en el terreno de la política concreta, que intentan justificarse con razones de táctica política, son siempre consecuencia del desviacionismo ideológico que los jefes intentan mantener oculto para no perder la adhesión de sus seguidores. Y cuando la desviación ideológica se hace patente, como ocurre en la actual etapa del javierismo, la descomposición es evidente..., a Dios gracias. A Dios gracias porque en lo sucesivo no será posible seguir especulando con la buena fe de la mayoría de los javieristas, cuyo espíritu verdaderamente carlista transige muy a pesar suyo con tácticas desviacionistas creyendo a salvo la integridad doctrinal.

(...)

«En el boletín "I.M." («"Información Mensual"»), editado por el servicio de prensa de la llamada Comunión Tradicionalista, a las órdenes de Don Javier, número correspondiente a mayo de 1965, los javieristas descubren su verdadera filiación liberal al condenar las patrióticas reacciones del Carlismo en contra del abortado mitin progresista de Ruiz Giménez en los Jesuitas de Sarriá, de la yugulada manifestación progresista ante el Palacio Arzobispal de Barcelona, y de las injurias y calumnias progresistas proferidas contra el Carlismo en el "Casal de Montserrat". Para el Javierismo estas reacciones carlistas son actos reprobables cometidos por "mercenarios con boina roja", y "por este sistema del disfraz se intenta cargar sobre los carlistas la responsabilidad de actuaciones que no son suyas". En igual sentido se manifestaron altos jefes javieristas al presentar excusas a los directores del Casal de Montserrat y al mismo P. Abad (1).

(...)

«Si la elocuencia de "I.M." condenando las reacciones antiliberales de los carlistas de la Regencia de Estella fuera poco, cabe aña-

(1) Hubo muchos más enfrentamientos. Uno, sonado y divertido; fue que los jesuitas organizaron una solemne conferencia a un dirigente del progresismo francés; inmediatamente antes de que empezara a hablar, un requeté subió al estrado, descolgo una bombona de extinción de incendios y dirigió el chorro de espuma contra el francés, poniéndole como una sopa. La algarabía, en parte jocosa, fue enorme y el acto se suspendió.

dir que en esta etapa de aparente auge del Progresismo, según el cual las procesiones son "manifestaciones improcedentes de triunfalismo católico", los javieristas, secundando con estricta sumisión las consignas recibidas del Progresismo, ordenaron a sus afiliados la no asistencia a la procesión del Corpus. Y para impedir que el fervor de los carlistas a Jesús-Eucaristía les moviera a desobedecer la orden, destacaron al jefe del requeté javierista de Barcelona, con otros individuos, a la puerta de la catedral, obligando a sus afiliados a retirarse. Y los javieristas no fueron corporativamente a la procesión del Corpus. Algo inaudito (1).

(...)

«Porque allí, en la procesión del Corpus, no podía faltar el Carlismo, manifestando pública y colectivamente su acto de adoración a Dios-Eucaristía y su sumisión a la Iglesia Jerárquica frente a las ideas heréticas, indisciplinas y desplantes del Progresismo, allí estaba, como todos los años, la Regencia de Estella con su estandarte desplegado, para decir a Barcelona y a España entera que mientras exista el Carlismo sin desviacionismos políticos e ideológicos, Dios-Eucaristía tiene a su servicio la auténtica Comunión Tradicionalista, que con la ayuda de la Divina Providencia logrará que sea la Divina Majestad de Dios quien inspire la realeza del que un día ha de ser nuestro Rey.

«Tres días después de la procesión del Corpus, la Regencia de Estella renovó, en el Templo Nacional Expiatorio del Tibidabo, la consagración del Carlismo a los Sagrados Corazones de Jesús y de María, cumpliendo así los votos que en tal sentido hicieron SS. MM. los Reyes Don Carlos VII y Don Alfonso Carlos I en prueba de su amor a Dios y a la Virgen frente a la irreligión liberal de sus días, continuada hoy por la descatalogización progresista actual.»

(1) No es una cuestión nimia, como pudiera parecer. Llevaba implícita e inseparablemente unida la cuestión de la confesionalidad del Estado, que Don Carlos Hugo sacrificaba a sus desesperados intentos de promoción personal.

IV. POLITICA DE LA COMUNION TRADICIONALISTA

Escrito del Jefe Delegado al Príncipe de Asturias.—Informe de Don José María Valiente a Don Javier, el 16-III-1965, sobre la situación.—Reorganización de la Comunión Tradicionalista.—Nuevos nombramientos de la Orden de la Legitimidad.—Don Pedro González Quevedo escribe a Don Javier, el 8-V-1965.—La Hermandad de antiguos combatientes de Tercios de Requetés se pronuncia contra la dinastía liberal. Escrito a Franco.—Declaraciones del Ministro de Información y Turismo, Don Manuel Fraga Iribarne, a favor de Don Juan Carlos de Borbón.—Declaración de la Comunión Tradicionalista de Santander.—La situación económica de la Comunión Tradicionalista.

ESCRITO DEL JEFE DELEGADO AL PRINCIPE DE ASTURIAS

Como era natural, Don Carlos Hugo volvió de Puchheim, y de la reunión de Hendaya, el 30 de enero, en que presidió con su padre una reunión de la Junta Nacional, notablemente fortalecido. Su ascensión implicaba en la práctica de la situación anteriormente planteada, que como en una balanza, descendiera el otro equipo, el oficial, el de Don José María Valiente. Cosa que en teoría no debía producirse. Así evolucionaban las tensiones anteriores, que ya hemos ido señalando, hacia el caudillaje, que en las monarquías se llama absolutismo.

El 10 de febrero Valiente envía un escrito a Don Carlos Hugo. Ya llama la atención, de por sí, porque ambos vivían en Madrid y se veían con frecuencia. ¿De qué quería Valiente dejar constancia con este escrito? Su cortesía es tan exagerada que parece decir con reticencia que por él no queda la distensión, y la concordia. Y apun-

ta dos agravios con el mismo fondo, que es que no le hacen caso; ni para preparar la Junta Nacional, ni para redactar un boletín. En cambio, expresa que él no hará nada respecto de Franco sin contar con el Príncipe. De paso, nos muestra que las relaciones con Franco llevaban un año estancadas.

El 31-VII-1965 Don Javier escribe a Valiente y da una visión clara y explícita de que las relaciones de éste con Don Carlos Hugo eran cordiales. Todas las concordias se producen porque uno cede; en este caso, Valiente.

INFORME DE DON JOSE MARIA VALIENTE A DON JAVIER, EL 16-III-1965, SOBRE LA SITUACION

«Señor:

Tengo el honor de elevarle esta carta, la cual confío a la bondad con que siempre se digna recibirme Vuestra Majestad.

Hubiera deseado consultar esta carta con Su Alteza Real el Príncipe de Asturias. Pero como no está aquí en estos días, suplico a Vuestra Majestad que se digne comunicársela. Su Alteza será en esto, como en todo, el mejor consejero de Vuestra Majestad.

El día 1 de este mes he tenido una entrevista a nivel de Gobierno.

Se me dijo que tres Ministros se oponen, radicalmente, al reconocimiento de la nacionalidad de Vuestra Majestad. Y que, por el momento, no va a obtenerse.

También se me dijo que se mantiene dura la prohibición de hablar en nuestros periódicos de las Personas de la Dinastía Carlista.

Pero se me ha dado a entender, discretamente, que esta actitud no la debemos estimar como definitiva, y que podemos seguir trabajando con calma y confianza. Las circunstancias, y las personas, pueden cambiar en cualquier momento. Especialmente en épocas de aceleración histórica, que siempre pueden presentarse (1).

(1) Eufemismo para aludir a la muerte de Franco, que todo el mundo creía inminente, como en muchos otros momentos. Sin embargo, duró aún diez años más desbaratando planes y proyectos correctamente fundados en su muerte, verosíblemente mucho más próxima. De todas formas, aun sin esa «aceleración histórica», era un rasgo de Franco la capacidad para cambiar mucho con naturalidad. Por eso se podía siempre esperar de él y nunca confiar en él. En esto tenía razón Valiente y no la tenían los carlistas de filas.

El día 28 de febrero terminaron las reuniones de la Junta Nacional, que habían empezado el día anterior.

Enviaré a Vuestra Majestad los acuerdos adoptados.

El gran Documento de Vuestra Majestad, leído ante la tumba del Rey Don Alfonso Carlos, en Puchheim, el 17 de enero, se leyó a la Junta Nacional el día 27 de febrero.

No se entregaron copias.

El Documento fue acogido con profunda veneración y grandes aplausos.

Angel Romera pronunció un discurso sobre la Legitimidad para explicar el alcance de la reunión de Puchheim. Fue muy celebrado por todos los miembros de la Junta, los cuales felicitaron efusivamente a Angel Romera.

El miércoles, día 3, se presentó la Policía en nuestras oficinas. Hablaron conmigo. Tuvimos una conversación larga. Por el momento, puedo decir a Vuestra Majestad que estamos siendo observados, aunque creo que con respeto. La entrevista no fue fácil, pero no terminó mal. Pienso que terminó suficientemente bien.

La visita de la Policía a nuestras oficinas se debió a las huelgas estudiantiles en la Universidad, las cuales promovieron algunos disturbios.

Ese mismo Miércoles, día 3, habían detenido, por la mañana, en una manifestación de estudiantes, a Pérez de Lema, que es el Delegado de nuestro Movimiento Obrero. Fue por la tarde de ese día cuando vino la Policía, a nuestras oficinas. Al día siguiente, Pérez de Lema fue puesto en libertad.

La intervención de nuestros muchachos en las huelgas de la Universidad creo que no empeorará nuestra posición política, pero la situación es delicada (1).

Todo esto ha producido nerviosismo en nuestros afiliados. He convocado una reunión conjunta con Requetés y A. E. T. para armonizar sus actuaciones y liquidar los roces que se han producido entre ellos.

En estos días se nota mucha tensión política. Esto, unido a la negativa del reconocimiento de la nacionalidad de Vuestra Majestad, creo que hace aconsejable que exponga a Vuestra Majestad mis puntos de vista políticos por si Vuestra Majestad quiere que se hagan rectificaciones en el modo de conducir nuestra política.

(1) Vid. págs. 167 y 168.

Entiendo que hay que hacer mucho en la lucha política en que estamos empeñados. Pero hay que hacerlo bien. Tengo mis dudas sobre si lo estamos haciendo lo suficientemente bien. No comunico a nadie estas dudas, pues los Jefes no pueden dudar. Pero creo que debo confiarlas a la intimidad augusta de Vuestra Majestad como las confío frecuentemente a la bondad de Su Alteza Real el Príncipe de Asturias.

Algunos amigos nuestros creen que todo ha fracasado para nosotros, que debemos apartarnos de una lucha que solamente logra el desgaste de nuestro prestigio, y volver al limpio aislamiento.

Entiendo que no (1).

Tenemos en nuestro territorio a los Príncipes de Asturias. Esto no debe perderse. Oportunidades como el viaje a Cataluña, y otras, no deben perderse. La vida de los Príncipes aquí provoca la sorda inquietud y desasosiego de los que siguen a otras Dinastías. Probablemente, nos lo concederían todo (quiero decir, *casi todo*, y después, *casi nada*), si lograran que nuestra Dinastía no estuviese aquí, a la vista de todo el mundo. Sólo con *estar* hace muchísimo nuestra Dinastía. Hace lo que es definitivo.

La Comunión podría trabajar mejor. Es indudable. Pero también *está*. Nuestros contrarios quisieran que no estuviese. Para que se apartase de la lucha, la pondrían puente de plata.

Algunos piensan que intervenir desgasta, desprestigia y empaña la brillantez. Pero en la práctica no ocurre así. Nadie más representante del tremendo desastre del siglo liberal que Don Juan y sus seguidores. Frente a ello, nada más limpio y representativo de la España ideal, que Don Javier y sus seguidores. Y, sin embargo, la opinión pública todavía cree más posible a Don Juan que Don Javier.

El juanismo sufre el desgaste de más de un siglo. Pero nosotros no tenemos "outillage" político, práctica política, y esto último tampoco es bueno, porque la opinión pública sólo nos ve en la lejana teoría.

Tener "outillage" político no es contra el ideal, ni contra la doctrina.

El tener que avanzar con lentitud y dificultades no es indignidad ni desgasta. Por el contrario, fortalece, si se trabaja con buen

(1) Valiente, acosado por todos, solía decir que ya que no sabía qué hacer, que se le reconociera, al menos, que sabía qué *no* hacer, y que eso que *no* había que hacer era marcharse.

espíritu y buena técnica. El buen espíritu da la lealtad. La buena técnica la da el trabajo diario, duro y difícil; es decir, la experiencia y el oficio.

El avanzar lento, lentísimo, no es tacha que puede hacerse la Comunión. El *Estado* cambió el 18 de Julio. Pero la *Sociedad* no cambia de ese modo. Nuestra Sociedad está profundamente impregnada de Liberalismo. La misma jerarquía de la Iglesia no ve al Carlismo (1). Avanzar por entre esta sociedad es cosa larga. Supone restaurar el *proceso tradicional* entre las circunstancias de cada siglo, que es como se ha hecho la tradición. No se cambian las estructuras de la sociedad como se cambia la escena de un teatro.

Hoy no actúan, al menos abiertamente, los *partidos políticos*. Pero actúan los *grupos de presión*, que son el soporte de los partidos. Los más fuertes son los económicos, incluso en los partidos marxistas, de poderosa fuerza económica. La influencia de los grupos de presión no es sólo de ahora, sino de siempre. (Ducados hacen Ducados; Escudos pintan Escudos...) Esos grupos de presión tienen la mayor influencia política. Son contrarios a nosotros. Nosotros no tenemos en ellos ni siquiera *cabeza de puente*.

Nuestro distanciamiento de la Iglesia, en la práctica política, es un hecho innegable. ¿De quién es la culpa? Nosotros tenemos nuestra opinión, pero hay cosas que no podemos juzgar. Lo que importa es curar ese distanciamiento. Podemos hacerlo, con una actuación política que sea, al mismo tiempo, digna y práctica. Lo digno, y lo práctico, no son incompatibles, si se tiene un concepto digno de lo práctico, y ello no es imposible.

Tanto los grupos de presión como la Iglesia han intervenido intensamente en la vida pública de estos años, cada uno en sus órbitas propias. Nosotros debemos intervenir. En la Alemania nazi, y en la Italia fascista, habían quedado al margen, el Ejército y la Iglesia. En España ha sido lo contrario. Las Cartas Colectivas de nuestro Episcopado apoyaron y bendijeron el Movimiento.

Los que nos tachan de colaboracionismo son injustos. Sabe Vuestra Majestad que la palabra *collaboration* se usó en Europa para calificar a los Gobiernos que pactaban con los invasores en la Segunda Gran Guerra. Pero ése no es el caso de España.

(1) Valiente solía defender a Franco de los ataques de los enemigos de la colaboración con él diciéndoles que cómo le iban a exigir a Franco que entendiera el Carlismo cuando los obispos, cultos y estudiosos, tampoco se lo habían aprendido.

En el Régimen en que están el Ejército, la Iglesia, toda la España católica, y que costó el mayor sacrificio de nuestra historia, el Carlismo no puede estar ausente.

Algunos de los que nos tachan con esa palabra, *collaboration*, fueron colaboracionistas en el primer momento. En el momento de mayor influencia alemana e italiana, contra la orden del Rey. Y eran figuras muy representativas del Carlismo histórico. Nosotros *intervenimos* cuando lo ha mandado el Rey. Por consiguiente, los colaboracionistas de antes, que ahora nos acusan a nosotros, estuvieron siempre contra el Rey, y nosotros estamos siempre con el Rey.

No se ha hecho justicia al Carlismo. Es cierto. Pero eso es lo que hay que conseguir, que se le haga justicia. La *Sociedad*, el denso ambiente liberal que envuelve a nuestra sociedad civil, hacen difícil nuestra marcha, pero no imposible. Si la creemos imposible, caeríamos en el *imposibilismo*.

El imposibilismo sería infidelidad al *Cueste lo que Cueste*, que es gloria del Carlismo. *Cueste lo que Cueste*, en la guerra, a pesar de tantas derrotas como se sufrieron en el siglo pasado. *Cueste lo que Cueste*, en la exposición de la doctrina, a pesar de los errores del Liberalismo, tan sutiles, tan varios y tan penetrantes. *Cueste lo que Cueste*, en la lucha política, a pesar de incomprensiones, egoísmos y golpes bajos. No podemos abandonar la lucha política porque equivaldría a derrotarnos a nosotros mismos.

Que esta lucha hay que conducirla bien con lealtad indiscutible al Rey, con talento y prudencia política, con buen espíritu y buena técnica, es cosa que no se puede negar. Para ello Vuestra Majestad tiene muchos hombres leales en la Comunión que lo harían cada vez mejor.

La lucha política repugna a personas nobles y desinteresadas. La lucha política está subestimada por personas dignas. Ciertamente, hay épocas en que la lucha política es odiosa. (En la Historia hay muchas épocas de política difícil. Nuestra época es una de ellas, después de casi dos siglos de Liberalismo.) Mas no por eso podemos negarnos a servir la Causa de Dios en este frente.

Creo que en la Comunión se está produciendo un estamento de políticos que cubrirán de gloria al Carlismo, lo mismo que hicieron los carlistas en el campo de batalla, y en la exposición de la doctrina.

La actuación política de la Comunión es posible que no haga milagros rápidos, pero cambiaría todo el juego político de nuestra

Patria. No desaparecerá de la noche a la mañana el opinionismo político. Sin embargo, la nación sentirá el alivio de ver un nuevo cauce, ancho y seguro, a sus sanas inquietudes.

Algunos buenos amigos nos tachan de tener demasiados cargos políticos. Otros creen que tenemos poquísimos cargos políticos. Creo que eso no es lo más importante. Lo más importante es *estar* en la política. Yo creo que la Comunión *está*, en la política, al lado de su Dinastía, que *está*, como he dicho antes.

La borrasca que se levantó contra nosotros el 9 de febrero de 1964 (1) entre las hojas alborotadas del «ABC» es porque todo el Liberalismo, más o menos católico, y toda la Democracia, más o menos cristiana, se han dado cuenta de que la Dinastía de la Legitimidad, y el poderoso pueblo carlista *están* en medio del campo.

La Comunión no debe acomplejarse de inferioridad. No está justificado desistir de la lucha porque haya derrotas («Perdiendo batallas / se aprende a ganallas»).

Los contrarios a la Comunión trabajan peor. Explotan los puestos que tienen en la sociedad estamental, en los grupos de presión, en la prensa y en el Gobierno. En cambio, la Comunión tiene una base popular muy fuerte, y muchas posibilidades de avanzar, si no se abandona el campo de la lucha. Debe mantenerse en medio del campo, porque si se aleja, la nación la perdería de vista.

Los contrarios al Carlismo viven en la confusión. Los carlistas tienen ideas claras y saben lo que quieren y pueden moverse, con orden, entre la confusión de los demás.

Creo que lo que nos falta es sentir fuertemente la vocación política del momento, el llamamiento de Dios y de la Dinastía, con mucha fe en nosotros mismos. Con alegría íntima, y sin el «taedium vitae», que llena de amargura a muchos de nuestros hombres.

A muchos de nuestros hombres les llena de amargura el pensar en los peligros de vanidades y egoísmos que hay en la vida política. Es cierto que existen estos peligros. Pero los Carlistas serán siempre los españoles que tengan menos porcentaje de infidelidades, o debilidades. Serán excepciones que no deslucirán el brillante conjunto de la lealtad.

La Comunión aún no tiene suficientes políticos con entrenamiento para las altas esferas de la política. Pero los está teniendo de modo creciente. Y para esta lucha política tendrá hombres de tanta

(1) Fecha del anuncio del compromiso matrimonial de Don Carlos Hugo.

talla, valor y abnegación como los ha tenido, y los tiene, para la vocación militar y para la fidelidad a la doctrina.

La Comunión hace mucho menos de lo que esperan de ella los que tienen puesta su esperanza en ella. Sin embargo, tiene por primera vez en España su Dinastía. Dinastía con luz propia y clara, que todos ven, y en la cual esperan muchísimas más personas de lo que nosotros imaginamos.

Junto a esta Dinastía tiene una organización todavía deficiente y premiosa, pero que celebra Juntas Nacionales con mucha frecuencia. Que llevó a Roma, en ocho días de tiempo, una representación dignísima de nuestra Patria, que acude en seguida a llamamientos como el de Puchheim. Que tiene unas grandes oficinas, en el centro de Madrid, como no las tienen sus poderosos contrarios. Que celebra los actos políticos más importantes de la política nacional espontánea. Y que celebra, en fin, el Acto de Montejurra, que es el acto político español de más repercusión en el extranjero. Todo ello, prácticamente, casi sin medios económicos, sin un diario nacional y con poca experiencia y entrenamiento político.

Hay que procurar no fracasar, pero eso no está siempre en nuestras manos. En cambio, está en nuestras manos no abandonar la lucha, aunque sea larga y amarga.

Repito que este trabajo largo y difícil hay que hacerlo bien, y encomendarlo a personas que lo hagan más eficazmente de lo que lo hemos hecho hasta ahora, desde que Vuestra Majestad nos encomendó esta misión.

Repito también que en las filas de Vuestra Majestad hay muchos leales que están ya sintiendo esta vocación política. De ningún modo podemos darnos por vencidos, apartarnos de la lucha, para esperar un momento mejor. El Rey nos ha llamado ahora, y éste es el momento mejor.

Si a la salida de este Régimen, cuando Dios lo tenga previsto, diéramos un bandazo "a gauche", "a sinistra" o "a sinistrísima", no valdrá nada decir que ahora estuvimos apartados. Lo único que se discutirá entonces es haber estado a un lado o a otro, del 18 de julio. El caso de nuestra Patria es muy distinto, como he dicho antes, al de Italia y Alemania.

El dictamen que he tenido el honor de exponerle en el capítulo anterior lo someto, con entera confianza, a la superior decisión de Vuestra Majestad.

Pero llegado a este punto, quisiera recordar unas palabras de

Vuestra Majestad, que me escribió en su carta de 8 de junio de 1964 (1).

Yo había propuesto a Vuestra Majestad en mi carta de 29 de mayo de 1964 que el cargo de JEFE DELEGADO lo dividiera en dos, y los encomendase a dos personas distintas (2).

Yo proponía a Vuestra Majestad que me nombrase SU DELEGADO para que no cupiese duda de que continuaba junto a Vuestra Majestad. Vuestra Majestad me contestó lo siguiente en la carta de 8 de junio:

"No veo a primera vista esta transformación en una organización bicéfala. Y sería grave si entre las dos surgiesen discrepancias. Además no debemos aumentar el peso de la Jefatura, así jerarquizada. Por otra parte, veo la posibilidad de otorgar al Secretario General más autoridad, asesorado de cinco representantes (Requetés, Economía, Cultura y A. E. T., Prensa y Propaganda). Así los problemas pueden estar estudiados con calma, y el resultado clarificado ser sometido al Jefe Delegado, que así, sin pérdida de tiempo, puede tomar la decisión y aplicarla con eficacia.

A mi parecer, es obra del Secretario General y no de un nuevo Jefe de gobierno. Pero espero la llegada de Carlos para darte nuestro acuerdo."

Las circunstancias que le he expuesto en el capítulo 3.º, la visita de la Policía a nuestras oficinas, la tensión que hoy se percibe en la vida nacional, la detención del Delegado de nuestro Movimiento Obrero, creo que me obligan a mantenerme en el puesto del barco para evitar desorientación en nuestras filas. Salvo que Vuestra Majestad estime que es precisamente ahora cuando debo ser apartado.

Pienso si sería el momento de poner en práctica lo que me dice Vuestra Majestad en su carta de 8 de junio de 1964. Es decir: fortalecer muchísimo al Secretario General y rodearle de un verdadero Gobierno de la Comunión.

Mi opinión, Señor, es que el Secretario General tenga el gobierno de la Comunión, rodeado de un Consejo de personas muy escogidas.

(1) Vid. tomo 1964, pág. 70.

(2) Vid. tomo 1964, pág. 68.

A la Jefatura Delegada le correspondería, en nombre de Vuestra Majestad, la última decisión. Con toda la responsabilidad ante Vuestra Majestad.

El miércoles pasado, 10 de marzo, el Generalísimo Franco me recibió en audiencia.

Preparo una información sobre dicha audiencia, que enviaré a Vuestra Majestad.

Ruego que presente mis más fervorosos respetos y cumplimiento a Su Majestad la Reina, cuya mano beso.

Y lo mismo a SS. AA. RR. los Príncipes de Asturias.

Quedo esperando la benévola respuesta de Vuestra Majestad, y mientras tanto, y como siempre, me reitero a las órdenes de Vuestra Majestad, cuya vida y salud guarde Dios muchos años.

Madrid, 16 de marzo de 1965.

Señor.»

REORGANIZACION DE LA COMUNION TRADICIONALISTA

La importancia y la solemnidad del Acto de Puchheim no consentía la simultánea superposición de otras actividades de inferior rango. Nada de ellas sugirieron los jefes políticos allí reunidos. Algunos, de calidad mediocre, regresaron de la «excursión» sin copias ni ideas claras acerca del documento con que Don Javier terminaba la Regencia, ni de la trascendencia que había que darle.

Fue en una reunión posterior, el 30 de enero, en Hendaya, donde Don Javier y el Príncipe de Asturias, presidiendo una reunión de la Junta Nacional, acometieron la reorganización, o al menos la obligada apariencia de la misma, esbozando las decisiones que finalmente se publicaron en forma de los Reales Decretos de 4 de abril.

La Secretaría General y la Comisión Permanente quedaban disueltas y sustituidas por una Junta de Gobierno presidida por el Jefe Delegado y asistida por una Secretaría Técnica.

Cambiaron los Jefes Regionales de Cataluña, Baleares y Canarias.

Ceso en el Mando Nacional del Requeté Don José Arturo Márquez de Prado y Pareja, siendo nombrado para sustituirle Don Miguel José de San Cristóbal, residente en Pamplona.

Ceso en la Jefatura Nacional de A. E. T. Don José Antonio Pérez España, siendo nombrado para sustituirle Don Víctor Perea Alonso. Este último abandonó la Comunión, junto con otros amigos de Don Carlos Hugo mediante una nota que entregaron a la agencia Europa Press el 10 de mayo de 1967 (vid. tomo 1966).

A fin de año dimitió el Jefe Nacional del M. O. T., Don Manuel Pérez de Lema.

Estos cambios y reorganización confirmaban e impulsaban el predominio creciente de Don Hugo y sus Secretarios sobre el Jefe Delegado, Don José María Valiente Soriano y sus instrumentos burocráticos de la calle de Marqués de Valdeiglesias, de Madrid. Esto era natural, y teóricamente bueno y prudente, por el paso del tiempo y por la consolidación en el Acto de Puchheim de su carácter de heredero.

El mal radicaba en que no era solamente un relevo gradual entre el Rey y el Príncipe de Asturias, entre el padre y el hijo, sino en que subyacía una pugna entre dos ideologías dispares. Pugna alimentada en buena medida por la existencia de sendos equipos, cuando precisamente al relevo parecía convenirle, para ser un auténtico relevo monárquico y no una fractura republicana o democrática, que hubiera uno solo común a padre e hijo.

Don Carlos Hugo seguía con la nueva organización su implacable viraje a la izquierda, y Valiente sacrificaba su persona, heroicamente, para frenarlo y retrasarlo, con la esperanza, ilusoria, de que Don Hugo recapacitara en algún momento y de que la situación todavía pudiera enderezarse. Don Hugo y sus amigos estaban decididos a llegar al poder a todo trance, como si no vieran a qué velocidad disminuían sus posibilidades; y para ello querían parecer moderados; a esta táctica sacrificaron con un silencio deliberado y sistemático la defensa de la Unidad Católica, que en su fuero interno no les importaba nada. Años adelante, con el mismo ciego frenesí, llegará a sacrificar hasta la concepción monárquica, esencial para él, presentándose como el «leader» de su partido político, elegido por sufragio universal.

El artículo 2.º del Real Decreto privaba al Jefe Delegado, Valiente, de sus instrumentos de acción, que pasaban a manos de Don José María Zavala y Castellá (dedos largos de Ramón Massó y de Don Hugo), por su nombramiento de Jefe de la Secretaría de la Junta de Gobierno. Esta no era más que un desagravio que en su puesta compensación por la disolución de su Secretaría General se

le ofrecía a Valiente para mantenerle en la apariencia de una hipotética jefatura. Sus miembros, heterogéneos, eran viejas glorias del Carlismo clásico, ya gastadas y aun desacreditadas, dispersas por todo el territorio nacional, es decir, con poca facilidad para reunirse frecuentemente. Lo que, al fin, decidieran habría de ser ejecutado por Zavala y otros hombres de Massó y de Don Hugo, que como siempre en estos dispositivos, le imprimirían su propia tendencia.

Esto se completaba con el «relevo» en la Jefatura Nacional del Requeté. Se sustituía al activísimo y totalmente entregado a la Causa Pepe Arturo Márquez de Prado, por Miguel José San Cristóbal, otro carlista de pura cepa, sí, pero de más edad, menos cualidades y posibilidades, y que vivía unas temporadas en Pamplona y otras en una finca rústica suya de ese antiguo Reino. Todo el mundo sabe que la proximidad física a los centros de decisión y de comunicación es fundamental en la acción política. San Cristóbal era hombre del agrado y de la confianza de Don Hugo, y no le crearía problemas. El año siguiente se disolvió al Requeté.

NUEVOS NOMBRAMIENTOS DE LA ORDEN DE LA LEGITIMIDAD

Su Majestad el Rey comunicó a la Junta de Gobierno, reunida en Hendaya el pasado 30 de enero, que, con motivo de la Festividad de la Monarquía Tradicional, había concedido el ingreso en la Orden de la Legitimidad a las siguientes personas:

Damas:

Excmo. Sr. Duquesa Viuda de Osuna; Doña María Montiano, Viuda de Don Luis Hernando de Larramendi; Doña Jesusa Zuazola, Viuda de Don Felipe Llorente; Doña Antonia Zambrano, Viuda de Don José María Alvear; Srta. María Isabel Baleztena; Srta. Dolores Baleztena.

Caballeros:

Dr. Don José María del Corral; Ilmo. Sr. Marqués de Marchelina; Rvdo. Don Mónico Azpilicueta; Don Francisco de Paula Contreras; Don Joaquín Roca Argemí.

DON PEDRO GONZALEZ QUEVEDO Y MONFORT ESCRIBE A DON JAVIER EL 8-V-1965

Don Pedro González Quevedo era el Jefe de la Comunión en Sevilla, ingeniero agrónomo y miembro de una distinguidísima familia carlista; cuatro hermanos suyos murieron en la Cruzada; otro era jesuita, y otro, Don Calixto, médico, fue Jefe de la Comunión de Madrid y padre de una religiosa carmelita, Teresa, muerta en olor de santidad (vid. tomo XII, pág. 120). Escribió a Don Javier una carta muy extensa en la que confunde el respeto con el abuso de meras alusiones, indirectas y un estilo críptico que sólo los coetáneos iniciados podían entender.

Le denuncia un malestar dentro de la Comunión, ya anterior al Acto de Puchheim, donde muchos se lo han señalado a S. M., y que sigue aumentando después. No lo atribuye, como otros, al enorme retraso en haber terminado la Regencia con dicho Acto de Puchheim, sino al mal trato con que el equipo de Don Carlos Hugo, todos jóvenes y recién llegados, ha dado y sigue dando a personalidades mayores de la Comunión que se sienten heridas y desplazadas; menciona una nutrida relación de ellas: «A lo largo de poco más de un año se han ido quedando al margen y separadas de nuestra disciplina» (...) «Se da la triste anomalía, Señor, de que en estos momentos en que la Causa cuenta, como apoyo de V. M. con las para nosotros indiscutidas y queridísimas figuras de Don Carlos y Doña Irene —que han venido a dar proyección no sólo nacional, sino pudiéramos decir que mundial a nuestra dinastía—, y cuando con una mayor prudencia y discreción pudieran ya haberse deducido a partir de febrero de 1964 espectaculares incrementos en nuestras filas, el sólido bloque antiguo se cuarteja y se disgrega.»

El Señor Quevedo no señala como otras causas de la situación a factores externos a la propia Comunión, como eran la labor corrosiva de los agentes secretos de Franco, la no incorporación de la Corte de Holanda, la aparición de Don Juan Carlos en la presidencia del Desfile de la Victoria, las infiltraciones progresistas en el vocabulario de algunos jóvenes, etc. Se limita a dar fe únicamente del enfrentamiento entre los de siempre y el nuevo equipo de Don Carlos Hugo, que ya hemos dicho ha salido triunfante del Acto de Puchheim y en la reorganización que le ha seguido. Y señala veladamente en tres ocasiones como mecanismo las constantes violaciones del organigrama por los Secretarios que, desnaturalizando la

función oscura, modesta y subalterna que clásicamente se les asigna, se dedicaban a querer estar mandando constantemente. Podía haber añadido el Señor González Quevedo, y el recopilador lo hace fundadamente en su lugar, que el desprecio por los antiguos de la Comunidad era también un rasgo patente de Don Carlos Hugo desde su primera entrada en España. Idem, la afición a saltarse los organigramas. El libro de Javier de Lavardin (seudónimo de uno de los Secretarios) «El último pretendiente» es todo él un acta, desde el otro lado, de que las cosas eran así.

LA HERMANDAD DE ANTIGUOS COMBATIENTES DE TERCIOS DE REQUETES SE PRONUNCIA CONTRA LA DINASTÍA LIBERAL

El boletín «I. M.» de julio de 1965 publica la siguiente nota:

«El Presidente de la Hermandad de Antiguos Combatientes de Tercios de Requetés de Valencia, Don Pascual Agramunt, cumpliendo el acuerdo de la Asamblea Nacional, ha enviado a todas las Autoridades del Reino de Valencia el siguiente escrito:

“La Hermandad de Antiguos Combatientes de Tercios de Requetés en la Asamblea Nacional celebrada en Madrid el 23 de mayo del corriente año acordó lo siguiente:

La Hermandad de Antiguos Combatientes de Tercios de Requetés, manteniendo vivo el mismo amor a España que el 18 de Julio de 1936, y fiel al mandato de los Requetés y de todos los Caídos en la Cruzada, no podrá aceptar como sucesor en la Jefatura del Estado a ningún descendiente de la Dinastía liberal alfonsina, por considerar que no ofrecen ninguna garantía para la continuidad de los Principios del Movimiento.

Y que dicho acuerdo se comunique a todas las Autoridades Militares, Civiles y Eclesiásticas respectivas.

Lo que respetuosamente tengo el honor de comunicar a V. E. para su conocimiento.

Dios guarde a V. E. muchos años.

Valencia, 22 de junio de 1965.”»

De momento, ésta fue la única, pero suficiente, publicidad que se dio a tal acuerdo.

ESCRITO A FRANCO.—Pero un año después se hizo circular un escrito dirigido por la Hermandad a Franco en el mismo sentido el 3 de agosto de 1965 precedido de la siguiente

EXPOSICION DE MOTIVOS DE LA PUBLICACION DEL ESCRITO A S. E. EL JEFE DEL ESTADO

«Consciente de la gravedad de este momento histórico, la Hermandad Nacional de Antiguos Combatientes de Tercios de Requetés, haciendo eco de la opinión unánime expresada en la Asamblea Nacional celebrada el 23 de mayo de 1965, acordó enviar un escrito a S. E. el Jefe del Estado en el que se hacía constar la honda preocupación que todos sentimos ante algunas consignas políticas que parecen conducirnos a un regreso de la Monarquía liberal. Como no deseamos que nuestros hijos se vean conducidos a las mismas situaciones que nosotros, antiguos combatientes del Requeté, tuvimos que afrontar para enderezar el rumbo de nuestra Historia, creemos un deber de lealtad el hacer constar oficialmente y de forma bien clara nuestro estado de opinión.

En cumplimiento de aquel acuerdo, la Junta Directiva elevó un escrito a S. E. el Jefe del Estado el 3 de agosto de 1965. Los términos de este escrito dejan ver claramente nuestras preocupaciones y las razones que nos asisten para elevar a las más Altas Jerarquías de la Nación la expresión de nuestra fidelidad indiscutible a la Monarquía Legítima y a los principios del 18 de Julio, estando convencidos de que interpretamos también la voluntad de los que dieron su vida por la Causa que con tanto ardor defendíamos todos.

Pero habiendo transcurrido un plazo suficiente de cortesía y respeto al Jefe del Estado y no habiendo recibido respuesta alguna a nuestro escrito, la Asamblea General celebrada el 27 de marzo de 1966, una vez leído el texto del repetido documento, acordó que se debía publicar y difundir, pues ello no supondría ya una desatención a la autoridad del destinatario y, sin embargo, permitirá que las generaciones futuras tengan conocimiento de que el Carlismo hizo constar a tiempo su posición firme y sus preocupaciones profundas sobre los derroteros por donde algunas personalidades pretenden regresar a la base de partida de 1936. Nuestra fe en la Mo-

narquía Tradicional encarnada en la dinastía legítima de Borbón-Parma y nuestra comunión con aquellos compañeros que dieron su vida en un momento crucial de nuestra Historia, no nos permiten guardar silencio cuando observamos decisiones regresivas y restauradoras de situaciones pasadas, cuyos resultados son bien conocidos.

Del contenido del escrito opinará el lector; nosotros sólo nos limitamos a expresar las razones del mismo y los motivos de su difusión.

LA HERMANDAD DE REQUETES.»

Al escrito que acabamos de leer se acompañaba una copia del dirigido a Franco, fechada en Madrid el 3-VIII-1965 y firmado por «El Presidente de la Hermandad Nacional de Antiguos Combatientes de Tercios de Requetés», Don Ignacio Romero Osborne, Marqués de Marchelina. Es muy extenso; después de «expresar a S. E. la gran amargura y desilusión con que los excombatientes carlistas contemplamos la conducta de un Estado que, nacido en gran parte gracias a nuestro esfuerzo y sacrificio, exalta y colma de honores, preparando aparentemente su restauración en el Trono, a los descendientes de los Monarcas liberales», se extiende en recordar los males de la dinastía liberal, la nacionalidad española de Don Javier, y que el 18 de Julio sólo se puede continuar en la Monarquía Tradicional, presidida por un Rey carlista; sería un contrasentido confiarla a uno liberal.

DECLARACION DEL MINISTRO DE INFORMACION Y TURISMO, DON MANUEL FRAGA IRIBARNE, A FAVOR DE DON JUAN CARLOS

El cerco dinástico se estrechaba lentamente; hoy, un alfilerazo; mañana, descanso; pasado mañana, una fotografía... A fin de año Franco se valió de Fraga para dar otra vueltecita al tornillo que apretaba ese cerco que iba mentalizando a los españoles a favor de Don Juan Carlos, y disuadiéndoles de seguir a Don Carlos Hugo. Don Manuel Fraga Iribarne era a la sazón Ministro de Información y Turismo; por tanto, miembro del Gobierno e interlocutor directo y frecuente de Franco, lo cual daba especial importancia a cuanto

dijera. Hizo unas declaraciones al periódico «The Times», de Londres, que se publicaron el día 20-XI-1965. Versaban sobre distintos puntos de política nacional e internacional. Lo referente a Don Juan Carlos decía así (1):

«Cambio de régimen.—Cada día está más claro que cuando el régimen del General Franco concluya, Don Juan Carlos será Rey de España, y que los deseos del General Franco para un acuerdo sobre un nuevo Jefe de Gobierno pueden producirse en un período inmediato; el Gobierno ha llegado a nuevos acuerdos basados ampliamente en las fuerzas que respaldan al movimiento del General Franco. Los monárquicos extremistas y los falangistas, que pueden desear hundir estos acuerdos son, según el señor Fraga, ahora tan pocos que no tienen influencia sobre las fuerzas del Estado que soportan sólidamente el orden presente.

Sea lo que fuere, las Fuerzas Armadas seguirán constituyendo una garantía de la situación y ninguna solución será posible sin su consentimiento. (Esto es ciertamente un alivio para muchos españoles que no tienen idea de cómo puede evolucionar la situación, pero que unánimemente desean la continuación de la paz y estabilidad de que han disfrutado durante veinticinco años.)» («The Times», de Londres, 20 de noviembre de 1965.)

El único diario español que recogió estas declaraciones fue el «Diario de Las Palmas» del martes 23 de noviembre de 1965. Las presenta con grandes titulares y como «crónica de Europa Press, por Manuel Piedrahita recibida por télex en exclusiva para «Diario de Las Palmas». En el punto que nos ocupa, la traducción es resumida y libre.

Don Laureano López Rodó, en su libro «La larga marcha hacia la Monarquía», da noticia de las mismas de forma también resumida y libre.

En un «Suplemento extraordinario» de diciembre de 1965 el «Boletín de la Secretaría del Consejo Privado de S. A. R. el Conde de Barcelona» protesta por estas declaraciones.

(1) Son llamativas las diferencias entre la multitud de traducciones que se han ofrecido del texto de «The Times». Las más ajustadas a él son las del «Boletín de Orientación Política» (de la Secretaría de la Comunión) de diciembre de 1965. Son las que reproducimos.

DECLARACION DE LA COMUNION TRADICIONALISTA DE SANTANDER

Con fecha 20-XI-1965 se difundió por toda España un folio doblado bien impreso por las dos caras con el título que antecede. La declaración propiamente dicha va precedida por dos extensas citas del Concilio en curso a favor de la vocación política, de la libertad civil y religiosa, de la participación política sin discriminaciones, de los cuerpos intermedios y de la libertad de opinión en problemas temporales. Después dice:

«Con motivo de la reciente visita a Santander de Don Juan Carlos de Borbón y de la Princesa Doña Sofía, la Junta Provincial de la Comunión Tradicionalista prohibió a sus afiliados cualquier acto externo que traspasara los límites de la buena educación, de la hospitalidad y del respeto hacia otras personas que no participan en nuestras mismas ideas. Terminada esta visita, exige nuestra dignidad humana, proclamada por el derecho natural, y muy oportunamente recordada por los párrafos transcritos, votados y aprobados por el Concilio, que como hombres libres y amantes de nuestra Patria, hagamos al pueblo de Santander las siguientes manifestaciones:

“Un poco de historia.—Recuerda la contribución de los reque-
tés a la Cruzada y su conducta durante las dificultades que siguieron a la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, no se les ha concedido una libertad de expresión. Pareció que esta situación iba a cesar con las Leyes Fundamentales de 1958, que establecieron la Monarquía Tradicional.

«Por ello, dando al olvido resentimientos y heridas de nuestra alma por los ultrajes y persecuciones de que habíamos sido objeto (prohibición de actos, multas, cárceles, destierros, bombas de Begaña, etc.), se dispuso la Comunión Tradicionalista a colaborar lealmente al buen éxito de estas Leyes Fundamentales.”

«Pero luego no hay igualdad de oportunidades para los pretendientes al Trono y la Dinastía Carlista, que triunfa espontáneamente y por sus propios medios en todos los ambientes, es postergada ante la Dinastía Liberal que cuenta con el apoyo oficial.

“Conscientes de la responsabilidad que contraemos ante Dios, ante el Pueblo y ante la Historia, denunciemos estas maniobras de la Dinastía Liberal...” Repudiamos el autoritarismo que contra la ley natural y el derecho de los pueblos les priva de representación política auténtica. Aspiramos a una libertad de prensa.

Si se restaurara la Monarquía liberal, "preferiríamos entonces una institución política del país que, presidida y representada por un hombre, sin tener la cabeza coronada, fuera, sin embargo, garantía de todos los derechos de los órganos intermedios de la sociedad, de sus legítimas autonomías administrativas y de un estado de cosas, dentro del cual la opinión pública sea debidamente considerada cuando se manifiesta con arreglo al imprescriptible derecho público cristiano y tradicional en nuestra Patria".»

LA SITUACION ECONOMICA DE LA COMUNION TRADICIONALISTA

En las oficinas centrales de la Comunión Tradicionalista de la calle del Marqués de Valdeiglesias, número 3, de Madrid, se confecciona a multcopista un «Boletín de Orientación Política», de difusión restringida, que en su número de diciembre de 1965, aborda la situación económica de los organismos nacionales de la Comunión Tradicionalista. Son deficitarios porque la mayoría de las regiones no han enviado sus contribuciones.

Las recaudaciones mediante suscripción al boletín «I.M.», las cuotas de socios y las aportaciones de mecenas, siempre los mismos, han resultado insuficientes.

«De todas formas esta recaudación, unida a las de Socios de Honor y de Número, arrojan un total de 2.438.400 pesetas, cifra que, desde luego, no se ha conseguido en ejercicios anteriores y que si bien en teoría era suficiente para el año 1963, a la vista está que, dado el volumen creciente de actividades, los gastos son cada día más abultados y la Organización Nacional debe disponer de fondos suficientes para su normal desenvolvimiento.»

El escrito termina con un atisbo de la solución a la insuficiencia de las cuotas para la financiación de los partidos:

«Tenemos en la Comunión muchas personalidades introducidas en todos los ambientes de negocios y muchas personas capacitadas para organizar y dirigir nuevos negocios. Con esto, muchos creemos que vamos a pedir aportaciones o suscribir acciones para emprender nuevos negocios. Nada más lejos de la realidad; en muchos casos se habrá de sacrificar algo que no sea dinero precisamente: horas de trabajo, amistades, etc. Tenemos estudiados distintos tipos de negocios que serán convenientemente expuestos ante el Pleno del Congreso Nacional Carlista.»

V. PENSAMIENTOS Y ACTIVIDADES DE DON CARLOS HUGO

Entrega de regalos de boda y discurso de Don Carlos Hugo.—

Declaraciones de Don Carlos Hugo y de Doña Irene a la revista italiana «Oggi» de 25-II-1965.—Entrevista con S. A. R. Don Carlos de Borbón Parma.—Declaraciones a la prensa europea.—Viajes por España y por el extranjero.

ENTREGA DE REGALOS DE BODA Y DISCURSO DE DON CARLOS

Transcribimos de un «Boletín de AET», de mayo de 1965, modesta publicación ciclostilada en Madrid, lo siguiente:

«El pasado domingo, 21 de febrero, vinieron a Madrid representaciones de Zaragoza, Sevilla y Toledo.

El objeto del viaje fue entregar los regalos de boda de Don Carlos y Doña Irene. De Zaragoza, una preciosa Virgen del Pilar; de Sevilla, dos interesantísimos documentos de Fernando el Católico y Carlos I enmarcados en plata, y de Toledo, una mantelería típica y una espada de su famoso acero.

En tal ocasión, Don Carlos pronunció el siguiente discurso:

«Quiero que se trabaje con esperanza porque están muy cercanos los días en que realizaremos nuestra obra y porque hay una obligación más grave y más urgente. Somos el único grupo político de traer a España paz y justicia. Paz es distinto que orden público; puede haber orden público sin justicia.

Es necesario que en estos momentos trabajéis todos. El triunfo deberá ser a causa de todos vosotros y sería muy triste que cuando triunfemos haya carlistas que no puedan decir que el triunfo no se debe también a ellos, que ellos no colaboraron de no haber hecho algo antes. El haber luchado sin éxito durante mucho tiempo ha

cansado a algunos carlistas y ahora defienden principios generales, pero no con firmeza política.

Esto podríamos compararlo, en un sentido político, con la parábola de los obreros de la viña y sería triste que los que recibieran el premio, los de última hora, que no fueran carlistas. Cuando al dueño le llegue la hora de pagar, estarán éstos y no sería deseable que los de la primera hora no hayan colaborado o no estén siquiera en la viña. Hoy están colaborando con nosotros gentes que no son carlistas, ni monárquicos, pero están descubriendo que el Carlismo, de alguna manera, es la solución para España. No podríamos ver que algunos carlistas se vayan a casa pocos días antes de la paga. Nuestros hombres deben estar convencidos de que sólo con una lucha auténtica el día de la victoria se sentirán satisfechos.

Tenemos que llegar al triunfo de la manera menos violenta posible. Hay que actuar con calma, tranquilidad y diálogo. El diálogo se concibe de dos maneras equivocadas. Una, desde el interior del castillo, permaneciendo cerrado, sin diálogo con nadie: es el del integrista. La otra, desde el punto de vista de 'entender a todo el mundo', por el puro diálogo: es del progresista. El integrismo y el progresismo son posturas equivocadas debidas más al miedo que a otra cosa. El carlista no es ni progresista ni integrista.

El diálogo tiene que ser sincero. Hay que dialogar con las autoridades y con todos los enemigos políticos. El diálogo es un método de conquista y hay que aportar algo en él. Además del hábito militar y del hábito doctrinal que han existido siempre en el Carlismo, hay que tener el hábito político del diálogo desde el punto de vista a que me he referido: para obtener algo de él.»

* * *

Esas palabras de Don Carlos Hugo no fueron importantes, pero sí reveladoras de su mentalidad y de la situación. Tienen un tinte de reprimenda justificada: se había cumplido más de un año desde que se anunció la boda, de manera que los retrasos, colectivos, de estas ofrendas expresaban desidia, sin perjuicio de lentitud en la recogida de dinero, que se adivinaba y que también era un factor a tener en cuenta en la estimación de la situación. Esto chocaba con la mentalidad «productivista» de Don Carlos Hugo, que en los tres

primeros párrafos les exhorta a trabajar. Ya había tenido anteriormente fricciones con esta falta de productividad (1).

Hay en el primer párrafo una puya contra Franco: «Paz es distinto que orden público; puede haber orden público sin justicia.» Los rojos y el clero progresista no cesaban de repetir esto día y noche para erosionar a Franco. Personas más serenas preguntaban qué era lo justo, cosa que nunca se decía en tan reiteradas invocaciones; y esa ausencia de concreción se veía como una ayuda para que el igualitarismo fuera ganando ambiente, de puntillas, sin dar la cara, pero con eficacia.

Otro tema de esta densa alocución es el trasiego de gentes. Algunos carlistas antiguos se le van y vienen gentes nuevas, «que ni son carlistas, ni monárquicos». ¿Qué podían ser, entonces, sino de izquierdas? Es decir, que, para ganar, está dispuesto a sacrificar a los suyos y a recurrir a los extraños; esta conducta era extrapolación lógica de análoga versatilidad con las ideas. Está dispuesto a todo. Es el absolutismo sin miramientos, con la única justificación de que una vez en el poder ya arreglará las cosas.

¿Por qué se le van algunos? La respuesta es un párrafo clave: «El haber luchado sin éxito durante mucho tiempo ha cansado a algunos carlistas y ahora defienden principios generales, pero no con firmeza política.»

La primera frase es una media verdad; el cansancio era evidente (2), pero también era cansoso defender principios generales opuestos al progresismo periconciliar en boga y asfixiante. Les alejaba, además, que Don Carlos Hugo maltrataba a la «gente antigua» de mil maneras con el común rasgo de su soberbia (3). La segunda frase es toda una teoría política: «... defienden principios generales, pero no con firmeza política.» Este enunciado hubiera sido suscrito por Don Carlos VII a fin del siglo XIX, cuando nació el integrismo. Se articula bien con una invectiva contra el integrismo que lanza Don Hugo en el penúltimo párrafo. Contra todo el integrismo, y no por la acusación inicial de que rechaza el diálogo; la cual, por otra parte, es falsa, porque los integristas fueron aficionadísimos a las polémicas, que son diálogos, si bien no hegelianos. Lo peor era que en aquellos días la condenación del «integrismo» se entendía como

(1) Vid. tomo XXII (I), pág. 96, y tomo XXIV, pág. 42.

(2) Vid. tomo I, págs. 116 y 117.

(3) Véase en pág. 62 la carta de González Quevedo a Don Javier.

exaltación de la desacralización, del liberalismo y de la impiedad, hacia los que se deslizaba Don Carlos Hugo.

La firmeza política se consigue con la gestión personal, y no con la filosofía y la cultura. Pero la gestión personal, si no sirve a principios generales o los desnaturaliza y falsea, sólo puede servir a la persona, y ese personalismo es el absolutismo. Claro está que se pueden y deben asociar los principios generales y la gestión personal. Pero en aquellos días los que defendían los principios generales ya no querían nada con Don Carlos Hugo, y éste, por su parte, rehúsa los principios generales, bien por no molestar excesivamente a Franco, bien porque ya no creía en ellos y aceptaba los de esos no carlistas y no monárquicos que se le acercaban a los que él se acercaba.

En los dos párrafos finales explica que el instrumento de trabajo es el diálogo, y a veces parece confundirle con la negociación. Están calcados de la literatura progresista (1). El diálogo hegeliano es uno de los fundamentos del parlamentarismo democrático, que es muy distinto de la consideración que en la Monarquía Tradicional tiene que tener la Autoridad regia con la representación social organizada. Esa invitación a dialogar con todos los enemigos políticos podría muy bien haber estado inspirada en la consigna progresista y conciliarista de dialogar con las religiones falsas y que acabó promoviendo la equiparación jurídica con ellas.

DECLARACIONES DE DON CARLOS HUGO Y DE DOÑA IRENE A LA REVISTA «OGGI», de 25-11-1965

La revista «Oggi» era italiana, pero tenía resonancia mundial; hablar desde ella era un éxito. Las modestas hojas carlistas publicaron fragmentos de estas declaraciones, pero no el texto íntegro. De entre esos fragmentos, que a continuación publicamos, hemos dislocado a la página 121 aquel en que Doña Irene habla de la guerra civil. Además, dice que lleva...

«Una existencia del todo diferente, naturalmente, de la que llevaba en Holanda. Pues sólo el hecho de vivir en España me ha

(1) Véase Rafael Gamba, «El lenguaje y los mitos», pág. 148. Editorial Speiro, 1983.

obligado a revolucionar el modo de vivir, de afrontar los problemas, de dedicarme a cualquier cosa. Para una muchacha del Norte, vivir en España, o en cualquier país latino, quiere decir recomenzar de nuevo la propia existencia, con una nueva mentalidad. No es posible "adaptarse", aportar siquiera algún cambio; la mutación es radical.»

Por su parte, Don Carlos Hugo dice: «... la actual posición de Franco es imparcial, como debe ser la de un hombre que asume la más alta magistratura del Estado.» Con esto replica al rumor de que Franco ha decidido ya nombrar como sucesor al Príncipe Juan Carlos.

Los fragmentos que siguen están tomados del «Boletín AET», de mayo de 1965:

«—¿No es verdad entonces que el Gobierno considera su acción como ilegal?

—Porque las Leyes vigentes españolas han indicado la Monarquía tradicional como la solución del futuro, es deber mío y de mi familia, en cuanto representantes de esta Monarquía, tender a su instauración. Y porque está dentro de la Ley, nuestra acción no puede ser ilegal.»

... ..

«—¿Se dice que el Carlismo es intransigente y belicoso?

El Príncipe se levanta, se pone a pasear por la estancia.

—El Carlismo —dice— ha defendido siempre sus ideales con un vigor y una intransigencia que a cualquiera a primera vista puede parecer excesivo. Al mismo tiempo, cuando tiende la mano, la da lealmente. España, hoy, necesita sobre todo una garantía de paz, y el Carlismo luchará por la paz con todas sus fuerzas y con todo su espíritu.»

... ..

«—¿En qué Monarquía europea se inspiraría para crear en España una forma institucional?

—Creo que toda Monarquía existente —dice Carlos Hugo— tiene aspectos positivos. Y así también el régimen republicano tiene de por sí buenas instituciones y ofrece ejemplos que imitar. Mas de lo que aquí se trata, más que de copiar, es de crear una nueva Monarquía. A mi juicio, la nueva Monarquía española debe ser capaz de crear un clima en el cual se pueda ejercitar la libertad.»

ENTREVISTA CON S. A. R. DON CARLOS DE BORBON PARMA

En el archivo de Don José María Valiente se encuentra bajo este mismo título, el texto, a máquina, que sigue. El recopilador ignora si se publicó, y dónde. En cualquier caso es evidente que estaba preparado para ser lanzado y que muestra el pensamiento que querían difundir los centros de decisión de la Comunión Tradicionalista de entonces. Su autenticidad es absoluta, por su procedencia y porque en su cabecera hay una anotación de puño y letra de Don José María Valiente, que dice: «Archivo Casa Real.»

«22 de octubre de 1965.

Entrevista con S. A. R. Don Carlos de Borbón Parma.

PREGUNTA.—La situación política española del momento parece única en el mundo. Un Reino, por expreso deseo del pueblo hace ahora dieciocho años, se encuentra sin Rey. Al mismo tiempo, residen varios Príncipes reales en la capital del país, pretendiendo abiertamente al Trono. ¿Vuestra Alteza cree que este Reino sin Rey tendrá en un futuro próximo una cabeza coronada?

RESPUESTA.—La Ley de Sucesión, que establece que España es una Monarquía, es un hecho vigente. Creo que, si se hace conocer al país las cualidades de una Monarquía popular y social, el pueblo optará por esta solución. En todo caso, creo que la conciencia democrática (1), cada día más arraigada entre los españoles, hará que el pueblo decida su futuro dentro del cuadro legal del momento.

PREGUNTA.—Se habla en España de un nuevo referéndum, porque se piensa que la situación ha cambiado tanto desde 1947 que el pueblo debe tener una nueva posibilidad de expresar sus deseos sobre el futuro español. Son muchos los que creen que si el pueblo tuviese la posibilidad de exteriorizar sus deseos políticos, habría llegado el fin de la Monarquía en España. ¿Cree V. A. que el pueblo español se identifica más ahora con la República que con la Monarquía?

(1) La palabra «democrática», que se prodiga en estas respuestas, es cuando menos mala, equívoca, y aplicada a la Monarquía Tradicional, heterodoxa.

RESPUESTA.—Efectivamente, la fecha de 1947 es un poco lejana para muchos españoles. La opinión, como es natural, ha evolucionado desde entonces. Creo que lo que el pueblo desea es un futuro enmarcado en un cuadro de auténticas libertades. Si sabe que la Monarquía del futuro será democrática y popular, se identificará con ella. Si no, naturalmente, lo hará con la República.

PREGUNTA.—En caso de que llegara a celebrarse tal referéndum, ¿cree V. A. que debería ofrecerse asimismo la posibilidad de elección entre los pretendientes al Trono?

RESPUESTA.—No cabe duda de que en el momento de instaurar un orden nuevo, su garantía de estabilidad radica precisamente en oír la opinión del pueblo con toda amplitud y libertad.

PREGUNTA.—En este sentido, ¿cómo ve V. A. sus posibilidades en el momento actual? ¿Y por qué exactamente pretende V. A. al Trono español?

RESPUESTA.—No debe hablarse de las posibilidades mías, sino de las del sistema político que yo represento. Y el arraigo popular de este sistema está a la vista. No dudo que el pueblo elegirá una Monarquía que integre a España en la corriente social y democrática europea (1).

Mi actitud al servicio de España responde a la mantenida por mi Familia, en el Trono español o desde el exilio, desde el tiempo de Felipe V. Así se comportaron mi padre, mi abuelo y todos mis antepasados.

PREGUNTA.—¿Cuáles son los grupos que le ayudan?

RESPUESTA.—En España, la Monarquía no será viable si se basa en el apoyo de uno o varios grupos políticos. Pensar lo contrario respondería a una mentalidad reaccionaria, propia del siglo XVIII. Su instauración sólo será posible merced a una corriente de opinión nacional que exija un acceso al Poder.

PREGUNTA.—Parece una pregunta bastante simple, pero creo que el público en general no tiene idea de su trabajo. ¿V. A. puede explicarme cómo trabaja?

(1) La Europa democrática es enemiga irreconciliable de la Cristiandad y, por tanto, de la Monarquía Tradicional, que ya ni se menciona.

RESPUESTA.—La primera obligación de un Príncipe es detectar la realidad política y económica del país. Sólo de esta manera un sistema político puede ofrecer soluciones a las necesidades nacionales de cada momento, y adquirir así la confianza del pueblo. En este sentido se orienta mi trabajo.

Sólo un análisis profundo de la realidad nacional permite la formación y educación de equipos políticos, económicos y sociales, capaces de resolver los problemas de España.

PREGUNTA.—En este trabajo seguramente influye mucho la censura que el Estado español ha impuesto en relación con su persona. Es conocido que los periódicos españoles no pueden informar libremente a sus lectores sobre sus movimientos y hechos. ¿Cree V. A. que la nueva Ley de Prensa abrirá nuevos caminos para sus aspiraciones?

RESPUESTA.—La nueva Ley de Prensa responde a un inevitable y creciente proceso de democratización. La opinión pública reviste cada día en España una mayor importancia. Hay realidades que es imposible e inútil ocultar. Y la más elemental prudencia política aconseja reglamentar situaciones que por su fuerza natural no pueden ser evitadas.

PREGUNTA.—V. A., como pretendiente del Carlismo, tiene en el mundo, y especialmente en Holanda, la fama de ser fascista, por la ayuda prestada por el Carlismo al movimiento nacional durante la guerra civil. ¿Es V. A. fascista?

RESPUESTA.—Si el Carlismo se hubiera hecho fascista en 1936, no hubiera sufrido persecuciones, muchos destierros e incluso hubiera ocupado el Poder. Fue un espíritu democrático el que le permitió resistir las presiones de ideologías y formas extranjeras que las potencias del Eje hicieron influir sobre España.

Desde un punto de vista familiar, nadie puede olvidar que mi Padre hubo de abandonar España por presiones del Gobierno nazi alemán (1), que posteriormente luchó en el Ejército belga durante la segunda guerra mundial, y que, finalmente, estuvo prisionero en el campo de concentración de Dachau (2), llegando incluso a ser condenado a muerte.

(1) Vid. tomo I, págs. 156, 157 y 158.

(2) Vid. tomo V, pág. 159.

PREGUNTA.—Para explicarlo en un ejemplo sencillo: en los países democráticos existen tres grandes agrupaciones políticas que dirigen el destino de Europa: Demócratas Cristianos, Socialistas y Liberales.

PREGUNTA.—Suponiendo que V. A. tuviera que votar en uno de estos países, ¿por cuál de estos partidos votaría como ciudadano particular?

RESPUESTA.—En ese supuesto hipotético, mi voto, como el de cualquier ciudadano, sería secreto (1).

Como Príncipe, nunca podría sentirme vinculado a un partido político concreto.

Como persona individual, creo que votaría al que en cada momento garantizara la libertad y el programa social.

PREGUNTA.—¿Cree Vuestra Alteza Real que el pueblo español está ya lo suficientemente educado políticamente para elegir su propio destino?

RESPUESTA.—Nadie puede dudar que el pueblo español es un pueblo mayor de edad.

PREGUNTA.—Si V. A. se viese obligado a ceder el Trono español a otro de los pretendientes, ¿seguiría V. A. en su línea de aspiraciones o saldría de España?

RESPUESTA.—Nadie puede renunciar a lo que no es propiedad particular de uno. Mi responsabilidad respecto a España es un deber que no puedo hipotecar. Siempre serviré a España como las circunstancias y el bien del País lo exijan en cada momento. Este es el primer deber de cualquier ciudadano, y mucho más de un miembro de la Familia Real.

PREGUNTA.—Ultimamente se habla mucho, en revistas y diarios extranjeros, de la nostalgia de la Princesa Irene, llegando a conclusiones muy extremas (2). ¿Quiere V. A. explicarme si existe algo de verdad en estas noticias, o cree que las mismas forman parte de una campaña dirigida contra las personas de Sus Altezas?

(1) Nótese que elude una condenación terminante y clara del socialismo que debía haber sido una réplica velocísima. El mismo espíritu compromete a la pregunta.

(2) Véanse declaraciones de Doña Irene a «Oggi», pág. 73.

RESPUESTA.—La nostalgia siempre acompaña a la persona alejada de su Familia y de la tierra que la vio nacer. Se siente nostalgia de lo que se ama. Pero esta nostalgia natural no es un lastre para Irene en su amor a España.

PREGUNTA.—¿Su vida en España significa para Vuestra Alteza un sacrificio?

RESPUESTA.—La vida de los Príncipes es siempre una vida que tiene sus sacrificios. Pero crea que cuantos holandeses y españoles conviven con nosotros o nos visitan advierten que somos muy felices.»

DECLARACIONES A LA PRENSA EUROPEA

El boletín «I.-M.», de octubre de 1965, informa que el periodista Jean Dessaunois ha entrevistado a Don Carlos y a Doña Irene para cuatro grandes semanarios europeos. Y transcribe:

«PREGUNTA.—Desde 1947 España se ha convertido en un Reino al frente del cual se encuentra un Jefe de Estado, el General Franco. Alteza, ¿cómo veis, hoy, el porvenir de la Monarquía en España?

RESPUESTA.—En España, una Monarquía no será viable si no cuenta con una total adhesión popular. Para ello es necesario que la futura Monarquía española represente una seria garantía de libertad y de justicia social. A un pueblo no se le pueden dar sólo libertades parciales. Hay que tener la valentía de aceptar todos los riesgos de la libertad.

DOÑA IRENE.—El Carlismo representa la gran posibilidad de integrar a España en el mundo moderno.»

Confróntense estas últimas palabras con el V de los «Fundamentos intangibles de la legitimidad española», tomo I, pág. 15.

VIAJES POR ESPAÑA Y POR EL EXTRANJERO

Ofrecemos una enumeración de noticias dispersas por varias publicaciones de los seguidores de Don Javier; la ausencia de algunas fechas se debe a que faltan en los originales.

Al comenzar el año, los Príncipes de Asturias permanecieron unos días en Bélgica; después, en Puchheim y en el Palacio Real holandés de Soestdijk y en el palacio holandés de Drakesteyn; siguen estancias en Austria y en la finca La Vallina, en Italia. En todas partes participaban incesantemente en reuniones sociales del máximo rango; la prensa europea registraba su presencia. Heredaban y continuaban alimentando las importantísimas redes de amistades de la Casa Real de Holanda y de Don Javier, que estaba emparentado, o muy relacionado, con todas las Casas Reales (reinantes o no) de Europa.

En España, en las fiestas de San Fermín, Don Carlos Hugo volvió a repetir el número simpático de correr en el encierro. Pasaron el mes de septiembre en Gerona, y en noviembre visitaron León; ya en su domicilio madrileño, hicieron una intensa vida social y salidas radiales breves.

VI. EL INFANTE DON SIXTO ENRIQUE DE BORBON PARMA JURA LA BANDERA DE ESPAÑA EN LA LEGION Y SE LE CONCEDE LA NACIONALIDAD ESPAÑOLA

Introducción.—Resumen de varias crónicas impresas.—Resumen de varias narraciones de testigos al recopilador.—«El Príncipe Sixto de Borbón Parma, condenado en Francia en rebeldía.»

INTRODUCCION

Llevamos varios años viendo a la Familia Real entregada por entero a la promoción de Don Carlos Hugo directa e indirectamente con la propia promoción de sus demás miembros. Muy atrás y muy claramente disipadas quedaban las dudas, fundadas, acerca de si Don Javier tenía o no «voluntad de vencer». El más joven de los Infantes, Don Sixto Enrique, también se presenta en público, aclamado por los carlistas con diferentes pretextos (1), pero quizá algo menos que sus hermanas, especialmente Doña María Teresa y Doña Cecilia; la Infanta Doña María de las Nieves también quedaba en un segundo plano, aun participando de la consigna de movilización familiar.

Pero en el año 1965 Don Sixto pasa a la cabeza del protagonismo de la Familia Real con un buen golpe de efecto, bien montado: aparece haciendo su servicio militar en la Legión. Esta operación recuerda el trabajo de Don Hugo en una mina de Asturias (2). También fue explotada al máximo por los seguidores de Don Javier, en términos generales y en especial para crear simpatías entre los militares, bastante más influyentes entonces que los mineros.

Pero en esta actuación de Don Sixto había detrás de las alharacas una cuestión importante y de largo alcance. Hacer el servicio mi-

(1) Vid. tomo XXV (I), págs. 75 y sigs.

(2) Tomo XXIV, pág. 54.

litar en el Ejército de España y jurar su bandera preparaban eficazmente el reconocimiento de la nacionalidad española de Don Sixto. Completaba la maniobra su desertión del Ejército francés, pregonada con visión muy corta por la prensa española juanista, que copiaba la noticia de la francesa.

La fórmula del juramento que hizo Don Sixto Enrique de Borbón Parma decía así: «¿Juráis a Dios y prometéis a España, besando con unción su bandera, respetar y obedecer siempre a vuestros jefes, no abandonarles nunca y derramar, si es preciso, en defensa del honor e independencia de la Patria y del orden dentro de ella, hasta la última gota de vuestra sangre?»

No hay en esta fórmula un compromiso político; las palabras «y del orden dentro de ella» se entendían unánimemente, sin dudar ni discutir, que se referían al orden público, a la ausencia de disturbios callejeros.

El día 11-X-1985 juró la bandera en la Academia General Militar de Zaragoza el cadete Don Felipe de Borbón y Grecia. La fórmula era distinta; entre otras modificaciones, las anteriores palabras «y del orden dentro de ella» habían sido sustituidas por «y del ordenamiento constitucional», lo cual le llevó a un grave compromiso con el ordenamiento constitucional vigente en aquel momento, el establecido por la Constitución de 1978, que es atea, democrática y compatible con el divorcio, el aborto, la libertad de cultos, etc.

Don Sixto Enrique de Borbón Parma está libre de este compromiso.

El pueblo carlista volvía a vitalizarse con este suceso. Tanto que los seguidores de Don Juan y de su hijo contraatacaron cuanto pudieron.

RESUMEN DE VARIAS CRONICAS IMPRESAS

A fin de año se difundió una cuartilla bien impresa que decía así:

«Comunión Tradicionalista.

Servicio informativo.

(Información exclusiva para carlistas.)

S. A. R. el Infante Don Sixto-Enrique de Borbón Parma, Duque de Aranjuez, ha permanecido once meses sirviendo la Bandera Española en el Tercio "Gran Capitán", I de la Legión, en Melilla.

El Infante Don Sixto se enroló en el Banderín de enganche de la Legión, en Madrid, el 2 de enero de 1965, previa comprobación de requisitos para prestar sus servicios en estas fuerzas, entre ellos el imprescindible y meticuloso examen médico, firmando el compromiso de tres años y siendo destinado a Melilla, al primer Tercio.

Allí, tras el período reglamentario de instrucción a que fue sometido como todos sus compañeros, juró Bandera el 2 de mayo, bajo el nombre de Enrique de Aranjuez, siendo después destinado a la Compañía de Ametralladoras, donde continuó prestando sus servicios hasta el día que causó baja en la Legión.

La presencia del Infante en el Ejército español provocó maniobras e intrigas de elementos juanistas, que culminaron con la baja de Enrique de Aranjuez a los once meses de servicio activo en la Legión el pasado 23 de noviembre, baja que fue decretada contra la voluntad del mismo, con el pretexto de "incapacidad física para prestar sus servicios en estas fuerzas".»

* * *

El impreso «I. M., Información Mensual», de abril de 1965 destaca en su portada una gran fotografía de Don Sixto vestido de legionario en la puerta del acuartelamiento del Tercio, da la noticia y comenta: «Comprendemos ahora su ausencia de la Reunión de Puchheim en el mes de enero.» Hay que tener en cuenta que estas publicaciones veían la luz retrasadas respecto de las fechas de sus cabeceras. Este número de abril debió de salir en los primeros días de mayo, inmediatamente después de la Jura de la Bandera, que fue el 2 de mayo.

La misma publicación, en su número de enero de 1966, en un reportaje convencional y destacado sobre el asunto, añade a propósito de la Jura de la Bandera: «En aquella fecha el Infante Legionario envió al Generalísimo un telegrama en el que expresaba la emoción que en aquellos momentos le embargaba, al que correspondió con otro, redactado en términos muy afectuosos, la Casa Militar de Su Excelencia.»

El «Boletín de Información de la Delegación Nacional de Requetés», número 12, de noviembre de 1965, publica un largo reportaje con las noticias y comentarios ya conocidos, a los que añade éstos: «Con el objeto de desprestigiar al Infante Don Sixto y de perjudicar a los oficiales legionarios excombatientes del Requeté, se

lanzó en Melilla la historia, urdida fuera de allí, de que se estaba preparando una sublevación carlista. (...). El juanismo, ante la presencia del Infante Don Sixto decidió:

1. Dificultar la estancia del Infante en la Legión.
2. Conseguir con falsas acusaciones el arresto de oficiales que tuvieran alguna relación con Don Sixto.
3. Comprar a algún carlista para que traicionara y facilitara el trabajo.
4. Asustar a todos los simpatizantes que pudiera haber entre la población civil y militar de Melilla.»

Se hizo una separata de largos párrafos de este reportaje en un folio bien impreso, con otros comentarios ya conocidos y bajo el título «Un intento de maniobra del juanismo dentro del Ejército».

RESUMEN DE VARIAS NARRACIONES DE TESTIGOS AL RECOPIADOR

En diciembre de 1964 el Jefe Nacional del Requeté, Don José Arturo Márquez de Prado, llamó a un veterano y destacado carlista, Don Sixto Barranco Carmona, Comandante de Infantería y jefe a la sazón del Banderín Central de la Legión en Leganés. Tenían una entrañable amistad. Le dijo que fuera a ver a Don Carlos Hugo a su domicilio de la calle Hermanos Bécquer, 6, de Madrid. Don Hugo le preguntó a Barranco, con el máximo secreto si entrar en la Legión y jurar la bandera de España en ella sería un buen camino para que el Infante Don Sixto Enrique adquiriera la nacionalidad española. La respuesta fue afirmativa: constantemente lo hacían legionarios de las más variadas procedencias. Acordaron, pues, que Don Sixto se enrolaría en la Legión, en el Banderín de Leganés, que mandaba Barranco, con la máxima discreción para no malograr el objetivo final de llegar a la Jura de la Bandera. Porque calculaban que si era descubierto se le impediría reunir todos los requisitos para la obtención de la nacionalidad española.

En el Banderín Central de Leganés se iban concentrando todos los solicitantes de toda España, y cuando su número alcanzaba el de

noventa, se enviaban a las unidades de Africa en tren. Para que no fuera descubierto en los días de estancia en el Banderín, se convino que se presentaría con un amigo que se enrolaría con él para asistirle solamente unas horas antes de la salida de una expedición. Barranco no les pediría ninguna documentación y usarían nombres supuestos. Don Sixto Barranco sugirió enviarle al Sahara o a Ifni, entonces, ¡ay!, provincias españolas, porque los coroneles que mandaban las unidades que estaban allí eran amigos suyos y simpatizantes del Carlismo. Pero Don Carlos Hugo objetó que estaban lejos y mal comunicadas aquellas provincias, y que era mejor enviarle a Ceuta o a Melilla para poder ir a visitarle. El Comandante Barranco insistía en que no hubiera visiteo, porque cualquier indiscreción daría al traste con el proyecto.

Don Sixto Barranco no conocía a Don Sixto Enrique de Borbón Parma; no le había visto jamás. Pero entendió de quién se trataba cuando dos jóvenes entraron en su despacho y uno le dijo con notable acento francés: «¿Bueno, ya estamos aquí.» «¿De parte de quién vienen ustedes?» «De mi hermano Carlos.» El Comandante llamó a Hermanos Bécquer y confirmada la identidad de los solicitantes, se les enroló sin más trámites y salieron aquella noche para Melilla.

El joven acompañante se llamaba Juan Carlos García de Cortazar y dejó para esta misión sus estudios del cuarto curso de la carrera de ingeniero industrial.

El Comandante Barranco avisó secretamente del asunto al Capitán Adolfo Morán Carapeto, del Primer Tercio; los dos habían combatido en la Cruzada en el Tercio de Requetés sevillanos de Nuestra Señora de los Reyes y mantenían vivo el entusiasmo y las ideas de aquellos días. Pero Carapeto recibió a Don Sixto con grandes abrazos y demostraciones de júbilo, y le alquiló una habitación en el mejor hotel de Melilla para que descansara los sábados y los domingos. En el mismo hotel se alojaron Pepe Zavala y Celestino García Marcos, entonces destacados carlistas jóvenes, que fueron allá con la misión de apoyarle. Empezó a recibir visitas de carlistas a quienes divertía ir allá a verle. Y aquí se dividen las opiniones: unos testigos creen que el mando estaba enterado de todo desde el primer momento, y otros que, a pesar de tan frívolas indiscreciones, no sabía nada; esto no era inverosímil por la gran densidad de simpatizantes con el Carlismo que había entre la oficialidad de aquellas unidades, que es presumible que nada dijeran.

Con algunas dificultades por su débil complexión, Don Sixto

llegó hasta el día de la Jura de la Bandera, que fue el 2 de mayo. Era un acto solemne y público. Acudieron a presenciarlo algunos carlistas andaluces y valencianos, con cierto secreto. Se presentó también una periodista desconocida a la que no se le dejó entrar porque no tenía invitación. Al ver que pasaba el tiempo y no conseguía entrar, la periodista dijo que allí dentro estaba un Príncipe de Borbón Parma al que quería entrevistar; la noticia, que causó cierta sensación, empezó a circular en el mismo momento en que Don Sixto volvió a su puesto en la formación después de pasar debajo de la Bandera. Se salvó la situación por muy poco, en la hipótesis de que por esos claroscuros de los servicios de información, el mando no lo hubiera sabido. El mismo día presentó la solicitud de la nacionalidad española.

El Coronel del Tercio Don Julio Coloma Gallego, que le había destinado de batidor suyo, lo devolvió inmediatamente a un destino de filas y detuvo la documentación de solicitud de nacionalidad. Don Javier de Borbón Parma escribió a Franco en apoyo de esa solicitud y se hicieron otras gestiones en la Casa Militar de Franco. Este dijo que el asunto se ajustara a derecho y al procedimiento reglamentario, y al fin, al cabo de tres meses, se le concedió la nacionalidad española, que a otros en las mismas circunstancias se concedía automáticamente. Pero se le dio de baja en la Legión.

El joven bilbaíno Juan Carlos García de Cortazar había sido destinado a las oficinas. Allí se dedicaba a levantar por su cuenta fichas de la manera de pensar de los jefes y oficiales; fue sorprendido y amenazado con un Consejo de Guerra que no llegó a celebrarse, pero cuyo mero anuncio le costó horribles pesadillas, que disminuyeron notablemente su eficacia.

El Infante Don Sixto Enrique regresó al domicilio de Hermanos Bécquer, 6, de Madrid. El día 3 de diciembre, festividad de San Francisco Javier, asistió a un cocktail ofrecido por los Príncipes de Asturias en su residencia privada con motivo del santo del Rey y al que concurrieron numerosas personalidades de las letras, las finanzas y la política española, junto a relevantes figuras del Carlismo.

Pero quizá por la aureola alcanzada en la Legión, y también por su carácter irascible, tuvo algunas desavenencias con su hermano Don Carlos Hugo, que no quería que figurara para nada. Una noche, la discusión alcanzó tal violencia, que Don Sixto marchó a casa de unos amigos, y luego, de allí, a Portugal. Como siempre sucede,

estas desavenencias trascendieron pronto y, con intención de amorrarlas o desmentirlas, las publicación «I. M.—Información Mensual», que se redactaba en casa del Jefe Delegado por miembros de la Secretaría, publicó el mes de enero de 1966 una fotografía con el siguiente pie: «Los Príncipes de Asturias asisten a un espectáculo en Madrid, en compañía del Infante Don Sixto». Los tres aparecen sonrientes y bromeando en un palco.

Era una permanente preocupación de Don Javier dotar a sus hijos, y especialmente a Don Sixto, de un medio de vida digno, como ya venían ejercitando con absoluta normalidad y universal aceptación otros Príncipes de Casas Reales europeas destronadas por la Revolución, entre ellos, el Príncipe Eduardo de Lobckovick, esposo de la Infanta María Francisca, que trabajaba en la Bolsa de Nueva York, además de disfrutar de una buena posición económica. Con ese propósito, Don Javier envió a Portugal, patria de su madre, a Don Sixto para que aprendiera a moverse en el mundo de los negocios de la mano de la familia de los banqueros apellidados Espíritu Santo. Con ellos pasó, poco después, a hacer una gira por el imperio portugués en África, donde estuvo una temporada viendo funcionar sus negocios.

Mientras tanto, en la Legión, se procedía a reconstruir el asunto. El primer eslabón, la puerta de entrada, había sido el comandante Barranco, jefe del Banderín Central, ya muy fichado como carlista. El general de la Legión, Don Nicasio Montero, liberal alfonsino, le pidió su palabra de que no conocía a Don Sixto Enrique de Borbón Borbón Parma, y Don Sixto Barranco Carmona le juró, con absoluta veracidad, que nunca le había visto anteriormente. A pesar de todo, fue dado de baja en la Legión y enviado a destinos civiles, donde terminó su carrera militar con el empleo de coronel. En aquel trance le ayudó y manifestó su simpatía por los carlistas el general Martínez Baldrich, hijo del famoso pacificador de Barcelona, general Martínez Anido.

«EL PRINCIPE SIXTO DE BORBON PARMA, CONDENADO EN FRANCIA EN REBELDIA»

Con este título, y destacada en un recuadro, el diario «ABC» de Madrid del 27 de diciembre de 1965, edición de la tarde, página 81, da la siguiente noticia:

«Lyon, 18.—El Príncipe Sixto Enrique de Borbón Parma, hijo

de Don Javier de Borbón Parma, ha sido condenado el viernes, en rebeldía, a un año de prisión por el Tribunal permanente de las Fuerzas Armadas de Lyon, que dispuso igualmente el embargo de sus bienes.

Nacido en Pau en 1940, fue empadronado y clasificado "apto para el servicio militar", y, en consecuencia, citado el 5 de enero de 1965, después de expirar una primera prórroga de estudiante, para su incorporación al 4.º Regimiento de Cazadores en La Valbonne. Como no acudió a dicho llamamiento, fue declarado prófugo y un mandamiento de arresto ha sido dictado contra él» («Le Monde», 20 de diciembre de 1965).

La revista «Montejurra», número 13, reproduce una fotografía del texto de «ABC» y otra fotografía de Don Sixto desfilando en Melilla a bordo de un jeep el 18 de Julio. Acompaña a estas fotos un texto violento contra «ABC» sin especial interés.

Unos años después, Don Javier consiguió, tratando directamente con el presidente de la República Francesa M. Pompidou, que se le indultara la pena, se le restituyeran los bienes confiscados y pudiera circular libremente por Francia.

VII. EL CARLISMO Y LA LIBERTAD DE CULTOS

La situación.—Los carlistas francotiradores.—La Regencia Nacional Carlista de Estella.—Manifiesto del 6 de enero.—Extractos de la «Declaración de la Regencia Nacional Carlista de Estella en defensa de la Unidad Católica de España», de 10-III-1965.—Reafirmación de esta Declaración, el 18-XII-1965.—La Comunidad Tradicionalista.—Don Manuel Fal Conde y el Premio Vedruna.—El Jefe Delegado, Don José María Valiente Soriano.—Un artículo de Don Alvaro d'Ors.—La Hermandad Nacional de Antiguos Combatientes de Tercios de Requetés.—La revista «Montejurra».—La revista «Boina Roja».—La revista «Tradición».—El «Boletín de Información de la Comunidad Tradicionalista de Cataluña».—«La libertad de cultos en España», proyecto de segunda Declaración de la Comunidad Tradicionalista sobre los proyectos de un estatuto para los acatólicos.—Presiones contra la publicación de este proyecto.—Opúsculo de la Jefatura Regional de Requetés de Granada.—Infiltraciones progresistas.—Cómo veía el Concilio Don Javier.—Aprobación de la «Dignitatis Humanae».—Don Javier asiste a la clausura del Concilio.—Apéndice: Pablo VI condena las guerras de religión y regala las banderas de Lepanto a los turcos.

LA SITUACION

Empieza el año 1965 con una enorme expectación en todos los sectores políticos y religiosos por lo que va a pasar en la última etapa del Concilio. La gran cuestión de si la Iglesia optará o no por una organización de la sociedad plural, democrática y permisiva, desacralizada, se centra y resume en la proposición de libertad religio-

sa que figura en la agenda conciliar. Ya debía de haberse tratado y definido anteriormente, pero fue aplazada y en este año se tendrá que sentenciar inevitablemente.

En tomos anteriores hemos visto a los carlistas muy preocupados con esta cuestión. Vamos a seguirles ahora en la última etapa. En toda su historia combatieron al liberalismo en economía, en política y también en religión.

Ahora se llamaba libertad religiosa a lo que en tiempos de la Segunda República, y en todos los brotes de impiedad del siglo pasado, se había llamado libertad de cultos. Este cambio de denominación producía cierta desorientación.

Contra todos aquellos brotes se había erguido siempre, como electrizado, el Carlismo, acérrimo defensor de la Unidad Católica. La Jerarquía Eclesiástica, con más calma y menos sacrificios, la propugnaba también. En cada episodio había hecho de los carlistas sus dedos largos o su brazo armado. Pero ahora todo cambiaba rápidamente y de manera inesperada. Era la propia Iglesia, o cuando menos digamos que los obispos europeos, los propagandistas de la libertad de cultos. Esto aumentaba la desorientación.

Los carlistas quedaron divididos por el nuevo e insólito planteamiento en dos grupos: uno, dedicado a luchar desesperadamente por la Unidad Católica de España; otro, partidario de la libertad de cultos. Los de este último no manifestaban sus sentimientos; no se atrevían a hacerlo por estar en hiriente contradicción con lo que siempre había sido el Carlismo y aun con el sentir de los simples católicos españoles. Así que recurrieron a otra estratagema, que fue decir que ellos estaban a lo que dijera la Iglesia y que no había que luchar, sino esperar y verlas venir. Años adelante, cuando todo se hundió y perdió, dejaron el Carlismo y entonces dijeron ya descaradamente que eran partidarios de la libertad de cultos por sí misma y sin argumentos de autoridad eclesiástica, y con la misma desvergüenza se proclamaron también socialistas. La labor del progresismo, previa al Concilio, había hecho ya sus víctimas en las filas del Carlismo con la misma fruición con que los demonios expulsados de una morada vuelven a ella (Mt., 12-43, 45). En descargo de ese enfermo Carlismo recordaremos que el enemigo era tal que había conseguido los mismos estragos nada menos que en los más altos niveles de la Iglesia.

LOS CARLISTAS FRANCOTIRADORES

Antes de seguir en documentos estas actitudes colectivas hay que dejar constancia de que carlistas eran la mayoría de los que a título personal promovían y nutrían grupúsculos de católicos sin más denominaciones, que se agitaban como enjambres enloquecidos en torno a los obispos y a los eclesiásticos destacados para transmitirles sus temores y apremiarles a hacer algo para salvar a España de ese germen de apostasía. Apostasía que después de un proceso de lógica implacable se consumó con la aprobación de la Constitución atea de diciembre de 1978.

Carlistas eran los que defendían la Unidad Católica desde el semanario «¿Qué Pasa?» y en el diario «El Pensamiento Navarro» y desde otras publicaciones y revistas modestas propias. En las ajenas deslizaban su tesis —no siempre que lo intentaban— en las secciones de «Cartas al director».

LA REGENCIA NACIONAL CARLISTA DE ESTELLA

Los únicos carlistas que cumplieron, en parte, la profecía de Carrero Blanco (t. XXVI, pág. 14) fueron los de la Regencia de Estella. Digo solamente que «en parte» porque aunque usaron este asunto para atacar a Franco durante el resto de los días de éste, esos ataques no llegaron a producirle el incomodo conjeturado por Carrero Blanco.

Porque los obispos y ambos cleros, secular y regular, y los institutos seculares habían aceptado la libertad de cultos y pedían desde sus publicaciones una rápida igualdad legal para los herejes, las sectas más raras y los partidos marxistas, y transferían anchamente al pueblo sencillo esa aceptación de ese disparate. Todo, prejuzgando con muchos meses de anticipación la decisión del Concilio, que les fue favorable, pero que bien pudo haberles sido adversa. Se había operado tal inversión en la opinión pública que a Franco le venían bien aquellos ataques y los que verdaderamente le hubieran perjudicado hubieran sido los de signo contrario, es decir, la acusación de conservar la Unidad Católica.

La culpabilidad masiva de la Iglesia era tan clarísima que los escritos de la Regencia de Estella sobre la Revolución, señalando solamente a Franco como único culpable de los avances de ésta, nacían

desacreditados y resultaban contraproducentes. Cualquier lector imparcial y sereno advertiría inmediatamente en ellos la injustificable y gravísima omisión del protagonismo de los eclesiásticos, que era inmensamente superior al de Franco. Este «sufrió con ejemplar paciencia las tretas de la diplomacia vaticana y aceptó humildemente consignas conciliares como la de la libertad religiosa, aunque fueran en detrimento de la identidad histórica de España» (Alvaro d'Ors, «La violencia y el orden», ediciones DYRSA, 1987, pág. 18).

MANIFIESTO DEL 6 DE ENERO

La Regencia Nacional Carlista de Estella, presidida por Don Mauricio de Sivatte, difundió al empezar el año 1965 el siguiente manifiesto:

«A la nación española.

Ante la actual versión específicamente «progresista», hija de la naturaleza herética, antipatriótica y radicalmente revolucionaria del liberalismo, contenida en el proyecto de Estatuto atributivo de derechos a las llamadas confesiones no católicas, en estudio por el Gobierno del General Franco, y ante la vulneración por dicho Estatuto o Reglamento de la Unidad de la Fe y de la Patria, primero y principal de los bienes comunes de los españoles, la Junta Suprema de la Regencia Nacional de Estella, en nombre del Carlismo, fiel al deber mantenido ineludiblemente en siglo y medio de lucha religioso-política y de acuerdo con las conclusiones recientemente aprobadas en el Primer Congreso Nacional de Estudios Tradicionalistas (1), se ve obligada a recordar que la Doctrina y la Norma vigentes para nuestra Patria, en la materia, según uniforme y constantemente han reiterado los Soberanos Pontífices hasta S. S. Paulo VI gloriosamente reinante, son las de Unidad Católica, incompatible de toda evidencia con semejante Estatuto y aun con cualquier atribución de derechos al error religioso.

Como consecuencia ineludible, la Regencia Nacional de Estella proclama a la vez, solemnemente, que el Carlismo, en unión de los buenos españoles, se vería, como tantas otras veces, en el trance de

(1) Vid. tomo XXVI, pág. 53.

oponerse, y se opondría firmemente, por todos los medios teológicamente lícitos, a que tal proyecto u otro de naturaleza parecida, en cualquier forma o manera, fuesen llevados a la práctica.

En la solemnidad de la Epifanía, fiesta de la Monarquía Tradicional, del año 1965.

Por la Comunión Tradicionalista-Carlista,
la Junta Suprema de la
Regencia Nacional de Estella.»

EXTRACTOS DE LA «DECLARACION DE LA REGENCIA NACIONAL CARLISTA DE ESTELLA EN DEFENSA DE LA UNIDAD CATOLICA DE ESPAÑA», DE 10-III-1965

Poco después de su Manifiesto del día 6 de enero, la Regencia Nacional Carlista de Estella vuelve a la carga. No es para menos. No ya los carlistas, sino la mayoría de los católicos corren alocados de unas antesalas episcopales a otras y de sacristía en sacristía para acallar los temores que les producen las publicaciones controladas por eclesiásticos y no hacen con ello sino acrecentarlos: se les recibe fríamente, o no se les recibe, y se les contesta con evasivas o no se les contesta. Recurren entonces, desesperados, a los dirigentes carlistas que conocen. Los de la Regencia Nacional Carlista de Estella, sin medios económicos y perseguidos por la Policía, consiguen editar y difundir un folleto de 82 páginas y formato de 12 por 16 centímetros cuyo título completo es «Declaración de la Regencia Nacional Carlista de Estella en defensa de la Unidad Católica de España frente al Estatuto de Pseudo Confesiones Acatólicas proyectado por el Régimen». El texto de presentación está fechado «En España, festividad de los Mártires de la Tradición, 10 de marzo de 1965». La primera y única edición fue de 80.000 ejemplares.

El asunto era infinitamente más vasto que el proyecto de Castiella, por otra parte ya detenido por el Gobierno a instancias de Carrero Blanco. Pero los de la Regencia se agarraban a esa partecita para atacar al «Régimen» y así exonerar indirectamente a los verdaderos culpables del verdadero problema, que eran los eclesiásticos. Por este defecto gravísimo de planteamiento, este folleto, que tanto dinero y esfuerzo costó, no aumentó el número de afiliados a la

Regencia de Estella, como cabía esperar. Pero hay que decir que su reclutamiento se resentía, además, de otros males. Un atenuante, levísimo, en favor de los autores del documento que así desnaturalizaban los hechos era que también otros dirigentes carlistas de otras facciones mentían a sabiendas, igualmente que ellos, en esta cuestión por escrúpulo religioso de no censurar suficientemente a los eclesiásticos culpables. Algunos se encontraban aprisionados por su anterior pertenencia a sociedades secretas vinculadas severamente a la jerarquía culpable, distintas del Opus Dei.

La «Declaración» que estamos historiando es un arsenal de datos de erudición. Su extensión nos impide reproducirla íntegra. Extraetamos los párrafos principales más directamente relacionados con el Carlismo.

Extractos del «Preámbulo»:

«Mientras la Santa Madre Iglesia por medio de su cabeza visible y Vicario de Cristo, S. S. el Papa, a quien rendimos testimonio de sumisión y reverencia incondicionales, no modifique clara, explícita y terminantemente, para la realidad religiosa-social concreta de España, la doctrina constantemente propuesta hasta hoy por la misma Iglesia, la postura del Carlismo, como en tantas otras ocasiones históricas, no puede ser otra que la defensa a ultranza de la Unidad Católica por todos los medios teológicamente lícitos (1).

Esta es la línea invariablemente marcada al Carlismo durante siglo y medio, aun a costa de cualquier desventaja política, por los Reyes legítimos de España desde Carlos V a Alfonso Carlos I. Es tan consustancial al Carlismo la defensa a toda costa de la Unidad Católica de nuestra Patria frente a cualquier intento que pretenda menoscabarla, que incluso aquellos a quienes el confusionismo imperante u otras causas tienen apartados de la disciplina carlista de la Regencia, si conservan un mínimo de espíritu tradicional, no podrán vacilar en este punto: la implantación por el Régimen de la libertad pública de cultos heterodoxos sería el golpe definitivo para

(1) Esta postura no se fundamenta solamente en antecedentes históricos, sino que, además de éstos, es exigida por la doctrina. Es la primera deducción del primer punto del trilema «Dios-Patria-Rey» y es el primero de los «fundamentos intangibles de la legitimidad española», definidos por Don Alfonso Carlos en su Real Decreto de 23-I-1936, que dice así: «La religión Católica Apostólica Romana con la unidad y consecuencias jurídicas con que fue amada y servida tradicionalmente en nuestros Reinos» (vid. tomo I, pág. 14).

que todos los disgregados volvieran a la unidad de la disciplina carlista (2).

Pero por encima de toda mira política y terrena, y no obstante que por ello puede arreciar la persecución de que viene siendo objeto desde 1937 por parte del Régimen, el Carlismo, para gloria de Dios, en bien de la Religión y servicio de la Iglesia, está decidido a continuar su lucha hasta el fin para que se mantenga públicamente, con toda autenticidad y sin los actuales fariseísmos, la Unidad Católica de la Nación Española.»

El capítulo I se titula «¿Libertad de cultos?» y es un resumen de la historia de la cuestión desde la Constitución de Bayona hasta el 18 de julio de 1936. El capítulo II se titula «La astucia de las tinieblas», y prolonga esa historia después del año 1939 y añade las connivencias del régimen con las izquierdas. El capítulo III se titula «La luz y el celemín», y es una historia y crítica del liberalismo y de los Derechos del Hombre. El capítulo IV se titula «Tesis e hipótesis», y recoge extensos textos pontificios a favor de la confesionalidad del Estado. El capítulo V se titula «España, Católica», y está formado por textos demostrativos de la religiosidad de España.

El capítulo VI, titulado «Cruzados del Ideal», recoge párrafos de distintos documentos que refutan objeciones que se hacen a favor de los protestantes. Luego dice:

«En momentos difíciles para la Religión, en España se ha hecho proverbial que las gentes ordinariamente apartadas de la política vuelvan sus ojos al Carlismo como último recurso que «de tejas abajo» pueda con la ayuda de Dios conjurar el peligro. Los ejemplos no únicos de la revolución de septiembre y de la II República son harto elocuentes. En tales ocasiones, incluso aquellos católicos que un poco cómodamente, por no decir egoístamente, en circunstancias aparentemente menos difíciles dicen no querer ocuparse de política porque «con Dios ya tienen bastante», suelen inquirir en tono casi de reproche, que equivale a una llamada de auxilio, «¿qué hacen los carlistas?» (...)

(2) Este augurio no se realizó. Era verosímil, por analogía con otras situaciones históricas, si la libertad de cultos se hubiera implantado por el Gobierno. Pero la implantación por la propia Iglesia (dejemos el positivismo) creó una situación absolutamente nueva, sorprendente e imprevisible, que desbarató los fundamentos de todas las conjeturas.

Hoy, esta pregunta empieza a oírse ya en algunos ambientes. Pues bien. El Carlismo, cuyo primer lema es Dios, fiel a su tradición histórica, está donde siempre: dispuesto una vez más a defender a todo trance, «cueste lo que cueste» y mientras la suprema Autoridad del Papa no lo prohíba formal, explícita y concretamente, la Unidad Católica de España. Así lo ha proclamado ya pública y oficialmente en dos ocasiones desde que empezaron a circular los rumores relativos a la promulgación de un Estatuto de Acatólicos: a cielo descubierto, en los discursos pronunciados en la Concentración Nacional Carlista en Montserrat del año 1963, y en la solemne Declaración de la Junta Suprema de Regencia, el 6 de enero de 1965».

Sigue una larga transcripción de párrafos, varios de ellos ya incluidos en otros lugares de esta recopilación.

«Con ello, el Carlismo no hace más que seguir el camino que, a la luz de las enseñanzas de la Iglesia, le han enseñado siempre los Reyes Abanderados de la Legitimidad Proscrita desde Carlos V hasta Don Alfonso Carlos I.»

Sigue una larga transcripción de textos.

«El futuro no nos pertenece y es temerario prever los inescrutables caminos que la Providencia divina marca a la Historia. La traición del Régimen al espíritu católico de la Cruzada Nacional es además pecado colectivo que en una u otra forma a todos nos alcanza y hace temer que la justa ira de Dios caiga sobre España permitiendo la pérdida de la Unidad Católica. Pero confiamos en que su Misericordia aplaque su Justicia y nos libre de tal desgracia. Por ello, el Carlismo, en primera línea, está dispuesto como siempre a proseguir hasta el fin, y con el empleo de todos los medios teológicamente lícitos, la lucha por el mantenimiento de la Unidad Católica.»

REAFIRMACION DE ESTA DECLARACION, EL 18-XII-1965

Aprobada en la última sesión del Concilio la Declaración «Dignitatis Humanae», los obispos españoles se estremecieron. E inmediatamente, como si no se atrevieran a volver a España con ese misterio de iniquidad en las manos, redactaron un documentito po-

niéndole sordina y límites que, como era natural y presumible, no cumplieron ni en su letra ni en su espíritu.

La Regencia Nacional Carlista de Estella aprovechó la ocasión para servir una vez más a la defensa de la Unidad Católica repartiéndola una hojitas impresas que decían, sin título, así:

«La Declaración Colectiva del Episcopado Español fechada en Roma a 8 de diciembre de 1965 y publicada, después de su aprobación por la Santa Sede, en la prensa diaria del siguiente día 12, expresa terminante y literalmente que «Juan XXIII y Paulo VI, por no referirnos más que a los dos Papas del Concilio, nos han recordado a nosotros los españoles que la Unidad Católica es un tesoro que hemos de conservar con amor».

«Con ello, nuestra Sagrada Jerarquía se hace eco fiel de la consigna que S. S. Paulo VI, felizmente reinante, en su Alocución de 13 de noviembre de 1965 en el Pontificio Colegio Español de Roma, dirigió una vez más al clero y fieles de España: «Vuestra nación justamente se gloria de esa Unidad Católica que ha sido y es florón en tantos siglos de historia. Toca al sacerdote sobre todo encauzarla hacia su dinamismo más profundo para convertirla en un foco más luminoso de irradiación evangélica.»

«Este es el sentido que para la realidad histórica y social de nuestra Patria tiene, según nos enseña el Sagrado Magisterio de nuestros obispos con el Papa, la Declaración Conciliar sobre el derecho de la persona y de las comunidades a la libertad social y civil en materia religiosa, la cual, en su preámbulo, reafirma la validez y actualidad de todo el Magisterio Eclesiástico anterior al decir que «Esta Declaración deja intacta la doctrina tradicional católica sobre el deber moral de los individuos y de las sociedades en orden a la religión verdadera y a la única Iglesia de Cristo.» Siguen, por lo tanto, vigentes el Syllabus de S. S. Pío IX y las enseñanzas de las Encíclicas, Pastorales, Alocuciones y demás documentos del Magisterio Eclesiástico relativos a la confesionalidad del Estado y a nuestra Unidad Católica.»

«Por todo ello, no ha perdido actualidad, sino que ha ganado en autoridad, la Declaración de la Regencia Nacional Carlista de Estella, de 10 de marzo de 1965, en defensa de la Unidad Católica de España frente al Estatuto de Pseudo Confesiones Acatólicas proyectado por el Régimen.»

«En consecuencia, el Carlismo, que en frase de Vázquez Mella procura siempre no marchar ni un paso más adelante ni más atrás de las enseñanzas de la Iglesia, fiel a la consigna del Papa y a la Declaración Colectiva del Episcopado Español, únicas autoridades competentes para la aplicación en España de las Normas del Sagrado Concilio, reafirma su inquebrantable decisión de salvaguardar por todos los medios teológicamente lícitos la Unidad Católica de nuestra Patria frente a cualquier intento que pretenda menoscabarla.»

«En España, 18 de diciembre de 1965, festividad de Nuestra Señora de la Esperanza,

La Regencia Nacional Carlista de Estella.»

LA COMUNION TRADICIONALISTA

En este sector del Carlismo se produjo una inversión del reproche que durante muchos años le habían hecho los carlistas a Don Javier. Decían que debería de ocuparse más de las cosas de España a costa de menguar en el directo servicio al Papa Pío XII. Estas actividades en torno a la Santa Sede deslumbraban a los carlistas sencillos, pero a los más perspicaces no les hacían demasiada gracia y finalmente no tuvieron entusiastas a ningún nivel. Ahora, en 1965, ante el peligro que corre la Unidad Católica, el reproche gira ciento ochenta grados y no pocos carlistas decían que Don Javier y su hijo Don Hugo debían de relegar sus actividades en la Península y estar en Roma, en el Concilio, defendiendo la Unidad Católica de España. No fue así. Los trabajos de toda una vida no tuvieron la contrapartida de una base para actuar en defensa de tan altos intereses; su posición privilegiada se había malogrado y apenas existía ya en el Pontificado de Juan XXIII (1). Además de estas circunstancias exteriores, no faltaban indicios de que el propio Don Javier en su fuero interno no tenía ya tan firmes convicciones anti-liberales y verdaderamente católicas como cuando Don Alfonso Carlos le nombró Regente, precisamente por ellas (2). La nueva manera

(1) Vid. tomo XX, pág. 263.

(2) El recopilador pudo observarlo directamente en la audiencia individual que tuvo con él en Leiza, en agosto de 1955. Véase tomo XVII, pág. 139.

de pensar que trajo Don Carlos Hugo quizá se había incubado, silenciosamente, más por omisión que por acción, en el seno de su propio hogar.

Algunos estudiosos han señalado que el progresismo nació, o al menos recibió un fuerte impulso, de la camaradería de fieles de varias religiones y filosofías en los campos de concentración y en otros episodios de la Segunda Guerra Mundial. Como se recordará, Don Javier estuvo en uno de aquellos campos de concentración (vid. tomo V, pág. 159) y parece que en alguna manera se contaminó de ese fenómeno, porque pocos años después recomendaba con todo afecto a los altos dirigentes de la Comunión a personajes que llegaron a Madrid con actividades más que sospechosas, por el solo hecho de que le habían ayudado con su convivencia en el campo de concentración.

Pero el carácter vacilante de Don Javier todavía nos da una muestra de buen pensar en una carta escrita a Don Manuel Fal Conde apenas terminado el Concilio, cuya clausura le narra, el día 14-XII-1965. Le dice:

«Tú hablas con mi corazón cuando dices que en tu actual trabajo de presidente de la Editorial Católica continúas el pensamiento del grande Cardenal Segura y del sentido carlista, que se juntan en absoluto, sin casi decirlo. Porque en verdad nuestro levantamiento sin la razón católica no hubiera sido carlista. El solo hecho dinástico en 1936 no hubiera llevado nuestros héroes a la victoria con tantos sacrificios. En la Comunión Tradicionalista la Unidad Católica forma la base de nuestra ideología.»

El hecho fue que el primer Príncipe de la Cristiandad no pudo, o no supo o no quiso evitar la catástrofe conciliar. Fueron, sí, a la clausura del Concilio, el 8 de diciembre de ese año, Don Javier, siempre con el título de Príncipe y no el de Rey; Don Carlos Hugo y su esposa, Doña Irene, instalándose en la tribuna especial de altas personalidades. Como si no supusiera nada para España y para el Carlismo que la misma víspera, en la última sesión, se hubiera aprobado la Declaración «Dignitatis Humanae» acerca de la libertad de cultos; de la que se seguiría en España la libertad de cultos falsos e implícitamente la de cualesquiera otros errores, y en cuanto desapareció Franco, los partidos marxistas y la masonería. Aquí no había pasado nada. Consecuente, un año después mandó a sus se-

guidores que votaran «sí» al Referéndum que ponía en marcha el desarrollo legal de esa teoría. En este momento pierle la legitimidad de ejercicio que pudo haber tenido.

Los periódicos españoles «Arriba» y «Ya» del día siguiente, 9 de diciembre, y otros muchos, dieron la noticia de su asistencia a la clausura con más realce del que habitualmente daban a sus actividades. Sutil maniobra para ir imbuyendo a la gente que hasta el jefe de los intransigentes y cerriles carlistas aceptaba las teorías de la Masonería presentes en el Concilio. También publicaron la noticia, como si no hubiera pasado nada, las publicaciones carlistas y las del género «presse du coeur», más atentas a vistosas amenidades que a molestos distingos metafísicos. La revista «Montejurra» número 12, de diciembre de 1945, recoge el hecho con júbilo cursi; anota cuatro veces la presencia de herejías pero las trata como cuestiones secundarias y ajenas al Concilio.

No consta en el momento de escribir estas líneas, años después del fallecimiento de Don Javier, que hiciera alguna gestión muy directa y reservada en los altos bastidores de la Santa Sede en defensa de la Unidad Católica de España y en contra del liberalismo. Ya ha pasado tiempo y ya ha habido frutos amargos como para que se hubiera dicho y sabido. En cualquier caso, si la hubo, fracasó, y entonces su deber era haber salvado su honor y el del Carlismo informando de ella y continuando la lucha a nivel popular con un orden fáctico.

En el sector de Don Javier había que distinguir dos grupos confusos y confusamente mezclados: el de Don Javier propiamente dicho, acaudillado, más o menos, por su Jefe Delegado, Don José María Valiente, y el de Don Carlos Hugo, su hijo, que iba tomando el relevo muy deprisa y que sumaba a sus amigos los enemigos de Valiente.

El grupo de los viejos carlistas seguidores aún de Don Javier y de Valiente luchó decididamente a favor de la Unidad Católica. Veamos:

DON MANUEL FAL CONDE Y EL PREMIO VEDRUNA

Don Manuel Fal Conde, el antiguo e idolatrado Jefe Delegado, en el ostracismo desde 1955, revive: inventa, improvisa un premio para suscitar publicaciones en defensa de la Unidad Católica. Se

llamará Premio Joaquina Vedruna (1) y estará dotado con cien mil pesetas. Don Manuel viene de Sevilla a Madrid el 4 de abril de 1965 a montar apresuradamente el lanzamiento de la convocatoria. Todavía es posible hacerlo dentro del más estricto acatamiento al Concilio, porque éste no se ha pronunciado aún. Es lo que, a su estilo, han hecho los obispos Pildain, de Gran Canaria; Luis Franco, de Tenerife; Don Pablo Gúrpide, de Bilbao, y algún otro, que antes de empezar la última sesión del Concilio publican sendas pastorales oponiéndose a la libertad de cultos; pocos meses después, esas pastorales hubieran sido subversivas.

Entre los carlistas que inmediatamente acuden a saludar al antiguo Jefe Delegado al hotel París se perciben claramente dos tendencias que se combaten y denuncian entre sí ante Don Manuel: una, más activa y rebelde, de abolengo antifranquista más claro, que no se recata en atacar al Papa Pablo VI por la amenaza a la Unidad Católica y por la devolución de las banderas de Lepanto a los turcos (2). La otra, más tranquila, menos operativa, que no se atreve a alabar a Franco, pero que tiene un fondo conservador en el mal sentido de la palabra, que le hace simpatizar con éste; es, en este trance, de exagerada y aspavientosa devoción al Papa Pablo VI y de oculta adhesión a la libertad de cultos.

En un impreso, reproducido en «Boina Roja» número 99, se dice: «No podía la Editorial Católica Española, S. A. (3), con los orígenes y fines sociales que ostenta su mismo nombre, ver insensiblemente transcurrir en las autorizadas cimas de la Iglesia y del Gobierno, o en el divergente sentir de las publicaciones periódicas, el grave problema de la libertad de religiones, con inquietante emergencia para España.»

El Jurado del Premio estuvo presidido por el Excmo. Sr. Don Juan Iglesias Santos, catedrático de la Facultad de Derecho de Madrid y antiguo colaborador del despacho de Don Manuel; Don Blas Piñar López, que a la sazón empezaba a deslizarse desde la Acción Católica a la política; Don Raimundo de Miguel López, que había redactado el documento «El Carlismo y la Unidad Católica» en 1963; Don Jesús María de Liaño Pacheco, yerno de Lamamie de

(1) Acerca de Santa Joaquina Vedruna, vid tomo XV, págs. 15 y sigs., y tomo XXI, págs. 245 y sigs.

(2) Vid. pág. 120.

(3) Vid. tomo XVII, pág. 209.

Clairac, y Don Jaime de Carlos Gómez Rodulfo, que, como los anteriores, salvo Piñar, se podía llamar «hombre de Fal Conde».

El premio fue concedido, a principios de julio, a Don Rafael Gambra Ciudad por su trabajo titulado «La Unidad Religiosa y el Derrotismo Católico». Lo editó a marchas forzadas la Editorial Católica Española, S. A., de Sevilla, tan vinculada a Fal, con un prólogo de Don Juan Vallet de Goytisolo. Se resume en la bibliografía de este tomo.

«A principios de diciembre se celebró en Madrid un homenaje al que la prensa diaria daría su silencio cuidadosamente. El homenaje fue a Don Rafael Gambra Ciudad, por haber obtenido el Premio Vedruna, instituido por la Editorial Católica, de Sevilla, en favor de un trabajo sobre la Unidad Católica, con su libro «La Unidad Religiosa y el Derrotismo Católico». Hizo el ofrecimiento del acto el notario Don Blas Piñar, contestándole el homenajeado con un formidable discurso en el que glósó la crisis religiosa y filosófica que atravesamos. Tan interesante como estos discursos es, desde el punto de vista político, la presencia de numerosas personalidades de muy diversos sectores del pensamiento, reunidos fraternalmente en torno a los ideales del 18 de Julio.» (Tomado del «Boletín de Información de la Delegación Nacional de Requetés» de febrero de 1966.)

Sobre estos temas, Don Manuel Fal Conde escribe el 11-XI-1965 a Don Raimundo de Miguel, entre otras cosas, lo siguiente:

«O en síntesis: que dejemos constancia del bien que perdemos.

Pensamos que el prólogo lo hiciera Juan Zabala, buena pluma, gran persona y auténtico del 18 de Julio. Yo le propuse que el sentido del prólogo fuera esta tesis: España había caído en un estado jurídico o, mejor dicho anárquico, de no tener libertad religiosa alguna. La Constitución, las leyes, la enseñanza, el matrimonio civil, la disolución de los jesuitas... El alzamiento fue en primer término una conquista, por el único medio posible, de la libertad religiosa. La vida civil de la libertad de religión y culto y predicación, pero de la Religión verdadera.

Agrego ahora: la libertad de religión en abstracto, o sea, una libertad irenista, no justificaría una guerra. La católica, sí, porque era la verdadera, porque era la única y porque era la que en nuestro estatuto civil había tenido vigencia.

El Episcopado en su carta colectiva calificó de Cruzada...

Quedará flotando, según esa mi idea tal vez ingenua, que ya ahora en este pueblo esta concepción y esta práctica de la libertad como derecho civil es contra un hecho tan trascendental y definitivo. Las guerras no se rectifican. Si se rectifican, se pierden.

Porque de ti para mí, o al revés, lo que veo en la prensa del esquema me suena a mí a segunda vuelta (1) en España. Las prédicas de los nuevos misioneros tirarán con bala rayada cuando hablen de la paz y de la hermandad. Pretenderán presupuestos, se infiltrarán en las escuelas... Y nuestros fervorosos católicos que ya creen los errores contra la transustanciación y blasfeman contra el Rosario, ¿qué van a dejar de admitir novedades y ridiculeces protestantes? ... y hasta pienso que si ha consultado a Hermanos Bécquer le hayan desanimado, porque yo he notado, y a ti no se habrá pasado inadvertido, que el folleto de la Comunión, obra tuya (2), y que mi hijo Alfonso ha editado más de una o dos veces, oficialmente no se quiso una mayor divulgación, incluso alguna junta o asamblea de gente joven, como todas esas rarezas en Zaragoza, se manifestó por la libertad (3).

(...)

Mi proposición es que tuvieras una conversación con el P. Guerrero y le pidieras su juicio sobre el esquema aprobado; yo no lo tengo porque no he visto que nadie lo publique y su alcance práctico. Quiero decir, una cosa es lo que el esquema es en sí y otra lo que da suelta a apetencias y concupiscencias de innovadores.»

EL JEFE DELEGADO, DON JOSE MARIA VALIENTE SORIANO

El Jefe Delegado del sector de Don Javier se había distinguido, por su parte, en todo momento en la defensa de la Unidad Católica. En el mes de marzo de aquel año escribía en la revista «Montejurra»:

(1) Por «segunda vuelta» se entendía, en lenguaje coloquial, la revancha de los vencidos en la Cruzada. No sólo de los comunistas, sino también de los impíos.

(2) Se refiere al folleto «El Carlismo y la Unidad Católica», de 23 de mayo de 1963, que reproducimos íntegramente en su lugar cronológico.

(3) Se refiere a un Congreso Nacional de AET, celebrado en Zaragoza, donde el representante de Cataluña presentó una ponencia a favor de la libertad de cultos inspirada por un religioso amigo de Don Carlos Hugo.

«En nuestro 18 de Julio de 1936 se aseguró la Unidad Católica, bendecida por el Papa Pablo VI en su discurso al Congreso Eucarístico de León en julio último. El Papa ha dicho el 12 de julio de 1964:

"La unidad católica será siempre un bien de orden y de calidad para la promoción social, civil y espiritual del país."

Esta es la unidad más espiritual que puede tener un pueblo.

Sobre esta unidad se funda la convivencia entre la enorme variedad de nuestras regiones. Nuestra unidad nacional es la convivencia de la más amplia variedad de pueblos, modos de ser y costumbres al servicio de una empresa espiritual. Es cierto que somos "una unidad de destino en lo universal".

Sobre esta unidad espiritual logra el mayor sentido la justicia social, que es la primera justicia de siempre y lo es ahora especialmente en nuestro siglo.»

Pero dentro de la propia Comunión Tradicionalista, Valiente pesaba cada vez menos; sus antiguos colaboradores le iban dejando cada vez más solo para marcharse a sus casas, desengañados, o ir a otros grupos políticos, y los secretarios y la camarilla particular de Don Carlos Hugo le arrumbaban.

UN ARTICULO DE DON ALVARO D'ORS

El «Boletín de Información de la Comunión Tradicionalista de Andalucía Occidental» de enero de 1966 publica un artículo titulado «Libertad política y Unidad Religiosa», debido a la pluma de Don Alvaro D'Ors, miembro de la Junta Nacional de la Comunión Tradicionalista y prestigioso catedrático de la Universidad de Navarra. Este artículo había sido publicado durante el Concilio en la revista «La Actualidad Española». Es extenso. Su primera parte analiza la conducta política de los católicos en las naciones donde han perdido la confesionalidad del Estado. Reproducimos la segunda mitad, que explica una bondad de la confesionalidad del Estado poco conocida y mencionada: la de asegurar la libertad política de los católicos. Dice así:

«Por otro lado, en España se dan afortunadamente unos presupuestos que, si bien no eliminan totalmente el problema, permiten,

al menos, enfocarlo con mayor independencia. Partiendo de una seguridad oficial en el mantenimiento de la integridad y libertad de la Iglesia, los católicos españoles no tienen necesidad de someterse hoy a un régimen de disciplina de "partido católico" y conservan así su libertad de opinión política, dentro, naturalmente, de aquellos límites que conceden la teología y la moral. En esta situación, no deja de haber quienes pretenden asimilar nuestra situación a la de otros pueblos donde desgraciadamente se ha impuesto un régimen de "partido católico". Tal tipo de importación me parece pernicioso. Creo que debemos plantearnos la cuestión, en España, sin olvidar las posibles ventajas que existen para el mantenimiento de la libertad política de los católicos. Como ocurre en otros aspectos, la mimesis de la experiencia extranjera resulta fácil quizá, pero infantil y positiva, y a la larga, funesta.

Tal asimilación supondría la importación de las condiciones desfavorables a la Iglesia que imperan en aquellas naciones donde se ha llegado al partido confesional como irremediable. En posesión de condiciones más favorables, arraigadas en una noble tradición multisecular, sería insensato abandonarlas precisamente para poder presentar el problema en otras más desfavorables. Parece mucho más prudente asegurar el mantenimiento de la libertad y seguridad de la Iglesia por encima de los vaivenes de las discusiones públicas, a fin de que, manteniendo tal seguridad, los católicos puedan conservar la libertad de opinar y el clero pueda abstenerse de toda intervención en los asuntos que atañen al gobierno laical.

Es posible que el tema de la unidad católica de España sea objeto en estos momentos de múltiples controversias. Personalmente, no dudo en decidirme por la conservación de la confesionalidad católica oficial, que, naturalmente, no es incompatible con la deseable separación administrativa de la Iglesia y del Gobierno de la sociedad civil. Esto no quiere decir que el actual Concordato deba considerarse perfecto. Tampoco se trata de prejuzgar posibles definiciones que resulten a consecuencia de la próxima sesión del Concilio Vaticano II, ya que por ahora no conocemos más que algunas opiniones particulares de algunos Padres Conciliares, de desigual valor. No se trata ya de principios de la Iglesia, sino de problemas políticos del pueblo español, el cual puede considerar democráticamente su tradicional unidad católica como un bien propiamente político al que no se debe renunciar. Para mí, esa unidad es precisamente la razón de la existencia histórica de España y la que puede justificar su

actual unidad política territorial. Pero, aparte estas consideraciones particulares de una visual española, la unidad católica me parece también como indispensable para no caer en una situación de relativismo en que las conciencias de los católicos se vean apremiadas a constituir un "partido católico único", es decir, que obligue a los católicos a perder su libertad política.

Alvaro D'Ors.»

LA HERMANDAD NACIONAL DE ANTIGUOS COMBATIENTES DE TERCIOS DE REQUETES

Afecta a la disciplina de Don Javier, y más aún a la de su hijo y su camarilla, infiltrada de progresistas, estaba aún, por la inercia de la historia, en buena línea y trabajaba por la Unidad Católica, a pesar de todo. Para el día de Cristo Rey, que a la sazón se celebraba el último domingo de octubre, organizó un gran acto en Cádiz, consistente en una Misa solemne, un banquete y, entre los dos, una conferencia de Don Blas Piñar López en el Teatro Andalucía. Hubo mucho público y algún mestizaje con las autoridades de FET y de las JONS. Al comenzar el acto político, el Jefe Provincial de la Comunión Tradicionalista, Don Pedro Lacavé Patero, expuso la significación de la fiesta de Cristo Rey para los requetés. Las siguientes palabras están tomadas de la crónica publicada en la revista «Montejurra» número XII: «... al terminar su disertación el orador (Piñar), con un elocuente y encendido canto a la Unidad Católica de España y al tesón con que, dentro siempre del magisterio docente de la Iglesia, habíamos de defenderla, una prolongada ovación que duró varios minutos...», etc.

Don Blas Piñar, que en aquellos meses estaba evolucionando de propagandista católico a líder político, tomó parte en aquella temporada en varios actos tradicionalistas con formales declaraciones previas de no pertenecer a la Comunión. Era un caso más del ofrecimiento que hacían los carlistas de sus publicaciones y tribunas a simples católicos que no hallaban otros medios de defender la Unidad Católica.

El mismo día, 31 de octubre, el grueso de esta Hermandad Nacional de Antiguos Tercios de Requetés aparece en Santiago de Compostela concentrada en una peregrinación para ganar el jubileo del

Año Santo Jacobeo. Hablamos de ella en el epígrafe de las grandes concentraciones. En el discurso de la ofrenda, el presidente de la Hermandad, Marqués de Marchelina, destacó el carácter religioso de los combatientes de la Cruzada, «teniendo como objetivo principal el Reinado Social de Cristo en España». Pero no hizo la menor alusión al gravísimo asunto que se debatía aquellos días en el Concilio, la declaración de libertad religiosa.

LA REVISTA «MONTEJURRA»

En su número de 23-29 de agosto de este año publicaba un artículo titulado «Insistiendo sobre la libertad religiosa», en el que reproduce la famosa carta del Papa Pío IX al Cardenal Moreno, Primado de las Españas, en contra del proyecto de artículo 11 de la Constitución de 1876, relativo a la libertad de cultos y que era mucho más restrictivo que los textos que ahora se barajaban.

Algunos carlistas francotiradores habían hecho copiosas ediciones de esta carta en hojas sueltas que distribuyeron profusamente.

En la presentación que hace la revista de aquella carta se leen estas palabras: «Como tenemos la plena certeza de que la asamblea episcopal no se ha de producir en el sentido y en la forma en que vienen manifestándose algunos atrevidos "doctrinarios", por eso no nos hace la menor mella la posición o posiciones que adoptan tantos cristianos "progresistas".»

Hemos reproducido este párrafo porque refleja un rasgo importante de aquella situación. El recopilador trató a un arzobispo y a algunos religiosos famosos, y no digamos que a muchos carlistas, que no se sumaron a la batalla, en esta ocasión no por pereza, sino por el absoluto convencimiento de que la libertad de cultos era un disparate que no podía prosperar; esperaban con absoluta sinceridad un milagro que alejara el peligro sin necesidad de su colaboración.

LA REVISTA «BOINA ROJA»

Esta revista era la de mayor difusión de la Comunión Tradicionalista y estuvo siempre libre de infiltraciones progresistas, quizá porque, aunque dentro de la disciplina de Don Javier, se alineaba con el Requeté y no era nada asequible a los secretarios de Don

Carlos Hugo. Es como decir que luchó cuanto pudo en favor de la Unidad Católica, recogiendo en todas partes artículos y noticias sobre el tema. Para el estudio de la pérdida de la Unidad Católica es ineludible el repaso exhaustivo de la colección de «Boina Roja» y de toda la literatura carlista en general. En el número 96 publicó en sus páginas centrales el largo alegato que el almirante Carrero Blanco presentó al Consejo de Ministros para detener el proyecto de Estatuto para acatólicos que defendía el ministro de Asuntos Exteriores, Fernando María Castiella. Pero «Boina Roja», como era obvio entonces, no daba el nombre del autor de tan importante estudio.

LA REVISTA «TRADICION»

Igualmente libre e incontaminada de infiltraciones progresistas, se dedicó a fondo a defender la Unidad Católica. En su número de octubre-noviembre de 1965 publica una bibliografía en defensa de esta Unidad Católica hasta el 15 de octubre de 1965.

EL «BOLETIN DE INFORMACION DE LA COMUNION TRADICIONALISTA DEL PRINCIPADO DE CATALUÑA»

En su número 2, de abril de 1965, defendía la Unidad Católica extensamente ante la ofensiva exterior. Es una recopilación de argumentos, datos y citas ya conocidos y recogidos de diversas maneras en esta obra.

«LA LIBERTAD DE CULTOS EN ESPAÑA: SEGUNDA DECLARACION DE LA COMUNION TRADICIONALISTA SOBRE LOS PROYECTOS DE UN ESTATUTO PARA LOS ACATOLICOS»

En el archivo de Don José María Valiente se encuentra un documento de seis folios mecanografiados muy apretadamente y con letra pequeña, con el título de estas líneas y una anotación en portada de su puño y letra, en letras grandes, que dice: «2.º Proyecto». Es una gloria más de la Comunión Tradicionalista, aunque luego no llegó a publicarse por las presiones en contra de Don Carlos Hugo y de sus jóvenes amigos, varios de los cuales —el recopilador co-

noce sus nombres— corrieron a inscribirse en el Partido Socialista Obrero Español en cuanto se legalizó, a la muerte de Franco, y a coaligarse con los comunistas en Izquierda Unida en las elecciones de 1986.

Dos motivos impulsaron a los dirigentes carlistas a preparar este segundo documento. Uno, que se lo pedían no solamente los carlistas de filas, sino también muchísimos católicos que no tenían más vínculo con la tradición que el de acordarse de Santa Bárbara cuando truena: estaban asustados por las cosas que oían a los progresistas y recordaban haber oído que para las grandes ocasiones estaban los requetés. Otro motivo fue el extraordinario éxito alcanzado por el primer documento, el de 23 de mayo de 1963.

La mera existencia de este «2.º Proyecto» y su totalidad afectan a la Comunión Tradicionalista. Pero, obligados a extraerlo, damos preferencia a los párrafos que aluden explícitamente al Carlismo. Empieza diciendo:

«Con fecha de 23 de mayo de 1963, la Comunión Tradicionalista formuló una solemne declaración poniendo de manifiesto larvadas maniobras atentatorias contra la Unidad Católica de España.»

Postura de la Comunión Tradicionalista en el terreno dogmático

«Vaya por delante que la Comunión Tradicionalista no ha de emitir juicio alguno sobre cuestiones dogmáticas, que son ajenas a sus atribuciones; como organización política de sincera y fervorosa confesionalidad, no puede adoptar otra postura que la de acatamiento a lo que por la Santa Sede se disponga en esta materia, lo mismo que en cualquier otra de carácter religioso. Ello se encuentra en la perfecta línea de su programa doctrinal, que si ha hecho suyas las enseñanzas de los Pontífices sobre estas cuestiones, como expresión del magisterio ordinario de la Iglesia, y las ha defendido en el campo de su aplicación concreta al quehacer político, lo ha sido con pleno asentimiento interno, religioso y cierto, sin excluir la condicionalidad de esta enseñanza a otra posible dictada por la misma autoridad, ya que la sumisión absoluta e incondicionada sólo puede reservarse a las definiciones "ex cathedra".

Aun en el hipotético supuesto de declaraciones disonantes de la doctrina actualmente vigente, la Comunión Tradicionalista no tendría que hacer la mínima variación en su programa, que fundamentalmente es obediencia y servicio, en el campo político, a la Iglesia de Cristo. No podrán sostener tan airosa postura quienes con contumacia rechazan el contenido de las Encíclicas papales reiteradas durante un siglo, sin humillarse a rendir su juicio, y sólo esperan a que un cambio de dirección se oriente hacia sus preferencias, para entonces —y sólo en tal caso— aparecer como obedientes. El interés de nuestros contrarios está en socavar nuestra unidad católica, base y fundamento de nuestra fortaleza política. Ante esta conjura política sería vergonzoso que claudicáramos y la Comunión Tradicionalista, como organización política, puede y debe hablar de este aspecto del tema, que cae dentro de la esfera de su competencia.»

«Es de lamentar el silencio que sobre esta cuestión se mantiene y el que guardan muchos que debieron haber respondido a la invitación generosa que la Comunión Tradicionalista hizo en su Declaración de 23 de mayo pasado. Esta salvó con tal documento su responsabilidad ante la historia, pero es tan grave y tan trascendental la cuestión debatida, que no puede por menos —como manifestación política de un estado de opinión hondamente sentido por el sector más amplio del catolicismo español— de insistir otra vez sobre el tema, llamando de nuevo la atención sobre la maniobra política señalada y advirtiendo las dañosas consecuencias que se seguirían para la Iglesia y para la Patria de su inadecuado planteamiento.

Y reitera públicamente su convicción de que la Unidad Católica es el mayor bien de que goza la sociedad española y su voluntad de defenderla arduosamente por todos los medios a su alcance, en cumplimiento de un inexcusable deber, como organización política.»

PRESIONES CONTRA LA PUBLICACION DE ESTE PROYECTO

Unidas a este proyecto se conservan en el archivo de Don José María Valiente las dos cartas que siguen. Las dos son del mismo autor, Pedro José Zavala Sevilla, uno de los jóvenes portavoces de ideas extrañas dentro de las propias filas de la Comunión. No se pueden considerar como una presión solamente personal, sino que, además, reflejaban la de todo su grupo, el de ciertos jóvenes que

controlaban la A. E. T. y que desbordando de ella querían gobernar la Comunión; estaban bien unidos entre sí en torno al progresismo y en relación estrecha —demasiado estrecha para ser informal— con Don Carlos Hugo.

• • •
«Zaragoza, 10-II-1965.

Excmo. Sr. Don José María Valiente.

Madrid.

Querido Don José María:

El 8 del presente me llegó su carta del pasado día 3. Mucho se la agradezco, así como la cordial acogida que ha dado a mi propósito de escribir unas cartas que sacudan modorras demasiado semipiternas.

En ésta voy a tratar de dos puntos: Asamblea de Zaragoza y Libertad Religiosa.

1. *Asamblea de Zaragoza.* (Hemos trasladado todo este punto al epígrafe de "cuestiones estudiantiles", de este mismo tomo. En su párrafo segundo también se habla de libertad religiosa.)

2. *Libertad Religiosa.* He pensado mucho en este tema. A finales del año pasado visitamos al Arzobispo de Zaragoza un grupo, integrado por Santiago Coello, Eduardo R. Rovira, Salvador Aulló y yo, para tratar de este tema. Nuestro Arzobispo, Don Pedro Cantero, forma parte de la Comisión del Concilio sobre libertad religiosa y nos manifestó: a) El número de "Montejurra" sobre libertad religiosa sentó muy mal al Episcopado español, que vio en él un intento de politizar un tema religioso. b) El esquema sobre libertad religiosa gozaba de una mayoría de *más de dos mil padres conciliares*, que aumentará con los retoques que se le den estos meses

2.1. *¿Hasta qué punto esta cuestión no se está utilizando como trapo rojo para que el Carlismo embista olvidando el tema esencial: la Sucesión?*

2.2. Es cierto que, como usted dice, los burgueses liberales ocultan tras las inquietudes del opinionismo religioso toda ansia de justicia social. Pero este tapujo no debe hacernos olvidar que *algo que creíamos seguro ha cambiado*, por lo que se impone una reconsideración del tema.

2.3. Como decía nuestro prudente Arzobispo, hay que distinguir tres cosas: a) Unidad Católica hecho sociológico. b) Confesionalidad del Estado, acto jurídico. c) Libertad de conciencia, que va a ser definida de derecho natural.

(Sigue una extensa exposición sobre el tema.)

2.4. Tengamos, pues, plena confianza en nuestro Episcopado. El interviene en la redacción del Estatuto de los Acatólicos. Por ello, creo se impone esperar tranquilos y confiados. No conviene, a mi juicio, ningún otro documento. Sería impolítico, presuntuoso y expuesto al ridículo. *Somos políticos y son otros los documentos que España espera de nosotros.*

Cordialmente, un saludo.

PEDRO JOSE ZAVALA.»

«Apreciado Don José María:

(...)

Me han llegado noticias de que a la Junta Nacional del próximo domingo se va a presentar el borrador del nuevo escrito sobre Unidad Religiosa. Mi protesta más total, dando por reproducidos todos los argumentos de la adjunta carta.

Sería lamentablemente impolítico insistir en un tema que compete al magisterio eclesiástico. Muchos nos veríamos obligados a pensar si es que el integrista controla la Comunión.

Hay otra razón interna cuyo alcance no se le escapará. En su carta alababa mi propósito de no dar a la publicidad las proyectadas cartas a hombres de la cuarta etapa. Su argumento era la necesidad de coherencia del equipo político al que pertenezco. Pues bien, un nuevo documento, en el mismo sentido del anterior, *rompería esa coherencia*. Y muchos jóvenes no estaríamos dispuestos a callar de

nuevo. Sino que nos veríamos en la lamentable obligación de hacer pública nuestra disconformidad.

Atentamente, le saluda

PEDRO JOSE ZAVALA.»

OPUSCULO DE LA JEFATURA REGIONAL DE REQUETES DE GRANADA

Conocido el rechazo y retirada del «2.º Proyecto» que acabamos de ver, los carlistas granadinos, capitaneados por el doctor Don Juan Bertos Ruiz, decidieron por su cuenta imprimir un opúsculo titulado «Consideraciones en torno a la libertad religiosa». La edición, casi íntegra, se mandó a Roma y fue distribuida entre eclesiásticos españoles allí residentes y Padres Conciliares de habla española. El texto tenía dos partes, que reflejaban la desorientación creada por los bandazos ideológicos de las altas jerarquías de la Iglesia, y luego centraba el problema en torno a qué clase de acatamiento merecía el magisterio de la Iglesia en cada una de sus modalidades. Reproducimos párrafos de la primera parte, que muestran el estado de ánimo de aquellos días. La segunda es un resumen acerca del magisterio eclesiástico en general y fue encargada al conocido jesuita de Madrid P. Eustaquio Guerrero, que la redactó a condición de que no se supiera su autoría. (Falleció poco después.)

Hay una entradilla que dice:

«Aún no está aprobada la libertad religiosa y ya percibimos los efectos de una extraña ofensiva. La propaganda liberal católica, zahiriendo, demoliendo y machacando posiciones tradicionales, y abriendo así paso fácil a la propaganda liberal protestante. Entre bastidores, la masonería.

Y el público sencillo ve, asombrado, que muchos eclesiásticos y organismos, ávidos de situarse, en un espectacular cambio de posición, acusan de reaccionarios e intransigentes a la sociedad y Gobiernos españoles, que, al fin y al cabo, no hicieron otra cosa que seguir las directrices de la Iglesia durante siglos.

Instrucción reservada
para jefes y oficiales

(...)

Los agentes enemigos lanzan sus desinformaciones desde los más conspicuos círculos eclesiásticos y han llegado a conocer sus intimidades y a conseguir su colaboración para injerirse en cuestiones políticas incluso de otros países.

El enemigo ataca no solamente desde Moscú y Nueva York, como siempre, sino, además, desde medios eclesiásticos donde ha llegado a infiltrarse. España, que ha sabido resistir a los embates del comunismo y de la masonería coaligados, puede perecer si no se prepara a defenderse de los ataques que en el futuro tal vez se sumen a los anteriores desde el mismo seno de organizaciones y movimientos dependientes de la Iglesia (1).

Los católicos españoles somos suficientemente numerosos y fuertes para resistir, como hasta ahora, los ataques políticos con implicaciones lesivas para la religión que nos amenazan, si nuestros Prelados y el Papa nos ordenan no retroceder. Pero si éstos no dicen nada, permitiendo que dure indefinidamente la confusión actual, o se expresan de manera equívoca o dejan que por vía aparentemente oficiosa (oficialmente no lo concebimos) se diga que hay que ceder ante el comunismo y la masonería, entonces nos encontraremos en una situación de máximo peligro para la que no estamos ni equipados ni adiestrados. A cubrir este nuevo frente atiende esta instrucción y otras que seguirán.

La Iglesia necesita, para llevar una vida floreciente, la colaboración de una política más cristiana de lo que ella misma se atreve a exigir. No puede defender un perímetro de labor pastoral tan amplio como quisiéramos, ni desde tan lejos, tan pronto y con tanta seguridad como podemos hacerlo en su beneficio los políticos; sus posiciones de favor no tienen defensa propia ni durarán más de lo que dure su sostén político. Por esto los políticos católicos tienen que proceder con generosidad y por su cuenta, sin esperar instruc-

(1) El recopilador supo que el almirante Carrero Blanco entendía perfectamente este planteamiento y lo suscribía. Mediante los servicios especiales de la Presidencia formó un pequeño grupo secreto de jefes y oficiales, fundamentalmente diplomados de Estado Mayor, con la misión de replicar en la prensa a los artículos progresistas. Mucho más sencillo y fructífero hubiera sido dejar de hostigar a los carlistas y haberles ayudado.

ciones eclesiásticas; si sólo éstas les movieran se formaría en seguida un círculo vicioso empobrecedor. Para no caer en él, y proceder espontáneamente, necesitan conocer mejor el magisterio de la Iglesia, su alcance y la manera de cerciorarse de su autenticidad.

Es grande la necesidad de que quienes van a defender a España se preparen para conocer mejor el verdadero magisterio de la Iglesia y su obligatoriedad, para saber identificarlo y distinguirlo rápidamente y con seguridad de las maniobras enemigas desde dentro de la Iglesia.»

INFILTRACIONES PROGRESISTAS

Don Carlos Hugo no mostraba aún todo el anticarlismo que llevaba dentro. Aunque sí el suficiente para inspirar serios temores y para que se le retrajeran valiosas colaboraciones. Era cauteloso. Como los impíos de aquella circunstancia, protagonizaba la grotesca paradoja de amonestar a los veteranos carlistas, cristianos viejos, católicos piadosos, por su falta de docilidad al Papa. Lo mismo hacían los de su camarilla. En ellos se apoyaban los carlistas enfermos de progresismo, que en aquella primera fase de la gran batalla no se atrevían a propugnar la libertad de cultos y el socialismo por sí mismos, sino en función de la docilidad al Papa Pablo VI.

La influencia de Don Carlos Hugo y su grupo fue muy importante, sobre todo por omisión. Ellos impidieron una movilización masiva y espectacular del sector de Don Javier, que todavía era el más nutrido del Carlismo.

Esta movilización era anhelada y esperada por todos los católicos cobardes del país, que confiando en una inercia histórica que aquí falló, pensaban que los carlistas les iban a resolver el problema gratuitamente, sin la menor molestia para ellos.

El autor de esta recopilación conserva en su memoria un ejemplo muy vivo de estas pretensiones. Trataba bastante en aquella época a cierto arzobispo español. Aprovechó esta circunstancia para apremiarle en muchas y variadas ocasiones a que hiciera «algo» en defensa de la Unidad Católica, por la cual mostraba sus simpatías, pero sólo en privado. El se defendía diciendo que eso de la libertad de cultos era cosa de los periodistas, pero que era un disparate tan gordo que no había que preocuparse porque no tenía posibilidades de prosperar. Que, en definitiva, los que tendrían que firmar ese

documento no eran los periodistas, sino los obispos y éstos no estaban dispuestos a hacerlo. Pero desde los primeros meses de 1965 empezó a verle las orejas al lobo y a asustarse. La única reacción que inventó fue dejarme caer, cuidando mucho de que fuera de forma absolutamente informal, que yo viera si podía hacer que eso lo resolvieran los carlistas, porque los eclesiásticos no podían hacer nada. Me volvió a sugerir esto varias veces, pero por medio de terceras personas, interpuestas para seguir cuidando con especial esmero que la cosa fuera claramente informal.

A Don Carlos Hugo llegaban desde sus propias filas y desde otros sectores españoles ruegos apremiantes de que enfrentara clara, violentamente, escandalosamente, al Carlismo con la libertad de cultos. No solamente no lo hacía, sino que hacía todo lo contrario, aunque todavía con cautela.

En vista del éxito alcanzado por el folleto «El Carlismo y la Unidad Católica» (véase año 1963), se pensó hacer rápidamente otro análogo. En marzo preparó un borrador Don Raimundo de Miguel, autor del primero, pero cuando lo llevó al Jefe Delegado, éste, en vez de darle largas como solía en casi todo, le indicó categóricamente con un gesto intraducible que «de arriba» le habían dicho que no se hiciera. Esto dolió, pero no sorprendió nada a quienes sabían que Don Carlos Hugo había mostrado varias veces su disgusto por que se hubiera publicado el primer folleto.

Con motivo del Congreso de AET, en febrero y en Zaragoza, Don Carlos Hugo se sometió a una entrevista en la que le preguntaron por la Unidad Católica, y en vez de defenderla se zafó diciendo que él no era teólogo. Preguntas y respuestas como éstas se producían constantemente por todas partes donde iba.

Todo esto se aunaba y reforzaba con una actividad desacralizadora que él mismo ejercía. A fin de este año, en un dibujo proyecto de diploma a excombatientes que se le presentó, escribió que se quitara el Sagrado Corazón del escudo de España.

En un besamanos que hubo en los salones de la casa del Jefe Delegado, Don José María Valiente, en la calle del general Castaños, número 4, de Madrid, con motivo del día de San Carlos, dirigió a los reunidos unas palabritas entre las que dijo, causando estupor a los presentes, viejos carlistas seleccionados, que los carlistas se tenían que ocupar menos de rezar rosarios y más de las cosas políticas. Era, ciertamente, muy necesario y apremiante corregir la

deserción de muchos de las tareas estrictamente políticas. Pero para ello no era conveniente citar ningún punto de referencia piadoso.

Unos días después apareció retratado en la «Hoja Oficial del Lunes», de Madrid, visitando y alabando a un circo checoslovaco recién llegado del otro lado del «telón de acero». Esto disgustó mucho, porque aquel circo tenía el valor simbólico de ser uno de los primeros contactos que hubo entre España y el mundo rojo, que contrariaban no poco a las personas de la España Nacional.

Todos estos detalles creaban una desconfianza creciente hacia su persona entre los auténticos carlistas que aún se decían oficial y externamente sus seguidores.

No necesitaba Don Carlos Hugo grandes estímulos externos para esta conducta. Pero si los hubiera necesitado, los hubiera hallado sobrados en el grupo de jóvenes que se habían ido reuniendo a su alrededor.

Saltándose organigramas y reglamentos y costumbres de régimen interior, se metían en todas partes para enredar, desplazando al Jefe Delegado y a sus veteranos colaboradores. Su presencia era vehículo de las nuevas ideas irreligiosas. Nada querían saber de religión y no sufrían que se les hablara en contra de la libertad de cultos y de sus peligros. Decían explícitamente que no había ni que hablar de religión ni de palabra ni en sus publicaciones. El Jefe Delegado, Valiente, había sido barrido por ellos y estaba, silencioso, encerrado en su casa.

Don Carlos Hugo perdía posibilidades de éxito y aun de supervivencia política. Antes y mejor que nadie lo vieron, como es natural, los miembros de su camarilla. En 1966 se despidieron con acritud dos de ellos. En 1967, éstos y otros decidieron abandonar el barco que se hundía y eligieron como pretexto, entre otros, que discrepaban de la no aceptación de la libertad religiosa y del pensamiento postconciliar que —según ellos— profesaban Don Javier y Don José María Valiente. Dieron una nota a la prensa que inmediatamente fue aireada en una hábil maniobra por la Secretaría General de la Comunión en un folio profusamente editado a multi-copista.

COMO VEIA EL CONCILIO DON JAVIER

El día 31 de julio, Don Javier escribe desde su residencia de verano en Lignieres una carta, manuscrita, como todas las suyas, a «Muy querido José María Valiente». Después de tratar varias cuestiones que en otros lugares recogemos, dice al final de la misma:

«Quedaremos pendientes de las grandes decisiones del Concilio en su ultima cession, que pueden tener repercusiones no solo en el Religioso, sino tambien en el politico y en nuestro campo de luchas!!»

El día 28 de octubre de 1965, Don Javier escribe desde Bost otra carta a su Jefe Delegado en Madrid, Don José María Valiente. En ella comenta los nombramientos que le envía adjuntos de Puig y de Francás. Y luego, también como noticia secundaria, dice:

«Vuelvo de Roma, hace unos días y se ven un mundo que se disuelve y un nuevo que surge. A mi edad es difícil adaptarse a un rumbo tan distinto, sobre todo en cosas que tocan el religioso. Pero creo que el Concilio terminera con un triunfo para el Santo Padre y una gran garantía para el futuro proximo y lejano.»

Don José María Valiente le contesta, el 23 de noviembre, con un informe de la toma de posesión de los dos jefes catalanes citados y luego, igualmente en segundo plano, comenta el inicial comentario de Don Javier sobre el Concilio de la siguiente manera:

«Son muy interesantes las impresiones que Vuestra Majestad me comunica de su último viaje a Roma. No podemos dudar de que toda la confusión de estos últimos años desemboque en una gran claridad.

Recuerdo una frase romana que Vuestra Majestad conoce, sin duda, mucho antes que yo:

”Il Concilio lo convoca il Papa,
lo mena il diavolo,
lo finisce lo Spirito Santo.
Speriamo in bene.”»

En otras cartas de Don Javier y de Don José María Valiente, de tiempos del Concilio, se encuentran comentarios análogos a éstos en la forma y en el fondo. Todos coinciden en reflejar una imagen

de espectadores. No de protagonistas. En la ingente documentación revisada no hay una sola huella de que estuvieran tramando algo para influir directamente en una cuestión tan importante para España y para el Carlismo como la libertad religiosa. Los párrafos transcritos son paradigmáticos de esta actitud resignada, perezosa y abandonista, que bajo capa de humildad, obediencia y devoción a la Santa Sede compartían otras muchas personas eclesiásticas y seculares. Lo son, sobre todo, porque se escriben cuando se echa encima, esta vez ya inaplazablemente, el debate de libertad religiosa que se celebró en los primeros días del mes de diciembre siguiente. Son, pues, precursores y esclarecedores de la gravísima decisión de un año después de apoyar el referéndum de la Ley Orgánica que proponía la libertad de cultos.

Estas actitudes recuerdan, por contraposición, la del Emperador de Austria-Hungría Francisco José vetando al cardenal Rampolla en el conclave que le eligió Papa a la muerte de León XIII y que por eso designó, acto seguido, al que fue San Pío X.

APROBACION DE LA DECLARACION «DIGNITATIS HUMANAЕ»

Esta aprobación cayó como una bomba: lo que parecía imposible era una realidad. Muchos sacerdotes estaban desorientados y perplejos y echaban mano del recurso clásico de esperar el texto oficial. En el Carlismo ya nadie hizo nada. Los de la Regencia de Estella, por su papolatría, y los de la Comunión Tradicionalista, porque estaban ya muy contaminados de progresismo. Además de los males que con lógica implacable se irían derivando, años adelante, de este documento conciliar, hubo uno inmediato, a saber: el efecto paralizante de la contradicción: lo que ayer era bueno, hoy era malo, y viceversa; los más solemnes juramentos, las más firmes promesas podrían ya variar como había variado la Iglesia. Miles de carlistas, que ya estaban bastante hartos y desfallecidos, decidieron en su fuero interno, con amargura y despecho, abandonar la Causa y encerrarse en sus casas sin explicaciones ni discusiones, en silencio, sin decir nada a nadie; no querían hablar de eso. Fue una desbandada silenciosa. Luego les fueron a contar que no habían entendido bien el Concilio y ellos contestaban que bueno, que sería eso, pero ya no les dejó la rigidez cadavérica.

La agonía del Carlismo, su ausencia en la gran batalla política del postfranquismo, no se ha debido solamente, ni principalmente, a la conducta de Don Carlos Hugo. La Monarquía tiene prevista la Regencia como remedio a los errores del Rey. En nuestro caso, el fracaso de los intentos de distintas regencias que se han hecho con variadas presentaciones depone a favor de que la causa principal no fue la conducta de Don Carlos Hugo, sino la crisis de la Iglesia.

DON JAVIER ASISTE A LA CLAUSURA DEL CONCILIO

El diario de Madrid, órgano del Movimiento, «Arriba» de 9 de diciembre de 1965 informa: «Su Santidad Pablo VI declaró solemnemente la clausura de la magna Asamblea Euménica. Jefes de Gobierno, ministros de Asuntos Exteriores y príncipes ocuparon tribunas especiales. Entre las personas de sangre real, el príncipe Don Javier de Borbón Parma con su hijo Carlos Hugo y la princesa Irene.»

El mismo día se lee en el diario «Ya»: «Entre los invitados especiales a las ceremonias de clausura del Concilio figuraban el príncipe Alberto de Lieja, (...) del príncipe Javier de Borbón Parma, el príncipe español Carlos Hugo y su esposa, la princesa Irene de Holanda. (...) Entre los ministros de Asuntos Exteriores figuraban los de Argentina, Austria, Bélgica, España, Francia y Togo.»

El boletín «I. M.», de la Comunión Tradicionalista, de enero de 1966 escribe: «SS. MM. los Reyes Don Javier y Doña Magdalena han asistido, en Roma, a la magna ceremonia de clausura del Concilio Vaticano II. Gran parte de la prensa española se hizo eco de su presencia. Durante su estancia en la Ciudad Eterna, el Rey se entrevistó con el Cardenal-Arzobispo de Tarragona, Dr. Arriba y Castro. También saludó al reverendo P. Arrupe, Prepósito General de la Compañía de Jesús; al reverendo P. Aniceto Fernández, Superior General de los PP. Dominicos, y a monseñor Escrivá, Presidente del Opus Dei.»

• • •

Termina el Concilio Vaticano II sin que el recopilador haya encontrado en la ingente cantidad de documentos tradicionalistas examinados ninguna alusión a que Don Javier defendiera en él la Unidad Católica de España. Desde el lado del Concilio sucede lo mismo. Don Salvador Gómez de Arce es autor de un estudio extraordinario sobre el Concilio titulado «Grupos Extra Aulam en el Segundo Concilio Vaticano y su influencia», que comprende unos tres mil folios, fruto de dieciocho años de investigaciones. El 8-XII-1985 informa al recopilador que en todas estas investigaciones suyas nunca halló rastro alguno de actividades de Don Javier en el área de influencias de dicho Concilio.

Desde los primeros nubarrones de esta gran tormenta, que al descargar arramblaron al Carlismo, todos los jefes carlistas, algunos mal avenidos entre sí y acaudillando grupos bien diferenciados, entendieron que había que ir a Roma no solamente a contarle al Papa lo que hacía el progresismo en España y volver, sino a establecer una oficina permanente de seguimiento del esquema de Libertad Religiosa y de propaganda de la Unidad Católica de España. Nada de esto se pudo hacer, ni intentar siquiera, por falta de dinero, sencillamente.

APENDICE: PABLO VI CONDENA LAS GUERRAS DE RELIGION Y REGALA LAS BANDERAS DE LEPANTO A LOS TURCOS

A principios del año 1965, toda la prensa española dio la noticia de que el Papa Pablo VI había regalado a Turquía las banderas de Lepanto que se guardaban en el Estado de la Ciudad del Vaticano, a la vez que condenaba las guerras de religión. La noticia cayó en España como una bomba. La prensa no recogió en absoluto la indignación que produjo este «rasgo» en vastos y diversos sectores sociales (1). Los católicos quedaron asustados al ver el sesgo que tomaba el nuevo pontificado. En las filas carlistas el efecto fue igualmente demoledor. Sin embargo, la Regencia de Estella nada hizo, fiel a su política de ocultar sistemáticamente la complicidad de los

(1) Una excepción felicísima fue el artículo «Rosas para Don Juan de Austria», de Rafael García Serrano, publicado en «ABC» del 13-II-1965.

eclesiásticos con la Revolución. Tampoco protestó la Comunión Tradicionalista, muy contaminada de progresismo y, a su vez, fiel a su política de no enredarse en cuestiones ajenas a la promoción de Don Carlos Hugo. Las guerras carlistas, que fueron guerras de religión, y los Mártires de la Tradición quedaron implícitamente menospreciados en las palabras del Papa; el Requeté fue herido de muerte. Ningún dirigente carlista aceptó los ruegos de las bases de ir a protestar a la Nunciatura.

Don Rafael Gamba Ciudad envió una réplica a diarios y revistas; ninguno la publicó. Esta réplica, única y salvadora del honor del Carlismo, se titulaba «Perros mudos» y fue publicada solamente en la revista carlista «Boina Roja» número 98, de finales de 1965.

El 25-II-1965, Doña Irene hizo unas declaraciones a la revista italiana, importante, «Oggi», en la que decía, a tono con la oportunidad: «Para un pueblo, la guerra es, ciertamente, el peor de los males. Y como he oído decir muchas veces a Carlos, me parece anacrónico hablar de guerra civil para resolver los problemas de un país.» Le replicó el recopilador en la revista «¿Qué Pasa?» de 15 de julio de 1965 con un artículo titulado «No es la guerra civil, ciertamente, el peor de los males».

Veintidós años después, todavía dura el malestar que aquella conducta de Pablo VI produjo entre los carlistas. Uno de los más eminentes, el profesor Don Alvaro D'Ors, escribía en su libro «La violencia y el Orden» (Ediciones DYRSA, 1987, pág. 18): «De ahí esa sorprendente desigualdad en la relación recíproca de los Papas y España: ellos, seducidos quizá por la idea —no muy acertada, por lo demás— de que Francia es la "primogénita" hija de la Iglesia, nunca han tenido una simpatía muy franca por el talante católico español, en tanto el pueblo de España sí pudo mantener una devoción sin reservas por el Pontificado. Así ha podido observarse últimamente con el propósito de desmontar simbólicamente la gloria de nuestra victoria católica de Lepanto y de abolir nuestro privilegio de la "Bula de la Santa Cruzada", precisamente cuando se iba a anular prácticamente la ley de ayunos y abstinencias de toda la Iglesia.»

VIII. CAMBIO DEL GOBIERNO GENERAL DEL ESTADO

Composición del nuevo Gobierno y su significado.—Nota de las Juntas de Defensa del Carlismo de Castilla, el 18-VII.

COMPOSICION DEL NUEVO GOBIERNO Y SU SIGNIFICADO

El día 7 de julio de 1965 se produjo un cambio parcial importante en el Gobierno General del Estado. Es la última modificación que sufre en el período que historiamos. Fueron nombrados: Don Antonio María de Oriol y Urquijo, ministro de Justicia, en sustitución de Don Antonio Iturmendi; Don J. Espinosa San Martín, ministro de Hacienda, en sustitución de Don Mariano Navarro Rubio; Don Federico Silva Muñoz, en sustitución del general Don Jorge Vigón, en Obras Públicas; Don A. Díaz Ambrona, ministro de Agricultura, relevando a Don Cirilo Cánovas García; Don F. García Moncó, ministro de Comercio, cartera que ocupaba Don Alberto Ullastres. Y Don Laureano López Rodó, ministro del Plan de Desarrollo, de nueva creación.

Siempre tuvo Franco la costumbre de designar para cada ministerio una persona más o menos idónea, pero que, además, le sirviera de enlace personal con algunas áreas sociales de gran influencia y con lo que entonces se empezaba a llamar grupos de presión. Ante cualquier nombramiento ministerial había que investigar cuál era la personalidad oculta del designado.

En este caso, Don Antonio Oriol era un posible enlace no sólo con la Iglesia, con la que oficialmente se relacionaba por el ministerio de Justicia, sino de manera informal con ambientes católicos, con algunos tradicionalistas incorporados a las filas de Don Juan de Borbón y Battenberg y con una parte importante del mundo de las

finanzas. Don Federico Silva Muñoz podría ser, además de ministro de Obras Públicas, enlace con la Nunciatura y el Vaticano, con la Asociación Católica Nacional de Propagandistas y el diario «Ya», y el ala derecha de la Democracia Cristiana. Los señores Espinosa San Martín, Díaz Ambrona y García Moncó eran tecnócratas simpatizantes del Opus Dei. Pero el verdadero *lobby* de éste en el Gobierno iba a ser el recién nombrado Don Laureano López Rodó, que, además, era —de creer al libro que después de la muerte de Franco publicó, «La larga marcha hacia la Monarquía»— el cerebro de la promoción de Don Juan Carlos, saltando a su padre en el orden dinástico.

Más concretamente, respecto del Tradicionalismo, se podía decir que Oriol era mal visto no solamente por su transbordo a Don Juan de Borbón en 1957, sino porque cuando todavía decía militar en la Comunión Tradicionalista, la manifestación de su absoluta falta de «garra» era constante en cuantos asuntos tocaba, así como por sus simpatías, aun no del todo formalizadas, por Don Juan de Borbón. Siempre había sido franquista y nunca había sintonizado con los «duros» del Carlismo.

Silva Muñoz hizo en el Ministerio de Obras Públicas una gestión muy afín al Tradicionalismo, evitando el crecimiento del Estado y de la Administración mediante contratas. Pero el antagonismo entre el Carlismo (aungustiado por el sesgo del Concilio y el auge del progresismo) y la Democracia Cristiana, quinta esencia del liberalismo, eran insalvables. Parecía partidario de la separación de la Iglesia y del Estado, y de la libertad de cultos, a pesar de que, luego, López Rodó le muestra en sus «Memorias» como defensor ante Pablo VI de la Unidad Católica; pero la verdad última se puso en evidencia en la votación de la Constitución de 1978 en las Cortes.

Con los ministros tecnócratas no se podía contar para los intereses de la Comunión Tradicionalista, porque estaban encastillados en sus problemas económicos y no querían salir de ellos.

Don Laureano López Rodó no solamente servía a Don Juan Carlos, sino que por su adscripción al Opus Dei formaba en la legión de los dedos largos de la Santa Sede, a la sazón enemiga de la Unidad Católica de España. Además, había creado la Escuela Nacional de la Administración Pública en Alcalá de Henares, copia fiel del administrativismo francés, muy dispar de la concepción tradicionalista española.

Esto, en cuanto a los nuevos ministros entrantes. De los ante-

riores que permanecieron y sobrevivieron a esta reestructuración del Gobierno, los carlistas sólo podían aspirar a que Zamanillo y Fagoaga se reunieran alguna vez a comer con Solís, ministro Secretario General del Movimiento. Seguía en Gobernación el general Don Camilo Alonso Vega, a quien Franco utilizaba para hostigar permanentemente a los carlistas. En el Ministerio del Ejército, el general Don Pablo Martín Alonso, falleció en febrero de 1964; fue nombrado para cubrir su vacante el general Don Camilo Menéndez Tola, que dio la casualidad de ser consuegro del Jefe Delegado, Don José María Valiente, pero este contacto familiar no tuvo repercusión política alguna. Continuaba también Don Manuel Fraga Iribarne de ministro de Información y Turismo. Ya hemos visto que en una primera época tuvo contactos benévolos con la Comunión Tradicionalista, pero después de lo que anotó en su diario el 25 de noviembre de 1964 (Vid. Tomo XXVI, pág. 137) de que Franco les había dicho a él y a otros ministros que cerraran el paso a Don Carlos Hugo, cambió de actitud respecto del ala colaboracionista, como él mismo declaró después, y ya no hubo nada que hacer con él.

La política de colaboración con Franco de la Comunión Tradicionalista no daba mayores frutos. Valiente y Zamanillo entendieron que ya no serían de ninguna manera ministros, y lo mismo captaron velozmente los que tras ellos aspiraban a direcciones generales y gobiernos civiles. Sus publicaciones enmudecieron.

NOTA DE LAS JUNTAS DE DEFENSA DEL CARLISMO DE CASTILLA, EL 18 DE JULIO DE 1965

«Ante los recientes cambios introducidos por el General Franco en su Gobierno y para evitar, en lo posible, confusiones en la opinión pública, las Juntas de Defensa del Carlismo aclaran:

1.º Que Don Antonio María Oriol y Urquijo, conocido capitalista y financiero, dejó de pertenecer a la Comunión Tradicionalista al adscribirse públicamente —en el llamado acto de Estoril (1)— al servicio de los principios liberales que representa el Príncipe don Juan de Borbón y Battenberg.

(1) Acerca del Acto de Estoril véase el tomo 1957 (II), págs. 232 y sigs.

Adhesión que al pueblo carlista no sorprendió en absoluto, por cuanto es de todos sabido que el Estado que propugna la Comunión Carlista limitaría la acción de los grupos —económico-políticos— de presión, que en nuestra Patria están representados por hombres como Don Antonio María Oriol.

Por ello estas Juntas de Defensa advierten que al Carlismo no se le podrán imputar responsabilidades derivadas de las actividades económico-políticas del nuevo ministro del Gobierno del General Franco (1).

2.º Es notoria la influencia de organizaciones progresistas —como el Opus Dei— y otros grupos de presión en el nuevo Gabinete.

Al Carlismo no le cabe la responsabilidad de que hombres de alguna significación demócrata cristiana, que ahora han sido llamados a ocupar puestos de responsabilidad política o administrativa en el Régimen, durante la Cruzada de 1936 a 1939 combatieran encuadrados en nuestras organizaciones militares (2).

Por tanto, advertimos que la "estructuración" política y económica que este nuevo "equipo" venga a dar al Régimen seguirá siendo fundamentalmente opuesta a los Principios históricamente defendidos por la Causa.

En Madrid, a diez y ocho de Julio de 1965.

Dios, Patria, Fueros, Rey.»

(1) Tampoco se podrían imputar al Carlismo responsabilidades derivadas del apoyo que Don Antonio Oriol y Urquijo, siendo Ministro de Justicia, prestó a la libertad de cultos con motivo de la Ley de Libertad Religiosa de 1967.

(2) Don Antonio Oriol y Urquijo fue combatiente de un Tercio de Requetés. Oficial Provisional, fue condecorado con la medalla militar individual por su actuación en la batalla del Ebro, en 1938.

IX. LAS GRANDES CONCENTRACIONES ANUALES

Quintillo.—Montejurra: Discurso de Don Antonio Garzón, de Don Alvaro d'Ors (1), de Don Miguel San Cristóbal, de Don José María Valiente.—**Concentraciones en Montserrat:** Discursos de Don Antonio Domingo Francás, de Don José Vives Suriá, de Don Víctor Perea Alonso y de Don José María Valiente.—**Concentración en Villarreal de los Infantes, el 27-VI-1965.**—**Peregrinación a Santiago de Compostela.**—**Actos menores.**—**Actos de desagravio en Pamplona y en Durango.** Nota verbal de Don José Luis Zamalloa al Secretario General del Movimiento.—**Acto cultural en Azcoitia a favor del vascuence.**—**Homenaje a Wilhelmsen.**

CONCENTRACION EN QUINTILLO

Se celebró el día 25 de abril. Hay una importante reseña de la misma en «Montejurra» de 23-30 de mayo de 1965.

Se le dio carácter de homenaje a la «Hermandad de Alféreces Provisionales», a tenor de la política de buscar contactos y alianzas con otras fuerzas de la España Nacional. Este homenaje era ya, en su misma esencia, y dejando mil detalles accidentales, un acto de colaboración con el Gobierno. Porque de él dependía, en última instancia, a través del Ministerio del Ejército, esa Hermandad, que tenía así sus actividades políticas estrechamente controladas. Esta dependencia del ministro del Ejército siguió a la muerte de Franco y explicó su conducta insuficiente durante la llamada «transición».

(1) Entre las intervenciones de Don Alvaro d'Ors y Don Miguel San Cristóbal pronunció un discurso Don Manuel Pérez de Lema, Jefe Nacional del M. O. T., que hemos trasladado al epígrafe de este mismo tomo dedicado al Movimiento Obrero Tradicionalista.

Se había hecho una intensa propaganda previa con unas octavillas de convocatoria, de texto largo, fundamentalmente dedicado a señalar los avances de los vencidos en la Cruzada. Pero sin ninguna alusión al más estimulante de todos los sucesos recientes, que era la reaparición de Don Juan Carlos de Borbón en la presidencia del Desfile de la Victoria, junto a Franco, pocos días antes, el 9 de abril.

Los actos se desarrollaron según el esquema clásico, con discursos de poco interés. La asistencia fue grande y también el número de requetés uniformados.

CONCENTRACIÓN EN MONTEJURRA, EL DÍA 2 DE MAYO

Con un mes de anticipación se emprendió la organización de los actos, si bien, como sucede en Valencia con las Fallas, durante todo el año se hablaba de ellos en los ambientes carlistas de toda España. Al comenzar el mes de abril se enviaron a todas las provincias una «Instrucción» y un «Programa», bien impresos y presentados, sin las servidumbres de la clandestinidad.

Los discursos para Montejurra, como todos, se redactaban siempre pensando más en que Franco los iba a leer que en los campesinos que los iban a oír en directo. Lo que había que decir se repartía entre los oradores. Sus nombres se omitían en los programas, a pesar de ser una información tan interesante, para dificultar algún golpe de mano de la policía.

Desde la concentración del año anterior, la grande y constante preocupación había sido el avance de Don Juan Carlos y el retroceso de Don Carlos Hugo. Hacía aún pocos días, el 9 de abril, había vuelto a aparecer en la presidencia del Desfile de la Victoria, junto a Franco. Se le concedió, pues, gran espacio a la cuestión dinástica en los discursos de Don Antonio Garzón y de Don Miguel San Cristóbal, y se puso a su servicio exclusivo a una primera figura, Don Alvaro d'Ors. El Jefe Delegado no insistió en la cuestión dinástica para no enfrentarse con Franco; con el mismo fin, el contenido de su discurso, que fue político, fue deficiente.

Este fue, precisamente, después de la dedicación al pleito dinástico, el otro gran rasgo común a todos los discursos: evitar, al altísimo precio de bordear la heterodoxia, irritar a Franco, que, por su parte, tenía irritadísimos a los carlistas. Los oradores trataban

de disimular esto y sus propias convicciones de que el enemigo era Franco.

Así, Don Antonio Garzón soltó que cuando el asunto de Munich (1), «El Carlismo, como un solo hombre, expresó su lealtad "inquebrantable" al Caudillo». Don Miguel San Cristóbal, Jefe Nacional del Requeté, vino a decir, como una alabanza y como si fuera algo que hubiera que agradecer, que «la cúspide era neutral». Esto no era cierto, porque Franco ya se había inclinado visiblemente a favor de Don Juan Carlos. Pero es que si hubiera habido tal neutralidad, hubiera sido inadmisible. Y luego, recurrió, al servicio de la consigna de disimular la hostilidad de Franco hacia el Carlismo, a un símil deportivo infantil, decir que la culpa no era del árbitro, sino de los jueces de línea; como si nadie supiera la impuesta fidelidad de los jueces de línea a las órdenes del árbitro, a «la voz de su amo».

Los discursos de Pérez de Lema, Jefe del Movimiento Obrero Tradicionalista, y del Jefe Delegado, fueron políticos; después del discurso de Don Alvaro d'Ors ya no se podía seguir insistiendo más en lo dinástico. El de Pérez de Lema se reproduce en el epígrafe destinado al Movimiento que dirigía. Valiente tuvo la calculada dignidad de no hablar de Franco; redujo la cuestión dinástica al mínimo protocolario; y para llenar su turno de manera novedosa con materias poco presentes en los discursos carlistas, dijo algunas cosas sobre materias políticas secundarias, eludiendo cualquier fricción y poniendo algunas gotas de demagogia. Pero hizo silencio para las diferencias con la política imperante, a saber: que la Seguridad Social es de la sociedad y no del Estado, que es subsidiario de ésta; que los sindicatos oficiales no eran representativos y que la asistencia médica no debe correr a cargo del Estado, sino de los cuerpos intermedios. Benevolencia hasta la mentira, con los falangistas, para recomponer las alianzas del 18 de Julio; no eran «manos negras» las que tanto hicieron sufrir a los carlistas, sino el irreductible antagonismo doctrinal entre el totalitarismo estatista de la Falange y la divisa que para el Carlismo formuló Mella, de «Más sociedad y menos Estado».

Don Carlos Hugo, sus secretarios, los jóvenes amigos de éstos, y los dirigentes de A. E. T., que constituían un núcleo «progresista» cuya «marca» había sido creada y «patentada» por Don Carlos

(1) Vid. tomo XXIV, pág. 171.

Hugo, habían acordado que este año los discursos de Montejurra fueran hostiles al Régimen. Dos días antes, Don Carlos Hugo les prohibió ir a Montejurra, sin más explicaciones, destacando únicamente a Pepe Zavala. Después de la concentración, cuando se conocieron los discursos y su tono más conciliatorio que hostil a Franco, en contra de lo convenido, los jóvenes amigos de Don Carlos Hugo se sintieron traicionados por éste y se inició una crisis que acabó con su defenestración.

Estas tensiones se reflejaron, entre otras formas, en un artículo titulado «Socializantes con historia.—A propósito de Montejurra 65», publicado en el Boletín Informativo de la Comunión Tradicionalista, de Madrid, número 11, del que se distribuyeron separatas con profusión. Decía que en Montejurra se había hablado de socialización y que esto había chocado. «No hubo discursos distintos; no eran más que las ideas de siempre, pero con lenguaje de hoy.» «Vázquez de Mella no se hubiera escandalizado porque la socialización hacía mucho tiempo que la venía defendiendo el Carlismo.» Etc.

EXTRACTOS DEL «DISCURSO PRONUNCIADO
EN HOMENAJE A S. A. R. LA PRINCESA IRENE,
EN LA CUMBRE DE MONTEJURRA, EL 2 DE MAYO DE 1965,
POR DON ANTONIO GARZON, DE LA JUNTA
DE GOBIERNO DE LA COMUNION TRADICIONALISTA»

Con este título se repartieron tres grandes folios a multicopista, de letra menuda y prieta, que nos vemos obligados a resumir:

Empieza diciendo que «el Montejurra» de este año será «el Montejurra de la Princesa Irene» (...).

«Hace un año, Señora, que en la Plaza de los Fueros de Estella, oí decir al gran orador y gran carlista José Angel Zubiaur, que nosotros éramos un pueblo sin prensa y que nuestros enemigos eran una prensa sin pueblo. Yo he pensado mucho durante este año el por qué la prensa trata de silenciar nuestros actos y trata de silenciar a nuestra Familia Real. Por qué las ondas de la radio no transmiten noticias de nada que tenga relación con lo nuestro. Por qué las pantallas de la televisión permanecen oscuras para todo lo que tiene relación con lo carlista, que es lo auténticamente español, y

como no encuentro la razón, voy a pensar en alto para que el Cristo de Montejurra, con su sabiduría infinita, ilumine mi mente.»

Sigue una larga letanía de los méritos del Carlismo desde su nacimiento, interrumpida después de cada uno de ellos por el ritornello «¿Será por eso por lo que tratan de silenciarnos, Señor?».

(...)

«Alteza:

Cuando la Señora vino a España, como Princesa de Holanda, las planas de los diarios y de las revistas, las ondas de la radio y de la televisión estuvieron abiertas de par en par para dar noticias de Vuestra Alteza. Cuando se supo, Señora, que Vuestra Alteza tenía relaciones, las relaciones más románticas del siglo, que ha tenido que ser una Princesa de la categoría de la Princesa Irene la que diese al mundo materialista de hoy una lección de amor, todavía fue noticia para radio, prensa y televisión, los amores de la Princesa. Pero cuando se supo que la Señora, además de enamorarse de la persona de Don Carlos, se había enamorado también de sus ideales, desde ese momento, Señora, también se silenció a Su Alteza.»

Estas palabras no son tan vacuas como parecen y como el resto, suprimido. Estaba llamando la atención a los visitantes, variadísimos, del domicilio de Hermanos Bécquer, 6, la intervención, a veces decidida, de Doña Irene en las conversaciones políticas de su esposo; mostrando siempre una clara «voluntad de vencer» y de ser Reina de España, y de trabajar directa y personalmente en su propia promoción.

DISCURSO PRONUNCIADO EN MONTEJURRA
EL 2 DE MAYO DE 1965 POR EL PROFESOR
DON ALVARO D'ORS, CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD
DE DERECHO DE LA UNIVERSIDAD DE NAVARRA
Y MIEMBRO DE LA JUNTA DE GOBIERNO
DE LA COMUNION TRADICIONALISTA

«La Legitimidad

Los Carlistas somos legitimistas. Pero ¿por qué somos legitimistas? Esta es la pregunta que constantemente nos hacen amigos y

enemigos y que vosotros mismos os podéis hacer al querer justificar ante vuestra propia conciencia la lealtad inquebrantable que os mueve.

¿Y por qué el Carlismo se aferra como a algo esencial a esta lealtad para con la Dinastía Legítima? Pues, sencillamente, porque sabemos que sin esta lealtad a la Legitimidad, nuestras Ideas se vendrán abajo.

No se debe a un personalismo la razón por la cual, en cierto sentido, damos más importancia aparente a la Persona de los Reyes que a las Instituciones y Principios que los Reyes deben defender. Sabemos que al proclamar que el Rey sirve a la Ley, estamos situando toda aquella tradición de las Instituciones, Fueros y Libertades por encima de la Persona del Rey. Pero sabemos que la continuidad en la lealtad a la Dinastía Legítima es la garantía de aquellas Instituciones.

Lo que origina el título de Rey es la Legitimidad que viene de su preferencia por nacimiento dentro de las líneas que pertenecen a la Dinastía Legítima. Pero la permanencia de la Legitimidad en un Rey, depende de su propio respeto a las Instituciones de la Tradición.

Todos lo sabéis, y la historia presenta casos de éstos: cuando un príncipe se alía con los enemigos de la Legitimidad, la misma Familia Real, de acuerdo con las Leyes, le expulsa de la Dinastía Legítima. Si se trata de un Rey, que se halla en el ejercicio del Poder, se ilegitima por abuso en el ejercicio de ese Poder. Lo que suele llamarse legitimidad de ejercicio no es, por tanto, una legitimidad más, al lado de la de origen, sino una condición para no perder un poder actual, adquirido por la Legitimidad de Origen.

He ahí por qué la Dinastía Alfonsina no fue, ni es, ni podrá ser nunca legítima, aunque desaparecieran todas las actuales líneas legítimas: porque carece en absoluto de LEGITIMIDAD DE ORIGEN. Carece de Legitimidad de Origen por su procedencia ilegal de una Usurpación, agravada porque reiteradamente realizó y se mantuvo en esa Usurpación. Aun en el caso de que algún día alguno de los miembros de esa Rama Ilegítima llegara a jurar y perjurar la fidelidad a la Tradición, de nada le valdría, porque carecen de la LEGITIMIDAD DE ORIGEN, del derecho a la Sucesión, sin el cual todo lo demás es ocioso. Es como si lo jurara yo mismo, que ningún derecho puedo alegar a la Sucesión de la Corona... Para poder estar sano, lo primero que hace falta es estar vivo, y las ramas que se

cortaron del tronco de la Legitimidad hace más de un siglo son ramas muertas.

He aquí por qué la Dinastía de los Borbón Parma, que representa hoy nuestro Rey Don Javier I, es la única con LEGITIMIDAD DE ORIGEN, porque es la única rama de los Borbones de la Casa de España que se ha mantenido dentro de la Dinastía Legítima, conservando el derecho de sucesión a la Corona de España. Es la única rama viva del tronco de Felipe V.

El Pueblo Carlista y todos los españoles que están a su lado, al defender la Causa de la Legitimidad, defienden su propia Causa, y si nuestros enemigos no dan valor a la legitimidad en la Sucesión dinástica de la Monarquía, es porque no tienen Legitimidad alguna que defender.

Y es porque hay como una recíproca dependencia entre la legitimidad de los Reyes y el Bien Común de los Pueblos. Esa unión entre Legitimidad y Tradición es inseparable, y fruto de esa unión es la salud de nuestro Carlismo, cuya larga vida, por encima de persecuciones y traiciones, es la más patente prueba de esa fecunda unión y de la razón de nuestra lealtad. Este pueblo, reunido en el Montejurra, lo está proclamando. ¿Dónde está, en cambio, el pueblo que apoya a los enemigos de la Legitimidad? No lo veréis por ninguna parte, porque no existe.

Pero todavía sabéis otra cosa muy aleccionadora: que cuantos, llevados de erróneos posibilismos, caen en la simpleza de creer que otros príncipes, ramas muertas cortadas hace un siglo de la Legitimidad de Origen y, por tanto, sin ningún derecho al Trono, podrían realizar los Ideales de la Monarquía Tradicional, vienen a caer irremediabilmente en la traición a los mismos Ideales que decían querer ver prontamente realizados.

El Carlismo está con el Rey legítimo, que es Don Javier, y no hay más Carlismo, ni Legitimismo, que éste. Así, por aplicación estricta de las Leyes de Sucesión, lo vio con toda claridad y lo indicó en su Testamento Político el Rey Don Alfonso-Carlos, cuando confió la Bandera de la Tradición y de la Legitimidad a Don Javier, como Sucesor legítimo. Es más que un símbolo el que le confiara también la custodia de sus restos mortales, enterrados en el Castillo de Puchheim.

Hace falta estar ciego o, lo que es peor, no querer ver, para no reconocer que, por la aplicación estricta de las Leyes de Sucesión, la Sucesión de Don Alfonso-Carlos recaía automáticamente en Don

Javier. Al fallecer Don Alfonso-Carlos sin descendencia, no quedó troncada la cadena de la Legitimidad, porque la misma Dinastía Legítima continuó con los nuevos eslabones de la única línea, la encabezada por Don Javier, que mantenía la Legitimidad de Origen.

Don Javier fue heredero de Don Alfonso-Carlos del mismo modo, y por el mismo Derecho sucesorio que Don Alfonso-Carlos había sido heredero de su sobrino Don Jaime y como lo será en su día el Príncipe Don Carlos de su padre Don Javier.

Nadie que haya estudiado la cuestión a la luz de las Leyes y del Derecho puede llegar a una conclusión distinta.

Por eso, el Pueblo carlista, que no necesita grandes razonamientos para llegar al fondo jurídico de la verdad, aceptó plenamente y abrazó resueltamente desde el primer momento la Causa de la Legitimidad, que encarna el Rey Don Javier y su Familia, y está dispuesto a luchar por ella con el mismo entusiasmo y la misma fidelidad con que viene sosteniendo desde hace más de un siglo a los legítimos Reyes de España.

¡Viva el Rey Don Javier! ¡Viva el Príncipe de Asturias y de Viana, Don Carlos! ¡Viva la Princesa Doña Irene! ¡Viva la Familia Real! ¡Viva la Legitimidad!»

* * *

A continuación pronunció un discurso el Delegado Nacional del Movimiento Obrero Tradicionalista, Don Manuel Pérez de Lema. Su texto se encuentra en la página 185.

EXTRACTOS DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN MONTEJURRA POR EL DELEGADO NACIONAL DE REQUETES, DON MIGUEL DE SAN CRISTOBAL

Se hizo una gran tirada del mismo en un folio doblado y bien impreso por las dos caras, que nos vemos obligados a extraer.

«Algunos han creído, y siguen creyendo, que el Requeté es una fuerza de choque con la que se puede contar y que se puede manejar para los momentos difíciles de la Patria. No saben que la generosidad del Carlismo combatiente, por muy espontánea que sea, tiene un camino trazado. No saben, o hacen como que lo ignoran,

que esta generosidad y esta valentía está cimentada en la lealtad. Sin lealtad a Dios, a España, el Requeté no existiría. Pero, además, esta lealtad está personificada en nuestra adhesión y nuestra obediencia a una Dinastía. El alzamiento de los requetés no surgió por impulso espontáneo. Sin una orden del Rey, los requetés no hubieran salido el 18 de Julio; eso bien lo sabían los militares, como el general Mola. Ahora, como entonces, los requetés no obedecerán a insinuaciones extrañas para intervenir en situaciones de emergencia. Sin una orden del Rey, los requetés nunca volveremos a salir.»

«(En aquellos días la situación de emergencia era la agitación, grave, en la Universidad; los estudiantes carlistas no se plegaban a las insinuaciones de ayudar al Gobierno frente a los rojos. Pocos años después la situación de emergencia, con el pleito dinástico perdido, fue el nacimiento de ETA, ante el cual algunos carlistas adoptaron una actitud pasiva.)

«Basta de amordazar a la opinión pública y de no dejar que se manifiesten libremente las adhesiones a los Príncipes, que para muchos son la única esperanza posible. Basta, también, basta, de intentar provocar un antifranquismo artificialmente, pretendiendo dar la impresión al pueblo español y al mundo, de que la más Alta Magistratura del Estado, renunciando al carácter de albacea de la Cruzada, patrocina a una familia dinástica y alienta a los que la defienden, aunque sea traicionando de este modo su propia legislación.»

(Este párrafo, como otros muchos de este discurso, están redactados «al revés, para que lo entiendan». Franco, que había vuelto a tener a su lado a Don Juan Carlos en la presidencia del Desfile de la Victoria, pocos días antes, el 9 de abril, volvió a reaparecer con él el día 25 de junio en la solemne inauguración del nuevo monumento del Cerro de los Angeles.)

«Si se pretendiera desconocer este pulso nuestro (cualquiera que quiera verlo, ahí lo tiene), tendríamos que afirmar que España estaba siendo objeto de un gran fraude. Fraude fueron los golpes de Estado de La Granja y de Sagunto. Fraude sería repetir, como algunos quieren, la misma fórmula ahora; como fraude también sería destruir a las fuerzas que con nosotros estuvieron el 18 de Julio, destrucción que están queriendo llevar a cabo precisamente ahora.»

DISCURSO PRONUNCIADO EN MONTEJURRA
POR EL JEFE-DELEGADO DE LA COMUNION
TRADICIONALISTA, EXCMO. SR. DON JOSE MARIA
VALIENTE

«Normas políticas

En este Montejurra de 1965 queremos destacar algunos puntos de la doctrina política que inspira nuestro ser nacional. Esta es la doctrina defendida siempre por el Carlismo. Presentamos dichos puntos a la opinión pública como normas o programa para atender a las necesidades de estos días que estamos viviendo.

Unidad nacional
y opinión pública

La Monarquía Carlista tiene un concepto justo de nuestra Unidad Nacional en lo político, porque dentro de esa Unidad queda garantizada la libertad que es precisa para formar la opinión pública.

Sin opinión pública puede imponerse un orden material, pero no habrá Unidad Nacional, libremente aceptada, y, por tanto, estable y duradera.

La continuidad

Debemos hablar de continuidad, porque después del 18 de Julio hay que continuar, seguir adelante. No se puede *volver atrás*, a lo que provocó la tragedia.

El Carlismo es la continuidad, pero no el inmovilismo, porque entiende la continuidad con espíritu de constante perfeccionamiento.

Las guerras civiles son fenómenos sociales inevitables, que entrañan profundos sufrimientos. Sería crueldad poner a la Patria en trance de que puedan reproducirse tamaños sufrimientos. Por eso, las guerras civiles no se han revisado en ningún país del mundo. El peligro para la paz pública está en los que quieren revisarlas.

Nadie puede negar al Carlismo sentido de la continuidad con espíritu de perfeccionamiento constante. El Carlismo puede prestar un gran servicio a fin de asegurar el derecho y la paz para todos,

porque cree en la evolución de la continuidad, y no cree en los revisionismos que provocan los bandazos y los saltos en el vacío.

Los que quieren *volver atrás* son reaccionarios que no ofrecen seguridad a la Nación.

Legalidad

El Carlismo puede actuar dentro de la legalidad, y quiere actuar así con la esperanza de que las Autoridades actúen también así. Es decir: sin anti-carlismo, que hoy no sería ni legal, ni justo, ni agradecido, ni inteligente.

Necesaria evolución democrática

Hoy tenemos que subrayar nuestro carácter popular y democrático, porque estamos asistiendo en nuestro país a un predominio excesivo de las oligarquías, y de los grupos de presión, los cuales no advierten que el pueblo se les está yendo, con peligro de que vuelva al recurso desesperado de la revolución.

Las fórmulas burguesas de la libertad y de la democracia no han sido nunca populares en nuestro país, el cual nunca creyó en tales mitos. Han sido tantas veces barridas por nuestro pueblo, que ya no se puede seriamente volver a pensar en ellas.

La democratización de España no lo han logrado, ni lo lograrán nunca, las revoluciones. Sólo puede conseguirlo la Monarquía Popular Carlista. Y ello por dos razones fundamentales:

La primera es una razón de hecho, y consiste en el hecho de que si la Monarquía Popular Carlista está volviendo a España, es porque la está trayendo, ni más ni menos, una fuerza popular.

Y la segunda razón es porque el Carlismo ofrece al pueblo cauces legales para el ejercicio de sus libertades.

Europa

El principio federativo de nuestra doctrina hace al Carlismo la fuerza más adecuada para que la necesaria integración de España en la Nueva Europa se haga por cauces naturales que conduzcan al bien común en todos los órdenes del mismo.

Porque el Carlismo, además de sentir, con amplio espíritu, la necesidad de unir a los hombres por encima de las barreras nacionales, ha propugnado siempre fórmulas que respetan las estructuras

políticas de cada país como de cada región, y respeta esas estructuras en aplicación del principio federativo, tan popular entre los Carlistas.

Qué quieren los carlistas en el orden económico

Agricultura

El problema del campo está hoy en carne viva. Hay que pensar en remedios de urgencia, mientras se preparan las nuevas estructuras que necesita nuestra explotación agrícola.

Pedimos al Gobierno que las Leyes de Presupuestos distribuyan nuestra renta nacional de modo más justo para el campo, y dediquen al campo toda la parte que sea posible de la renta nacional. Porque lo que necesita nuestro campo, antes que nada, es dinero, mucho dinero, no sólo mediante una gran política de crédito, que facilite dinero barato, sino también por medio de subvenciones, aun a fondo perdido. Y esto con urgencia, porque el campo se halla en trance grave.

Con dinero empezarán a resolverse tres grandes problemas agrarios:

El de los latifundios, que podrían ser respetados mientras su rentabilidad alcance el nivel que exige el bien común.

El de los minifundios, que han de seguir siendo absorbidos por medio de concentraciones parcelarias, pero que estén muy capitalizadas y mecanizadas.

Y el del acceso a la propiedad, para que los colonos, arrendatarios y trabajadores del campo puedan realizar sus aspiraciones, las cuales debe sentir como propias una sociedad cristiana.

Esto es lo que necesita nuestro campo, de momento; y ésta es, de momento, la Reforma Agraria que quiere el pueblo.

Pedimos también que se hagan las debidas reformas en el sistema de distribución en el mercado. Los productos agrícolas, aun los más vitales, se encarecen excesivamente al pasar por el mercado, con perjuicio para el agricultor y para el consumidor, y ello está produciendo una tremenda irritación en nuestro país.

Proponemos que se sigan fomentando al máximo, con legislación protectora especialísima, las Cooperativas de producción.

Pedimos también la mayor protección legal para el fomento intensivo de las Cooperativas de consumidores, que logren curar la carestía que existe en la distribución de los productos agrícolas.

Monopolios

Los monopolios proliferan excesivamente en nuestro país en estos días. Estos monopolios económicos están empleando su dinero en tratar de comprar poder político. Tenemos que pedir al Gobierno que los controle seriamente o los suprima por razones de seguridad pública.

Cuando no se puedan suprimir o controlar debidamente, el bien común exige su nacionalización, regionalización o municipalización, y que pasen a la Administración del Estado, las Regiones o los Municipios, con preferencia en favor de estos últimos. Aquí podrá ser de muy viva aplicación nuestra doctrina regional y municipal.

Sabemos que esto tiene gravísimos inconvenientes, pero los tienen mayores los monopolios de los grupos de presión, que son un peligro para las libertades del pueblo, y aun para la independencia espiritual y moral de la Patria.

De todos modos, las industrias nacionalizadas habrán de estar sometidas a vigilancia y fiscalización pública muy severas.

El proceso de nacionalización habrá de hacerse dentro de la ley, con amplia información y deliberación, y sin criterio partidista, ni impulso de resentimiento.

Proponemos que se dicten leyes antitrusts, como existen en otros países, y para ello pueden servir de inspiración algunas leyes de Estados Unidos. Pero importa mucho que dichas leyes se apliquen con efectividad.

Qué quieren los carlistas en el orden social

Desigualdades sociales

En la sociedad actual, hija de la revolución capitalista, existen desigualdades que tienen frecuentemente consecuencias injustas. Estas nocivas consecuencias unas veces pueden destruirse en su raíz, y otras veces pueden, por lo menos, mitigarse. La opinión pública debe pedir al Gobierno la supresión de los privilegios que sólo se funden en la riqueza, sin más nobles motivaciones.

Redistribución de la renta nacional

La redistribución de la renta nacional debe hacerse de modo jurídico, pausado y constante por las leyes realizadoras de la Justicia distributiva, principalmente por las Leyes de Presupuestos. Para

avanzar legal y eficazmente, por el camino de dicha Justicia, que asegura la paz social.

Los Carlistas creen que puede haber orden público, sin justicia, pero que no puede haber paz pública sin justicia social.

Participación obrera en la Empresa

Pedimos la conveniente participación de los obreros en las decisiones que toquen a la vida de las Empresas en que trabajen. La Empresa es el más importante cuadro de la convivencia laboral actual, y los obreros deben ser incorporados generosamente a esa convivencia.

Sociedades de inversión

Proponemos que se fomenten, por la opinión pública y por las leyes, las sociedades de inversión, para canalizar los ahorros que produzca a los trabajadores su participación en los beneficios de la Empresa.

Los obreros tienen pleno derecho al gobierno de estas sociedades de inversión de sus ahorros.

Ayuda escolar

Pedimos la extensión de un sistema de ayuda escolar a los hijos de todos los españoles. En esto no puede haber diferencias de riqueza, sino de condiciones personales.

Hoy es un escándalo que en nuestra Universidad sólo menos del 3 por 100 de los alumnos son hijos de obreros.

También es un escándalo que los maestros de escuela, que con tanto sacrificio llevan sobre sus hombros la educación de nuestra infancia y de nuestra juventud se vean tan poco protegidos en su función educadora y en sus necesidades materiales.

El bien común exige que la sociedad sea justa y generosa en abrir los caminos del perfeccionamiento a todos sus hijos.

El Estado debe ayudar a la sociedad con becas que cubran todos los gastos de la vida de los estudiantes.

A todos nosotros interesa que sean protegidos como estudiantes los que efectivamente quieran estudiar, sin desorbitar demagógicamente esta protección a los que el día de mañana sólo serían fracasados y resentidos.

Del mismo modo, el Estado debe ayudar a la sociedad con sub-

venciones a los establecimientos de educación que organice la iniciativa privada.

Asistencia médica

Pedimos el perfeccionamiento constante de la asistencia médica, hasta lograr la protección total en ella. Pero hay que insistir en hacer compatibles los derechos de todos, con los derechos de los médicos, los cuales no deben perder las bases económicas necesarias para la prestación social y científica de su alta misión. Nos duele que hoy sea tan difícil la vida de muchísimos médicos españoles.

Qué quieren los carlistas en el orden político

Inviolabilidad del principio de la igualdad entre los hombres, y libertad social.

El concepto carlista de la soberanía social impone la inviolabilidad de todas las libertades concretas que necesita el hombre para el ejercicio de sus derechos dentro de la convivencia en la sociedad.

Fueros

El principio de los Fueros es fundamental en el Carlismo. La primera bandera carlista fue "Rey y Fueros". Bandera jurídica, si las hay.

Los Fueros son las leyes que se hacen en colaboración entre la soberanía política y la soberanía social, representada esta última en las Cortes.

El Papa Pablo VI ha dicho recientemente que la democracia es el diálogo del Poder político con la sociedad a todos los niveles de la misma.

Los Fueros se hacen consultando el Poder político a la sociedad a todos los niveles de la misma. Por eso son tan democráticas las estructuras que defiende el Carlismo, y por eso decía Carlos VII que por el camino de los Fueros viene nuestra tradición democrática.

Los Fueros son leyes que impiden los abusos del Poder, y protegen las libertades y los derechos del pueblo y de sus órganos de representación.

Los Fueros son la auténtica Constitución de nuestra Nación.

Representación

La Constitución Foral de nuestra Monarquía protege un sistema representativo, de los Municipios y las Regiones, por un lado, y por otro, de todas las actividades profesionales y funciones sociales, hasta llegar a la suprema asamblea de la representación nacional, que son nuestras Cortes del Reino.

La representación ha de estar especialmente cuidada en los Sindicatos, a fin de que no sufran sus intereses profesionales y humanos.

Los Sindicatos corren el peligro de ser coaccionados por presiones económicas o políticas, o utilizados por el Poder para una determinada política gubernamental, o de convertirse ellos mismos en un Estado dentro del Estado.

La máxima protección merece la gran misión que tienen los Sindicatos en la sociedad de nuestros días.

Libertad de información

El Carlismo tiene autoridad moral para reclamar, y reclama constantemente, que sea reconocida la necesaria libertad de información en la Prensa y en los demás medios de difusión.

Pedimos una Ley de Prensa, para que la libertad tenga límites legales, y no quede a merced de los variables criterios de las censuras gubernativas, ni tampoco de las censuras de los Consejos de Administración de las Empresas.

Problema de la sucesión

El Carlismo tiene autoridad moral para decir que no sólo los carlistas deben ser oídos, sino que también debe ser oída la Nación, en el grave problema de la sucesión en la suprema magistratura del Estado.

Los carlistas no pueden admitir, ni como carlistas ni como ciudadanos españoles, que este problema se pretenda resolver por la conjura de unos pequeños grupos de presión.

Aun los que no son carlistas han de reconocer que, en este punto, sería injusto, y estaría fuera de la realidad, proceder sin las leales y patrióticas huestes carlistas, que constituyen fuerza popular indiscutible, e indispensable, para la Monarquía.

Conclusión:

Estos son algunos de los puntos más importantes de la doctrina política nacional, que hoy destacamos como normas para ayudar a resolver los problemas urgentes de hoy.

Estas normas responden al Ideario del Derecho Público Cristiano, que tiene raíces jurídicas y morales permanentes, por lo cual están siempre a la altura de los tiempos.

Lo moderno no es lo que envejece cada treinta años. Lo que tiene fundamento jurídico y moral, eso es siempre lo actual y moderno.

Esto decimos en el Montejurra de 1965. Lo presentamos a la opinión pública con amplio espíritu de comunión nacional. Estamos seguros de que todos han de oír al generoso Carlismo, al menos con respeto.

Esperamos que lo oigan también, con más respeto, todos los que hicieron con nosotros el 18 de Julio. Estamos seguros de ello.

Esperamos que también nos oigan los falangistas. Deben asistirnos para defender juntos todo lo que significa el 18 de Julio. Deben ayudarnos para que desvanezcan las manos negras que les indispusieron contra nosotros, y que tanto hicieron sufrir a los carlistas. Para defender todo lo que supone el 18 de Julio, brazos abiertos, y ojos mucho más abiertos, para que no volvamos a las andadas.

El Carlismo tiene el respeto de todos, porque es ejemplo de lealtades, y por su fidelidad al Derecho que inspira la constitución interna y real de nuestra Patria, y al sistema político abanderado por una Dinastía que ha sido siempre fiel a su pueblo.

El Rey y el pueblo se han mantenido fieles uno a otro. El Rey al pueblo, y el pueblo al Rey. Y esta fidelidad recíproca es la que mantiene, viva y posible, la Monarquía Popular, y es tal vez la que mejor explique la milagrosa supervivencia del Carlismo.

Y todos, el pueblo y el Rey, al servicio de lo que estimamos en conciencia, que es la Causa de Dios y su Justicia. Queremos servir a Dios sobre todas las cosas, y llenar la vida entera de sincera espiritualidad. Buscamos el Reino de Dios y su Justicia, y sabemos que todo los demás lo tendremos por añadidura.

Nuestro saludo, esperanzado y entrañable, al Rey Javier, Javier de Navarra y de España.

Y ahora, las boinas en alto por la Princesa Irene, que tiene el amor encendido de este gran pueblo español que es el Carlismo. Y por el Príncipe Don Carlos, esperanza luminosa, radiante, de la

Dinastía de la Legitimidad, a quien su pueblo aclama aquí, en esta noble tierra navarra y española, con el título tan popular, y prometedor, de Príncipe de Montejurra.»

CONCENTRACIONES EN MONTSERRAT

En 1965 hubo en Montserrat dos concentraciones carlistas y una oficial. Las carlistas fueron la de la Regencia de Estella, y la de Don Javier; habían rivalizado también desde el nacimiento de la Regencia, los años 1958 y 1959; en 1960, la Regencia renuncia a Montserrat y celebra un acto en el Tibidabo; pero en el 61 vuelve y hay otra vez dos actos, el suyo y el javierista; lo mismo sucede en 1962; pero en 1963 y en 1964 los javieristas no ocuden y sólo se concentran los de la Regencia. En 1965 vuelven lo dos grupos; hemos mencionado la concentración de la Regencia en el epígrafe a ella dedicado, y aquí resumiremos el acto de los seguidores de Don Javier, que vuelven después de una ausencia de dos años; no de cinco, como erróneamente dice su jefe, Domingo Francás, al iniciar su discurso.

Hubo este año una tercera concentración, ésta oficial y meramente patriótica, aunque con un ingrediente carlista. Está ampliamente reseñada en el semanario oficioso, «El Español», de 8 de mayo de 1965. El pretexto fue la inauguración de un monumento, aún a medio hacer, a los requetés del Tercio de Montserrat muertos en combate. Pronunció un extenso y vacuo discurso el capitán general de Cataluña. La verdadera intención de esta celebración fue restar público, sobre todo elemento oficial, a las dos concentraciones carlistas inmediatamente precedentes.

CONCENTRACION DE LA COMUNION TRADICIONALISTA EL DIA 30 DE MAYO.

RESUMEN DE VARIAS CRONICAS

A las diez de la mañana se celebró la Santa Misa en la Basílica de Montserrat. El templo resultó incapaz de todo punto para contener a los carlistas que se apretujaban en él. Continuaba la llegada de autobuses y coches de turismo repletos de correligionarios y simpatizantes. Hemos visto autocares de Barcelona, de Gerona, de

Lérida, de Tarragona, de Mollerusa, de Borjas Blancas, de Pons, de Suriá, de Manresa, de Badalona, de Solsona, de Vilanova y Geltrú, de Villafranca, de Vendrell, de Reus, de Valls, de Montroig, de Sabadell, de Igualada, de Tarrasa, de Vich, etc., y también de Vizcaya, de Valencia, de Aragón y de Navarra. A las doce del mediodía, las bandas de cornetas y tambores de requetés —son cinco bandas: Vilanova y Geltrú, Borjas Blancas, Badalona, Zaragoza y Villarreal— rompen la marcha al compás de sus sonos. Vamos a la explanada sita a la izquierda del camino de San Miguel. La explanada se halla cubierta materialmente de carlistas. Ciñendo la espalda de la muchedumbre, que da vista a la tribuna de los oradores, está una larga franja de pancartas, tras la que asoma, acampada en declive, otra densísima masa de expectadores, con sus boinas. En las pancartas se leen frases alusivas, de ingenio chispeante, a muchas cosas que nos disgustan a los carlistas. En otras, campea rotunda la afirmación del Ideal.

Finalizado el acto, el señor Puig Pellicer, miembro de la Junta de Gobierno de la Comunión Tradicionalista, dio lectura a sendos telegramas de Don Javier de Borbón y de Don Carlos y Doña Irene, Príncipes de Gerona. Se entonó a continuación por todos los presentes el Oramendi.

En el restaurante del Hotel del Monasterio tiene después lugar un banquete de hermandad, al que asisten más de doscientos comensales. A los postres habla, en nombre de la Junta Regional Carlísta de Cataluña, Carlos Feliu de Travy. Dice que los carlistas catalanes aceptan plenamente el compromiso de estar presentes con todas sus consecuencias en el combate por el triunfo. Ideal a que se saben llamados, con todos sus hermanos de España. Don José María Valiente habla a continuación, y otra vez pone al rojo vivo con sus palabras el entusiasmo de los asistentes. Expresa su convicción de haber llegado la hora de plenitud para la Verdad del Carlismo y añade que el Carlismo no consentirá que esa Verdad sea pisoteada por nadie.

Por la tarde, a las 17 horas, los asistentes se concentraron en la cripta panteón del monumento a los requetés del Tercio de Nuestra Señora de Montserrat. Se entonó un responso y el Jefe Delegado de la Comunión Tradicionalista, acompañado de miembros de la Junta de Gobierno, Delegados Nacionales, Junta de Gobierno de la CT de Cataluña y demás Autoridades, depositó una corona de flores.

DISCURSO DE DON ANTONIO DOMINGO FRANCA, JEFE PROVINCIAL DE LA COMUNION TRADICIONALISTA DE BARCELONA

«Nuestro programa en lo doctrinal y en lo político es de completa actualidad. Nuestra política social queda enmarcada en el principio de la igualdad de oportunidades, entiéndase bien, en todos los terrenos: en la participación de los obreros en la empresa y en asegurar al obrero un salario mínimo vital al día. Como se ha dicho en Montejurra, "el pueblo español es un pueblo mayor de edad". Aunque a muchos les interese seguir viéndole mudo y con la mano tendida.

"En el orden económico necesita el País, y necesitan los estamentos económicos del mismo, un cambio de mentalidad. Mientras defraudar a la Hacienda Pública sea apto para la mentalidad normal de los españoles, y hasta lo consideren lícito los mismos funcionarios de Hacienda, mientras este principio tan básico, tan elemental, no quede corregido, modificando las leyes si es preciso y haciendo incluso la ley más justa y aplicando entonces la ley con toda efectividad, no podremos construir un orden económico justo y aceptable.

Gran parte de las inversiones extranjeras vienen alentadas por la facilidad y posibilidad de defraudación, y si tenemos en cuenta que tales inversiones son ya rentables de por sí, hemos de contemplar con desagrado cómo gracias a esa extraordinaria facilidad para escamotear impuestos, esa rentabilidad se convierte en excesiva y, desde luego, siempre superior a la que esas mismas inversiones producirían en su país de origen" (...). No debe extrañarnos, por lo tanto, que los grupos de presión, que constituyen una verdadera oligarquía económica que atenaza a nuestra Patria, estén interesados en que no cambien las cosas..., ni el dinero de su bolsillo. Y que apoyen al pretendiente alfonsino, nieto del destronado...»

EXTRACTO DEL DISCURSO PRONUNCIADO

POR DON JOSE VIVES SURIA

«Ahora en que tanto se vuelve a hablar del laicismo y de secularización de las estructuras sociales y políticas, como si el gran remedio de nuestro tiempo consistiera en suprimir a Dios de la vida

pública y relegarlo a la intimidad del Santuario, nosotros afirmamos solemnemente nuestra íntima convicción de que nada sólido ni estable podrá edificarse si se prescinde de Dios, y que sería un auténtico contrasentido poner en contradicción nuestro presente y nuestro futuro con nuestro pasado, y convertir un falso europeísmo en una forma de desespañolización.»

«Nuestro regionalismo no consiste en una especie de centralismo trasladado a las capitales de los diversos reinos, sino de un modo de vida que implica a la vez un reconocimiento de la constitución histórica de la Patria, y una explícita confesión, independientemente incluso de tal realidad histórica, del derecho de las sociedades naturales e intermedias a autogobernarse en la esfera de sus legítimos intereses.»

EXTRACTO DEL DISCURSO PRONUNCIADO POR DON VICTOR PEREA ALONSO, DELEGADO DE LA A. E. T.

Hace una paráfrasis del libro reciente de Emilio Romero, «Cartas a un Príncipe» (Premio Nacional de Literatura, 1964), que propone a un hipotético príncipe cinco reformas, haciéndolas suyas: agraria, fiscal, docente, constitucional y de las empresas y de la propiedad, la nacionalización de la Banca, de los Seguros, de la electricidad y de las minas. A todo esto tenemos que añadir nosotros el gravísimo problema pendiente del reconocimiento de las libertades y de la personalidad de las regiones españolas. Todo esto exige al Carlismo una actitud renovadora y arriesgada. Al final, más en consonancia con su pertenencia a A. E. T., se ocupa de la Universidad y dice que debe ser una institución de la Sociedad y no del Estado.

TEXTO INTEGRO DEL DISCURSO PRONUNCIADO POR EL EXCMO. SR. JEFE DELEGADO DE LA COMUNION TRADICIONALISTA, DON JOSE MARIA VALIENTE

«Quisiera dedicar mis palabras de esta mañana a hablaros de la sociedad y de su soberanía, según la teoría socialista y popular de Vázquez de Mella.

Sociedalismo y soberanía social

Vázquez de Mella abrió un camino que está todavía sin andar en nuestro pueblo. Es el camino del Sociedalismo. Recordar esta palabra: Sociedalismo. Quiero repetirla: Sociedalismo.

El Sociedalismo es el culto a la soberanía social. No existe sólo la soberanía política, sino que existe junto a ella la soberanía social.

El Poder y el pueblo

La soberanía política es el Poder, el Gobierno, para entendernos. La soberanía social está en la sociedad organizada, en el pueblo, para entendernos.

Dice Vázquez de Mella que la soberanía social es la jerarquía de personas colectivas que sube desde la familia, el municipio, los cuerpos intermedios, las categorías que cumplen los fines sociales, y las entidades infrasoberanas, hasta llegar a la Región.

La soberanía social es el pueblo organizado, la sociedad organizada, defensora de los derechos y libertades de la persona humana. Y que al mismo tiempo auxilia a la soberanía política, al Poder, le contiene y limita sus excesos.

Vázquez de Mella afirma que ambas soberanías, la de la sociedad y la del Poder, deben respetarse mutuamente, para asegurar la justicia y la estabilidad en la convivencia social.

Lo que aún le falta al 18 de Julio:

restaurar la soberanía social

El 18 de Julio cambió rápidamente el Estado y el Gobierno, pero la sociedad española no cambió tan rápidamente.

En nuestra guerra se enfrentaron dos movimientos sociales; uno, exponente del más auténtico sentido social, como es el de nuestra Religión Católica; y el otro, también social, pero basado en el ateísmo desconocedor de las necesidades del espíritu humano.

El sentido social que tuvo nuestra guerra está siendo traicionado por grupos políticos que, en general, han demostrado defender intereses particulares económicos. Estos grupos, carentes del sentido social, tan acusado en nuestro siglo, han conseguido restaurar en muchas mentalidades débiles, planteos trasnochados del politicismo decimonónico, con lo cual retrasan, y pueden impedir, el proceso que debió derivarse del impulso social de la guerra.

Por esa falta de sentido social, algunos sectores, incluso entre los estamentos más cultos y espirituales, inexplicablemente, no quieren entender lo que significa el Carlismo. Sin embargo, lo entienden los estamentos que son fieles al pueblo; y ellos dirán, como siempre, la última palabra.

El Carlismo es un hecho social

El Carlismo está con el pueblo, con la sociedad, es fundamentalmente un hecho social. Por eso puede hablar a esta sociedad, que no acaba de reaccionar.

El Carlismo es la espoleta que ha de poner en pie a la sociedad y al pueblo, a fin de que sepa hacer valer su representación ante el Poder político, y que éste respete los derechos de la sociedad.

El Carlismo es un hecho social que la revolución no ha podido destruir. Se ha dicho, con razón, que esta supervivencia del Carlismo es un hecho político excepcional. La explicación está en la base social que lo mantiene. En este hecho social debemos ver el punto de partida de la restauración de la sociedad, y de su soberanía.

La misión social del Carlismo

Los Carlistas deben trabajar arduamente para que la sociedad, los derechos y libertades de todas sus personas colectivas estén protegidas por las leyes, y no queden a merced de la simple voluntad de cualquier Gobierno. No puede haber un Gobierno justo si no está limitado por la soberanía social.

Las personas colectivas, que son el sujeto de la soberanía social, la familia, el municipio, los cuerpos intermedios, las entidades infrasoberanas, y en nuestro país, especialmente, la Región, han de ser restauradas y protegidas por la Ley, para el cumplimiento de sus fines, y el ejercicio de los derechos y libertades de la persona humana.

Para la definitiva y constante justificación del sacrificio popular del 18 de Julio, el pueblo exige la restauración de su soberanía social.

La base social del Carlismo explica su permanencia

El Carlismo está llamado a esta restauración de la soberanía social, protectora de las libertades de la persona humana. Por eso per-

manece mientras pasan y mueren las utopías políticas que carecen de base social.

El Carlismo permanece porque tiene la interpretación práctica y realista de la sociedad y el pueblo, en su momento y circunstancia. Pero tiene una doctrina científica experimentada, no apriorística, que ha sabido lograr el bien común. Nada hay más práctico que una doctrina científica.

Ciertamente están en su ocaso muchas ideologías. Pero no se puede hacer nada serio sin una ideología seria.

Tiene también el Carlismo el sentido político de la continuidad, el buen sentido moral, el "seny" de Cataluña, que no es la sordidez torpe del momento —pan para hoy y hambre para mañana—, sino el sentido preciso, y puntual, que exigen la moral y la prudencia.

El Socialismo, doctrina actual

El Socialismo defendido por los Carlistas, recoge las inquietudes actuales del espíritu de comunidad. Caminamos constantemente hacia estructuras orgánicas, porque el individualismo no puede sobrevivir a la restauración actual del concepto de persona humana, integrante de la persona orgánica social.

Socialismo, antídoto contra socialismo

El Socialismo es el verdadero defensor de la libertad en la comunidad, sin caer en el socialismo, que es el mayor absolutismo de Estado, y la pérdida de todas las libertades sociales.

El Estado liberal totalitario

La revolución liberal destruyó la soberanía social. Y dejó al pueblo indefenso ante el Poder político.

Pulverizados los organismos defensores de la sociedad, ésta quedó invertebrada, y a merced del Poder político, que se alzó con todo, en totalitarismo absolutista.

Socialismo político. La Universidad nacionalizada por el liberalismo

De la destrucción de la sociedad, causada por el liberalismo, no se salvó ni siquiera la Universidad. Este es un ejemplo abrumador. En 1845, el Gobierno privó a la Universidad del derecho de

administrar sus bienes. Por donde vino a declararla menor de edad, o incapaz, y quedó totalmente estatificada.

Este socialismo político, dice Mella, ha engendrado los socialismos económicos que ahora se revuelven contra la burguesía que los provocó.

Los partidos políticos no son la soberanía social,
sino la soberanía política, el Poder

Los antiguos partidos políticos no son la soberanía social, sino la soberanía política. Son instrumentos del Gobierno, que forman parte del Gobierno, y lo mismo da que sea uno o que sean varios. No son creaciones espontáneas de la sociedad, sino de los gobernantes. Cuando el Gobierno dialoga con los partidos políticos, dialoga consigo mismo, a espaldas de la soberanía social.

Las Leyes del Estado actual han prohibido los partidos políticos, pero no acaban de ser sustituidos por los organismos naturales representativos de la sociedad, debido a la resistencia que oponen los grupos de presión, hambrientos de Poder político, temerosos de las libertades sociales, y que se interfieren descaradamente para impedir la auténtica representación de la sociedad, y yugulan el ejercicio de sus derechos y libertades.

Posición actual reaccionaria de los viejos partidos

Presenciamos hoy la desconexión entre unas mentalidades jóvenes que buscan estructuras nuevas, y una vieja mentalidad de partidos, que regresa a sus posiciones reaccionarias del 12 de abril y del 14 de abril, para meternos de nuevo en una tragedia como la que provocaron los unos con su abandono, y los otros con su osadía. Y todos a espaldas del pueblo.

La Región, exponente culminante
de la soberanía social

Nuestras Regiones corresponden, aproximadamente, a los Reinos que forjaron nuestra Unidad Nacional, en el yunque de la Reconquista.

Constituyen formas de sociedad civil, muy vivas, completas, y espontáneas; Ortega opina en esto como los Carlistas.

Las Regiones no pueden ser apartadas, como si sólo hubiesen sido andamios. Por el contrario, deben ser consideradas como columnas de los arcos de nuestra unidad nacional. Esta unidad, forjada en la Reconquista, no ha fallado todavía. En cambio, las que tuvimos anteriormente no tuvieron la misma solidez y espiritualidad.

A la Región hay que devolver muchas funciones absorbidas por el Estado Leviathan, que hoy es indefendible científicamente.

Hoy es doctrina científica muy estable, devolver a la Región muchas funciones del actual Estado. Así se está haciendo en Italia, Francia, Alemania, y aun en las federativas naciones que son la Confederación Helvética y el Reino Unido de la Gran Bretaña.

Del mismo modo, hay que devolver muchas funciones públicas a los Municipios, que no pueden ser considerados simples piezas de una administración uniformista y centralizada.

En nuestro país, el concepto de Región no responde sólo a una necesidad de descentralización administrativa, planificada desde el mismo poder central. Responde a realidades históricas, geográficas, jurídicas, que están vivas en el espíritu y es concepto que puede ser muy fecundo en aplicaciones prácticas.

Es una concepción realista de las cosas, y negar esta concepción es provocar los separatismos.

Esta concepción realista del Carlismo resplandece en su sensibilidad histórica, que no es nostalgia, sino el sentido de lo permanente y vivo. El Carlismo no ve en la historia la razón universal hegeliana, sino aquella parte de la realidad que permanece, y con la cual hay que mantener el contacto (profunda significación del mito de Anteo), para no desvanecerse en el vértigo de los teorizantes irresponsables, ni perderse en el vacío de la falta de asistencia popular.

La soberanía social para hacer la Ley. Las Cortes

He recordado antes la frase de Vázquez de Mella según la cual ambas soberanías —la social y la política— deben respetarse y asistirse mutuamente. La necesidad de esta armonía se hace más patente para hacer la Ley.

La Ley no puede ser sólo obra del Gobierno. Eso es positivismo jurídico. La Ley es la ordenación de la razón al bien común, y el mejor camino para lograr esa ordenación es el diálogo entre el gobernante y los gobernados, entre la soberanía política y la social.

La soberanía social, representada en las Cortes, ha de tener la necesaria intervención al hacer la Ley. Algunas leyes fundamentales, como las tributarias y las sucesorias, son pactos entre ambas soberanías. Lo que no se haga así, no es correcto.

Es innecesario decir que la promulgación, y el cumplimiento de la Ley, corresponde a la soberanía política.

La soberanía social y la sistemática foral

He dicho que las leyes fundamentales son pactos entre la soberanía social y la política. Esta idea del pacto es el fundamento de nuestra legislación foral.

Los carlistas piden el respeto a los fueros que aún se conservan. Pero, sobre todo, piden que se restaure la sistemática foral, y que la Ley nazca, como los Fueros, de un pacto entre la soberanía social y la política.

«Rey y Fueros» fue la bandera que levantó el Carlismo en 1833. Bandera jurídica que concreta la armonía entre la soberanía social y política.

El Carlismo es un movimiento profundamente jurídico, desde el primer momento, y a lo largo de su vida.

Es también una tradición democrática, según Carlos VII. Lo democrático consiste en contar con el pueblo para hacer la Ley, y en gobernar con arreglo a la Ley.

La soberanía social y las leyes tributarias

Las leyes tributarias se deterioran rápidamente, provocan la ocultación y la defraudación, y destruyen en el espíritu público el respeto a la Ley, si no se ha pactado con la soberanía social de los que han de pagar dichos tributos.

En los últimos años, los niveles fiscales en nuestro país se elevan más rápidamente que la renta nacional. Si la presión fiscal no ha sido bien discutida, puede acarrear grandes peligros económicos, políticos y morales.

En este ejemplo se ve bien claro que las leyes que se hacen sin respeto a la soberanía social, suelen ser inoperantes, y aun disolventes.

La soberanía social y la justicia social

Gran inquietud de la Iglesia y de nuestro siglo es la justicia social.

Esta justicia, como todas, debe hacerse con procedimientos jurídicos, sin resentimientos de lucha de clases.

Los trabajadores son un brazo de la producción, como lo son igualmente los empresarios, y los que aportan el capital. Hay que oírlos a todos, y contar con todos, porque sus organizaciones, gremios y sindicatos son cuerpos intermedios y órganos de la soberanía social.

Justicia es dar a cada uno lo suyo, y los trabajadores han de estar presentes y protegidos por sindicatos eficaces, para defender sus intereses económicos y profesionales.

Los sindicatos son Categorías de la soberanía social. El ejercicio de esta soberanía es el procedimiento adecuado para que los trabajadores hagan valer sus derechos, de modo eficaz y constructivo, no sólo para ellos, sino también para el progreso social.

Pablo VI recordó, ahora hace dos años, a una peregrinación de Barcelona, en la que hubo muchos obreros, estas palabras de la «Mater et Magistra»:

«... todas las Categorías sociales han de tener su participación adecuada en el aumento de la riqueza de la Nación, para que el desarrollo económico y el progreso social vayan juntos y se acomoden mutuamente...»

Está bien claro. Los sindicatos son *Categorías Sociales*, y han de participar adecuadamente en todo plan de desarrollo. Dice la «Mater et Magistra» que éste es «un precepto gravísimo de la justicia social».

La defensa del patrimonio religioso y moral de los obreros, corresponde a otros cuerpos intermedios de la soberanía social. Porque los obreros no tienen únicamente problemas económicos. Tienen también un patrimonio moral y cultural que la sociedad debe defender, conservar y aumentar.

Misión del poder político en relación con la soberanía social

Lo que se llama el Estado, desde la Edad Moderna, y la Contemporánea que ya tiene casi dos siglos, es un Estado con poca autoridad moral entre el pueblo. Tiene el sello indeleble de Hobbes.

Es un Estado que teme el ejercicio de las libertades sociales, organizadas y vivas. No sabría manejarlas. En cambio, maneja perfectamente la *volonté générale*. Es un juego muy poco serio. Lo

serio está al final del juego, en su última consecuencia, que es el Estado comunista.

El poder político debe volver a buscar su apoyo en el común consenso de la sociedad, fomentar y urgir la restauración de la soberanía social, y de todos los cuerpos intermedios. El principio de la subsidiariedad le obliga a ello por el bien de la sociedad, y por el bien del propio Estado. Es decir: por el bien común.

Este replanteo político está ganando hoy mucho terreno en la opinión pública. Al mundo de hoy le da horror el choque, que se presenta inevitable, entre el positivismo de Occidente y el materialismo de Oriente. Hay que volver a soluciones espirituales y humanas. Es el llamamiento que Dios está haciendo al mundo de hoy.

Lo ideal y trascendente

Nuestra Patria está muy obligada a oír este llamamiento.

El Carlismo tiene conciencia de haber sido siempre espiritual y humano, y tiene autoridad moral para llamar a nuestros compatriotas al servicio de esta restauración de la vida pública.

Este Acto, como todos los Actos Carlistas, pone en contacto al pueblo con lo Ideal y Trascendente:

El pueblo está aquí, formado por todos vosotros, de todos los estamentos sociales, que acudís con vuestras familias.

Lo Ideal y Trascendente está ahí, a la luz de la Divinidad, junto a la Virgen, proclamada una vez más por el Papa hace medio año en el Concilio, Madre de Dios, Madre de la Iglesia, Guía y Esperanza de los hombres; e invocada por vosotros aquí bajo la advocación de Montserrat, rodeada de estas piedras ingentes que serraron los Angeles según el testimonio de Mosén Jacinto Verdaguer, y que son el símbolo de la religiosidad, firmeza y grandeza del alma de Cataluña.

El Carlismo es la libertad en la lealtad

El Carlismo llama a todos, como siempre lo ha hecho, con amplio espíritu de comunión social. En el Carlismo encontrarán todos libertad amplísima para interpretar la circunstancia del momento, dentro de las tres fidelidades que constituyen la lealtad:

Fidelidad a la Ley de Dios, interpretada en definitiva por el Papa. El hombre necesita comprender, y necesita también creer. El espíritu de Pascal fue en esto fiel intérprete del espíritu humano.

Fidelidad al ser de la Nación, sociedad civil formada por unas constantes históricas, que son la tradición viva, y mantienen su personalidad para cumplir su misión en la vida.

Fidelidad al Rey, que es la monarquía social y representativa, asentada en una sociedad leal, en un pueblo leal, que corresponde a un Rey Leal.

La dinastía y el Carlismo

La Dinastía de la Legitimidad nunca fue abandonada. Fue traicionada, pero nunca abandonada de los suyos en ningún día de abril.

Supo esperar en el destierro, con esperanza, sin impaciencia. Y ha vuelto a España, no por manejos oscuros de grupos de presión sin arraigo popular, sino por la fuerza popular de los Requetés que acudieron al llamamiento del Rey desterrado (no extranjero, sino desterrado), para defender la Bandera Nacional con sus Tercios Regionales y españoles.

Requetés y Margaritas

Honor a nuestros Requetés de todas las Regiones, que dieron el testimonio de su vida por Dios, la Patria, los Fueros y el Rey.

Y hoy aquí, el homenaje fervoroso y entrañable, a los Requetés del Tercio de Montserrat, que esperan en esta montaña de Cataluña, la voz del Señor: "Yo soy la resurrección y la vida".

Requetés del Tercio de Montserrat, no habéis muerto para siempre. *Vita mutatur, non tollitur*. Vuestro espíritu se mantiene vivo en los Requetés de toda la Nación que defenderán siempre esta tierra que guarda, y en las Margaritas,

Regadas con vuestra sangre,

Nobles Requetés Carlistas.

La Dinastía Carlista es el futuro
de la Monarquía española

El 14 de abril de 1931, cayó indefensa y abandonada de los suyos, una monarquía. El 18 de Julio de 1936, los Requetés obedecen el llamamiento del Rey desterrado. La Dinastía de la Legitimi-

dad despliega su fuerza sorprendente, y la ofrenda a la salvación de la Patria en la hora más grave de su Historia Moderna.

Después del 18 de Julio, no se puede volver a lo que provocó la tragedia. Hay que defender la paz para todos, bajo la protección del régimen popular que es la Monarquía Tradicional.

El Rey

Vázquez de Mella, que nos guía en esta jornada, dijo en 1909, a la muerte de Carlos VII, que la sucesión de la Legitimidad, está en aquellas líneas de Parma, de la Familia Real de España, que no hubiesen pactado con la revolución.

El Carlismo ha seguido el dictamen de Mella, de acuerdo con el derecho, y ha reconocido la Legitimidad en Don Javier, en el acto solemne de Barcelona de 1952.

También con arreglo a derecho, el Carlismo ha cumplido la voluntad del Rey Don Alfonso Carlos.

En el Rey Javier está la Legitimidad y en el Príncipe Carlos la esperanza de un pueblo.

Porque lo manda el derecho, la Ley justa ordenada al bien común, y por la paz de todos, el Carlismo popular avanza por los caminos de nuestra Patria, con las banderas del Rey Javier de España y del Príncipe Carlos de Gerona.»

CONCENTRACION EN VILLARREAL DE LOS INFANTES,

EL 27-V-1965

Además de ser, desde 1958, el lugar de la concentración carlista anual de su región, «Villarreal de los Infantes posee un significado especial para la Monarquía Española por conservar el sepulcro de San Pascual, que desde su canonización es el Patrón de la Familia Real. Todos los Reyes, casi sin excepción, han acudido a esta localidad para venerar sus restos; Don Javier de Borbón estuvo en 1954. Las Infantas Doña María Teresa, Doña Cecilia y Doña María de las Nieves acuden anualmente a renovar esta tradición de la Corona española».

A la concentración de 1965 acudieron unas nueve mil personas. En el acto político hicieron uso de la palabra los señores Enrique

Tejedo Enrique, Jefe Provincial de Castellón; Don Rafael Navarro, de la Secretaría Técnica de la Comunión Tradicionalista, y Don Raimundo de Miguel, Consejero Nacional. Inició el acto el Jefe Regional de Valencia, Don Rafael Ferrando, que dio lectura a un telegrama de saludo de S. M. el Rey. Dijo unas palabras de clausura Don Antonio Garzón en representación del Jefe Delegado. Todos los oradores pusieron énfasis en el pleito dinástico con los comentarios al uso, ya conocidos.

El consabido epílogo de tantos actos carlistas, el de las multas, fue para el de Villarreal 65, muy florido; se impusieron muchas y de cuantía onerosa. Los afectados tuvieron que invertir muchas horas y otras muchas pesetas en gestiones laboriosas, largas y finalmente ineficaces para intentar redimirse de las sanciones. ¡Y eso que no cesaban de proclamar la colaboración con Franco y el Movimiento! Con independencia del desenlace, incierto, de los recursos que se hicieron, lo realmente grave y significativo políticamente era ya el mero hecho de que se hubieran puesto las multas. En más de una ocasión recordaron amargamente el refrán inglés que, «para comer en el mismo plato que el diablo hay que tener una cuchara muy larga». Acorralados por tanta ingratitud, algunos de los multados acompañaron luego a Don Carlos Hugo demasiado tiempo a ir a comer en otro mal plato, el de la oposición roja a Franco. Grave error que todos, menos Franco, les pudieron imputar. Podríamos repetir aquí, para los tecnócratas, la importancia del amor propio, de la afectividad y de otros factores psicológicos extrarracionales en la dinámica de la acción política.

En seguida volveremos sobre este tema. (Vid. pág. 161.)

PEREGRINACION A SANTIAGO DE COMPOSTELA

Los seguidores de Don Javier peregrinaron a Santiago de Compostela el 31 de octubre, festividad de Cristo Rey, para ganar el jubileo del Año Santo Jacobeo, que fue este de 1965. Informaron de ello muchos periódicos, la radio y la televisión. Hay un buen reportaje en la revista «Montejurra» de diciembre de 1965.

«El Dean de la catedral ofreció el agua bendita a la Princesa Irene, que a continuación se dirigió al altar mayor donde tenía reservado un sitio al lado de la Epístola, siendo acompañada por las Autoridades.» Hizo la ofrenda Don Ignacio Romero Osborne, Mar-

qués de Marchelina y Presidente de la Hermandad Nacional de Antiguos Combatientes de Tercios de Requetés, entidad organizadora de la peregrinación. La Ofrenda fue la boina roja, sobre una bandeja, el requeté mártir Antonio Molle Lazo. Del discurso, larguísimo, destacamos estas palabras: «... los que dieron su vida en el ejército de la Tradición, teniendo como objetivo principal el Reinado Social de Cristo en España.»

Don Manuel Fal Conde escribió una carta a Don Raimundo de Miguel el 29-XI-1965; a ella pertenecen estas palabras: «... la mención y referencia que hizo el Marqués de Marchelina en Santiago al martirio de Antonio Molle, cuya boina llevaba en ofrenda, produjo mucho impacto. Estaba junto al obispo un sacerdote de Huelva, ahijado mío, que me ha contado lo que oyó comentar al propósito entre el Prelado y un canónigo.» Nos quedamos sin saber lo que comentaron. Pero sí que sabemos, por conocimiento propio y directo, que esos y otros muchos comentarios de altos eclesiásticos que por el contexto parecen benévolos con los carlistas y severos con Roma, se hacían siempre en voz baja. Nadie daba la cara.

ACTOS MENORES

Fueron, como todos estos años, numerosísimos, la mayoría sin dejar constancias fácilmente asequibles; su carácter local y pequeño no era correlativo a su importancia; ésta era grande porque probaban la vitalidad y el arraigo popular del Carlismo. Enumeramos los principales dentro de esta categoría:

En Palencia, el 13 de junio se inauguró una filial del Círculo Vázquez de Mella con el nombre de Círculo Barrio y Mier.

El 19 de junio hubo una reunión de relanzamiento en Málaga a la que asistieron cien personas.

El 18 de julio, acto en Covadonga en homenaje a Don Rufino Menéndez.

El Día de Santiago, cuatro mil asistentes en la tradicional concentración en Haro.

En Alava, en el habitual acto de Isusquiza se estrenó un Vía Crucis nuevo.

El 31 de octubre, conferencia de Don Blas Piñar en Cádiz, organizada por el Requeté de Cádiz; la presentó el Jefe Provincial de

la Comunión Tradicionalista, Don Pedro Lacave Patero. Don Blas Piñar llevaba varios años interviniendo en actos tradicionalistas.

En Caminreal, concentración de un millar de excombatientes de los Tercios María de Molina, Marco de Bello y Guerrillas del Alto Tajo.

La Delegación Nacional de Requetés organizó, como en años anteriores, una convivencia de tres días en el Monasterio de La Oliva.

El 7 de noviembre, acto en el Castillo de la Mola, de Novelda, Alicante, en homenaje a José Antonio y a los que fueron fusilados con él. Asistieron numerosos carlistas, en cuyo nombre habló Don Isidro Andréu Rodamiláns.

El Día de la Purísima se inauguró el nuevo Círculo Carlista de Sevilla.

El día 19 de diciembre se celebró en Uldecona la IV Asamblea Anual de la Hermandad del Maestrazgo. Pronunció unas palabras Don Ramón Forcadell Prats.

ACTOS DE DESAGRAVIO EN PAMPLONA Y EN DURANGO

Los enemigos de la Cruzada contemplaron después de su derrota militar dos acontecimientos internacionales muy importantes que fueron hitos de su resurrección: primero, el triunfo de las democracias, judaizantes y masonizantes en la Segunda Guerra Mundial; segundo, cronológicamente, el «progresismo» o giro a la izquierda de grandes sectores eclesiásticos en torno al Concilio Vaticano II. Los grandes alientos que de estas situaciones les llegaron se tradujeron, en parte, en actos agresivos contra los símbolos de la Cruzada (1). Actos que tuvieron, por parte de los carlistas, réplicas rápidas, pacíficas y vistosas; de una vistosidad y eficacia que no podía ya conseguir el gobierno a pesar de sus recursos materiales.

En 1965 hubo dos ataques de este género: uno, en Pamplona, consistente en unas pintadas soeces y rotura de cristales en el Mo-

(1) En septiembre de 1959 fueron destruidas casi recién estrenadas obras del Vía Crucis de Montejurra (vid. tomo XXI, pág. 177). En Tolosa fue profanada la ermita de Nuestra Señora de Izaskun y rotas las banderas de Tercios de Requetés a Ella ofrendadas (vid. tomo XXV (II), pág. 236).

numento de Navarra a sus Muertos en la Cruzada; el rápido acto de desagravio correlativo fue también pequeño y sin consecuencias.

El acto más importante fue el de Durango (1). El día 8 de junio aparecieron destrozadas en la iglesia de Santa María, de Durango, las banderas de los Tercios de Requetés Nuestra Señora de Begoña y Ortiz de Zárate. Para el domingo siguiente, 13 de junio, la Comunión Tradicionalista improvisó una concentración de seis mil requetés. Asistieron las autoridades de Vizcaya, que fueron acosadas por el público con incesantes aclamaciones al Rey Javier. Los oradores Don Luis Urruñuela Ocejo y Don Isidro Andréu Rodamiláns estuvieron breves y enérgicos, pero respetuosos con Franco. Se repartieron miles de octavillas que decían:

«La ofensa de Durango no es la más grave.

Más grave es:

1.º La censura oficial de prensa para con la Dinastía Carlista (Ministerio de Información).

2.º El no reconocer la nacionalidad española de la Dinastía Carlista (Ministerio de Justicia).

3.º Que a la derecha del Jefe del Estado haya presidido el desfile conmemorativo de nuestros muertos el nieto del causante de la guerra (Grupo de López Rodó).

4.º Que se detenga arbitrariamente a los militantes carlistas (Ministerio de la Gobernación).

5.º Que se considere a los carlistas fuerzas de choque para sacar las castañas del fuego.

Los Requetés, como en 1936, sólo reciben órdenes del Rey Javier.»

El día 22 de junio el Gobernador Civil, Guillermo Candón, puso fuertes multas, entre otros, a los dirigentes carlistas Don Eduardo Clausen, Don José María Zabala Astigarraga y Don Luis Elizalde Sarasate. El día 10 de agosto Don José Luis Zamanillo entregó al Secretario General del Movimiento la «Nota Verbal» que sigue. Es

(1) No hay que confundir este acto con otro celebrado en la misma ciudad en honor de sus mártires (vid. tomo XXIV, pág. 109).

una pieza clave para la comprensión de la situación de los carlistas que quedaron entre dos fuegos, el de los separatistas y el de Franco; esta insoluble disyuntiva se agravó a partir de 1969, cuando los separatistas progresaban sin cesar y Franco optó definitiva y formalmente por la dinastía liberal. La salida que eligieron algunos carlistas vascos fue la inhibición ante la resurrección del separatismo y el enfrentamiento de éste contra Franco, con el resultado de todos conocido.

NOTA VERBAL

«En Durango se han impuesto aproximadamente 285.000 pesetas de multa a Jefes, oradores y asistentes al Acto de desagravio de unas banderas que habían sido ultrajadas.

Estas banderas eran las de los Tercios de Requetés Nuestra Señora de Begoña y Ortiz de Zárate. Son banderas del Movimiento Nacional.

Entre los castigados aparecen Don Luis Elizalde Sarasate, mero asistente, que es Teniente Coronel del Ejército, Medalla Militar individual y Caballero Mutilado.

Este acto de Durango había sido solicitado por la Comunión Tradicionalista, y debidamente autorizado.

El fundamento de la sanción fue el de *haber alterado su objeto dándole una significación partidista y dinástica.*

En Villarreal de los Infantes se han impuesto 80.000 pesetas de multa a oradores intervinientes (1). Aquí la motivación ha sido el *apartarse de los límites y condiciones permitidos en dicha autorización.*

En la autorización de este Acto se dice oficialmente: "Los discursos que se pronuncien pueden exaltar los valores sustanciales de los que lucharon por España."

La Comunión Tradicionalista se encuentra sorprendida con la imposición de estas sanciones. Son sanciones en grado máximo.

Este precipitado señor Ministro de la Gobernación todavía no ha descubierto a los autores del delito.

(1) Vid. pág. 157. El comentario que en esa página se hace es plenamente aplicable a este asunto, y recíprocamente, esta «Nota verbal» bien podría referirse indistintamente al Acto de Villarreal. El día 16 de junio, festividad del Corpus Christi, fueron detenidos y multados en Toledo cinco requetés de Madrid por corear durante el desfile de los cadetes de la Academia de Infantería el grito de «¡Rey Javier!».

La Comunión Tradicionalista considera inexplicable que, obtenida la autorización, para la celebración de unos Actos, pueda ponerse como fundamento de una sanción manifestaciones dinásticas o el apartarse de unas normas que no se han concretado al concederse, cuando es precisamente la Comunión Tradicionalista un grupo inequívoco en su lema, doctrina, historia, tradición política, manifestación pública y adhesión a una Dinastía, constituyendo un todo inseparable durante más de cien años.

No cabe llamarse a engaño sobre lo que han de decir los oradores o exteriorizar las masas asistentes, y, por lo tanto, no existe desviación posible de una autorización para un Acto tradicionalista, mientras éste permanezca auténtico.

Porque negamos el que se haya producido manifestación verbal o actitud colectiva, contraria al Régimen, al Gobierno o incurso en la Ley de Orden Público.

A la Comunión Tradicionalista se la llamó al Movimiento tal como ella era, y sin perder su contenido aportó su pensamiento y el esfuerzo de sus Requetés.

Cuando pide permiso para un Acto, es sabido que mantiene la fidelidad a su secular postura y, en consecuencia, podrá denegarse el permiso, pero no sancionarse la celebración autorizada, porque es un Acto del Movimiento.

Estas sanciones resultan tanto más infundadas políticamente cuanto que el Régimen nacido del 18 de Julio necesita la fervorosa asistencia de todas las fuerzas que le hicieron posible ante las maniobras políticas en su contra.

En estas condiciones los dirigentes de la Comunión Tradicionalista se ven cada vez en situación más difícil para conducir sus masas a la defensa de algo que se concreta, de hecho, en un Gobierno que las persigue.

Las consecuencias de un vacío de la Comunión Tradicionalista en este frente de lucha serían muy graves, pero no podrían ser imputadas a los Carlistas.

El Gobierno debe medir muy seriamente el alcance de esta responsabilidad, en estos momentos, para ante la Patria.

Creemos que, por el contrario, debería protegerse a un grupo político, que a pesar de haber sido rechazado del usufructo de un Poder, alcanzado en parte fundamental con su esfuerzo, permanece ejemplarmente afecto al Régimen y se encuentra dispuesto a defenderlo; siendo la única o casi única reserva, numerosa, disciplinada

y popular con que se puede contar. Esto no pueden negarlo el Gobierno ni el señor Ministro de la Gobernación.

Pero si no se le protege, por lo menos debe exigirse que reciba el mismo trato que otros grupos políticos, con menos aportación pasada al Movimiento y menos fuerza y menos lealtad en el presente.

Si la causa de estas sanciones es la adhesión inquebrantable a los Principios de su Dinastía (sin la cual el Carlismo ni se comprendería, ni hubiera sobrevivido más allá de la primera guerra), no vemos cómo no se sanciona igualmente la ostentosa y provocadora adhesión que, por ejemplo, «ABC» manifiesta hacia los Príncipes de Estoril.

Es triste, para la Comunión Tradicionalista, pedir una igualdad de trato hoy, cuando hubo una desproporción en el esfuerzo ayer.

Pero es lo mínimo que puede solicitarse, para una labor política, pensando en el bien de España.

Sería necesario, además, que expresamente la Ley prohibiera la manifestación externa a favor de un Príncipe, para que pudiera justamente ser sancionada. Mientras esa Ley no exista, el señor Ministro de la Gobernación incurre en ilegalidad.

Es éste un punto en que la opinión pública, tan invocada por el Gobierno, puede y debe manifestarse.

Queda fuera de discusión la Ley institucional monárquica, no la persona que pudiera encarnarla.

Y la Comunión Tradicionalista tiene derecho —al diferirse esta cuestión en la fecha del Alzamiento, para el momento oportuno, que ha llegado con la Ley de 1958— a pronunciarse sobre algo que le es consustancial.

Si la Monarquía ha de ser popular, ha de tener el arraigo y el calor del pueblo. Y esta aportación sólo puede proporcionarla la Comunión Tradicionalista.

En ningún caso se explica políticamente la persecución y el silencio, que además no suma adeptos al otro lado. El Carlismo, como imperativo de conciencia —la Legitimidad— es inalterable a la adversidad, como lo demuestra su historia.

¿Qué se busca con estas inconsideradas sanciones? La Comunión Tradicionalista vuelve a advertir dolorida las consecuencias adversas de esta política equivocada y solicita el levantamiento de éstas —y otras sanciones— y la plena libertad para sus actos públicos.

Madrid, 10 de agosto de 1965.»

ACTO CULTURAL EN AZCOITIA A FAVOR DEL VASCUENCE

El 14 de noviembre pronunció una conferencia en vascuence en el Teatro Olimpia, de Azcoitia, el dirigente carlista guipuzcoano Don Antonio Arrúe, titulada «Carlos VII y la poesía popular vasca». El acto estuvo organizado por la Comunión Tradicionalista local; el conferenciante se sentó detrás de una mesa cubierta con la bandera de España. Afirmó que no hay tema tan extensamente cultivado en toda la poesía popular vasca como el de Carlos VII. Aludió a algunos acuerdos de la Diputación Foral Carlista de Guipúzcoa en 1874 y de las Juntas Generales de 1875 en Villafranca de Oria —Juntas en las que fue proclamado Carlos VII—, relacionados con el fomento del vascuence. Y terminó con un llamamiento para la conservación del euskera. (Más detalles en «Montejurra» de diciembre de 1965.)

HOMENAJE A WILHELMSSEN

En 1965 se despidió de la Universidad de Navarra y regresó a los Estados Unidos el Profesor Frederick D. Wilhelmsen (1). Había sido un enlace, a la vez real y simbólico, del Carlismo con la Cristiandad. Con este motivo se le tributó un homenaje en Pamplona y en Leiza, con intervención del Muthiko Alaiak. Hay una extensa crónica del mismo en «Montejurra» de 13-20 de junio. De esta revista tomamos un párrafo de su discurso, y el que le sigue, de unas declaraciones.

«Navarra es el enclavado de la libertad verdadera y, por lo tanto, el baluarte de la fe católica en un mundo herido por la frialdad centralizadora de la Revolución Francesa. Navarra —única provincia en todo el continente europeo con la personalidad suficientemente fuerte para haber dicho «no» a Napoleón y a un sistema que nació en los cerebros trastornados de un puñado de intelectuales resentido-

(1) Entre otras referencias a Wilhelmsen en esta recopilación, pueden verse tomo III, págs. 123 y 182; tomo XXII (II), pág. 273, y tomo XXIII, página 70.

dos en el siglo XVIII; Navarra, coronando el Sagrado Corazón como meollo y centro de su existencia mientras el continente estaba coronando a una mujer en París como diosa de la revolución; Navarra, tomando la cruz en cuatro guerras, gastando su herencia, como los Reyes Magos, en la búsqueda de la Estrella de Belén, exaltando la Cruz cuando el mundo europeo estaba expulsando el Arbol de la Salvación de las escuelas...»

De las declaraciones a la citada revista:

«—¿Cuál es su ideal político?

—Tradicionalista, es decir, el tradicionalismo cristiano y católico que, traducido, significa la unidad formada de la variedad, encontrando ahí un espejo de Dios, cuya unidad divina se forma en la Trinidad de Personas. El autogobierno del pueblo a través de sus instituciones, capaces de frenar la tendencia eterna del poder público hacia la tiranía. Esta doctrina regional y foral, quitando la parte del mundo anglosajón, se ha conservado en el mundo occidental solamente aquí, en Navarra. Como complemento, una economía que evite la despersonalización encontrada en las ciudades grandes del mundo occidental, que trate de conseguir un balance entre el campo y la ciudad, que respete al artesano y al hombre pequeño, y que así procure una vida social digna y humana. Conclusión: Fueros, Fueros y más Fueros, animados por el espíritu católico.»

X. CUESTIONES ESTUDIANTILES

Asamblea Nacional de A. E. T. en Zaragoza.—A. E. T. participa en los disturbios de la Ciudad Universitaria de Madrid.—Extracto del proyecto de reforma del Sindicato Español Universitario.—«Breve estudio sobre el Decreto de 5 de abril de 1965».—Impreso «Universidad y Política».

ASAMBLEA NACIONAL DE A. E. T. EN ZARAGOZA

En los días 5, 6 y 7 de febrero se celebró en Zaragoza una Asamblea Nacional de A. E. T. Asistió un centenar de personas procedentes de toda España. Había cierta desorientación y no hubo orden del día previo. Los jóvenes de la periferia se enfrentaron con los jóvenes de la camarilla de Don Carlos Hugo, que unos meses después fue defenestrada por él mismo. Las tensiones internas eran grandes. En 1966 se disolvió A. E. T.

Extractamos literalmente algo de lo ocurrido de una carta de Pedro José Zabala Sevilla, uno de los dirigentes jóvenes, a Don José María Valiente el 10 de febrero:

«Asamblea de Zaragoza. 1, 1.—Ha sido la Asamblea de mayor altura intelectual de las celebradas por A. E. T., al menos desde que yo pertenezco a ella. Ha revelado una madurez y una coherencia que manifiestan bien a las claras, que en muy breve tiempo la Comunidad contará con el equipo de dirigentes de que hoy está tan necesitada.

1, 2.—La A. E. T. de Cataluña presentó una ponencia sobre la libertad religiosa. Muy ponderada y sensata, sus conclusiones eran que había que esperar a que la Iglesia decidiera y recordaba las palabras de Carlos VII: "No daré un paso más adelante ni más

atrás que la Iglesia Católica". Esta ponencia había sido sugerida por la Secretaría Política del Príncipe (1).

1, 3.—Se criticó durísimamente la inactuación de nuestros Procuradores en Cortes. Haciendo un examen a fondo de la recién promulgada Ley de Asociaciones, no nos explicamos el silencio y la conformidad de estos Procuradores a una ley totalitaria.

Se acordó dirigir a usted un escrito para que como Jefe Delegado recuerde y haga cumplir sus deberes a nuestros Procuradores. Tenemos noticia de que se está redactando el anteproyecto de Ley sobre Asociaciones de Cabezas de Familia que tanta trascendencia política tendrá y tanta concomitancia tiene con nuestra doctrina tradicional.

Es necesario que nuestros Procuradores estudien colegiadamente el tema y los métodos políticos para que nuestros Principios queden recogidos en dicha Ley.

1, 4.—La A. E. T. rechazó la tutela y maniobras de quienes aprovechando su puesto intentan imponer sus criterios a la Comunión. Yo desenmascararé públicamente las maniobras con que los validos intentaban torpedear las conclusiones finales de la Asamblea.

1, 5.—La A. E. T. y el M. O. T. son las dos únicas organizaciones de la Comunión que pisan el suelo político, influyen en la opinión, tienen una política proselitista e intentan convertir al Carlismo en una fuerza eficaz. Por ello, los ataques que los caciques —es decir, los jefes ineficaces y vitalicios— dirigen a estas organizaciones en cuanto tienen ocasión.»

A. E. T. PARTICIPA EN LOS DISTURBIOS DE LA CIUDAD UNIVERSITARIA DE MADRID

A fin de febrero y principio de marzo de 1965 hubo en la Ciudad Universitaria de Madrid y en Barcelona disturbios de extensión y violencia desusadas. Atrajeron el interés general y llegaron a preocupar al Gobierno.

(1) El muñidor del asunto fue un religioso catalán amigo de Don Carlos Hugo. La mayoría era partidaria de defender la Unidad Católica y se opuso inicialmente; pero finalmente fue aprobada precariamente. (Nota del recopilador.)

No eran numerosos los efectivos de A. E. T. Pero ya balbuceaban las técnicas de lucha psicológica y pintaban y agotaban sus siglas por todas partes, aparentando ser algo importante. La verdad es que no eran menos que cualquiera de los demás grupúsculos que formaban un enjambre complicadísimo. Los de A. E. T. se alineaban con los alborotadores frente a la fuerza pública.

Era a la sazón Jefe de Información de la Dirección General de Seguridad un jefe del Ejército, procedente de los oficiales provisionales de la guerra. Conservaba buenas relaciones de amistad y compañerismo con otros jefes que pertenecían a la Comunión Tradicionalista y eran influyentes en ella. Llamó a uno de ellos que vivía en Cádiz y le rogó que fuera a Madrid, a comer con él. Se le quejó de que los jóvenes de A. E. T. formaran causa común con los huelguistas y alborotadores, cuando más bien habría que convencerles —insinuó— de que ayudaran al Gobierno. El jefe militar y carlista le respondió que a un Carlismo tantos años maltratado no se le podía pedir otra cosa. El alto cargo de la Dirección General de Seguridad replicó que ya comprendía que se cosecha lo que se siembra, pero que él no tenía la culpa de lo que se había hecho. Recogemos este episodio minúsculo porque es representativo de otros muchos análogos.

En el curso de aquellas algarabías, A. E. T. difundió un extenso proyecto de reforma del S. E. U., que extractamos a continuación:

EXTRACTO DEL PROYECTO DE REFORMA
DEL SINDICATO ESPAÑOL UNIVERSITARIO REDACTADO
Y PROPUESTO POR A. E. T. DURANTE LA CRISIS
DE FEBRERO-MARZO DE 1965

Se acusa al S. E. U. de falta de representatividad. Le falta el carácter representativo «que según el artículo 8 de los Principios Fundamentales del Movimiento es principio básico de nuestras instituciones públicas».

«Además, el S. E. U. es el único sindicato que depende de la Delegación Nacional de Asociaciones del Movimiento. He aquí, según nuestro punto de vista, otro de los factores de su impopularidad. El querer mixtificar política y profesión, cuando los intereses profesionales están por encima de cualquier ideología política. Colocar al frente del mismo a un político "en germen" es ahogar, antes de

nacer, toda idea de superación. El diálogo con el Gobierno debe establecerse y solamente será auténtico si es representativo, sin urdimbres de politiquería.

Finalmente, creemos anacrónica la división del S. E. U. por Distritos Universitarios en su vertiente representativa. Además de ser totalmente artificial, obstaculiza la pronta solución de los problemas comunes planteados a escala nacional.»

Se ofrece el proyecto de una Federación Nacional de estudiantes por ramas profesionales, con una gran independencia entre sí y respecto de la Federación, en atención al «Principio de Subsidiariedad».

En el proyecto quedan claramente diferenciadas dos líneas: la representativa y la asistencial. «La primera nos pertenece directamente a nosotros, sin interferencias de ninguna clase; la segunda, al Estado, a través de nosotros.» Luego, en el desarrollo del proyecto, el punto 55 dice: «Los Servicios Asistenciales Universitarios han de ser directamente subvencionados por el Estado, como obligación subsidiaria que le incumbe en la enseñanza».

* * *

El Gobierno asesinó al S. E. U. y en su lugar creó unas «Asociaciones Profesionales de Estudiantes», a las que A. E. T. criticó con la amplia difusión de un

«BREVE ESTUDIO SOBRE EL DECRETO

DE 5 DE ABRIL DE 1965

Las reclamaciones universitarias han dado fruto. De 5 de abril es el Decreto de la Presidencia de Gobierno que regula las asociaciones profesionales de estudiantes. Son irónicos los párrafos de su Preámbulo que loan la alta eficacia del S. E. U. y su perfeccionamiento evolutivo. ¿Puede algún universitario creer que sin los incidentes pasados se hubiese producido este cambio?

Fieles a nuestra condición de universitarios tradicionalistas hemos de hacer constar:

1.º Este Decreto representa un paso importante en la representación de intereses universitarios. Recoge en principio las aspiracio-

nes formuladas públicamente de ir a una estructura profesional y representativa.

2.º Hemos de estar alerta para que la reglamentación que se dicte no coarte la esencial representatividad de las Asociaciones Profesionales.

3.º Hay un inciso del artículo 7.º con el que mostramos nuestro desacuerdo. Si en las estructuras universitarias no deben existir organizaciones políticas, añadir "fuera del orden jurídico vigente" es dar privilegio a las únicas legalmente reconocidas: las del FET y de las JONS. Las aspiraciones universitarias exigen la apoliticidad total de las Asociaciones Profesionales.

4.º Por ello, nos disgusta esa Comisaría del S. E. U., con categoría de Delegación Nacional, que, como dice el Preámbulo: "Dentro de la esfera de acción del Movimiento asuma las funciones generales de éste como *institución intermedia entre la Sociedad y el Estado*". Es decir, el S. E. U. continuará ligado al partido único. Hemos de recalcar la anticonstitucionalidad de esta intromisión de la Secretaría del Movimiento, ya que si según la Ley Fundamental del 58, éste es la "comunidad de todos los españoles en los Principios Fundamentales", esto supone reincidir en la mentalidad totalitaria que introdujo el Decreto de Unificación. Entre la Sociedad y el Estado no tiene por qué haber intermediarios; éstos no acercan, sino separan. Cuando los universitarios hemos pedido profesionalidad y apoliticidad, seguir manteniendo el partido único en las estructuras universitarias es anacrónico e injusto.

5.º Este Decreto no es una meta, sino un paso adelante. No es el solo S. E. U. el que está en crisis, *es la misma Universidad. Hemos visto que rectores y decanos, en muchos casos, han actuado con criterios políticos no académicos. Por ello seguimos pidiendo: autonomía de la Universidad.* Es una aberración que los catedráticos sean funcionarios del Estado, ya que la Enseñanza es una función social. Socializar la Enseñanza —aspiración de todos— exige como primer paso desestatizarla.»

(Tomado del Boletín «A. E. T.», de mayo de 1965.)

IMPRESO «UNIVERSIDAD Y POLITICA»

Con este título en gruesos caracteres se difundió en las Universidades españolas un folio bien impreso por las dos caras y firmado por «A. E. T.—Estudiantes Carlistas. Octubre 1965». Llevaba como subtítulos, destacados y escalonados, las siguientes palabras: «Política, sí». «No a los decretos». «Democracia». «Reforma universitaria». «Reforma política y económica». «Libertad». «Opción política».

Llamaban la atención esas palabras, democracia, reforma, libertad, opción política. Eran por sí y por su contexto ambiental sospechosas. Los rojos no descansaban de pronunciarlas. Este impreso es un buen ejemplo de cómo las ideas anticarlistas, hasta poco antes solamente contactadas en la plataforma común a toda la oposición, iban penetrando en el pensamiento de los jóvenes sedicentes carlistas y apareciendo en sus escritos como propios del tradicionalismo. Esta era la novedad y la importancia de este escrito, que sigue, y de otros análogos y coetáneos. Llevaban también, mezclada, buena doctrina tradicionalista, que por ser conocida de siempre no resultaba llamativa.

La infiltración socialista en el programa de «III Reforma de las estructuras políticas y económicas del país», que se lee al final de este impreso, es evidente, y lo que es más grave, no fue desautorizada a pesar de las protestas que levantó. Antes bien, fue repetida en ocasiones cada vez más frecuentes, hasta llegar, fuera de los límites cronológicos de esta recopilación, a hablarse de monarquía socialista ante unos cuadros de la Comunión Tradicionalista que habían quedado despoblados.

Comentamos algunas de estas infiltraciones con notas a pie de página.

«Queremos plantear en la Universidad la necesidad de la opción política (1) con vistas al presente y al futuro del país.

Los acontecimientos del curso pasado eran más que una algareda. Fueron la expresión pública y rebelde, porque carecemos de

(1) Por «opción política» se entendía y se quería insinuar, «Pluralidad de partidos políticos en un régimen democrático».

cauces legales (2), de un descontento profundo. Pedíamos la representatividad total de las Asociaciones Profesionales de Estudiantes. Porque la Universidad debe, no sólo dar conocimiento, sino formar. Y un aspecto importante de la formación es el ejercicio diario de la responsabilidad democrática. En realidad apuntábamos muy alto. La Universidad no es un compartimento estanco de la Sociedad. Queremos vivir en demócratas para democratizar España (3). Como universitarios no pretendíamos sólo la autenticidad de nuestro sindicato, sino más aún la reforma de las estructuras políticas y económicas de nuestra Patria.

Nuestras aspiraciones no se han logrado ni siquiera en lo estrictamente universitario. Le ha faltado al Gobierno, o no ha querido ejercitarla, capacidad para el diálogo (4). Ha condicionado su actividad la exclusiva preocupación por el orden público; de ahí que no busque la solución de los problemas, sino tan solo su aplazamiento. Ejemplo de ello, las normas académicas que este verano se han prodigado para mejor controlar vida universitaria.

Más grave es la creación por una institución ajena a la Universidad de un grupo de extrema derecha con el objeto de enfrentar universitarios contra universitarios (5). La lección del curso pasado nos servirá para que el éxito inicial de esta maniobra no se repita. La conciencia de solidaridad universitaria evitará volver a caer en estas otras oficiosas tácticas de represión.

(2) Por «cauces legales» se entendía también y se quería insinuar igualmente, «Pluralidad de partidos políticos en régimen democrático». Hasta hubo una personalidad destacada que escribió pocos años después que el terrorismo se debía a la falta de «cauces legales» de expresión. Cuando llegaron los partidos políticos y la democracia, siguieron los disturbios callejeros que en el asunto de la reconversión industrial alcanzaron altas cotas de violencia a cargo de profesos demócratas.

(3) Gravísima afirmación antitética del Tradicionalismo.

(4) La palabra «Diálogo», entonces de moda, era una de las palabras puente o del género «talismán» que estudia el profesor Plinio Correa de Oliveira en su genial trabajo «Trasvase ideológico inadvertido y diálogo» (Editorial Speiro, Madrid). De la misma editorial, véase también Rafael Gamba, «El lenguaje y los mitos», pág. 148.

(5) Se refiere a los «Guerrilleros de Cristo Rey». Inicialmente, adoptaron este nombre unos cuantos universitarios auténticamente carlistas para enfrentarse con violencia física, y en cumplimiento de su vocación, a unos universitarios auténticamente rojos. Pero inmediatamente el grupo fue colonizado por agentes de la Policía y convertido en una policía paralela de la que se retiraron rápidamente los carlistas y que se desacreditó totalmente tras unas pocas actuaciones.

Ante esta situación, la A. E. T. expone las líneas principales de su actuación en este curso:

I. La Comisaría Nacional para el S. E. U. debe desaparecer. Sigue representando la intromisión estatal en la Universidad. Sus funciones deben ser ejercitadas por las correspondientes y auténticas Asociaciones Profesionales de Estudiantes o por un órgano superior federativo de las mismas.

II. Reforma total de la Universidad española. Las reformas sobre patronatos universitarios, estructura de cátedras, etc., son logros parciales que deben integrarse en una nueva ley de ordenación universitaria inspirada en estos puntos:

a) Autonomía de la Universidad. Capacidad de cada centro universitario para formar sus planes de estudio, designar catedráticos y administrar sus bienes. A este respecto deben crearse patrimonios universitarios independientes. Ahora más que nunca es preciso el Fuero Universitario.

b) El catedrático no debe ser funcionario del Estado, sino miembro de un cuerpo profesional. El ingreso en este cuerpo supondría la adquisición de un título docente, cuyo ejercicio debe estar condicionado siempre por la plena dedicación y por una capacidad pedagógica que proporcione a nuestras cátedras un nivel de acuerdo con los últimos adelantos de la Ciencia.

c) Los patrimonios universitarios y las subvenciones estatales o regionales deben facilitar el acceso de todas las clases sociales a la Universidad.

III. Reforma de las estructuras políticas y económicas del país. Las injusticias de la sociedad actual no desaparecen con un Plan de Desarrollo neocapitalista. Son precisas unas ideas básicas sobre el desmontaje de las actuales estructuras y la admisión en la legalidad de los impulsos populares a la Justicia (6):

(6) Sigue un programa de gobierno que excede a la capacidad y competencia de los estudiantes. La amplitud, generalización y falta de detalles de sus puntos exige una extensión enorme para su comentario que se habría de hacer sobre mayores precisiones. Pero es llamativa la dialéctica entre «capitalismo» y «socialismo».

a) Sindicatos libres, con plena capacidad y responsabilidad jurídica, que se traduciría en el reconocimiento del derecho a la huelga como resorte para conseguir mejoras laborales y la misma reforma de la empresa. Los sindicatos estarán presentes en los órganos de planificación económica.

b) Reforma de la empresa. Superación de la concepción capitalista de la misma creando una nueva empresa en la que el factor humano que la integra sea propietario y responsable.

c) Socialización del crédito. La banca capitalista debe ser sustituida por las bancas estatal, sindical y de los órganos territoriales. En definitiva, transformación de la banca en un servicio público.

d) Cooperativización rural en el Norte y acceso de los colonos a la propiedad en los latifundios del Sur. El campo español necesita hoy subvenciones a fondo perdido, reordenación de los cultivos y comercialización de los productos por medio principalmente de la vía cooperativa.

e) Municipalización del suelo urbano y planes de urbanismo que orienten la edificación de viviendas en un sentido equilibrado y social.

f) Planificación democrática de la economía en la que se establezca una prioridad entre las inversiones, orientando así la actividad económica; se determine la proporción de renta entre consumo e inversión, y se regule la distribución de las rentas a efectuar.

g) La sociedad española busca la democracia. Pero en un sentido real, no de mero voto, sino de participación efectiva en el poder, en la cultura y en la riqueza. Esto exige, junto a las reformas de enseñanza y económicas antes analizadas, las políticas. Deben recrearse las libertades municipales y regionales. España necesita una estructura federal y que las Cortes sean representativas, esto es, integradas por los procuradores del Pueblo y no del Poder político.

IV. La libertad es indivisible y no debe tener más límites que los exigidos por el bien común. No se puede tolerar por más tiempo el ahogo de la opinión pública. Debe desaparecer totalmente la censura de prensa. Y los ciudadanos no pueden tener más trabas para

su libre asociación que las que se fijen taxativamente en ley democráticamente aprobada (7).

V. Los universitarios entendemos que la designación del sucesor a la Jefatura del Estado no puede ser competencia de camarillas, sino de todos los españoles. La Universidad, como parte constitutiva y fundamental de la sociedad, reclama como derecho y siente la obligación de definirse a este respecto. El problema del futuro es un problema que reclama la Universidad.

A. E. T.

Estudiantes carlistas

Octubre 1965»

(7). Este concepto de libertad es del más puro liberalismo. Se ignora el primer punto del trilema carlista, «Dios», porque no se mencionan los límites que la Revelación y el Derecho Público Cristiano ponen a la libertad.

XI. EL MOVIMIENTO OBRERO TRADICIONALISTA

Proyecto de Reforma de la Organización Sindical.—Discurso del Jefe Nacional del M. O. T. en Montejurra.—Congresos del M. O. T.

En 1965 los dirigentes de este Movimiento desarrollaron una gran actividad; estuvieron presentes en las reuniones de otros organismos carlistas y fueron mencionados en las publicaciones de éstos. Han conseguido para su jefe nacional el uso de la palabra en el gran acto anual de Montejurra. Son jóvenes de gran valía personal, pero sin una formación proporcionada a sus responsabilidades y ambiciones; es interesante conocer su personalidad y su evolución política posterior; unos, desertaron de la política, y otros, trasvasaron a partidos marxistas. Eran amigos de los jóvenes que dirigían la A. E. T.; se apoyaban mucho en ellos, y a veces se encontraba a una misma persona en las dos organizaciones. El M. O. T. y la A. E. T. eran los dos ejes de la reforma filosocialista a la que Don Carlos Hugo quería someter al viejo Carlismo, y trabajaban solidariamente y con plena conciencia de ello, muy alentados por el Príncipe y su secretaria.

Las actividades principales del M. O. T. en 1965 fueron los cursillos y la propaganda impresa.

Los cursillos fueron abundantes y reveladores de una actividad ejemplar. Hay constancia de los siguientes: días 16, 17 y 18 de abril, en Bilbao; del 11 al 13 de junio, en el Valle de los Caídos; los días 18, 19 y 20 del mismo mes, en Jerez de la Frontera, y el 27, 28 y 29, en Manresa. Para julio, proyectaban otros cursillos en Pamplona, Elda (Alicante) y Zaragoza. Los días 31 de octubre y 1 de noviembre se celebró en Madrid el III Congreso Nacional, que fue precedido, en junio, por un I Congreso de Cataluña y Baleares. Y aun es muy verosímil que al recopilador se le hayan escapado otros actos por la dificultad de encontrar documentación.

La propaganda impresa del M. O. T. era relativamente abundante, multiforme, desordenada e irregular; características que, con su contenido, revelaban, además de una insuficiencia de medios, cierta, una inmadurez. En enero de 1965 apareció, en Murcia, el número 5 de «Vanguardia Obrera Tradicionalista. Órgano de la Juventud Obrera Tradicionalista», bien impreso y bien confeccionado; en mayo, una pobre hoja a multicopista con pretensiones de «Boletín para dirigentes»; del mismo he conseguido un número de junio y otro de octubre; hicieron una copiosa tirada, bien impresa, del discurso de su jefe nacional, Pérez de Lema, en Montejurra; repartieron una costosa edición de su Proyecto de Reforma de la Organización Sindical; para la difusión de otros escritos y noticias suyas utilizaron otras publicaciones, bien de A. E. T., bien de la Comunidad Tradicionalista.

El contenido de estas publicaciones, en general, es flojo; lo sual es más llamativo en los boletines titulados «Para dirigentes», directamente atribuidos a la Delegación Nacional; incluyen noticias, artículos de temas generales, y transcripciones, y caen en el mismo vicio de las publicaciones de A. E. T. de tratar asuntos ajenos a su naturaleza, misión y competencia; vicio fomentado por la alta dirección de la Comunidad Tradicionalista, obligada por las circunstancias a expresarse en forma vicariante. Los estudios doctrinales principales, que fueron el Proyecto de Reforma de la Organización Sindical y lo tratado en el III Congreso Nacional, se publicaron aparte; por eso, las publicaciones periódicas y no monográficas dan la impresión de que en 1965 el M. O. T. no acrecentaba ya su acervo doctrinal, tomado en parte del «Esquema Doctrinal», de A. E. T., y del discurso de Don Carlos Hugo en Montejurra en 1957. No querían, en cambio, apoyarse en la literatura nacional y extranjera que desarrolla y transmite la doctrina social de la Iglesia y el Derecho Público Cristiano, que son, por principio, estructura inalterable de la doctrina social de la Comunidad Tradicionalista. No querían, a pesar de las instancias acompañadas de ofrecimientos generosos que se les hicieron repetidamente para ello.

Esta falta de formación doctrinal, que todo el mundo señalaba, respondía, a veces, a situaciones más complicadas. No siempre era exacto hablar de formación doctrinal, escuetamente; más riguroso y preciso hubiera sido descubrir una cierta formación doctrinal, sí, pero según la doctrina enemiga infiltrada; no declarada, sino disimulada bajo la apariencia de una falta total y neutra de formación,

mejor aceptada. Esta infiltración doctrinal enemiga, sutil y disimulada, explicará, con la exigüidad de las prácticas religiosas, la ulterior evolución de muchos de este movimiento hacia la desertión o hacia los partidos marxistas.

Esto nos lleva a la consideración del fondo de la ideología que difundían los afiliados al M. O. T. Grandes alabanzas merece la dedicación de sus afiliados a temas laborales y sociales, puramente políticos, que el ambiente exigía crecientemente, y que muchos carlistas ignoraban. Porque en algunos momentos parecían sofocados por las preocupaciones dinásticas y esto era, evidentemente, malo. Esta selección de temas era, sin duda, un gran acierto, como la mera existencia del M. O. T. y de sus publicaciones. Venía siendo una mentira sostenida por los enemigos del Carlismo decir que éste era solamente un movimiento religioso, guerrero y navarro, con desinterés por las cuestiones laborales puramente políticas. Esta recopilación contiene abundantes documentos que prueban que eso no era verdad. Pero el mantenimiento y el crecimiento, tan exigido entonces, de esta temática, corría, en 1965, casi en exclusiva, a cargo del M. O. T. Claro está que había otros grupos carlistas distintos de la Comunión Tradicionalista, como el de los epígonos de Don Carlos VIII, que también atendían a esta demanda con sus congresos sociales. (Vid. Tomo XXIV, pág. 160.)

Otra cosa fueron las desviaciones doctrinales y los defectos accidentales de aquellas ideas de los hombres del M. O. T. sobre cuestiones sociales. El ambiente juvenil en que vivían —lo mismo que los de A. E. T.— se cargaba por momentos de marxismo, y algo les salpicaba, inevitablemente, a ellos. El peligro empezaba con el carácter reiterativo, obsesivo, de las críticas al capitalismo con el mismo tinte y sentido peyorativo, sistemático y partidista, con que aparecían, a la vez, en la literatura marxista semiclandestina. Es evidente en sus escritos la desproporción entre las críticas al capitalismo y los detalles de la alternativa tradicionalista. Algo parecido podríamos decir de las invocaciones a la democracia, que ya entonces era un puente para el socialismo.

Estos puntos de encuentro con los marxistas, inicialmente casuales, evolucionaron, haciéndose pronto conscientes y programados; después, aceptados formalmente, y finalmente, casi institucionalizados en forma heterodoxa de monarquía socialista, incompatible con la legitimidad de ejercicio. Pero mientras tanto se producía a otro nivel un suceso oscuro y desapercibido no carente de importancia.

Don Carlos Hugo deshacía su camarilla personal y daba marcha atrás o, al menos, hacía un alto en su camino hacia la heterodoxia. Esto aumentó la desorientación, las tensiones y el malestar. En diciembre de 1965 dimitió el jefe nacional del M. O. T., Manuel Pérez de Lema, sin explicaciones. No se produjo el nombramiento de nuevo Delegado Nacional porque al comenzar el año 1966 Don Javier disolvió las cabeceras nacionales de éste y de otros movimientos especializados de la Comunión.

«PROYECTO DE REFORMA DE LA ORGANIZACION SINDICAL»

Por los canales de difusión del M. O. T. apareció en la simbólica y un tanto equívoca fecha del 1 de mayo, un manojo de cinco folios bien confeccionados a multcopista, con el mismo título de estas líneas.

En una introducción brevísima dice que el estudio que sigue no es una respuesta definitiva, sino un tanteo aproximativo, un proyecto susceptible de muchas críticas. Sigue una primera parte de señalamiento de los fallos de la Organización Sindical. En la segunda y última parte desarrolla los principios que deben informar la reforma sindical y que son textualmente los siguientes:

«Para los hombres del trabajo, militantes de la Tradición, son los siguientes:

1.º Unidad.—Este principio que hoy se realiza debe ser conservado y perfeccionado. Por cada rama de producción sólo puede haber un sindicato. Otra cosa significaría escindir el mundo del trabajo, frustrar su aspiración más rotunda. Y no se ataque este principio con el sofisma de que la libertad sindical exige el pluralismo (1). La libertad debe realizarse, y a garantizarla van los principios siguientes:

(1) En aquellos días una nube de sacerdotes con aficiones a la sociología y al periodismo atacaba a todo el aparato de Franco, no sólo a sus sindicatos, insistiendo en ese sofisma. El también sacerdote, y prestigioso, Don Jesús Iribarren, sin vinculaciones con la situación, hacía notar que libertad y unidad no son incompatibles necesariamente y que ya se asociaron en la antigüedad en formas bendecidas por la Iglesia, porque eran representativas. En lo único en que no cede el Derecho Público Cristiano es en la representatividad.

2.º Autonomía del Sindicato frente al Estado y frente a todo partido político.—El Sindicato es una corporación de Derecho Público, sí, pero es órgano de la sociedad y no del Estado. Toda la injerencia de éste es una pérdida de la esencia sindical. Si es un Sindicato, es porque responde a la idea de unidad de profesión. De aquí que deba proclamarse su independencia frente a toda ideología política, frente a todo grupo. Sindicato profesional no es apolítico, puede y debe intervenir en política, pero siendo él, el propio sindicato, quien decida su actuación, no un grupo extraño.

¿Va este principio contra el Fuero del Trabajo? La declaración XIII-4.º de este Fuero establece que las jerarquías del Sindicato recaerán necesariamente en militantes de F. E. T. y de las JONS, y en el párrafo 5.º se lee que "el Sindicato es un instrumento al servicio del Estado". A pesar de ello, insistimos en este principio. Si para la reforma sindical es preciso modificar estas declaraciones del Fuero del Trabajo por la vía de Referéndum, hay que hacerlo. Pero es el propio Régimen quien por vía de hecho está modificando los principios inactuales del Fuero del Trabajo. Quizá sería conveniente un estudio sobre las Leyes Fundamentales que demuestre cómo la Super-Fundamental de 1958 ha supuesto una modificación del régimen anterior en el sentido de que aquellas disposiciones de las Leyes Fundamentales anteriores superadas por el paso del tiempo y en desacuerdo con el espíritu de lo nuevo no están ya en vigor (1).

3.º Democracia real.—No vale desconocer que la actual Organización Sindical es un organismo autoritario en el que existe una línea jerárquica ahogadora de la espontaneidad vital típica de una Democracia auténtica.

Aparte de los textos anteriores citados, podemos señalar la Orden de 17-XI-1953, que reguló las elecciones sindicales. Su artículo 15 fija la composición de la Junta Nacional de Elecciones Sindicales, que pertenece a la línea jerárquica. El artículo 20 estipula cómo es función privativa de la Junta Nacional de Elecciones la aprobación de los planes electorales, entendiéndose por éstos el conjunto de disposiciones que deben observarse para determinar (para determinar) la estructura y proporcionada composición de las Juntas Na-

(1) Esto es cierto, y como no se quería reconocer, sino disimular, la situación era confusa. Vid. «Tradición o Mimetismo», de Rafael Gamba, páginas 110 y 111. (Reproducido en tomo del año 1958, págs. 137 y sigs.)

cionales de todos los grados, en la forma que requiere la debida correlatividad entre las Corporaciones Nacionales y sus órganos provinciales y locales. La primera disposición final dice textualmente: "La interpretación y aplicación de este Reglamento quedan atribuidas al Delegado Nacional de Sindicatos". La Orden de 13-VII-1960, que contiene el actual reglamento electoral, refleja el mismo espíritu acentuando la línea jerárquica en las Juntas nacionales y provinciales de elecciones sindicales. Y en su artículo 76 dispone que la resolución de la Junta Provincial de Elecciones Sindicales denegando la solicitud de proclamación de un candidato es inapelable. Como se ve, el mecanismo de la elección, típico de la democracia, está controlado bajo una apariencia de libertad. Este principio de democracia exige la desaparición de las figuras de Delegado Nacional y los Delegados Provinciales de Sindicatos y que todos (1) los cargos sindicales sean elegidos de abajo a arriba: supresión de la línea jerárquica.

4.º Reforma de la empresa.—A primera vista puede parecer que esta idea apetecible no tiene que figurar entre los principios informadores de la estructura sindical, pero el M. O. T. debe hacer resaltar por qué no puede caer en la ingenuidad corporativa. Aplicar la organización sindical que correspondería a unas empresas en que el capital no está al servicio del elemento humano, a los Sindicatos anteriores a la Reforma de la empresa, equivale a perpetuar el capitalismo, poniendo una camisa de fuerza a las aspiraciones del trabajador. Este principio, pues, debe traducirse antes de la Reforma de la Empresa. La situación real del capital y del trabajo es antagónica y la estructura sindical debe reflejar este antagonismo, procurando tenga un cauce jurídico y conciliador, pero sin impedir que salgan a la luz. Intereses contrapuestos exigen diferentes expresiones.

5.º ¿Verticalidad u horizontalidad?—Este dilema es consecuencia del principio anterior. Examinaremos los textos vigentes. Fuero del Trabajo, XIII-3.º: "El Sindicato vertical es una corporación de Derecho Público que se constituye por la integración en un organismo unitario, de todos los elementos que consagran sus actividades al cumplimiento del proceso económico, dentro de un determinado ser-

(1) Esta palabra, «todos», es un descuido maximalista. No afecta a la ortodoxia tradicionalista que haya entre una mayoría de cargos sindicales elegidos de abajo arriba, alguno de designación regia.

vicio o rama de la producción." Pero este organismo unitario se ha visto legalmente abierto en dualidades. Los Convenios Colectivos Sindicales representan —quíerese o no— el reconocimiento de personalidad jurídica de las secciones obreras y patronales del Sindicato. Su Ley reguladora del 24-IV-58 dice en su preámbulo: "La exigencia doctrinal de que se reconozca a los organismos que encuadran a empresario y trabajadores, la facultad de establecer pactos que obliguen a todos los que integran el grupo económico-social que la respectiva entidad representa a efectos laborales..." Art. 1.º "Los convenios colectivos sindicales, los acuerdos entre las representaciones sindicales, entre los trabajadores y empresarios; concertados en el seno de la Organización Sindical..." Art. 8.º "Partes capacitadas para convenir. 1.º Son partes deliberantes en el convenio colectivo sindical, en nombre de trabajadores y empresarios, las respectivas organizaciones profesionales, según el ámbito del convenio." Art. 11. "Corresponde la iniciativa a cualquiera de las partes."

De lo cual se deduce que hay una progresiva tendencia a ir ampliando las facultades de estas secciones que han llegado a la constitución de consejos provinciales y nacionales de empresarios y trabajadores separadamente. Por lo que el antiguo principio unitario se desvanece.

Hemos puesto este principio en interrogante ¿verticalidad u horizontalidad? Porque pueden deducirse dos criterios: a) Separación de sección económica y sección social con plena personalidad jurídica las dos, pero unidas federalmente en el Sindicato. A esto parece que tienden los sectores más inteligentes del Nacionalesindicalismo. Pero para ello se precisa el apartado 9 de la declaración 13 del Fuero del Trabajo: "La Ley de Sindicación determinará la forma de incorporar a la nueva organización las actuales organizaciones económicas y profesionales." ¿Por qué el capital va a tener órganos dentro y fuera del Sindicato? Las Cámaras de Comercio, Industria y Navegación deben de desaparecer, ya que existen las secciones económicas de los Sindicatos. b) Que el Sindicato quede, pura y exclusivamente para los trabajadores y el capital se retire a sus Cámaras. O sea, horizontalidad plena. Este criterio parecer ser realista en relación con los actuales Planes de Desarrollo. Si el régimen ha abandonado todo afán de reforma de la empresa, si ha aceptado todo el neocapitalismo, que lo acepte también en lo poco que favorece al trabajo: Sindicatos obreros de lucha. La elección entre estos dos criterios es de tipo

pragmático (1) y vendrá dada por las posibilidades que el actual sindicalismo ofrezca para una evolución justa.

6.º Admisión plena y reglamentada de los conflictos colectivos del Trabajo. — Veamos la evolución legislativa. Fuero del Trabajo, XI, 2: "Los actos individuales o colectivos que de algún modo turben la normalidad de producción o atenten contra ella serán considerados como delitos de lesa Patria." Ley de Orden Público, artículo 2.º: "Son actos contrarios al orden público... C) Los paros colectivos y los cierres o suspensiones ilegales de empresa, así como provocar o dar ocasión a unos u otros." Y así llegamos al decreto de 20-IX-62, que regula la conciliación, arbitraje y competencia en conflictos colectivos de trabajo. ¿Cómo se ha dado un viraje tan rotundo en nuestra Patria, pasando de ser un acto contrario al orden público a una reglamentación de los mismos? Y aquí el M. O. T., todos los españoles de buena voluntad tienen que rendir un justo tributo de homenaje a esos millares de trabajadores que sin cajas de resistencia y a pesar de los Sindicatos, bajo la amenaza de despido, multa y cárcel, han ido a lo largo de estos años a la huelga, resistiendo las presiones conjuntas del gobierno y de los agentes subversivos que intentaban dar carácter político a sus paros (2).

Así, dice el preámbulo del decreto 20-IX-62: "La anormalidad en las relaciones de trabajo, así las individuales como las colectivas, aun siendo una situación ocasional, excepcional, limitada y transitoria, es, sin embargo, un fenómeno con el que el ordenamiento jurídico tiene que contar y ha de regular." En una economía en desarrollo, sometida a procesos de reorganización y transformación tecnológica y presidida por un deseo de elevación general del nivel de vida, una cierta fricción es susceptible de producirse, constituyendo un síntoma indicador de que las relaciones de trabajo no permanecen inmóviles o estancadas, sino que están adoptando aquella realidad cambiante.

¿Por dónde debe seguirse esta evolución esperanzadora? Hay un principio claro: La distinción entre un conflicto laboral y una huelga política. Ya en el Preámbulo citado lo recoge. Hay que distinguir celosamente entre conflicto colectivo de naturaleza laboral o

(1) Efectivamente. Porque en el orden doctrinal el Tradicionalismo está desbordado por las nuevas industrias gigantescas y multinacionales y no cuenta aún con doctrina oficial para ellas. Por ello se acoge al recurso de atenerse a lo que diga la Iglesia, que muchas veces, en política, queda insuficiente.

(2) Lo intentaban, y muchas veces lo conseguían.

económica, suscitado por cuestiones que afectan a la relación de trabajo, del conflicto que en su nacimiento o desarrollo es político y constituye un atentado al orden público y a las instituciones del Estado.

Sentada esta distinción, debe seguirse una actitud permisiva del conflicto laboral. E ir a su entronque con el sindicalismo. Es decir, que un sindicato auténtico tiene que tener la posibilidad legal de emplear el conflicto laboral como instrumento de lucha contra el capitalismo. Y con su contrapartida: Sólo por acuerdo sindical puede hacer un conflicto lícito. Esta exigencia de aprobación mayoritaria dentro del Sindicato es uno de los requisitos que deben exigirse en la reglamentación que imponga el Estado. En este sentido se aprecia la timidez del mencionado Decreto, que sigue diciendo en su preámbulo: "El propio conflicto laboral ha de tener un tratamiento muy distinto si surge como consecuencia de las condiciones de trabajo de quienes son parte directa del conflicto, que si acaece como resultado de intereses ajenos, pues estos últimos no son sino generaciones ilícitas de cuestiones localizadas en los intereses afectados." Eso de las generalizaciones ilícitas tiende a romper la solidaridad del trabajador, tan necesaria cuando el capitalismo forma bloque cerrado frente a las reivindicaciones del trabajo.

7.º Representación política.—El sindicalismo debe ser uno de los cauces de representación política. Lo defienden los Sindicatos actuales, pero con un defecto de constitución. Resulta que, dado el predominio jerárquico, son ellos los que asumen la voz del Sindicato de una forma mayoritaria. En el Decreto de 22-II-52 sobre los Procuradores sindicales, llegan a 56 el número de los no electivos, con lo cual toda la esencia de la representación se desvirtúa. Sólo pueden representar al sindicalismo quienes hayan sido libremente elegidos por los sindicatos.

El Sindicalismo debe estar presente en las Cortes, Diputaciones, Ayuntamientos. La representación sindical en las Diputaciones es reciente, por Decreto de 22-II-64. No aplicada a las Diputaciones actualmente forales de Navarra y Alava, suponemos que se producirán fricciones. El M. O. T. exigen la presencia de los Sindicatos también en esas Diputaciones no solamente por razones de teoría tradicionalista, sino también de orden histórico foral. Claro que harán bien navarros y alaveses al exigir un requisito previo: La democratización de los Sindicatos. Un organismo estatal o partidista no puede

tener acceso a una Diputación Foral (1), pero la representación de los trabajadores de la Región sí deberá estar. La representación política exige el mandato imperativo, perfectamente factible en el Sindicalismo. El procurador sindical debe defender ante el organismo a que pertenezca las directices que su sindicato le ha dado y tiene una consecuencia: La exigencia de cuentas. El procurador sindical debe responder cómo desempeña su cargo ante la posibilidad consiguiente de retirarle la proclamación en cualquier momento en que pierda la confianza de los compañeros que le han elegido.

Es de acuerdo con estos principios con los que el Movimiento Obrero Tradicionalista cree debe promulgarse la Ley de Reforma Sindical.

1.º de mayo 1965.»

DISCURSO DEL JEFE NACIONAL DEL M. O. T. EN MONTEJURRA

Siempre fue un gran honor para cualquier carlista hablar en el gran acto anual de Montejurra. El 2 de mayo de 1965 lo recibió el joven Don Manuel Pérez de Lema, Jefe Nacional del M. O. T. Era un gran espaldarazo, para él y para su obra, que tenía de estimulante todo lo que de prematuro. Curiosamente, no habló de lo suyo, sino de la democracia. Lo advierte, inmediatamente, una gran inscripción marginal. «La Democracia», colocada verticalmente en la separata, bien impresa, que se hizo con el texto de ese discurso y que se repartió con profusión. El mismo, también lo dice al empezar: «Permitidme que tome una de esas palabras como objeto de mi discurso: «Democracia.» Despunta aquí, así, el proceso que ulteriormente hará de la democracia un tabú, principio y fin de todas las cosas. Pero como hay muchas definiciones distintas de democracia, Pérez de Lema tiene que dedicar la primera mitad de su discurso a tratar de explicar qué es y qué no es —según él— la democracia. En la segunda mitad del discurso se encuentran los siguientes párrafos:

«Quede bien claro que nuestros padres no salieron a defender a un grupo de privilegiados, aunque, desgraciadamente, del sacrificio

(1) Purísima doctrina, reflejo de la sensibilidad tradicionalista en cuestiones forales.

de aquellos voluntarios se haya beneficiado una minoría plutócrata que está intentando orientar el futuro de España de acuerdo con sus intereses de grupo.»

(...)

«Respetar la iniciativa privada es respetar la libertad social. Pero para nosotros la iniciativa privada no es el derecho al privilegio empresarial de unos pocos ante la empresa pública. Hay en nuestro país sectores financieros que creen que ser partidarios de la iniciativa privada es lo mismo que defender la de los grupos de presión capitalista. ¿Quién ha dicho que el Carlismo no es partidario de las nacionalizaciones? ¿Acaso no lo es de las regionalizaciones y de las municipalizaciones?

Si en algún momento hemos creído que es mejor oponer barreras al Estado, no ha sido por creer que la razón estaba de parte del individualismo, sino porque creemos que el mayor enemigo de la libertad es el monopolio.

Nosotros estamos con la socialización de Juan XXIII.

Para nosotros la iniciativa privada que conduce al monopolio económico, que lleva consigo el monopolio del poder, debe ser contrarrestada por otras iniciativas colectivas, como las Cooperativas y las sociedades intermedias, cuya vida y pujanza siempre defendimos y defenderemos.»

CONGRESOS DEL M. O. T.

Otro exponente de la gran actividad de los dirigentes del M. O. T., muy directamente apoyado por A. E. T. y por Don Carlos Hugo, fue la realización de Congresos. En junio de 1965 se celebró en Manresa, con notable asistencia, el «Primer Congreso de Cataluña y Baleares, con abundantes referencias a los discursos de Don Carlos Hugo en Montejurra.

Aparecen luego unas hojas a multicopista referentes al «III Congreso Nacional del M. O. T.». No he hallado rastro de un segundo congreso suponiendo que se concediera rango y denominación de congreso al citado de Cataluña y de Baleares. Más parece que la denominación de «Tercero» fuera un ardido de propaganda, como se hacía con la numeración de muchos boletines carlistas de la época,

que en vez de empezar por el número uno, lo hacían por otros más altos .

El Tercer Congreso Nacional del M.O.T. se celebró en Madrid los días 31 de octubre y 1 de noviembre. Asistieron doscientos delegados de toda España y autoridades de la Comunión; pero no el Jefe Delegado ni el Príncipe. Estas fueron sus

Conclusiones

Sindicalismo

El Sindicalismo Estatal que padecemos ha fracasado. Fue mal planteado, es inauténtico y anticuado, carece de vitalidad, no ha podido ganarse la confianza de los trabajadores, que siempre lo hemos mirado como extraño a nosotros y su única actividad es la que proviene de sus mandos políticos que actúan en un sistema capitalista.

Su reforma es, pues, necesaria, y el M.O.T. hace públicas las bases en que ha de inspirarse esta reforma para que surja el Sindicato auténtico que responda plenamente a las necesidades del mundo del trabajo.

El Sindicato ha de ser:

1. Libre, es decir, independiente de cualquier intromisión o tutela por parte de organismos que son ajenos a él, ya sean el Estado, partidos políticos o cualquier grupo de capitalistas de presión. El Sindicato se dará su propia Ley, siendo sus miembros los que la determinen.

2. Unico por rama de producción. No caeremos en la ingenuidad de dar al capitalismo el arma de enfrentarnos unos trabajadores contra otros por la admisión de varios sindicatos rivales. En nombre de la solidaridad obrera, cada trabajador tendrá el derecho y el deber de participar en la vida del sindicato que por su profesión le corresponda.

3. Democrático. El Sindicato se organizará de abajo arriba, siendo los mismos sindicados los que elijan libremente a sus líderes. Estos dirigentes responderán de su labor ante quien los haya nombrado, pudiendo ser depuestos si no realizan su misión.

4. Horizontal. En el mundo capitalista el sindicato auténtico es un sindicato de lucha, es decir, de sólo trabajadores. La presencia del capitalismo dentro de los sindicatos, en lo que consiste la verticalidad, falsea la misión del sindicato. Este es el sindicato que corresponde a esta etapa de transición hasta que se llegue a la reforma de la empresa (1).

5. Organo de representación política. Los trabajadores debemos participar en la vida política del país, siendo el medio más eficaz el Sindicato. El Sindicalismo ha de estar presente en los Ayuntamientos, Diputaciones, Cortes y en los Organos de Planificación Económica (2).

El Sindicato auténtico tendrá por misión:

1. Representación de los intereses de los trabajadores, luchan do por ampliar constantemente las mejoras laborales.

2. Reforma de la Empresa, superando la propiedad capitalista (3) de la misma para llegar a una empresa humana en la que todos los que trabajen sean partícipes de su propiedad.

3. Seguridad Social. El Sindicalismo ha de controlar toda la Seguridad Social, que hoy está en menos del Estado o del capitalismo. El cubrir estas necesidades por vía paternalista (4) o de negocio privado debe ser superado por el ejercicio de la solidaridad traba-

(1) La expresión sindicato de lucha recuerda la lucha de clases que la doctrina social de la Iglesia y la doctrina tradicionalista condenan. La horizontalidad, lícita, predispone a ella; una de las bondades de la verticalidad es que la dificulta. Se opta por la horizontalidad, cuestión que en documentos anteriores quedaba indeterminada. Dar a la situación el nombre de etapa recuerda el evolucionismo marxista. La reforma de la empresa es cuestión muy complicada, que no se puede mencionar así, sin mayores precisiones, ni sin expresar cuál es su finalidad.

(2) El sindicato debe ser un cuerpo intermedio profesional, o de oficio, y su presencia en los centros de gobierno no debe ser permanente.

(3) Esta es una invención elemental y sin precedentes en la doctrina tradicionalista. La expresión «superando la propiedad capitalista» es de un radicalismo heterodoxo que recuerda el marxismo. La propiedad capitalista no siempre es heterodoxa. La Iglesia aprueba el contrato de trabajo. Lo correcto hubiera sido decir «supliendo el espíritu exclusivo de lucro».

(4) La palabra «paternalista», usada en el sentido peyorativo que le daban a la sazón los marxistas, así como la insistencia en censurar al capitalismo, establecían puentes con los marxistas; puentes que algunos no tardaron en cruzar. Vid. Rafael Gamba, «El lenguaje y los mitos», voz Paternalismo, páginas 177 y 178.

jadora con las aportaciones estatales necesarias, que forman parte de la redistribución de la renta.

4. Crédito. La misión de servir de cauce al ahorro de los trabajadores para invertirlo en cubrir necesidades futuras o para financiar nuevas empresas la llevará a cabo el Sindicalismo a través de los Bancos que cree al efecto (1).

5. Viviendas. El Sindicalismo luchará por la municipalización del suelo urbano, acabando así con la especulación de solares. El Sindicato deberá convertirse en constructor de viviendas para sus sindicatos, en forma de cooperativa, de forma que el cooperador se convierta en propietario de la misma. Y el Sindicalismo logrará que las ayudas a la construcción no vayan a intermediarios, sino a sus futuros moradores.

6. Promoción obrera. El Sindicalismo tiene como gran misión impulsar el acceso de la familia obrera a todos los bienes y campos de la actividad humana que hasta ahora le estaban negados. Esta promoción obrera concretamente se dirigirá:

a) Formación profesional. El Sindicato obrero mantendrá y dirigirá escuelas que capaciten a los trabajadores y los perfeccionen en su función social.

b) Instrucción. En el sentido amplio desde la enseñanza primaria a la Universidad, pasando por la Laboral y Especializada, Centros de enseñanza mantenidos por el Sindicalismo.

c) Cultura. No hay que confundirla con la instrucción. El Sindicalismo obrero ha de realizar su política cultural, creando las condiciones precisas para un renacimiento cultural al servicio de la familia obrera. Poesía, música, novela, arte, etc., comprometidos en la libertad.

d) Información. Los medios de información actuales están en manos capitalistas o estatales. Para que el mundo del trabajo pueda enterarse de lo que pasa en el mundo y por qué ocurre, los sindicatos dispondrán de sus propias emisoras de radio, televisión, escuelas de periodismo, etc.

(1) El crédito no es fin principal, tan sólo un servicio.

7. Redención obrera. La lucha obrera tiene dos aspectos:

a) Defensivo, procurando mantener las posiciones obtenidas y que se realicen las mejoras legales.

b) Ofensivo, desmontaje del capitalismo e instauración de la sociedad de hombres libres con la única diferencia de sus funciones sociales que alteren su igualdad esencial. En esta lucha ofensiva el sindicalismo auténtico ha de poder emplear la huelga como instrumento legal (1).

Se aprobó asimismo por el Pleno matizar algunos puntos de este estudio en otro más amplio y detallado.

Prensa

La Comisión de Prensa informó al Pleno que había estudiado el Proyecto de Ley de Prensa. Y dio cuenta de que la revista legal «Esfuerzo común», editada en Zaragoza, se va a convertir en órgano legal de expresión del Movimiento Obrero Tradicionalista, por lo que debe difundirse ampliamente y lograr un aumento constante de suscriptores.

Cooperativismo

El Cooperativismo es un sistema social cristiano por excelencia, en donde el hombre vuelve a ocupar el puesto de primacía que le corresponde en la actividad productiva, sometiendo el capital a su servicio y reduciéndole a sus justos límites de instrumentos de la producción y no como medio de dominio del hombre. En el cooperativismo el hombre asume la condición de trabajador empresario y propietario de sus bienes de producción, confundándose en uno solo los intereses del capital, del empresario y del trabajo en cada empresa, evitando las actuales tensiones provocadas por la lucha de clases y consiguiendo la estabilidad social y la armonía en el campo de la producción (2).

(1) Se aprecian diferencias con la doctrina social de la Iglesia y un estilo parecido al que entonces empleaban los marxistas. Inclina a un juicio benévolo el anuncio, que sigue, de otro estudio más amplio y detallado. No sabemos si se realizó o no.

(2) Aparte de ser imposible en magnitudes mayores que en las de la industria auxiliar de la pequeña y mediana empresa, no es admisible un cooperativismo total y omnicompreensivo, más allá de fines concretos, con dificultad o exclusión en la práctica de otras formas de organización del trabajo. Estamos ante expresiones elementales y maximalistas, disculpables, pero peligrosas.

Frente a la propiedad privada de unos pocos y a la propiedad colectiva (que es de uno solo), el cooperativismo supone la propiedad privada para todos a la vez que una propiedad social al servicio de los socios.

El Cooperativismo es una escuela de autogobierno en donde se desarrolla el sentido de responsabilidad y de la solidaridad cuyos beneficios efectos han de trascender a otros aspectos de la actividad especial y política.

El Capitalismo, fiel a los principios sociales cristianos que constituyen la esencia de su doctrina, propugna el sistema cooperativo como una solución que contribuirá a resolver el problema social económico de nuestros días, que resulta ser la fórmula autorizada de los antiguos gremios y de otras formas de propiedad privada para todos en su doble vertiente vinculada directamente al hombre y vinculada a la sociedad a la que el hombre pertenece. Las líneas generales del pensamiento carlista en esta materia están firmemente trazadas en el Mensaje de Montejurra de 1958 del Príncipe Don Carlos de Borbón Parma.

Por todo ello se concretó en los siguientes puntos:

1. Formación de cooperadores que asuman la triple condición de productores, empresarios y propietarios, con la problemática de esta situación.
2. Fomentar el ahorro y crear establecimientos de crédito entre los cooperadores.
3. Formación técnica para el perfeccionamiento de las empresas cooperativas y de los servicios cooperativos que auxilien a la pequeña y mediana empresa.
4. Ayuda oficial para la formación de empresas cooperativas bajo la iniciativa de los cooperadores, procurando medios de enseñanza gratuitos y crédito adecuado.

En el Estado auténticamente social debe ser un mandato imperativo conseguir la propiedad para todos.

Organización

A) Formación es la base de partida para la acción indispensable para el M. O. T. Además de reuniones periódicas, hace falta un es-

fuerzo intenso para formarse. Hay que dar respuestas concretas a los problemas obreros, mediante los líderes carlistas del M. O. T.

Libros:

- «Breve historia de Legitimismo español», de Melchor Ferrer.
- «Monarquía Social y Representativa», de Rafael Gambra.
- «Antología de textos de V. de Mella», de Rafael Gambra.
- «Catolicismo y protestantismo en la génesis del capitalismo», de Amintore Fanfani.
- «Esquema doctrinal de A. E. T.».
- «Historia de la lucha obrera», M. O. T.
- «Cuatro etapas del Carlismo, M. O. T.
- «Breve curso del M. O. T.

B) Organización por equipos. Ha de ser en grupos de tres o cinco personas, pero en constante relación para el cambio de impresiones. Son precisos también grupos más amplios de barrios y de talleres o empresas.

1. Coordinación de los equipos mediante reuniones periódicas de los Jefes.
2. Coordinación entre las provincias, pueblos de jurisdicción e interregionales.
3. Suscribirse a la revista «Esfuerzo Común».
4. Proselitismo de residencias veraniegas.

C) Proselitismo en todos los ambientes en que se convive. Puede desdoblarse en dos partes: primera, crear un estado de inquietud social y responsabilidad de conciencia en proselito, y segundo, comprometiéndose mediante actos concretos de servicio al M. O. T. Se le ha de prestar toda ayuda incondicional que puede precisar de tipo jurídico o material.

XII. NECROLOGIA

Don Melchor Ferrer Dalmáu.—Don Javier Isasi Ivison.

DON MELCHOR FERRER DALMAU

Nació en Tarrasa el 28 de noviembre de 1888. Fue una figura destacadísima del Carlismo en todo el siglo XX. Ejerció toda su vida el periodismo al servicio de la Causa, con gran desprendimiento y alegría, que fueron rasgos, junto a una memoria excepcional, de su carácter, un tanto bohemio. Fue director de varios periódicos carlistas y colaborador asiduo de todos los demás, que eran muchos, antes de la Cruzada. Después de ésta, el Carlismo quedó sin prensa pública, y Don Melchor Ferrer se dedicó por sugerencia y encargo de Don Manuel Fal Conde a preparar su magna obra, «Historia del Tradicionalismo Español», desde sus orígenes a 1936. El primer tomo se editó en Sevilla, en 1941, y el último, el trigésimo, muchos años después de su fallecimiento, en 1979, gracias a la extraordinaria tenacidad de Don Manuel Fal Conde. Es una obra monumental que salva el honor del Carlismo que no había podido ofrecer hasta ella una documentación propia de esa magnitud, que contrapesara la historia del liberal Pirala. Como sucede siempre, muchos han tomado datos del acervo de Ferrer sin mencionarle.

En aquellos años difíciles de la postguerra fue brazo derecho y portavoz informal de Don Manuel Fal Conde, cuyos deseos polémicos y tácticos secundaba fielmente con escritos menores —muchos recogidos en esta recopilación—, a los que aportaba documentación y recuerdos personales.

Falleció en Valencia, en una situación de pobreza —dicho sea en su honor—, alivida por la generosidad incomparable y ejempla-

rísima del gran carlista valenciano Don Rafael Ferrando Sales. Este informó al Rey de su fallecimiento. Don Javier le contestó la siguiente carta:

«Bost. Besson. Allier.

15 de junio.

Querido Rafael Ferrando Sales.

Tantos agradecimientos para tu carta con las noticias y pormenores del fallecimiento de nuestro tan fiel y querido Melchor Ferrer. Su muerte es un verdadero duelo para la Comunión y tantos amigos; para mí, por el cariño que llevaba a El. Su fidelidad y su valentía carlista fue la característica de su vida. Escritor magnífico del Carlismo luchando contra todos los errores o desviamientos fue hombre de gran corazón. Una muerte santa ha sido la conclusión de su vida. Te agradezco de corazón todo que hiciste para él y su familia. Quedo, querido Rafael Ferrando Sales, tu afectísimo,

Francisco Javier.»

DON JAVIER ISASI IVISON

De profesión, militar. Formó parte de la guardia personal y secreta que los oficiales de la guarnición de Canarias pusieron en los albores del Alzamiento al general Franco para evitar un atentado por elementos del Frente Popular. Combatiente durante toda la Cruzada. En 1961, a la vista del retorno y de los avances de la Revolución, pensó en la reconstrucción y movilización del Requeté y formó para ello un pequeño Estado Mayor (Vid. Tomo XXIII, página 75). Se planteó entonces, una vez más, la cuestión clásica de si los militares en activo pueden o no intervenir en política. La verdadera respuesta que todos los Gobiernos dan, de hecho, a esta cuestión es que pueden intervenir si lo hacen a favor del Gobierno y que no pueden hacerlo desde la oposición o la indiferencia. Hemos aludido muchas veces en esta recopilación a que la Comunión Tradicionalista sostenía con Franco un «modus vivendi» difícil de explicar; en esta situación las actividades del Teniente Coronel Isasi fueron juzgadas por sus superiores militares con criterios desiguales e inestables. Finalmente, se le desterró de España, con pretexto de

que hiciera un curso en Londres, en una escuela superior del Ejército inglés. Allí murió en accidente de tráfico.

Gran defensor de la Unidad Católica, fue desde el Juramento de La Oliva (Tomo XXVI, pág. 9) devotísimo del Císter. En sus últimas horas de vida fue visitado, en un hospital de Londres, por un trapense desconocido que le dejó un hábito de la Orden, con el cual fue amortajado; su hermano Ricardo, apenas llegado de España, añadió una boina roja. Por todo ello, en la capilla ardiente de Madrid su féretro permaneció cerrado.

—La Unidad Religiosa y el Císter. — «El Principio Reducto», por Ignacio Romero Gamboa. — «La provincia de Guipúzcoa», por Francisco Retzsch. — «Historia del pensamiento político católico en España», por Francisco de Tejada. — «Historia clásica (1238-1479)», por Francisco de Tejada. — «Estudio común». — «Apéndice: El libro de Don Román Oyarzun». — «Precedentes del Trono de España». — «El Trono de España».

LA UNIDAD RELIGIOSA Y EL DERROTISMO CATÓLICO.
Por Rafael Gamboa. — «El Principio Reducto», por Ignacio Romero Gamboa. — «La provincia de Guipúzcoa», por Francisco Retzsch. — «Historia del pensamiento político católico en España», por Francisco de Tejada. — «Historia clásica (1238-1479)», por Francisco de Tejada. — «Estudio común». — «Apéndice: El libro de Don Román Oyarzun». — «Precedentes del Trono de España». — «El Trono de España».

XIII. BIBLIOGRAFIA

«La Unidad Religiosa y el derrotismo católico», por Rafael Gamba. — «El Príncipe Requeté», por Ignacio Romero Raizábal. — «La provincia de Guipúzcoa», por Francisco Elías de Tejada. — «Historia del pensamiento político catalán. Tomo III: La Valencia clásica (1238-1479)», por Francisco Elías de Tejada. — Boletines. — «Esfuerzo común». — Apéndice: El libro de Don Román Oyarzun, «Pretendientes al Trono de España».

«LA UNIDAD RELIGIOSA Y EL DERROTISMO CATOLICO»

Por Rafael Gamba.

Este libro, ganador del Premio Vedruna (vid. pág. 99 y ss.), se editó a prisa para llegar a tiempo de influir en el Concilio. En cierto modo fue una edición no venal, porque aunque hubo ejemplares a la venta, muchos se enviaron gratuitamente en cuanto iban saliendo de la imprenta a padres conciliares y personalidades relevantes.

Lleva un prólogo de Don Juan Vallet de Goytisolo que señala las actitudes y estilo del clero progresista y se extiende en estudiar las relaciones Iglesia-Estado y el Estado confesional.

En el texto de Gamba la teoría se atiende más que a lo circunstancial, de manera que fue no solamente útil para los españoles de entonces, sino también para los extranjeros de ahora que preparan la recristianización de sus naciones. Hay un grito angustiado que clama para que España no sea usada como moneda de cambio en un altísimo contubernio. No debe serlo, porque, además, una España católica es una magnífica plataforma para la reconquista religiosa de América y de Europa.

«EL PRINCIPE REQUETE»

Por Ignacio Romero Raizábal.

Es una biografía novelada, con estilo exuberante y vacuo, del Príncipe Don Cayetano de Borbón Parma, hermano de Don Javier y ex combatiente del Tercio de Navarra. Además de este libro, pueden consultarse acerca del biografiado el Tomo II, páginas 34 y 35 de esta recopilación, y el libro de Emilio Herrera «Los mil días del Tercio de Navarra».

«LA PROVINCIA DE GUIPUZCOA»

Por Francisco Elías de Tejada. Madrid, Minotauro, 1965, 249 páginas, 1 h., 8.º

Elías de Tejada aplica en Guipúzcoa el mismo método que en Nápoles y Cataluña, de exhumar autores indígenas poco conocidos, descubrir en ellos la veta original y autóctona, exponerla y mostrar su combate, vencimiento y muerte a manos de los europeizantes; él completa el ciclo con su resurrección, sacándoles del olvido. Trabajo que deberíamos perpetuar, ya que no ha dejado una escuela propia.

Los dos primeros capítulos estudian a Guipúzcoa y a sus fueros. El tercero, la formación de la teoría foral clásica en el siglo XVI, con Miguel de Aguirre, Juan López de Lazarraga y Juan Martínez de Zaldivia y Esteban de Garibay. La doctrina foral alcanza su apogeo en el siglo XVII (capítulo IV), con Francisco de Gurmendi, Martín de Recarte, Baltasar de Echave, Lope de Isasti, Miguel de Aramburu y otros muchos nombres menores. El capítulo V trata de la primera ofensiva europea, con Felipe IV; el VI, de las batallas de la europeización bajo Fernando VI. Estudia después el apogeo de la europeización absolutista, con Carlos III, en el capítulo VII; el capítulo IX y último se titula «Europa mata a Guipúzcoa».

«HISTORIA DEL PENSAMIENTO POLITICO CATALAN».

TOMO III: «LA VALENCIA CLASICA (1238-1479)»

Por Francisco Elías de Tejada y Gabriella Pércopo. Sevilla. Ediciones Montejurra, 1965; 4.º, 290 págs.

Los dos primeros tomos de esta serie se han reseñado en la Bibliografía de 1963, año en que aparecieron. Este, dedicado a la Valencia Clásica, es el último que se imprimió de los proyectados. A él se refiere también por igual todo lo que el autor dice en el Preliminar de la obra en su conjunto, que hemos extractado ampliamente allí.

A un primer capítulo de generalidades sobre la constitución del Reino de Valencia, siguen estudios de la teoría del imperio libre, de Ramón Muntaner; del espiritualismo político de Arnau de Vilanova; de la teoría de las libertades políticas de Francesc Eximenis; de San Vicente Ferrer; de los ideales caballerescos en la poesía y en la novela (Pere March, Gilabert de Proixita, Francesc Ferrer, Jordi de Sant Jordi, Ausias March, Jaume Roig, Tirant lo Blanch); el valor político del humanismo (Antonio Canals, Antonio de Vilagrut y Joan Roig de Corella); finalmente, hay un capítulo dedicado al estudio de los juristas valencianos medievales (Arnau Joan, Guillem Jaffer, Pere Belluga).

BOLETINES

El Boletín de Orientación Política de diciembre de 1965 y la circular número 5 de la Secretaría Técnica de la Junta de Gobierno de la Comunión Tradicionalista del mismo mes y año facilitan una relación de boletines que se publicaban entonces. Pero es una enumeración parcial al servicio de un intento de mantener la disciplina y la ortodoxia. Constantemente llegaban a la sede de la calle del Marqués de Valdeiglesias quejas de carlistas acreditados de las cosas que leían en algunos impresos, que a juzgar sólo por ellas más parecían marxistas que carlistas. El texto común a ambos impresos dice así:

«Prensa, propaganda y publicaciones.—Durante el mes de noviembre se puso en marcha el plan de publicaciones, aprobado por la Junta de Gobierno, a través del Servicio de Prensa.

Prensa.—Los boletines proyectados y autorizados son los siguientes:

"I. M." (Información Mensual), Órgano Nacional de Información para todos los carlistas.

"Boletín de Información".—Delegación Nacional de Requetés.

"Boletín de Orientación Política".—Exclusivo para Jefes Regionales, Provinciales y de Organizaciones del Carlismo.

"R. Q. T." (Requeté).—Boletín del Requeté de Madrid; el número 1 es de diciembre de 1965.

"Boletín Informativo de la Comunión Tradicionalista de Andalucía Occidental".—Editado por la Junta Regional de Andalucía Occidental.

"Boletín Informativo de Castilla la Nueva".—Editado por la Jefatura Regional de Castilla la Nueva.

"Boletín del Principado de Cataluña".—Editado por la Jefatura Regional de Cataluña.

Revista "Montejurra".—Se publica con régimen autónomo e intermitente por causas ajenas y de todas conocidas (Censura Gubernativa).

Sólo estas publicaciones son consideradas como portavoces del Carlismo. Aquellas Jefaturas Regionales que todavía no han solicitado el correspondiente visado de la Junta de Gobierno, o bien que no hayan cumplimentado las normas que en su día se anunciaron, referentes a la publicación de boletines y demás propaganda, les rogamos lo hagan a la mayor brevedad posible.»

Hasta aquí, el texto oficial.

Nótese que en la relación precedente no figuran los boletines de A. E. T., ni los del M. O. T., que eran las dos líneas de avance del progresismo y del marxismo hacia la Comunión. Tampoco figura «Esfuerzo Común», de parecidas características. Se omite «Boina Roja», aunque siempre fue ortodoxa y disciplinada; pero en aquellos días salía su número ciento, con el que terminó su vida, sin explicaciones convincentes. Y fuera de esas publicaciones involucradas en la crisis interna de las filas de Don Javier, se silenciaba también, con cierta lógica, las publicaciones de los epígonos de Don Car-

los VIII y las de la Regencia de Estella, de las cuales era importante la titulada «Tiempos Críticos». Y las hojas sueltas de las Juntas de Defensa del Carlismo.

«ESFUERZO COMUN»

Fue un boletín hecho en Zaragoza, de larga vida, en su mayor parte fuera del límite de esta recopilación. Adicto a la dinastía y a las nuevas teorías de Don Carlos Hugo, tuvo más documentación y altura doctrinal que la mayoría de sus congéneres y es una fuente histórica importante.

Su número 69 es de noviembre de 1965; en él se dice que tiene seis años de vida, pero esto es difícil de precisar, porque su entrada en la literatura carlista fue oscura y sutil, por evolución disimulada de una publicación anterior del mismo nombre, apolítica y al servicio de una cooperativa. La legislación de prensa dejaba una rendija ante la negativa a autorizar publicaciones carlistas; era la infiltración en una publicación neutra anterior que se politizaba por suave evolución. Así había nacido la revista «Siempre», por colonización de «Nubis». [Vid. Tomo XIX (II), pág. 415.]

APENDICE:

«PRETENDIENTES AL TRONO DE ESPAÑA. LA CUESTION DINASTICA A LA LUZ DE LA HISTORIA»

Por Román Oyarzun. Editorial Juventud. Barcelona.

No fue un libro carlista, sino «de» un autor carlista; pero produjo gran revuelo y ocupó extenso espacio en las publicaciones carlistas, que lo criticaron duramente (vid. «El Pensamiento Navarro», de mayo, junio y julio de 1965; «Montejurra», de agosto de 1965, y «I. M.», de noviembre de 1965). Su autor, ya anciano, había brillado en el Carlismo en tiempos de Don Jaime III, del que fue gran amigo; luego, le fue invadiendo el escepticismo. Con deliberado desenfado de estilo barojiano el autor niega derecho sucesorio a todos los pretendientes, a los que suelta algunas «frescas» inéditas. La conclusión es que el Carlismo está «convertido hoy en escombros y cenizas». «El trono español está vacante: se diría que

es "res nullius", en espera de que se apropie de él o se siente en él aquel que tenga más arrestos para conquistarlo, o más altos apoyos para coronarse como rey. Pero seguimos pensando que las perspectivas no son muy halagüeñas para los monárquicos españoles.»

INDICE ONOMASTICO DEL AÑO 1885

- Aguiar, Manuel, Pascual, 63.
 Aguirre, Miguel de, 197.
 Alberto de Lala, Príncipe, 119.
 Alfonso (XIII), 19, 16, 17, 22, 31, 32, 33.
 Alfonso (XIII), 16, 17, 19, 22, 23, 31, 32, 33.
 Alonso Vega, Camilo, 124.
 Alvar, José María, 61.
 Andreu Rodanóñez, Isidro, 159, 160.
 Aramburu, Miguel, 193.
 Aranzua, Enrique de, 82.
 Arana de Robles, José María, 41.
 Arita y Castro, Cardenal, 119.
 Arriz, Antonio, 164.
 Arruga, Pedro, S. J., 119.
 Auló, Salvador, 110.
 Ausia Martí, 198.
 Austria, Don Juan de, 120.
 Aspikaveta, Don Mónico, 61.
 Balestena, Ascárate, Dolores, 61.
 Balestena Ascárate, Isabel, 61.
 Balestena Ascárate, Joaquín, 71.
 Barranco Carmona, Sixto, 83, 84, 86.
 Belloja, Pere, 198.
 Bertos Ruiz, Juan, 112.
 Bilbao Eguiá, Eusebio, 9.
 Borbón y Austria Este, S. M. C. Don Alfonso Carlos I, 2, 6, 7, 8, 9, 11, 12, 13, 15, 16, 17, 18, 20, 21, 23, 24, 25, 26, 28, 29, 30, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 40, 41, 42, 49, 52, 93, 97, 97, 132, 133, 156.
 Borbón y Reventenberg, Juan, 10, 11, 19, 22, 23, 34, 51, 81, 122, 123, 124.
 Borbón y Borbón, S. M. C. Don Jaime III, 17, 31, 133, 200.
 Borbón y Borbón, S. A. R. Don Juan Carlos, 2, 62, 63, 64, 67, 73, 123, 127, 128, 134.
 Borbón Busset, S. M. C. Doña Magdalena, 3, 40, 119.
 Borbón y Grecia, S. A. R. Don Felipe, 81.
 Borbón Parma, Don Elías, 19, 32, 33.
 Borbón Parma y Borbón Busset, Don Carlos, Hugo, S. A. 7, 8, 9, 10, 12, 14, 29, 43, 44, 46, 50, 51, 56, 58, 60, 61, 62, 63, 65, 69, 70, 71, 72, 73, 74, 78, 79, 80, 83, 84, 85, 97, 98, 99, 102, 103, 107, 110, 114, 115, 116, 119, 121, 124, 127, 128, 129, 130, 133, 142, 144, 136, 157, 166, 167, 177, 179, 186, 191, 200.
 Borbón Parma y Borbón Busset, Doña Cecilia, 8, 60, 156.

INDICE ONOMASTICO DEL AÑO 1965

- Agramunt Matutano, Pascual, 63.
 Aguirre, Miguel de, 197.
 Alberto de Lieja, Príncipe, 119.
 Alfonso (XII), 15, 16, 17, 22, 31, 32, 33.
 Alfonso (XIII), 16, 17, 19, 22, 23, 31, 32, 33.
 Alonso Vega, Camilo, 124.
 Alvear, José María, 61.
 Andreu Rodamiláns, Isidro, 159, 160.
 Aramburu, Miguel, 197.
 Aranjuez, Enrique de, 82.
 Arauz de Robles, José María, 11.
 Arriba y Castro, Cardenal, 119.
 Arrúe, Antonio, 164.
 Arrupe, Pedro, S. J., 119.
 Aulló, Salvador, 110.
 Ausias March, 198.
 Austria, Don Juan de, 120.
 Azpilicueta, Don Mónico, 61.
- Baleztena, Ascárate, Dolores, 61.
 Baleztena Ascárate, Isabel, 61.
 Baleztena Ascárate, Joaquín, 37.
 Barranco Carmona, Sixto, 83, 84, 86.
 Belluga, Pere, 198.
 Bertos Ruiz, Juan, 112.
 Bilbao Eguía, Esteban, 9.
 Borbón y Austria Este, S. M. C. Don Alfonso Carlos I, 5, 6, 7, 8, 9, 11, 12, 13, 15, 16, 17, 18, 20, 21, 23, 24, 25, 26, 28, 29, 30, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 40, 41, 42, 49, 52, 93, 95, 97, 132, 133, 156.
 Borbón y Battenberg, Juan, 10, 11, 19, 22, 23, 34, 53, 81, 122, 123, 124.
 Borbón y Borbón, S. M. C. Don Jaime III, 15, 31, 133, 200.
 Borbón y Borbón, S. A. R. Don Juan Carlos, 5, 62, 65, 66, 67, 73, 123, 127, 128, 134.
 Borbón Busset, S. M. C. Doña Magdalena, 8, 40, 119.
 Borbón y Grecia, S. A. R. Don Felipe, 81.
 Borbón Parma, Don Elías, 19, 32, 33.
 Borbón Parma y Borbón Busset, Don Carlos Hugo, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 12, 14, 29, 43, 44, 49, 50, 51, 56, 58, 60, 61, 62, 63, 65, 69, 70, 71, 72, 73, 74, 78, 79, 80, 83, 84, 85, 97, 98, 99, 102, 103, 107, 110, 114, 115, 116, 119, 121, 124, 127, 128, 129, 130, 133, 142, 144, 156, 157, 166, 167, 177, 179, 186, 191, 200.
 Borbón Parma y Borbón Busset, Doña Cecilia, 8, 80, 156.

- Borbón Parma y Borbón Busset, Doña María Francisca, 86.
- Borbón Parma y Borbón Busset, Doña María de las Nieves, 80, 156.
- Borbón Parma y Borbón Busset, María Teresa, 80, 156.
- Borbón Parma y Borbón Busset, S. A. R. Don Sixto Enrique, 5, 9, 43, 80, 81, 82, 83, 84, 85, 86, 87.
- Borbón Parma y Braganza, Don Cayetano, 197.
- Borbón Parma y Braganza, S.M.C. Don Francisco Javier, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 19, 22, 32, 33, 34, 36, 37, 38, 40, 44, 47, 48, 51, 53, 59, 62, 65, 71, 79, 80, 85, 86, 87, 97, 98, 99, 105, 106, 114, 116, 117, 119, 120, 132, 133, 142, 143, 144, 156, 157, 160, 179, 194, 197, 199.
- Borbón Parma y Braganza, Zita, Emperatriz, 17.
- Braganza, S. M. C. Doña María de las Nieves, 8, 9.
- Canals, Antonio, 198.
- Candon Calatayud, Guillermo, 160.
- Cánovas García, Cirilo, 122.
- Cantero, Pedro, 110.
- Carlos I, 69.
- Carlos III, 197.
- Carlos V, 13, 17, 24, 93, 95.
- Carlos VII, 15, 16, 22, 25, 31, 32, 33, 49, 71, 140, 152, 156, 164, 166.
- Carlos VIII, 11, 178, 200.
- Carlos y Gómez Rodulfo, Jaime de, 101.
- Carrero Blanco, Excmo. Sr. Don Luis, 7, 90, 92, 107, 113.
- Castiella y Maíz, Fernando María, 107.
- Clausen Castelló, Eduardo, 160.
- Coello, Santiago, 110.
- Coloma Gallego, Julio, 85.
- Contreras, Francisco de Paula, 61.
- Correa de Oliveira, Plinio, 172.
- Dessaunois, Jean, 78.
- Díaz Ambrona, A., 122, 123.
- Domingo Francás, Antonio, 117, 143, 145.
- D'Ors Pérez, Alvaro, 91, 103, 105, 121, 126, 127, 128, 130.
- Echave, Baltasar de, 197.
- Echeverría, Tomás, 15.
- Elías de Tejada y Spínola, Francisco, 197, 198.
- Elizalde Sarasate, Luis, 160, 161.
- Escrivá de Balaguer, José María, 119.
- Espinosa San Martín, J., 122, 123.
- Espíritu Santo, banqueros portugueses, 86.
- Eximenis, Francesc, 198.
- Fagoaga y Gutiérrez Solana, Miguel, 124.
- Fajardo, 16.
- Fal Conde, Excmo. Sr. Don Manuel, 19, 20, 22, 32, 33, 41, 98, 99, 100, 101, 158, 193.
- Fal Conde y Macías, Alfonso, 102.

- Fanfani, Amintore, 192.
 Felipe IV, 197.
 Felipe V, 18, 28, 47, 75, 132.
 Feliu de Travy, Carlos, 144.
 Fernández, Aniceto, O. P., 119.
 Fernando VI, 197.
 Fernando VII, 17, 23, 47.
 Fernando el Católico, 69.
 Fernando Sales, Rafael, 157, 194.
 Ferrer, Francesc, 198.
 Ferrer Dalmau, Melchor, 13, 15,
 16, 25, 30, 192, 193, 194.
 Forcadell Prats, Ramón, 159.
 Fraga Iribarne, Manuel, 65, 66,
 124.
 Francisco de Paula, 17.
 Francisco José, Emperador de
 Austria-Hungría, 118.
 Franco, Luis, Obispo, 100.
 Franco Bahamonde, Francisco, 5,
 7, 9, 11, 12, 36, 37, 43, 44,
 46, 51, 54, 59, 62, 64, 65, 66,
 71, 72, 73, 78, 85, 90, 91, 98,
 100, 108, 122, 123, 124, 125,
 126, 127, 128, 129, 134, 157,
 160, 161, 179, 194.
 Franco Salgado Araujo, Francis-
 co, 44.
 Gamba Ciudad, Rafael, 11, 14,
 72, 101, 121, 172, 180, 188,
 192, 196.
 García de Cortázar, Juan Carlos,
 84, 85.
 García Marcos, Celestino, 84.
 García Moncó, F., 122, 123.
 García Serrano, Rafael, 120.
 Garibay, Esteban de, 197.
 Garzón Marín, Antonio, 127,
 128, 129, 157.
 Gilabert de Proixita, 198.
 Gómez de Arteche, Salvador,
 120.
 González Quevedo, Teresa, 62.
 González Quevedo Monfort, Ca-
 lixto, 62.
 González Quevedo Monfort, Pe-
 dro, 62, 63, 71.
 Guerrero, Eustaquio, S. J., 102,
 112.
 Gurmendi, Francisco de, 197.
 Gúrpide, Pablo, 100.
 Habsburgo, Carlos de, 17.
 Hernando de Larramendi, Igna-
 cio, 4, 37.
 Hernando de Larramendi, Luis,
 61.
 Herrera, Emilio, 197.
 Hobbes, 153.
 Iglesias Santos, Juan, 100.
 Irene de Holanda, 8, 29, 43, 62,
 69, 72, 77, 78, 98, 119, 121,
 129, 130, 133, 144, 157.
 Isabel II, 17.
 Isasi Ivison, Javier, 194.
 Isasti, Lope de, 197.
 Iturmendi Bañales, Antonio, 122.
 Jaffer, Guillem, 198.
 Joan, Arnau, 198.
 Juan XXIII, 96, 97, 186.
 Lacave Patero, Pedro, 105, 159.
 Lamamie de Clairac, José María,
 100.
 Lavardin, Javier de, 63.
 León XIII, 118.
 Liaño Pacheco, Jesús, 100.

- Lobckowick, Eduardo de, 86.
 López de Lazárraga, Juan, 197.
 López Rodó, Laureano, 7, 66,
 122, 160.
 Llorente, Felipe, 61.
 March, Pere, 198.
 Marchelina, Marqués de, 61, 63,
 106, 158.
 Márquez de Prado Pareja, José
 Arturo, 37, 59, 61, 83.
 Martín Alonso, Pablo, 124.
 Martínez Anido, Severiano, 86.
 Martínez Baldrich, 86.
 Martínez Campos, 31.
 Martínez de Zaldivia, Juan, 197.
 Massó, Ramón, 60, 61.
 Mendiry, 16.
 Menéndez, Rufino, 158.
 Menéndez Tolosa, Camilo, 124.
 Miguel López, Raimundo de,
 100, 101, 115, 157, 158.
 Mola, general, 134.
 Molle Lazo, Antonio, 158.
 Montero, Nicasio, 86.
 Montiano, María, viuda de D.
 Luis Hernando de Larramen-
 di, 61.
 Morán Carapeto, Adolfo, 84.
 Moreno, cardenal, 106.
 Muntaner, Ramón, 198.
 Napoleón, 164.
 Navarro Domínguez, Rafael, 157.
 Navarro Rubio, Mariano, 122.
 Oller, 25.
 Oriol y Urquijo, Antonio María
 de, 122, 123, 124, 125.
 Ortega y Gasset, José, 150.
 Osuna, duquesa viuda de, 61.
 Oyarzun, Román, 37, 200.
 Pablo VI, 91, 96, 100, 103, 114,
 119, 120, 121, 123, 140, 153.
 Pascal, 154.
 Pércopo Callet, Gabriella, 198.
 Perea Alonso, Víctor, 60, 146.
 Pérez España, José Antonio, 60.
 Pérez de Lema, Manuel, 52, 60,
 126, 128, 133, 177, 179, 185.
 Piedrahíta, Manuel, 66.
 Pildain y Zapiain, Antonio, 100.
 Piñar López, Blas, 100, 101, 105,
 158, 159.
 Pío IX, 96, 106.
 Pío X, 118.
 Pío XII, 97.
 Pirala, 193.
 Pla y Deniel, Cardenal Primado,
 36.
 Pompidou, 87.
 Primo de Rivera, José Antonio,
 159.
 Puig Pellicer, José, 117, 144.
 Rampolla, cardenal, 118.
 Recarte, Martín de, 197.
 Roca Argemí, Joaquín, 61.
 Rodezno, conde de, 11.
 Rodríguez Rovira, Eduardo, 110.
 Roic de Corella, Joan, 198.
 Roig, Jaume, 198.
 Romera Cayuela, Angel, 36, 37,
 52.
 Romero, Emilio, 146.

- Romero Osborne, Ignacio, 65, 157.
 Romero Raizábal, Ignacio, 12, 197.
 Ruiz Giménez, Joaquín, 48.
 Sainz, Melitón, 37.
 San Cristóbal, Miguel José, 59, 61, 126, 127, 128, 133.
 Sánchez Maurandi, Antonio, 37.
 Sant Jordi, Jordi de, 198.
 Segura y Sáez, cardenal, Pedro, 98.
 Sentis Simeón, José María, 8.
 Silva Muñoz, Federico, 122, 123.
 Sivatte y de Bobadilla, Mauricio, 91.
 Sofía de Grecia, 67.
 Solís Ruiz, José, 124.
 Tejero Enrique, Enrique, 157.
 Tirant lo Blanch, 198.
 Ullastres, Alberto, 122.
 Urruñuela Ocejo, Luis, 160.
 Valiente Soriano, José María, 7, 8, 9, 37, 41, 50, 51, 53, 54, 60, 61, 74, 99, 102, 103, 107, 109, 110, 111, 115, 116, 117, 124, 128, 135, 144, 146, 166.
 Vallet de Goytisolo, Juan, 101, 196.
 Vázquez de Mella, Juan, 97, 128, 129, 146, 147, 150, 151, 156.
 Vedruna, Santa Joaquina, 100.
 Verdaguer, Jacinto, 154.
 Vigón, Jorge, 122.
 Vilanova Arnau, 198.
 Vilaragut, Antonio, 198.
 Vives Suriá, José, 145.
 Wilhelmsen, Frederick, 164.
 Zabala Sevilla, Pedro José, 109, 111, 112, 166.
 Zabala Astigarraga, José María, 160.
 Zamanillo y González Camino, José Luis, 124, 160.
 Zambrano, Antonia, viuda de D. José M.^a Alvear, 61.
 Zavala y Castellá, José María, 60, 61, 84, 129.
 Zavala y Castellá, Juan, 101.
 Zuazola, Jesusa, viuda de D. Felipe Llorente, 61.
 Zubiaur Alegre, José Angel, 129.

IV. POLÍTICA DE LA CAMBION TRADICIONALISTA (página 50).—Escrito del Jefe Delegado al Príncipe de Asturias (pág. 30).—Informe de Don José María Valiente a Don Javier, el 16-III-1963, sobre la situación (pág. 31).—Reorganización de la Comandancia Tradicionalista (pág. 39).—Nuevos nombramientos de la Orden de la Legitimidad (página 61).—Don Pedro González Querado escribe a Don le-

INDICE GENERAL DEL AÑO 1965

- I. RESUMEN DEL AÑO (pág. 5).
- II. FIN DE LA REGENCIA DE DON JAVIER (pág. 6).—El Acto de Puchheim (pág. 6).—Resumen de trece años (página 10).—Documento leído por S. A. R. el Príncipe Don Javier de Borbón Parma, el día 17-I-1965, ante la tumba de Don Alfonso Carlos, con el que da fin a la Regencia y se proclama su sucesor (pág. 12).—Discurso pronunciado ante la Junta Nacional (pág. 38).—Discurso al final del almuerzo ofrecido a representantes de la Comunión Tradicionalista (pág. 40).—Réplica de las Juntas de Defensa del Carlismo de Canarias, Navarra y Asturias a los discursos de Puchheim (pág. 43).
- III. LA REGENCIA NACIONAL CARLISTA DE ESTELLA Y LAS JUNTAS DE DEFENSA DEL CARLISMO (pág. 45). Confusión de ambas denominaciones (pág. 45).—Extractos de la comunicación de la Junta de Defensa de Canarias a la Asamblea Nacional de las Juntas de Defensa del Carlismo, superpuesta a la concentración de la Regencia en Montserrat, el 9 de mayo (pág. 47).—Extracto de la Nota de las Juntas de Defensa de Cataluña difundida en el acto de renovación de la Consagración al Corazón de Jesús de la Regencia de Estella (pág. 48).
- IV. POLITICA DE LA COMUNION TRADICIONALISTA (página 50).—Escrito del Jefe Delegado al Príncipe de Asturias (pág. 50).—Informe de Don José María Valiente a Don Javier, el 16-III-1965, sobre la situación (pág. 51).—Reorganización de la Comunión Tradicionalista (pág. 59).—Nuevos nombramientos de la Orden de la Legitimidad (página 61).—Don Pedro González Quevedo escribe a Don Ja-

vier, el 8-V-1965 (pág. 62).—La Hermandad de Antiguos Combatientes de Tercios de Requetés se pronuncia contra la Dinastía Liberal (pág. 63).—Escrito a Franco (pág. 65).—Declaraciones del Ministro de Información y Turismo, Don Manuel Fraga Iribarne, a favor de Don Juan Carlos de Borbón (pág. 65).—Declaración de la Comunión Tradicionalista de Santander (pág. 67).—La situación económica de la Comunión Tradicionalista (pág. 68).

V. PENSAMIENTOS Y ACTIVIDADES DE DON CARLOS HUGO (pág. 69).—Entrega de regalos de boda y discurso de Don Carlos Hugo (pág. 69).—Declaraciones de Don Carlos Hugo y de la Princesa Irene a la revista italiana «Oggi» de 25-II-1965 (pág. 72).—Entrevista con S. A. R. Don Carlos de Borbón Parma (pág. 74).—Declaraciones a la prensa europea (pág. 78).—Viajes por España y por el extranjero (pág. 78).

VI. EL INFANTE DON SIXTO ENRIQUE DE BORBON PARMA JURA LA BANDERA DE ESPAÑA EN LA LEGION Y SE LE CONCEDE LA NACIONALIDAD ESPAÑOLA (pág. 80).—Introducción (pág. 80).—Resumen de varias crónicas impresas (pág. 81).—Resumen de varias narraciones de testigos al recopilador (pág. 83).—El Príncipe Sixto de Borbón Parma, condenado en Francia en rebeldía (página 86).

VII. EL CARLISMO Y LA LIBERTAD DE CULTOS (pág. 88). Los carlistas francotiradores (pág. 90).—La Regencia Nacional Carlista de Estella (pág. 90).—Manifiesto del 6 de enero (pág. 91).—Extractos de la «Declaración de la Regencia Nacional Carlista de Estella en defensa de la Unión Católica de España», de 10-III-1965 (pág. 92).—Reafirmación de esta Declaración, el 18-XII-1965 (pág. 95).—La Comunión Tradicionalista (pág. 97).—Don Manuel Fal Conde y el Premio Vedruna (pág. 99).—El Jefe Delegado Don José María Valiente Soriano (pág. 102).—Un artículo de Don Alvaro d'Ors (pág. 103).—La Hermandad Nacional de Antiguos Combatientes de Tercios de Requetés (pág. 105).—La revista «Montejurra» (pág. 106).—La revista «Boina Roja» (pág. 106).—La revista «Tradición» (pág. 107).—El

«Boletín de Información de la Comunión Tradicionalista del Principado de Cataluña» (pág. 107).—«La libertad de Cultos en España», proyecto de segunda Declaración de la Comunión Tradicionalista sobre los proyectos de un estatuto para los acatólicos (pág. 107).—Presiones contra la publicación de este proyecto (pág. 109).—Opúsculo de la Jefatura Regional de Requetés de Granada (pág. 112).—Infiltraciones progresistas (pág. 114).—Cómo veía el Concilio Don Javier (pág. 117).—Aprobación de la «Dignitatis Humanae» (página 118).—Don Javier asiste a la clausura del Concilio (página 119).—Apéndice: Pablo VI condena las guerras de religión y regala las banderas de Lepanto a los turcos (página 120).

VIII. CAMBIO DEL GOBIERNO GENERAL DEL ESTADO (página 122).—Composición del nuevo Gobierno y su significado (pág. 122).—Nota de las Juntas de Defensa del Carlismo de Castilla, el 18-VII (pág. 124).

IX. LAS GRANDES CONCENTRACIONES ANUALES (página 126).—Concentración en Quintillo (pág. 126).—Concentración en Montejurra, el día 2 de mayo (pág. 127).—Extractos del discurso de Don Antonio Garzón en homenaje a la Princesa Irene (pág. 129).—Discurso de Don Alvaro d'Ors (pág. 130).—Extractos del discurso de Don Miguel de San Cristóbal (pág. 133).—Discurso de Don José María Valiente (pág. 135).—Concentraciones en Montserrat (página 143).—Concentración de la Comunión Tradicionalista (página 143).—Discurso de Don Antonio Domingo Francás (página 145).—Discurso de Don José Vives Suriá (pág. 145).—Discurso de Don Víctor Perea Alonso (pág. 146).—Discurso de Don José María Valiente (pág. 146).—Concentración en Villarreal de los Infantes, el 27-V-1965 (pág. 156).—Peregrinación a Santiago de Compostela (pág. 157).—Actos menores (pág. 158).—Actos de desagravio en Pamplona y en Durango (pág. 159).—Nota verbal de Don José Luis Zamanillo al Secretario general del Movimiento (pág. 161).—Acto cultural en Azcoitia a favor del vascuence (pág. 164).—Homenaje a Wilhelmsen (pág. 164).

- X. CUESTIONES ESTUDIANTILES (pág. 166).—Asamblea Nacional de AET en Zaragoza (pág. 166).—AET participa en los disturbios de la Ciudad Universitaria de Madrid (página 167).—Extracto del proyecto de reforma del Sindicato Español Universitario (pág. 168).—«Breve estudio sobre el Decreto de 5 de abril de 1965» (pág. 169).—Impreso «Universidad y Política» (pág. 171).
- XI. EL MOVIMIENTO OBRERO TRADICIONALISTA (página 176).—Proyecto de reforma de la Organización Sindical (página 179).—Discurso del Jefe Nacional del M. O. T. en Montejurra (pág. 15).—Congreso del M. O. T. (pág. 186).
- XII. NECROLOGIA (pág. 193).—Don Melchor Ferrer Dalmau (página 193).—Don Javier Isasi Ivison (pág. 194).
- XIII. BIBLIOGRAFIA (pág. 196).—«La Unidad Religiosa y el Derrotismo Católico», por Rafael Gamba (pág. 196).—«El Príncipe Requeté», por Ignacio Romero Raizábal (pág. 197).—«La provincia de Guipúzcoa», por Francisco Elías de Tejada (pág. 197).—«Historia del pensamiento político catalán. Tomo III: La Valencia clásica (1238-1479)», por Francisco Elías de Tejada (pág. 198).—Boletines (pág. 198).—«Esfuerzo común» (pág. 200).—Apéndice: El libro de Don Román Oyarzun «Pretendientes al Trono de España» (pág. 200).
- XIV. INDICE ONOMASTICO (pág. 203).
- XV. INDICE GENERAL (pág. 209).

NOTA DEL AUTOR.—Se prevé la edición, después del último tomo, de otro con todos los índices generales, los onomásticos refundidos y un minucioso índice temático.

ESTE TOMO SE ACABO DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES GRAFICOS
LA TORRE LA VISPERA DEL DOMINGO DE RAMOS
DEL AÑO DE GRACIA DE MCMXCI

**EXTRACTO DEL INDICE
DEL VOLUMEN XXVIII**

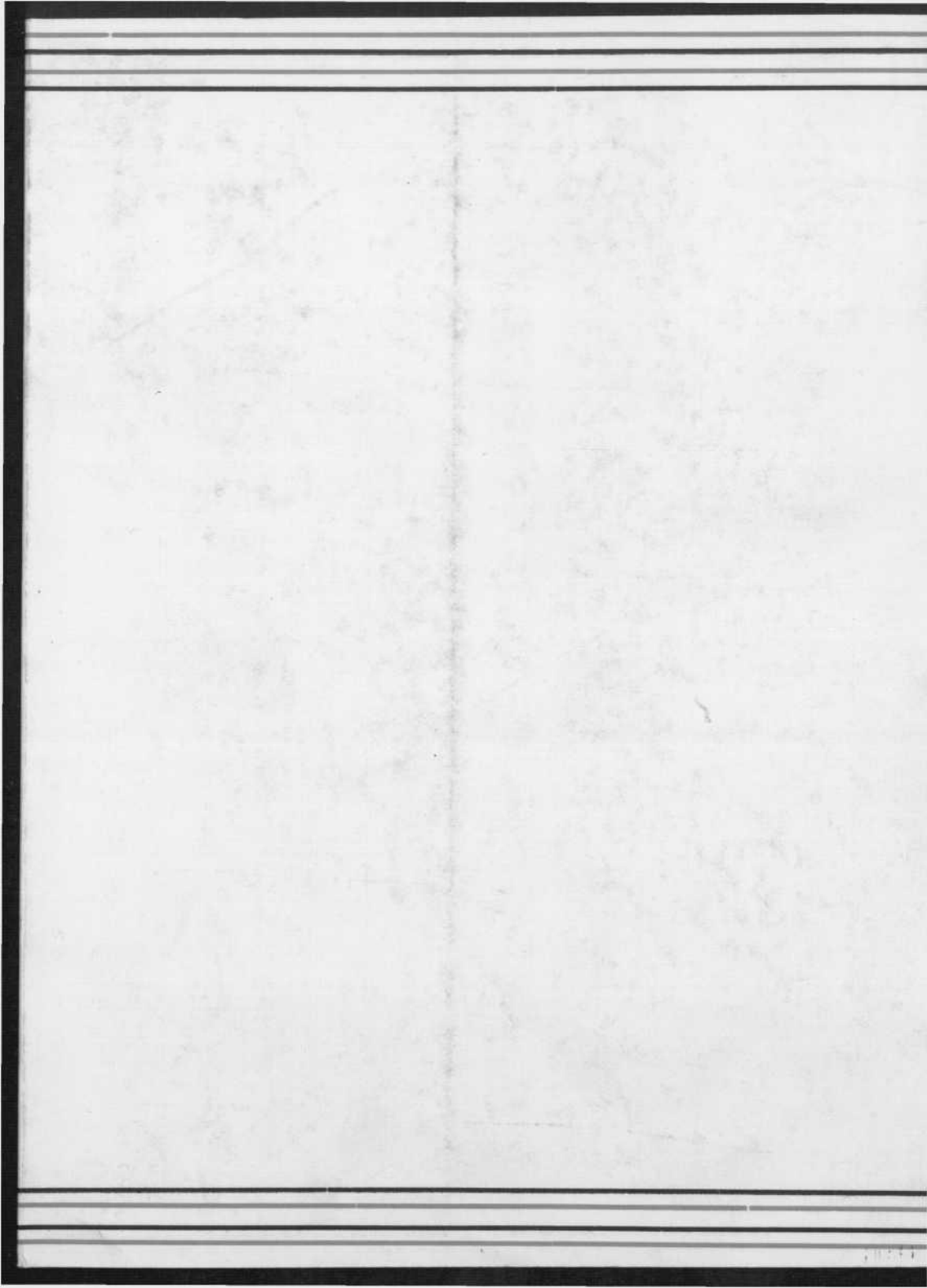
Política de a Comunión Tradicionaista.

Cuestiones dinásticas.

Los carlistas piden la restitución de los regímenes forales.

La Ley Orgánica del Estado y su Referéndum. Posición de Don Javier.

Concentración en el Cerro de los Angeles.



APUNTES Y
DOCUMENTOS
PARA LA
HISTORIA DEL
TRADICIONA-
LISMO
ESPAÑOL

1

9

6

5

TOMO
27